¿En cuántas realidades podemos (no) existir?

DESPERTARÁS EN OTRA VIDA



LORENA FRANCO

DESPERTARÁS EN OTRA VIDA

DESPERTARÁS EN OTRA VIDA

LORENA FRANCO

Los hechos y los personajes de este libro son ficticios, así como algunos escenarios recreados especialmente para esta historia. Nada de lo que aquí se cuenta está basado en… Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Oturia es un pueblo ficticio, aunque sí existe una montaña en el Pirineo aragonés, Huesca, conocida como Monte Oturia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 2170 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Despertarás en otra vida

©Lorena Franco, 2026

Diseño de cubierta: J.B.

Imágenes de cubierta: ©Stanislav Hubkin ©Kseniya Ivashkevich / iStockphoto

Todos los derechos están reservados

Primera edición: Junio, 2026

ISBN: 979-8273471702

También disponible en audiolibro en exclusiva en **Audible**.

Una producción de **Audible Studios**.

SINOPSIS

¿En cuántas realidades podemos *(no)* existir?
¿Es el final un salto a otra línea temporal, o una frontera que se quiebra ante nuestros ojos?

Oturia, 1 de noviembre de 2024.
Dos caminos se bifurcan en el bosque. Así empieza la historia de Paula, quien como cada año desde hace siete, se aloja en una casa rural con su marido y sus amigos para homenajear a Valeria, desaparecida en Cadaqués una noche de verano de 2014.
Pero para Paula esas reuniones se vuelven cada vez más tediosas y decide salir a dar una vuelta sola, con tan mala suerte de que se desorienta y se pierde en mitad del bosque de Oturia, **engullido por la niebla y la oscuridad, y plagado de extrañas leyendas.**

Poco después de que Paula perciba la presencia de una mujer cuyo rostro no alcanza a ver, sufre un accidente que provoca que **su mundo se fracture en dos.** Paula aterriza en una **versión alternativa de su vida** cuyo pasado es un misterio para ella, mientras en la única línea temporal que recuerda fallece, dejando a su marido con muchas preguntas sobre **quién era en realidad** cuando descubre lo que hizo diez años atrás.

«Somos lo que elegimos ser ante los golpes de la vida. Y esa es la elección que marca la diferencia, incluso más que nuestras acciones».

Para quienes han llegado a preguntarse cómo podría haber sido su vida al final del camino que no eligieron

Vivir no es tan importante

como recordar.

MARÍA TERESA LEÓN

Lo sobrenatural es lo natural que

aún no se ha comprendido.

ELBERT HUBBARD

Una bruja es una hechicera que, ya fuere

por confabulación abierta o secreta,

de manera intencionada y de mala gana

acepta valerse de la ayuda y colaboración

del diablo al obrar prodigios o causar

grandes pesares al prójimo,

amigos y enemigos por igual.

El maldito arte de la brujería (1608), WILLIAM PERKINS

NOTA DE LA AUTORA

Sobre la teoría de los universos paralelos

La teoría de los universos paralelos plantea que la realidad que vivimos no es la única que existe. En lugar de un único hilo, podría haber, a partir de cierto punto, una constelación infinita de realidades o líneas temporales, cada una con sus propias leyes, historias y posibilidades.

A veces, las diferencias entre mundos se revelan mediante minúsculos desvíos: una calle que parece idéntica pero con un local distinto que nunca has visto, una memoria que contradice lo vivido, un objeto que no corresponde al pasado que conoces... Eventos clave se bifurcan en otras versiones de nosotros mismos creando ramas donde elecciones distintas producen finales divergentes.

La idea abre la posibilidad de que cada vez que tomamos una decisión, un *nuevo yo* explore una realidad distinta, y que, quizá, en algún lugar, nuestras versiones alternativas continúan con vidas de las que nunca sabremos nada.

OTURIA

El lugar donde el tiempo se estanca

Oturia se encuentra en un valle alto del Pirineo aragonés, en la vertiente sur de una sierra poco transitada, entre barrancos y bosques de pinos y hayas. A media hora del último desvío asfaltado, Oturia fue una villa bastante popular hace doscientos años, por encontrarse cerca de la frontera con Francia, aun estando retirada de las rutas principales.

Altitud: 1.200 metros.

Acceso: una carretera estrecha y serpenteante, a menudo cortada en invierno por la nieve.

Provincia: Alto Sobrarbe, a 40 km.

Habitantes: 40 censados, aunque en invierno no quedan más de 10. La gente en Oturia es cerrada y un poco desconfiada, hospitalaria a su manera, y muy supersticiosa. Algunos viven de la ganadería, la mayoría de pequeñas pensiones, y Toni, que apareció de la nada, se dedica a ayudar y a arreglar cosas a quien se lo pida.

Las casas son de piedra con tejados de losa, muchas abandonadas, un par reformadas por forasteros que solo vienen en verano, y la más grande y conocida, El refugio de Valeria, que se alquila por noches en Airbnb y que pertenece a la familia Solaz.

En invierno hay soledad, frío y silencio.

Oturia tiene una iglesia románica pequeña dedicada a Santa Orosia, con un campanario de espadaña. Hay un lavadero antiguo aún en pie, cerca del arroyo, y varias ermitas perdidas en el monte. En el centro del pueblo pasamos por una plaza sin nombre, con una fuente y un olmo centenario seco que nadie osa talar por si le cae una maldición. El viejo cementerio se encuentra en la ladera con vistas al valle, donde sobrevuelan un coro de cuervos a todas horas. Surcan el cielo sin aletear, como ilusiones ópticas titilantes. Las viejas lápidas están tan cubiertas de musgo, que apenas se pueden distinguir algunas inscripciones. El último entierro data de 1956.

La Venta de Oturia es un bar-tienda-hospedaje dirigido por Fina que abre a ratos y vende de todo un poco.

La zona es conocida por sus sombríos barrancos y por su río de aguas frías. *Barranco de los Fierros* corre cerca, con leyendas de suicidios y desapariciones. Se dice que es uno de los pocos lugares del planeta donde hay un agujero de gusano que te hace viajar en el tiempo. Puedes creer en ello o no. Allá cada uno.

Oturia es un lugar mágico donde el tiempo se estanca. Algunas noches, cuando la niebla baja del monte, se oyen campanas donde no hay iglesias, y la última bruja de Aragón que tenía un pacto con el Diablo, murió quemada allí. Cuentan que el espíritu de la bruja no se ha ido del bosque. Que la zona en la que hay una cabaña destartalada a orillas del río es «su zona» y solo un loco se adentraría en ella, porque, si ves a la bruja sin rostro que reconoce a las almas que han elegido actuar con maldad, estás destinado a dejar atrás la vida que conocías.

Y no hay nada que temamos más que perderlo todo, ¿verdad?

PRIMERA PARTE

Despertarás

CAPÍTULO 1

PAULA

Dos caminos se bifurcan en el bosque.

Izquierda o derecha.

Elige. Porque, para bien o para mal, en esta vida casi todo va de tomar decisiones. A veces acertamos; otras, no tanto…

Debería ser fácil, pero me da la sensación de que he perdido la capacidad de pensar. ¿En qué maldito momento decidí salir sola por el bosque, en lugar de quedarme en casa con los demás? Deben de estar tan a gustito con la chimenea encendida… Y preocupados por mí, ¿no? Sobre todo Gael, que, en cuanto me retraso quince minutos por lo que sea, ya me está llamando para saber dónde estoy o si me ha pasado algo. ¿Cuántas horas han pasado desde que he salido? Ahora ya es demasiado tarde para arrepentirme, pero desearía dar marcha atrás en el tiempo y tomar una decisión más inteligente. Tendría que haberle hecho caso a Gael y quedarme en casa, pero es que estaban de un muermo... ¿Será la edad? La reunión anual en honor a Valeria es cada vez más absurda, aburrida e insoportable. Me estaba asfixiando. Yo no quería venir. Se lo dije a Gael: «No quiero ir». Porque no soporto escuchar ni una sola vez más lo buena que era Valeria. Ellos no tienen ni idea de cómo era en realidad.

Pero en fin, aquí estamos…

Llevo caminando… ¿dos, tres, cuatro horas?

Uff.

Me veo incapaz de dar un solo paso más y me muero de frío. Mis piernas empiezan a flaquear y siento que el corazón se me va a congelar.

Izquierda o derecha, izquierda o derecha…

Llevo un buen rato aquí, pensando en qué camino tomar, porque cualquier error podría llevarme hasta el barranco que no quiero pisar ni en sueños.

¿Cómo saber cuál es el camino correcto de regreso a casa?

Está todo tan oscuro… La niebla lo envuelve todo, poco a poco ha ido ganando terreno y parece haberse tragado el bosque entero. Estoy sin batería en el móvil, aunque dudo que en este paraje rodeado de árboles susurrantes bailando al son del viento, haya cobertura. A mi derecha, distingo el contorno difuso de una cabaña destartalada a la orilla de un río salpicado de hojas.

Derecha o izquierda, izquierda o derecha…

¡Decídete ya!

Vuelvo a dirigir la mirada en dirección a la cabaña, porque acabo de oír un ruido. Algo se ha movido, lo he visto con el rabillo del ojo. Hay alguien (o algo) ahí. Y ha reparado en mi presencia. Genial, ahora llega el momento en que me ataca un oso. ¿Hay osos en esta zona? ¿Lobos? ¿Seres sobrenaturales? Venga ya… se me está yendo la cabeza.

—¿Hola? ¿Hola? Me he desorientado… —le digo dubitativa a la sombra que parece estar observándome, y no parece un oso ni un lobo ni un ser sobrenatural, sino una mujer. Es una mujer encorvada

a la que no soy capaz de verle la cara—. ¿Hola? —insisto, pero no hay respuesta, lo cual me genera muy mal rollo porque sé dónde estoy, yo solita me he metido en este lugar digno de película de terror.

No es la primera vez que vengo a Oturia, aunque sí es la primera vez en siete años que me he atrevido a salir sola por puro aburrimiento, y por esta zona corren unas leyendas de lo más extrañas. Nunca he creído en ellas, no son más que cuentos para asustar, pero sé lo que he visto. Y no pinta bien.

Avanzo un paso, y otro más… está tan oscuro que el número de estrellas se quintuplica en el cielo. Una corriente gélida me empuja hacia atrás antes de que me decante por el camino de la izquierda en el momento en que, a lo lejos, empiezan a repicar unas campanas. Corro lo más rápido que puedo a través de la niebla esperando que mi elección sea la correcta, no acabar en el barranco, y que a la mujer que me ha parecido ver no le dé por seguirme. Será una loca, que de eso hay mucho en tierra de nadie.

Sea lo que sea lo que haya visto junto a la cabaña, no me ha gustado un pelo, así que sigo adelante con el repique de las campanas sonando de fondo, hasta que noto una mano en mi espalda.

Me quedo paralizada, en shock.

Estoy muerta de miedo. Noto unas punzadas en las sienes. El viento me corta la piel del rostro. Empiezo a hiperventilar y unos puntos negros estallan en mi campo de visión. No me puedo mover y mucho menos girarme o defenderme. Mis pies parecen haber criado raíces en la tierra, hasta que la mano helada que sigue posada en mi espalda me empuja con violencia, con una fuerza que no es de este mundo, haciéndome caer hacia delante.

Mi cabeza impacta y rebota contra una piedra.

Y todo se vuelve oscuro.

CAPÍTULO 2

GAEL

—¿Cuánto hace que ha salido? —le pregunto a Sami—. Bastante, ¿no? Se ha hecho de noche, me estoy empezando a preocupar.

—¿La has llamado?

—Como cien veces. Tiene el móvil apagado —contesto, asomándome a la ventana.

—Bueno, ya sabes que en esta zona no hay muy buena cobertura.

—Mira que le he dicho que no saliera, que hace frío y no conoce la zona —me estremezco.

—Hace siete años que venimos, Gael, hemos dado como mil vueltas por el bosque. No te preocupes —me alienta Laia—. Seguro que está al llegar.

—No —niego—. Algo no va bien. Voy a salir a buscarla.

—Espera, te acompaño —interviene Agus.

Sami resopla y mira a Carlota, su mujer, que asiente con la cabeza como diciéndole que vaya, que no se quede ahí parado.

—Vale… yo también voy —termina diciendo con resignación.

Carlota, Laia, Montse y su nueva novia, Bríd o como se llame, no creo que le dure lo suficiente como para tener que memorizar su nombre, prometen avisarnos si Paula regresa.

Nos abrigamos y salimos al exterior, donde la niebla parece haberse tragado el pueblo entero.

—Joder, qué puto frío… —refunfuña Sami, colocándose bien el gorro de lana para cubrirse las orejas.

Avanzamos a paso rápido sin cruzarnos con un alma. En este pueblo perdido de la mano de Dios solo viven diez personas en invierno, o puede que menos, aunque tampoco es que se anime demasiado cuando llega el buen tiempo. Cruzamos la plaza desierta, giramos por la callejuela que queda a la derecha y vemos luz en el bar, La Venta de Oturia, y tanto Sami como Agus están encantados de refugiarse ahí, aunque solo sea un momento. La chimenea está encendida, el ambiente es acogedor. Un hombre mayor que está bebiendo un botellín de cerveza en la barra se nos queda mirando, mientras Fina nos saluda, feliz de vernos. Pero yo no puedo ni dedicarle una sonrisa, joder, porque sé que a Paula le ha pasado algo. Hace demasiado rato que ha salido, ya tendría que haber vuelto.

—¡Qué alegría veros, chicos!

¿Alegría? Llevamos viniendo aquí siete años por un suceso horrible que marcó nuestra juventud, pero en fin… a Fina no le incumbe.

—Fina, qué bien te veo —digo por decir—. Oye, Paula ha salido hace… no sé, como cuatro o cinco horas, y no ha vuelto a casa. —Fina compone un gesto de preocupación, el mismo que debe de ver en mi cara—. ¿Ha pasado por aquí? ¿La has visto?

—No, no ha pasado por aquí —niega, mirando al tipo del botellín de cerveza con un gesto raro que no sé descifrar, pero es como si se estuvieran contando un secreto con los ojos.

El tipo de la barra emite un suspiro, le da un sorbo largo al botellín y se presenta, tendiéndonos la mano. Emplea tanta fuerza al estrechárnosla, que Agus no puede reprimir un quejido.

—Soy Fermín. Os acompaño.

—No hace falta, pero… —titubeo.

—Fermín conoce el bosque como nadie, chicos —me interrumpe Fina, supongo que para tranquilizarnos.

Sami, Agus y yo seguimos a Fermín por las callejuelas desiertas de Oturia hasta llegar al umbral del bosque, donde nos detenemos.

—¿En serio nos vamos a meter ahí? —pregunta Agus.

—¿Habéis traído linternas? —nos pregunta Fermín con voz grave, ignorando a Agus. Me parece el típico hombre al que querrías tener al lado cuando hay problemas.

Respecto a la pregunta sobre si hemos traído linternas, Agus, Sami y yo nos miramos con cara de gilipollas.

—Vale… ya veo que no —murmura Fermín, sacando una linterna del bolsillo de su chaquetón. Por suerte, es bastante potente como para iluminar el camino y no tropezar. Caigo en la cuenta de que Paula no llevaba linterna, de que puede que se haya caído, torcido el tobillo… En ese caso, se habrá quedado en algún punto del bosque, si es que se le ha ocurrido pasear por aquí, y estará esperando a que la encontremos. Y la vamos a encontrar.

—Joder, espero que no esté muy lejos —comento cuando nos adentramos en el bosque. Está muy oscuro y hay mucha niebla.

Estamos rodeados de altos árboles que de día apenas dejan pasar la luz del sol, el terreno tiene mucho desnivel, y está lleno de rocas traicioneras que vamos esquivando con torpeza—. Ella es muy urbanita, no es de pasear por el bosque ni nada de eso.

Agus y Sami asienten con nerviosismo mientras seguimos a Fermín, que camina rápido y con decisión, como si supiera exactamente hacia dónde vamos o hacia dónde ha ido Paula, pero ¿cómo puede saberlo? A lo mejor estamos equivocados y ha entrado en la iglesia. No, descartado, Paula siente cero interés por las iglesias. Mira que le dije que no saliera, que hacía mucho frío… pero se agobia; de hecho, no quería seguir con la tradición de venir a Oturia a celebrar con nuestros amigos, a los que solo vemos por estas fechas, la vida de Valeria.

Cada vez nos cuesta más seguirle el ritmo a Fermín, que a sus sesenta y tantos está en mejor forma que nosotros, hasta que ocurre algo que hace que se detenga en seco. Son campanas. Unas campanas procedentes de no se sabe dónde repiqueteando en mitad de un bosque traicionero donde da la sensación de que podría ocurrir cualquier cosa. Los tres imitamos a Fermín y miramos a nuestro alrededor. Agus, con la cara desencajada, lamenta no haber traído un cuchillo, algo con lo que defenderse, porque…:

—Aquí nos sale un Jack el Destripador mínimo, tíos.

—Calla, tío, qué cague —le da un codazo Sami.

Mi corazón late cada vez más rápido de pura angustia. Fermín me dedica una mirada tan fugaz como inquieta, y entonces lo sé. Lo siento en las tripas. Algo malo ha pasado. Algo muy malo. Porque Fermín, que apenas ha hablado desde que hemos salido del bar de Fina, suelta:

—Mierda. Otra vez.

—¿Otra vez? —inquiero con voz temblorosa. La mirada de Fermín me atraviesa, indicándome que no espere un final feliz—. ¿Otra vez qué? —insisto, perdiendo la calma, pero no responde a mi pregunta.

Cuando el tañido de las campanas que no sabemos de dónde provienen se detienen, Fermín vuelve a emprender la marcha y Agus, Sami y yo vamos detrás de él como corderos, confiando ciegamente en su instinto. Ahora, no muy lejos, oímos el rumor de un río que el haz de la linterna que sostiene Fermín todavía no alcanza a enfocar. Los pasos del hombre al que querrías tener al lado si te metes en problemas, son cada vez más rápidos a medida que nos acercamos a una pequeña cabaña destartalada, la que en Oturia se conoce como la de la bruja, historias para no dormir en las que nunca he creído.

El primero en ver a Paula es Fermín. Después yo. Agus y Sami, apoyados en el tronco de un árbol para recuperarse de la frenética caminata, desaparecen de un plumazo de mi campo de visión. Fermín, que enfoca con la linterna el cuerpo inerte de Paula, intenta detenerme cuando echo a correr hacia ella.

—Lo siento. Hemos llegado tarde —me dice el muy imbécil agarrándome del brazo.

Me saco a Fermín de encima y sigo corriendo hacia donde enfoca el haz de la linterna. Paula está viva. Tiene que estarlo, aún hay esperanza, la he encontrado y se va a recuperar de la caída que ha sufrido por cabezona, por empeñarse en salir con este frío.

Sin embargo, cuando me agacho junto a su cuerpo tendido y toco su piel fría y rígida, como si se hubiera hecho de cera, y veo toda la sangre que ha manado de su cabeza y sus ojos abiertos fijos en el vacío con un velo grisáceo que se ha llevado su bonito color miel, mi corazón se detiene, me asalta una náusea, y me echo a temblar.

No. No. No. No.

Esto no puede estar pasando, no puede ser real.

Paula, que es todo mi mundo, está muerta.

CAPÍTULO 3

PAULA

Joder.

Me va a estallar la cabeza. Es como si me hubieran abierto una grieta en el centro del cráneo. Qué dolor… es horrible, en mi vida había sufrido un dolor tan intenso como este.

Afortunadamente, he elegido bien, y gracias al resplandor de una luna llena que ha aparecido de sopetón, sumado a que la niebla se ha ido disipando, he podido salir del bosque. El camino de la izquierda, que ha sido tremendo y se me ha hecho eterno con tanta subida y bajada y el frío metido en el cuerpo, me ha conducido hasta la callejuela donde se encuentra La Venta de Oturia, el bar del pueblo. Siempre me ha parecido un local tan encantador como deprimente por la soledad y decadencia que se respira en su interior. Está abierto y hay luz. Conozco a Fina, la propietaria, y es un encanto, aunque un poco suya. Abro la puerta y me sorprende el tintineo de una vieja campanilla que no recordaba que estuviera ahí, pero, en vista de lo gastada que está la cuerda que la sostiene, me planteo que debe de llevar bastante tiempo. Hay dos hombres sentados a una mesa con un par de botellines de cerveza, y Fina, detrás de la barra, se me queda mirando como si no llevara siete años visitándola, al menos un par de veces con la pandilla cada vez que hemos venido a Oturia.

—Hola, Fina, ¿qué tal? Llevo un montón de horas caminando, me he perdido por el bosque, ¿te lo puedes creer? No sé ni qué hora es… —Le echo un vistazo rápido al reloj de pared—. ¡Las ocho y media! Creo que he salido sobre las cuatro de la tarde… Y con este frío… En fin, que se me ocurrió salir sola y… buff… la cabeza me va a estallar, no puedo más… ¿Me pones un café con leche bien calentito, por fa?

Fina, inexpresiva y sin mostrar alegría alguna al verme, asiente con la cabeza y me da la espalda para prepararme el café. Me acerco a la chimenea que hay junto a una vitrina en la que Fina vende de todo, desde linternas hasta dibujos de artistas locales, para calentarme las manos. Estoy a salvo. Desde aquí ya no me puedo perder. No vuelvo a meterme en el bosque en mi vida, qué mal rato he pasado. El Refugio de Valeria, la casa en la que nos alojamos cada 1 de noviembre durante dos o tres días y que pertenece a la familia de Valeria, se encuentra a escasos metros de aquí. Está a solo dos calles pasando la plaza empedrada sin nombre con un olmo centenario seco que nadie se atreve a talar por no sé qué historias de maldiciones.

—Aquí tienes tu café —me dice Fina con rudeza, dejando la taza hirviendo encima de la barra. Debe de tener un mal día.

—Gracias, Fina.

—Oye, ¿de qué me conoces? —me pregunta, con la misma descortesía con la que me ha servido el café.

—¿Cómo dices?

—¿Que cómo sabes que me llamo Fina?

Su pregunta me confunde. ¿Está de broma? ¿Puede que tenga problemas de memoria? No debe de tener más de cincuenta años, pero a lo mejor ha sufrido algún accidente o… no sé.

—Eh… llevo viniendo siete años a Oturia con Gael, mi marido, y Carlota, Sami, Laia, Agus…, Montse y sus novias… cada año una novia distinta —me río, con la intención de refrescarle la memoria a Fina pese a su extraña y distante conducta. Joder. Aunque me haya puesto frente a la chimenea encendida, no consigo entrar en calor—. La novia de este año se llama Bríd o Berd… o como puñetas se pronuncie. Nos alojamos en la casa rural de los padres de Valeria, los Solaz, que nos regalan estos días para recordarla y… y siempre hemos venido aquí, a tu… a tu bar —titubeo, sin que Fina parezca caer en la cuenta de quién soy y yo no le vea ningún sentido a estar haciéndole un resumen sobre por qué estoy aquí—. Venimos cada 31 de octubre a pasar el fin de semana, ya sabes, por lo de… por lo de Valeria —vuelvo a nombrarla, a pesar de las ganas que tengo de lanzarla al olvido o de que jamás la hubiera conocido.

Fina me mira interrogante, como si no supiera de lo que le hablo o pensara que soy una loca, pero no contesta ni se digna a decir nada más. Decido no insistir. Me duele demasiado la cabeza, sigo teniendo mucho, pero que mucho frío, y estoy agotada. Apenas me siento las piernas, es como si todas las extremidades de mi cuerpo estuvieran dormidas.

Incómoda, le doy un sorbo al café con leche que me sabe a gloria y me revitaliza un poco para seguir el corto camino que me queda hasta llegar a la casa de los padres de Valeria. Aun sintiéndome algo mejor, el maldito dolor de cabeza es persistente y no se va, pero, con lo borde que está Fina, como para pedirle un paracetamol…

Palpo los bolsillos de mi abrigo para sacar la cartera, pagar el café y largarme de aquí. Solo quiero llegar a casa, abrazar fuerte a Gael y acurrucarme junto a él frente a la chimenea. Espero que no se hayan despistado y la hayan podido mantener encendida… Sin embargo, no hay ni rastro de mi cartera. Encima, imbécil de mí, he salido sin un solo euro encima.

—Eh… perdona, Fina, he salido sin la cartera. Vuelvo mañana y te pago el café.

—¿Mañana? ¡Mañana, dice! —ríe Fina, mirando a los dos clientes sentados a la mesa y dando un golpe sobre la barra que me hace dar un respingo—. Aquí nadie sale por la puerta sin pagar.

—Pero si llevo siete años viniendo, Fina, esto no tiene ningún sentido…

—Lo que no tiene ningún sentido es que entres a mi bar sin un puto duro, nena.

—Fina, no te pongas así. Ya pago yo el café —interviene un tipo alto que acaba de entrar por la puerta y que, sin tan siquiera mirarme, deja un euro con veinte en la barra, saldando así mi deuda con Fina.

—Vale, Toni. Pues ya estás invitada, *bonita* —me dice Fina con retintín, mostrándose muy distinta a cómo suele ser conmigo cada vez que he venido a tomar algo.

No vuelvo a entrar aquí en mi vida. Mira que me sabe mal, eh, pero le voy a poner una estrella en Google. Miro con agradecimiento al hombre que me acaba de pagar el café.

—Muchas gracias. Toni, ¿verdad? Yo soy Paula. Mañana le doy el dinero a Fina para que te lo devuelva —le digo, mirando a Fina intencionadamente.

—No hace falta —contesta el tal Toni, devolviéndome al fin la mirada y forzando una sonrisa, como si sonreír no fuera algo que hiciera habitualmente. Seguidamente, se dirige a Fina—: Te traigo la licuadora.

—¿Has podido arreglarla?

—Pues claro, ¿con quién te crees que estás hablando? Ponme un quinto, anda —le pide, y yo reparo en cómo Toni me mira de reojo y con curiosidad.

Aunque sigo aquí, con el café con leche a medio terminar, parece que he desaparecido. Que no existo. Que ni Fina, ni Toni, ni los dos hombres sentados a la mesa me ven. Nadie me ve. Así que, discretamente, termino el café, me levanto del taburete y me largo del bar sin decir adiós.

«¿Cuándo ha colocado Fina una campanilla en la puerta? —sigo preguntándome, aturdida, cuando la campanilla suena al salir—. ¿A lo mejor siempre estuvo ahí y nunca me fijé?».

De camino a casa, caigo en la cuenta de que la decoración del bar era ligeramente distinta. No sabría decir, pero creo que estaba más abarrotada que la última vez que estuve ahí, hacía ya un año. Está claro que, durante ese tiempo, las cosas pueden cambiar mucho, incluida Fina, su carácter, y su pésima memoria. Mira que no recordarme y tratarme tan mal… Qué cosas.

Recorro la plaza sin cruzarme con un alma, pero es un gusto caminar al fin por terreno llano y conocido sin que parezca que la niebla me vaya a hacer desaparecer. El olor a leña flotando en el aire me motiva para acelerar mis pasos y llegar al calor del Refugio de Valeria, que atisbo a lo lejos. Hay luz en la planta de abajo, la chimenea está encendida, y dentro me esperan Gael, Carlota y Sami, Laia y Agus, y Montse y su nueva novia irlandesa cuyo nombre en apariencia tan simple, Bríd, por lo visto no sé pronunciar correctamente. La he llegado a llamar *Bird*, *Berd, Brad*… con razón no me mira bien.

En lugar de llamar a la puerta principal, rodeo la casa revestida de piedra gris y decido entrar por la cocina. Durante el día, es la única puerta que dejamos abierta sin necesidad de tener que usar llave. A través de la ventana, veo que Gael está sirviendo cuatro

copas de vino con suma concentración. Me decepciona un poco no percibir ni un atisbo de preocupación por mí cuando he estado fuera de casa, desorientada en el bosque, a la intemperie y en peligro, durante más de cuatro horas. Pero da igual, lo importante es que por fin he llegado, que en un par de días volveremos a nuestra rutina en París, y que me muero de ganas de decirle que nuestra vida está a punto de cambiar, porque en unos meses seremos tres.

CAPÍTULO 4

PAULA

Entro en la cocina sin que se me haya pasado el frío y el terrible dolor de cabeza, pero me siento feliz de estar aquí después del mal rato que he pasado. No quiero ni pensarlo, pero si hubiera elegido el camino de la derecha, todavía estaría perdida en el bosque, y nadie con dos dedos de frente querría terminar en el barranco, donde corren historias de lo más perturbadoras. Algo tan simple como elegir izquierda o derecha te puede cambiar la vida. Doy fe. Le dedico a Gael una amplia sonrisa. Me da la sensación de que llevo años sin verlo, y lo único que quiero ahora es que pasen rápido estos dos días y regresar a casa.

—¡Ya estoy aquí! —le digo.

—Ey, Paula. Hace frío, eh. ¿Una copa de vino?

Con disimulo, me acaricio el vientre, pero Gael no se percata de ese gesto que dice mucho de lo que nos espera en un futuro próximo. ¡Vamos a ser papás! ¿Será niño o niña? ¿Qué nombres le gustan a Gael? ¿Qué cara pondrá cuando le diga que estoy embarazada? ¿Espero a París, a esta noche, o le suelto la bomba ya?

—No, no me apetece —disimulo, acercándome a él para darle un abrazo, pasando el brazo por su cintura con cuidado de no provocar que se le caiga la botella de ribera.

—Paula…

En lugar de estrecharme entre sus brazos, los abre, como si fuera a echar a volar o no quisiera ni rozarme.

¿Qué le pasa?

Confundida, levanto un poco la cara para darle un beso en los labios, pero él se aparta apresuradamente y con cara de espanto, y yo me fijo en que la barba le ha crecido un montón en cuestión de horas.

—¿Pero qué te pasa, Gael?

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué te pasa a ti? —replica con nerviosismo.

—¿Que qué estoy haciendo? ¿Abrazar a mi marido?

Gael me dedica una mirada distante y vacía, cargada de indignación y rechazo. Es la mirada que yo le dedicaría a un desconocido que intenta sobrepasarse conmigo. A continuación, sacude la cabeza, como si no se creyera del todo lo que acaba de ocurrir, coge las cuatro copas de vino, dos en cada mano sujetándolas por el tallo, y sale de la cocina.

Un regusto amargo trepa por mi garganta. Menuda broma de mal gusto. ¿A qué está jugando? ¿Dónde están las cámaras? Será gilipollas, con lo mal que lo he pasado, que pensaba que no saldría nunca del maldito bosque.

Gael cruza el pasillo y gira a la derecha, directo al salón, desde donde me llegan las voces de mis amigos. Visualizo el jersey que Gael llevaba puesto. No me he fijado en los tejanos, pero ese jersey grueso, granate y de lana que acabo de rozar durante el confuso y breve instante que Gael me ha permitido… ¿De dónde ha salido? Él

no tiene ninguna prenda de color granate, conozco su armario tan bien como el mío.

Siento un repentino mareo, puede que del embarazo, que me obliga a apoyarme en el borde de la encimera. Aparece Carlota con las mejillas rojas, seguramente de llevar mucho rato delante de la chimenea encendida.

—Paula, ya has vuelto. A ver si nos animamos y salimos, pero con el frío que hace… no sé yo. Se está mejor en casa, calentitos con la chimenea.

Y a nadie le ha preocupado que haya tardado tanto en regresar. Ya de noche y con este frío, tal y como acaba de decir Carlota…

—Agus me estaba diciendo que tenemos que volver a Cadaqués en verano e ir a tu restaurante, que el cocinero que tienes es fantástico y bastante famoso. He oído maravillas de él y además lo sigo en Instagram. ¿Cómo lo conseguiste? Pero en fin, ahora viviendo en Madrid y entre el trabajo y una cosa y la otra…

Espera, ¿qué?

¿Que Carlota vive en Madrid? Carlota vive en Barcelona, no en Madrid. ¿Qué está pasando? ¿Y qué es eso de mi restaurante y el cocinero famoso? El restaurante sigue siendo de mis padres, no mío, yo vivo en París con Gael y regentamos cuatro cafeterías, no el restaurante de Cadaqués.

—Ajá… —asiento aturdida. La cabeza me da vueltas y aun así, soy capaz de retener lo que Carlota acaba de decir: ¿He entendido Agus? ¿Qué tiene que ver Agus con ella? Carlota está con Sami, ¿por qué no ha dicho Sami?—. ¿Querrás decir con Sami, no? —la corrijo, pasando por alto la tontería de que vive en Madrid y no en Barcelona. Es que no tiene ningún sentido, es como si de repente habláramos idiomas distintos.

Carlota frunce el ceño.

—Oye, ¿te encuentras bien? —me pregunta preocupada.

—Sí, es solo que… ¿Por qué has dicho con Agus y no con Sami? —insisto, escudriñando su gesto por si esto se trata de una broma con cámara oculta o algo.

—Porque Agus es mi pareja, Paula. ¿Quién es Sami?

¡¿Cómo que quién es Sami?!

¡¿Y cómo que Agus es tu pareja, si hace diez años que Agus está con Laia?!

—Pero si Sami está aquí, sois pareja desde hace un montón de años, Carlota. Ayer vino contigo… se quejó de las curvas… Sami… él…

La cabeza me va a estallar. Estoy confusa, no entiendo nada. Y lo peor es cómo me mira Carlota, como si estuviera chiflada y lo que le acabo de decir no tuviera ningún sentido. Una mirada así no se puede fingir.

—Tienes… ¿Paracetamol? ¿Aspirinas? ¿Algo para el dolor de cabeza? —le pido, cambiando de tema y conteniendo una náusea.

Me empiezo a encontrar fatal. Pese a que aseguraría que aquí dentro se está caliente, y la prueba más inmediata que tengo es que Carlota lleva una camisa fina con escote de pico y las mangas arremangadas hasta los codos, el frío del exterior se me ha instalado en los huesos y se niega a desaparecer.

—Algo tengo en el bolso, seguro. Está en el salón, vamos. —Carlota me agarra de la mano, me estremezco con el contacto—. ¡Madre mía, pero qué fría estás! A ver si con la chimenea entras en calor.

Carlota, que dirige mis pasos, me conduce hasta el salón, donde todos, pero no todos los que yo creía, están sentados frente al fuego.

Laia.

Agus.

Ni rastro de Sami.

Montse y su nueva novia, Bríd, *Berd*, *Bord, Bid,* o cómo demonios se pronuncie.

Y Gael. Gael con barba y un jersey granate que no he visto en mi vida, abrazado a Valeria. Valeria diez años mayor a cómo mi memoria la había retenido. Sigue igual de guapa. Siempre fue la más guapa. Sin embargo, ahora se presenta ante mí una versión elegante y refinada muy distinta a la chica alocada que fue diez años atrás, cuando desapareció. Tiene los pómulos más marcados, la nariz más afilada, los ojos algo más pequeños pero igual de azules… ese azul acero que tantas veces envidié, comparándolo con fastidio con mis comunes ojos color miel.

En otras circunstancias, me pondría hecha una furia al ver a mi marido abrazado a otra. Pero es que la situación es tan turbia y confusa y yo me encuentro tan mal, que no soy capaz ni de enfadarme.

Porque la mujer que está a su lado está muerta.

No puede ser, no puede ser, no puede ser…

Esto tiene que ser una pesadilla, una alucinación… no puede ser real, es imposible.

Valeria desapareció hace diez años en Cadaqués.

Era una noche de verano, hacía mucho calor y había luna llena.

Valeria está muerta.

Lo sé porque yo la maté.

CAPÍTULO 5

GAEL

«Come, tienes que comer, que te vas a enfermar.

Hay que seguir adelante.

Llora, llora todo lo que necesites, pero no te rindas.

Tan joven, pobre… un ejemplo más de que todos tenemos escrito nuestro día, hay cosas que suceden así, sin más, y son inevitables.

Paula no querría verte mal. Exacto, Paula quiere que seas feliz y te cuidará desde donde esté, seguro que en un lugar mejor que este.

Gael, ahora tienes que vivir por los dos, ¿me oyes? Vive por los dos».

Que viva por los dos, dicen. No tienen ni puta idea. Íbamos a ser tres. Estaba embarazada de seis semanas. Paula estaba embarazada y no tuvo tiempo de decírmelo. ¿Lo sabía? ¿Y si lo sabía, por qué no me lo dijo al momento? ¿Quería preparar algo especial? ¿Estaba esperando el *momento perfecto*?

Ella no quería ir a Oturia. Decía que no tenía ningún sentido, que ya no teníamos nada que ver con los que un día fueron nuestros amigos de juventud. Aquellos veranos interminables en Cadaqués

formaban parte del pasado. ¿Presentía que algo malo iba a ocurrir? ¿Por qué salió, joder, por qué tuvo que meterse en el bosque, ese bosque maldito del que se cuentan tantas historias raras?

Tendría que haber insistido más en que no saliera.

O debería haber ido con ella… jamás me perdonaré haberla dejado sola.

Paula me encantaba. Me encantó desde la primera vez que la vi. Ella vivía en Cadaqués, donde yo veraneaba con mis padres desde que en 2002 se compraron la casa. Agus, que la conocía desde que tenían diez años porque sus padres eran amigos, nos presentó cuando ella tenía dieciocho años y yo veintiuno. Paula siempre iba con Valeria, eran inseparables. Carlota empezó a tontear con Sami, que enseguida se integró en el grupo. Era el primer verano que Sami venía a Cadaqués desde Barcelona a trabajar en un chiringuito de la playa y ahorrar para la universidad. Laia y Agus no se soportaban y nadie vio venir que la noche anterior a la desaparición de Valeria se enrollaran y al regresar a Barcelona formalizaran su relación. Montse siempre fue a su rollo. Estaba obsesionada con Irlanda, creía en la existencia de vidas pasadas y aseguraba que, en su anterior reencarnación, había nacido allí. Aunque va bastante a Barcelona a visitar a sus padres, cumplió su sueño de vivir en Irlanda, donde cada mujer que conoce es el alma reencarnada de un antiguo amor. Manu, el hermano de Paula, se nos acopló porque no tenía amigos, pero siempre fue un poco raro y acabó como acabó… Y después estaba yo, que por aquel entonces no tenía un duro, mi padre me había cerrado el grifo, y me gasté los pocos ahorros que tenía en el restaurante de los padres de Paula solo para verla.

Sofía y Joaquín, los padres de Paula, han envejecido veinte años desde que han enterrado a su hija. Una hija muerta y un hijo en la cárcel. Un combo difícil de gestionar. Por eso he regresado a Cadaqués, donde empezó todo. Empezó el enamoramiento y las risas y las locuras de juventud, pero también fue el inicio de algo

más turbio. Hubo lágrimas y confusión, noches en vela, dolor y culpa. Culpa porque nosotros hemos seguido con nuestras vidas sin saber qué fue de Valeria. Esa culpa nos ha perseguido siempre. Supongo que por eso, cada 31 de octubre por la tarde desde hacía siete años, los amigos que ya no son tan amigos nos volvíamos a reunir durante un par de días *en honor a Valeria* en la casa rural que sus padres tienen en Oturia. Nos enviaban una invitación por correo postal. La primera vez fue en plan, vaya, qué detalle, pues ¿por qué no? Vamos. Tenía su gracia. Pero siete años después se había convertido en una tradición incómoda y muy molesta que desbarajustaba los planes de todos.

—Esto cada vez tiene menos sentido, Gael… ¿Y si no vamos? —me había dicho Paula un par de días antes de emprender el viaje a Oturia, cuando todavía estábamos en París, donde teníamos una vida perfecta y éramos felices. Regentábamos cuatro cafeterías, nos había ido bien, y estábamos pensando en abrir una quinta. Ya teníamos una en el elegante distrito XV, nada mal, otra en el distrito VII, en una avenida amplia a pocos metros de distancia de la Torre Eiffel, y las otras dos en Saint Germain des Prés, el distrito VI. Paula buscaba local en el distrito XVI, el más rico de París.

Nada de eso importa sin ella.

Ahora tengo que estar al lado de los padres de Paula. Así la siento un poco más cerca. Voy a consolarlos y a intentar cuidarlos como estoy convencido de que Paula querría, *porque, míralos, Gael, mira que solos y tristes se han quedado*, y así, si acaso es posible, redimirme de la culpa que me asfixia.

CAPÍTULO 6

PAULA

—Tengo que salir de aquí —digo en voz alta sin poder apartar la mirada de Valeria.

Toda la atención está puesta en mí, pero no para bien, porque me miran mal, me están mirando como si me hubiera vuelto loca.

Y sí, creo que estoy un poco loca.

Tiene que ser un fantasma.

«Valeria está muerta. Muerta. Muerta. Muerta», me repito.

Lo que no me cuadra, es por qué Gael la está abrazando. Es… es como si Valeria me hubiera robado la vida. Pero ¿cómo? ¿Cuándo ha ocurrido? ¿Estoy soñando? Tiene que ser eso. Un sueño. Una pesadilla de la que me urge despertar.

Tengo ganas de llorar. Y me ahogo. Me estoy ahogando. Siento que soy incapaz de transportar aire a mis pulmones y que, si sigo dentro de esta casa, con Valeria delante de mí metiéndole mano a Gael como si llevara haciéndolo toda la vida y yo ya no tuviera ese derecho, voy a enloquecer.

Empujo a Carlota, que intenta detenerme:

—¡Es tarde y hace mucho frío, Paula! ¡No salgas!

—¿Pero a esta qué le pasa? —alcanzo a oír a Montse. Siempre fue brusca, pero nunca se había dirigido a mí con ese desprecio.

Abro la puerta y salgo al frío exterior.

El corazón me va a mil.

El cielo es como de terciopelo azul oscuro, y la luna luce asombrosamente blanca, rodeada por un halo pálido de escarcha.

No pienso volver al bosque. Tampoco al bar, porque sigo sin llevar encima la cartera y Fina ha sido muy borde. Me dirijo a la plaza sin nombre con el olmo centenario seco y, sin importarme que esté mojado, me siento en el único banco que hay a llorar y a procesar lo que está ocurriendo, si acaso puede procesarse algo tan ilógico. Porque está claro que algo raro ha pasado mientras estaba en el bosque, ¿pero el qué? ¿Qué locura es esta? La vida que conocía no puede cambiar en solo cuatro horas, ¿no? Quizá el golpe que me he dado me ha afectado más de lo que pensaba y, cuando vuelva a casa, Gael, *mi Gael* y no ese desconocido que me ha apartado como si tuviera la peste, me esté esperando muerto de preocupación.

Me acaricio el vientre.

Aprieto los párpados con fuerza para que, al abrirlos, todo vuelva a ser como antes, hasta que un espejismo de protozoos luminosos explosiona en un cosmos de negrura. Y lloro. Sigo llorando de impotencia porque no entiendo nada. ¿Dónde estoy? ¿En qué especie de mundo, similar al mío y al mismo tiempo distinto, estoy? ¿El bebé que espero de Gael sigue dentro de mí? ¿O ese rayito de felicidad también ha desaparecido? Todo es igual y, al mismo tiempo, no lo es. No, miento, nada es igual a cómo lo conocía o a cómo lo he dejado hace escasas cuatro horas cuando he ido a dar un paseo por el bosque… el maldito bosque.

La cabaña.

La mujer sin rostro…

Su mano en mi espalda. La caída.

¿Qué me ha hecho?

Me llevo las manos a la cabeza y balanceo mi cuerpo de adelante hacia atrás para intentar liberarme del estrés. Me he vuelto loca. O he sufrido un accidente, estoy en coma, soñando con una vida que pudo haber sido, porque sí, Valeria podría seguir viva si no me la hubiera cargado, y Gael, en lugar de enamorarse de mí, podría haberse enamorado de ella durante aquel verano de 2014 en Cadaqués. ¿Pudiéndola tener a ella, por qué elegirme a mí? Es posible que Gael se quedara conmigo porque Valeria «desapareció». Ella también bebía los vientos por Gael, aunque… En fin. Yo no quería problemas. Al principio, antes de la catástrofe que me empujó a hacer lo que hice, no quería perder a la que consideraba mi mejor amiga, y al final todo fue más complicado que la previsión de perderla por un chico, por muy especial y guapo que Gael me pareciera.

Me da por acordarme de una tarde de aquel verano de 2014 en la que se puso furiosa porque, al salir del agua, me senté en la arena al lado de Gael. Nos vio divertidos, hablando… Después me dijo que, si me liaba con él, me dejaría de hablar, y yo le respondí que se lo quedara, que me daba igual y que tampoco me gustaba tanto. A ver, éramos unas niñatas consentidas. ¿Quién me iba a decir en aquel momento que, dos días después, me enfrentaría a algo terrible que me empujó a matarla con una violencia desmedida que, pese a la rabia que le tenía, nunca he sabido a ciencia cierta de dónde nació?

Como si el demonio, por un instante, se me hubiera metido dentro…

—Y ahora… ahora parece que nada de eso ocurrió y lo he perdido todo —musito, con la vista clavada al frente, y es que así es como me siento, como si hubiera perdido una parte importante de mi vida.

Las lágrimas me emborronan la visión.

La plaza está a oscuras salvo por la luz macilenta que arroja una vieja farola que me sorprende que funcione, y, tras un arco, se intuyen dos callejuelas. Descendiendo por ambas se accede al bosque, el lugar donde ha empezado esta pesadilla de la que necesito despertar para recuperar mi vida. Para que todo sea como antes. En el callejón de la derecha se encuentra el bar de Fina. ¿Seguirá abierto?

Izquierda o derecha…

Derecha o izquierda…

Así empezó todo, bajando por el bosque más de lo que debía, y desorientándome al caer la noche. A mi alrededor había niebla, mucha niebla, y después… después *vi algo*. En la cabaña a orillas del río en la que jamás tendría que haberme detenido, vi a una mujer, aunque no era más que una silueta sin rostro.

—¡Ey! —Levanto la cabeza en dirección a la procedencia de la voz del hombre que acaba de interrumpir mis pensamientos. Tardo un poco en reconocerlo, pues está apoyado en el marco de la ventana y el contraluz lo reduce a una sombra, una silueta recortada—. Soy Toni, nos hemos visto antes en el bar. ¡Sube!

¿Ha dicho que suba?

Me retuerzo las manos. Al principio dudo y miro a mi alrededor con inquietud. En la plaza hay un total de cinco casas apiñadas y solo hay luz en un par, una de ellas es la de la ventana donde sigue asomado Toni, el hombre que me ha pagado el café en el bar de Fina, esperando a que me decida.

Siento que no tengo nada que perder. Que ya lo he perdido todo. Que, si Toni resultara ser un asesino en serie que está pensando en matarme y descuartizarme, no pasaría nada. A nadie le importaría.

En un momento de lucidez, me llevo la mano al bolsillo del abrigo, de donde saco un móvil que no reconozco. Es un iPhone 14 en lugar del iPhone 16 que compré hace dos meses en Andorra. Además, la funda no es de color negro como la que adquirí en Amazon, sino amarillo limón. Recuerdo no tener batería en el móvil, pero este sí está cargado y se enciende al reconocer mi cara. Lo primero que hago es darle clic al icono de Instagram, pero no hay cobertura, así que la página no puede actualizarse ni me deja entrar en mi perfil. Voy a entrar en la aplicación de WhatsApp, cuando Toni, que no se ha movido de la ventana, repite con impaciencia:

—¿Subes o qué?

Bueno, pues ya cotillearé el contenido de mi móvil más tarde, decido, con la esperanza de que Instagram me dé una pista de quién soy, qué hago, dónde vivo… Porque está claro que lo que recuerdo no existe o lo que estoy viviendo no es real o, tal y como he pensado antes, mi cuerpo está en coma y esto es una especie de alucinación o sueño o… Es un caos, eso es lo que es. Es… es como si un enorme agujero se hubiera abierto bajo mis pies y esté a punto de caer en un abismo del que no hay salida.

Valeria está viva. Y está con Gael. Carlota no está con Sami, sino con Agus. ¿Dónde está Sami? Y Laia… pues no sé, Laia parece haber venido a Oturia sola y, claramente, no está con Agus. La única relación que no ha cambiado es la de Montse con Bríd, *Berd, Bord*, o como sea que se llame la irlandesa. La casa rural debe de seguir siendo propiedad de la familia de Valeria en este mundo distinto al que yo conozco y en el que, no sé cómo, he acabado. Por muy descabellado que sea, no le encuentro otra explicación. Lo único bueno de todo esto —sea lo que sea *esto*—, es que no he acabado en un mundo apocalíptico y que no he cometido ningún asesinato, al

menos que recuerde. Pero haber visto a Gael con Valeria y sospechar que mi vientre está hueco, me está matando. ¿Y si me he confundido? ¿Y si la mujer que estaba con Gael se parecía a Valeria pero no era Valeria? Nadie puede regresar de entre los muertos. Por un momento, me planteo salir corriendo hacia la casa rural para comprobar si se trata de Valeria o no. Pero Toni ha bajado y me está esperando en el quicio de la puerta.

Cuando me levanto, casi tengo que volver a sentarme porque me asalta un mareo y me tiemblan las piernas.

Estoy como para salir corriendo hacia la casa rural…

Consigo avanzar con paso vacilante hasta la puerta pintada de azul del número 2 de la plaza. Toni me invita a pasar, mirándome con lástima. Por un momento, parece que me puede leer los pensamientos. No lo conozco de nada, es la primera vez que lo veo, y, sin embargo, siento que estamos conectados, que hay algo que nos une, pero no sé el qué.

—Vaya, tienes mala cara. Te ha pasado, ¿verdad? Cuando has conseguido salir del bosque, parte de tu mundo, el que conocías y el único que recuerdas, ha cambiado casi por completo —me dice con una contundencia que me estremece.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque también me pasó a mí.

CAPÍTULO 7

GAEL

No paro de escuchar lo mismo una y otra vez: «No puedo creer que Paula esté muerta».

Joder, ni yo.

Aún, como un imbécil iluso, tengo la esperanza de que aparezca y me diga que todo ha sido una broma de mal gusto. He perdido la cuenta de las veces en las que sus padres y yo nos hemos sentado en el sofá a llorar. Juntos. Como si por compartir la misma herida se soportara un poco mejor la ausencia y el dolor.

—Por lo menos estamos juntos en esto —musita Sofía sin fuerza en la voz. A duras penas es capaz de levantarse de la cama.

No lo soporto más. Si el infierno existe, debe de ser esto. Echo mucho de menos a Paula. La veo por todas partes. Todo es mejor cuando duermo porque no siento nada; sentir me agota. Podría alojarme en la casa que mis padres tienen en Cadaqués y visitar a los padres de Paula en lugar de estar con ellos las veinticuatro horas del día. Pero no lo digo. No me atrevo.

Entro en la habitación de Paula, donde dormiré los próximos días. La estancia se ha quedado congelada en el tiempo: paredes pintadas de rosa, peluches infantiles, pósteres de sus ídolos de la adolescencia, libros juveniles…

Dejo la maleta en un rincón del armario como si no quisiera ocupar un espacio que siento que aún le pertenece a Paula, a la Paula de dieciocho años de la que me enamoré. Seguidamente, dejo atrás la habitación y bajo las escaleras sin hacer ruido. Necesito salir a dar una vuelta, que me dé un poco el aire. Los padres de Paula no se darán cuenta de que me he ido un rato. Parecen zombis. Como si Paula se hubiera llevado sus vidas con ella.

En invierno, Cadaqués es gris y solitario, algo que ahora mismo agradezco. Nada que ver con la luz y la alegría que desprende en verano, con sus calles y sus playas llenas de gente. Desciendo por sus callejuelas estrechas flanqueadas por casitas blancas, la mayoría propiedad de veraneantes que solo vienen a disfrutarlas cuando llega el buen tiempo. Evito mirar los carteles desvaídos con los que me voy cruzando con la fotografía de una Valeria que se quedó anclada en los diecinueve años. Su cara apenas se distingue debido a las inclemencias del tiempo. No son los mismos carteles que colgamos entre familiares y amigos hace una década, claro. Estos son un poco más recientes. Y es que sé que cada vez que los padres de Valeria vienen a Cadaqués, se dedican a seguir colgando carteles en fachadas, comercios y farolas, como un recordatorio de que en los lugares más luminosos y bonitos, también ocurren cosas malas.

Paula nunca pudo superar la desaparición de Valeria, su mejor amiga pese a la competitividad que era evidente que había entre ambas. Con el tiempo, Paula dejó de hablar del tema. Lo esquivaba diciendo que dolía demasiado. Ahora las imagino juntas allá donde vayan las almas cuando el cuerpo se apaga.

Llego a la playa y me siento sobre la arena a contemplar el atardecer, el momento favorito de Paula. El sol desciende en el horizonte y el cielo adquiere tonalidades doradas, naranjas y rosadas que se funden con el mar.

Y entonces, vuelvo a tener veintiún años y ella dieciocho. Paula está llena de vida. Lleva el cabello largo, suelto y enmarañado. Toda

ella huele a salitre y a aceite de coco, y a mí me entran ganas de besar cada centímetro de su piel tostada por el sol. El color miel de sus ojos ha adquirido tonalidades verdosas, tiene la cara salpicada de pecas, y la veo salir del agua y correr hacia mí.

***

Cadaqués, verano de 2014

Paula y yo aún no éramos nada, pero estábamos destinados a serlo todo.

Desde que ese verano Agus nos había presentado, me costaba encontrar un momento para quedarme con ella a solas, y eso que lo buscaba, pero, por una cosa u otra y por más empeño que le pusiera, no había manera.

Cuando iba a comer al restaurante de sus padres, que era bastante a menudo pese a mi pobre cuenta bancaria, estaba demasiado atareada como para prestarme atención. No solo Agus, Carlota, Montse, Laia, o el rarito de Manu, su hermano, estaban constantemente pululando a su alrededor. Valeria, que no me quitaba ojo de encima, no se separaba de ella. Tuve que preguntarle a Agus si eran novias, porque eran como imanes. Además, Valeria siempre estaba cerca de Paula en una actitud que me parecía de lo más dominante.

—Qué va, tío, no son novias. Lo que pasa es que Valeria puede ser un poco… —dudó Agus.

—… absorbente, ¿no? —encontró la palabra Sami, que, aun sin conocer a Valeria porque era el primer verano que pasaba en Cadaqués, la caló desde el principio.

—Ey, pero *tranqui*, tío, que nosotros te ayudamos a encontrar *el momento* —añadió Agus entre risas.

—¡Claro, cuenta con nosotros! —se animó Sami.

Vaya dos.

Nos pasábamos el día entero en la playa. En los catorce días que llevaba en Cadaqués, intentando olvidar que el verano pasa rápido y que en unas semanas tendría que volver a Barcelona y retomar mi «apasionante» carrera de Economía y Finanzas, Paula y yo no habíamos cruzado más de tres frases seguidas. Era desesperante querer hablar con ella, conocerla más, y no encontrar el momento.

Pero esa tarde, con el sol a su espalda y el cielo teñido de rojo, se sentó a mi lado, mientras Valeria se quedó en el agua.

Recuerdo pensar que *el momento* no se busca. *El momento* te encuentra.

—¿Qué lees? —me preguntó Paula, enérgica, sentándose a mi lado.

—*Misery*. Stephen King —conseguí decir, no sin antes echarle un ojo a la cubierta. Solo fingía leer. La verdad es que no había podido dejar de mirar a Paula en todo el rato: mientras se adentraba en el mar con los brazos abiertos como si pudiera volar, cuando estaba nadando o riéndose con Valeria…

—¿Te gusta el terror?

—Para nada —me reí—. Pero he encontrado el libro por casa y… ¿A ti qué te gusta leer?

—De todo, pero me encanta la novela romántica, y, si hay algún viaje en el tiempo de por medio, mejor —contestó pizpireta,

llevándose una mano al pecho de manera teatral—. Oye, ¿por qué no te bañas? El agua está buenísima.

—Ya no me apetece. A partir de las cinco de la tarde se me quitan las ganas de meterme en el agua.

—¡Pero si es la mejor hora! Es cuando el agua está más calentita. Entonces, eres de los que no se meten en el mar cuando cae la noche.

—Nunca me he metido en el mar de noche —reconocí.

Paula abrió mucho los ojos, esos ojos color miel que se volvían verdes cuando los destellos del sol le daban de frente, como si fuera inconcebible para ella que alguien no se hubiera bañado nunca en el mar de noche.

—Eso no puede ser, Gael. Tú y yo, antes de que acabe el verano y vuelvas a Barcelona, nos meteremos en el agua de noche —propuso, levantando el dedo meñique para entrelazarlo con el mío a modo de promesa.

Me volví a reír. Entrelazamos nuestros dedos meñiques mirándonos fijamente a los ojos. Fue la primera parte de su cuerpo que toqué y un cosquilleo se apoderó de mi vientre. Le dije:

—Vale.

Le habría dicho «Vale» a cualquier cosa que me hubiera pedido.

—Y…

Se calló de golpe. No pudo seguir. Las palabras se quedaron flotando en el aire. Valeria, que acababa de salir del agua, se plantó frente a nosotros, mirándonos severamente como si estuviera mal que Paula y yo nos hubiéramos puesto a hablar. Recuerdo cómo todo

el cuerpo de Paula se tensó, emitió un suspiro, su mirada se perdió lejos de mí, y su sonrisa se esfumó.

Tres noches después, Valeria desapareció. Se la tragó la tierra. No se volvió a saber nada de ella. Fue lo mejor que me pasó.

CAPÍTULO 8

PAULA

—Has muerto —sentencia Toni, ofreciéndome una aspirina y un vaso de agua sin que yo se lo haya pedido.

Desde que he conseguido salir del bosque, todo ha sido tan surrealista, tan sumamente extraño, que ni siquiera me impacta que me diga que he muerto.

Porque sí, es posible que una parte de mí haya muerto al ver a Valeria viva y con Gael, quien me ha rechazado en la cocina como si le diera asco, como si jamás me hubiera mirado haciéndome sentir la mujer más afortunada. Es como si aún pudiera sentir sus besos y sus caricias en mi piel pero al mismo tiempo esa suerte no me perteneciera. Una parte ingenua de mí todavía piensa que Gael me está esperando en casa, pero eso no sucede, no *aquí*, no *ahora*. Hace solo cinco horas que me he despedido de él, y, durante ese breve espacio de tiempo, en apariencia tan ínfimo, un tsunami me ha pasado por encima. No recuerdo haber muerto. Me siento viva. Es confuso. Yo era de las que creía que, al morir, no había nada. Solo oscuridad. Que te enterraban o te incineraban y ya está, ahí acababa todo. ¿Pero esto? ¿Cambiar de mundo? ¿De dimensión, de plano, de realidad, de versión, de línea temporal o como cada uno lo quiera llamar? Como en esa película que vi hace años protagonizada por Gwyneth Paltrow en la que vive dos realidades distintas desde el momento en que una versión de ella pierde el metro y la otra se

sube a él. Tengo el título en la punta de la lengua… No me sale. Da igual.

Esto sí que no me lo esperaba. Me siento estafada. Toda la vida creyendo que después de morir no hay nada y ahora resulta que la muerte, de alguna manera que aún no logro entender, *no existe.*

Además, Toni, que está respetando mi extenso silencio, me acaba de decir que he muerto con tanta seriedad y seguridad, que casi me lo creo, y entonces me echo a reír a causa de los nervios y la multitud de pensamientos que se agolpan en mi cabeza, a cual más confuso.

—Tienes que estar de broma —le digo al cabo de un rato.

Estoy completamente rota. La risa nerviosa de hace un momento se desvanece. Me duele demasiado la cabeza como para llevarle la contraria al hombre que tengo delante. No tengo fuerzas. Me llevo la aspirina a la boca, bebo un poco de agua y me la trago, esperando que haga efecto pronto.

—Estoy hecha una pena y fría, muy fría, soy incapaz de quitarme el frío del cuerpo, pero estoy… joder, sí, estoy fría como una muerta, pero, por otro lado, estoy viva, me siento viva… —le digo, sin poder ocultar la ansiedad que se me ha instalado en el pecho—. Respiro, veo, siento… y solo tengo ganas de llorar. Los muertos no lloran.

Toni asiente como si me comprendiera y se acomoda en un sillón orejero que queda al lado del sofá donde me he sentado yo. Nos volvemos a quedar en silencio. Dejo el vaso de agua en la mesita de centro, me tiembla tanto la mano que casi se me cae al suelo, y clavo la vista en los troncos ardiendo en la chimenea. El vaivén del fuego me resulta hipnótico, pero sigo sin poder entrar en calor. Gracias a la calma del momento, me acuerdo del título de la película protagonizada por Gwyneth Paltrow sobre dos realidades distintas: *Dos vidas en un instante*. Pero en la película ninguna versión de la protagonista moría para experimentar dos líneas temporales con

claras diferencias. Claro que ella era una buena persona, no una asesina como yo.

—El frío te durará un par de días —rompe el silencio Toni—. El dolor de cabeza… eso es más complicado. Paracetamol cada ocho horas. Aspirinas. Ibuprofeno. Lo que pilles. Al menos te aliviará un poco. Y no, no es ninguna broma, Paula. He visto cómo le hablabas a Fina. Como si la conocieras. Pero ella no te conocía a ti, no en este mundo. Has muerto —repite en un murmullo, como para que me quede claro—. En la línea temporal que tú recuerdas, has muerto en el bosque de Oturia y, cuando eso ocurre, despiertas en una realidad alternativa. Si algo he aprendido en estos años, es que solo nos ocurre a los que tomamos una pésima decisión en la vida que dejamos atrás y se nos ocurre adentrarnos en el bosque y bajar hasta la cabaña de la bruja.

Trago saliva con fuerza, porque tiene todo el sentido.

«Solo nos ocurre a los que tomamos una pésima decisión en la vida que dejamos atrás. Una pésima decisión…».

¿Cuántas veces me arrepentí de lo que hice? ¿Cuántas veces me odié por la manera en que actué? ¿Cuántas veces deseé volver al pasado para cambiarlo? Pero, por otro lado, ¿cuántas veces pensé que la vida sin Valeria era mejor, pese al miedo constante de que el día menos pensado mi secreto dejara de estar a salvo y fuera descubierto?

—Dices que también te pasó a ti. ¿Qué mala decisión tomaste tú? —me atrevo a preguntar, interesada de verdad en su historia. No debe de tener más de cuarenta años, y parece tan triste, tan deshecho y perdido como yo. Y eso me hace sentir menos sola. No estoy sola. Tampoco me he vuelto loca. Lo que me ha pasado tiene una explicación, no muy sensata, pero explicación al fin y al cabo. Después de todo, me conformo con que haya alguien dispuesto a contarme lo que me ha pasado.

—¿Y tú? ¿Qué hiciste tú?

«Matar a sangre fría a mi mejor amiga».

Obviamente, no respondo.

—Imagino que algo muy malo —adivina Toni, sacudiendo la cabeza, probablemente por esa *mala decisión* que nos ha hecho saltar de un mundo a otro sin que me haya enterado de que, de alguna manera, he muerto. Pero, si he muerto en ese otro mundo, que es el único que recuerdo, ¿cómo estará Gael? ¿Cómo estarán mis padres? Fatal, imagino que fatal… un hijo en la cárcel y una hija muerta. Dios, menudo combo… Es horrible. ¿Cómo se lo habrá tomado mi hermano? ¿Se lo habrán dicho?

Toni se levanta y, con calma, coge un cigarrillo del paquete de tabaco que hay encima de la repisa de la chimenea. Lo enciende, le da una calada y expulsa el humo con lentitud. Su expresión se vuelve sombría y triste mientras me revela su verdad:

—Yo maté a mi mujer.

Silencio. Un silencio denso y asfixiante que me hiela la sangre, como si de repente la estancia estuviera invadida de fantasmas. ¿La luz se ha atenuado o solo me lo parece a mí? ¿Ha parpadeado la bombilla pelada que hay sobre una vieja mesa de madera? ¿Y si estoy delante de un asesino? No sería la primera vez. Y la casa donde vive está tan vacía… el entorno es de lo más deprimente.

—Sábado, 25 de marzo de 2017. Salimos de fiesta, bebí más de la cuenta… Yo no le dejaba mi coche a Elisa, mi chica. No se lo dejaba porque un día, aparcando, chocó contra la columna del parking y me lo abolló. Discutimos. Lo último que recuerdo es que ella lloró. Iba tan borracho, que no me di cuenta de que me pasé al carril contrario y de que venía un coche de frente que me cegó con los faros y después… después me desperté en una cama de hospital. Me dijeron que Elisa había muerto en el acto. Y que la pareja del

coche contra el que impactamos también murió. Maté a tres personas por mi mala cabeza, destrocé las vidas de sus seres queridos. Es, por desgracia, una historia bastante común. Soy o fui un kamikaze. Un asesino por tomar la mala decisión de conducir borracho.

»Antes de que me sentenciaran a menos años de prisión de los que merecía, me escapé del hospital, donde no creyeron necesario ponerme vigilancia. Y entonces, vine aquí, a Oturia, por las leyendas. Dicen que el bosque de Oturia te cambia la vida. O que la soledad te enloquece. Que el tiempo se detiene. Que hay quienes desaparecen porque en el barranco hay un agujero de gusano que te hace viajar en el tiempo. Cuentan que, si te adentras demasiado en las profundidades del bosque, es posible que te desorientes y te ocurra cualquier cosa sin explicación. Eso era lo que yo buscaba, Paula… Desaparecer de la ruina que me había buscado. Cambiar, de alguna manera, lo que hice o, al menos, sentir que lo había cambiado. Desafiar al tiempo y aterrizar en un lugar nuevo donde Elisa no hubiera muerto, esa pareja siguiera existiendo, y yo no fuera un asesino. Y también necesitaba un poco de magia que sustituyera el dolor, aunque no fuera magia de la buena. Aunque esa magia me matara. Porque Elisa había muerto y yo ya no tenía nada que perder.

»El mismo día que llegué a Oturia, me adentré en el bosque. Siguiendo las indicaciones de Fermín, un vecino que conoce el bosque de Oturia como la palma de su mano, descendí hasta la cabaña de la bruja. Me advirtió que no fuera hasta allí, que no era buena zona, que habían pasado cosas raras… Lo que se calló, porque dicen que da mal fario, es que ahí había muerto gente. Que, durante años, siglos, tal vez, en ese punto aparecieron muchas personas sin vida. Pero eso era lo que yo quería… que me ocurriera algo insólito. Una tragedia. Morir. Yo quería morir. Al llegar a la zona de la cabaña a orillas del río, la vi. Vi la silueta de una mujer encorvada. No tiene rostro. Creo que carece de alma, pero reconoce a las que son corruptas como tú y como yo, y no tiene piedad con

ellas. Cuando sigues adelante, te asalta un terror espantoso. ¿Tú lo sentiste?

Asiento con el corazón encogido, viéndome reflejada en todo lo que me está contando.

—Quieres huir —continúa—. Pero su mano se posa en tu espalda, te paraliza, el frío te atraviesa como una daga, y se obra el hechizo. Así es como lo quiero ver, como un hechizo. En el mundo que conocías, mueres. El golpe en la cabeza te mata. Alguien encuentra tu cuerpo sin vida. Desapareces. Te entierran. Supongo que, los que se quedan en la línea temporal que has abandonado, te lloran. Pero ese plano ya no te pertenece, ya no existes en él. Despiertas en otro mundo con un dolor terrible de cabeza y la piel fría, es un frío que no se va en días. Te encuentras en una realidad alternativa parecida a la que conocías pero con matices distintos. Todo esto me lleva a la conclusión de que la muerte no existe, solo es un salto a un universo paralelo. A otra versión de nosotros mismos.

»Yo desperté aquí hace siete años, en esta línea temporal. Y aquí nunca he conocido a Elisa. Ella sigue viva, y me consta que la pareja del coche contra el que me estrellé también están vivos. Antes de huir del hospital, busqué sus nombres y vi sus fotos en Facebook. No es que haya cambiado nada, ellos siguen muertos en el mundo que yo también abandoné, pero aquí están sanos y salvos y solo yo los recuerdo, y ese, creo, es mi castigo. Recordar lo que hice aunque, técnicamente, aquí no haya ocurrido y no sabes lo mucho que me alivia que así sea. Y es que el mundo que abandoné es como un fantasma. Como un sueño lejano. Después de siete años aquí, ha perdido su intensidad, su lógica, su color… Mi conexión emocional con mi anterior línea temporal se ha ido debilitando, y lo único real es el aquí, el ahora, este momento… A ti te acabará pasando lo mismo, Paula, aunque lo veas todo demasiado oscuro y complicado. Recordarás, pero no será lo mismo.

»Hay tantas posibilidades… el tiempo no es lineal como nos han enseñado. El tiempo, como la muerte, no existe o, en cualquier caso, es circular y repetitivo, lo que le daría bastante sentido a los conocidos *déjà vu*. Somos seres multidimensionales. Cada decisión que tomamos se convierte en una existencia alternativa en la que hay cientos o miles de versiones de nosotros mismos. Algunas vidas se parecen, hasta puedes relacionarte con las mismas personas, vivir en la misma ciudad, en la misma casa, tener el mismo trabajo… Y otras realidades son completamente distintas, aunque tú creas que sigues siendo la misma persona. No lo eres. Porque las personas somos como somos por las experiencias que vivimos, y si las experiencias que hemos vivido son distintas de un mundo a otro, nos convertimos en personas diferentes.

Durante todo el rato que Toni ha estado hablando, no he podido evitar mirarlo anonadada, completamente absorta en su relato, digno de una película de fantasía o de ciencia ficción.

¿Qué hago? ¿Confío en lo que me ha contado o no? ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Cuando creo que no me va a salir la voz y que podría quedarme dormida de lo exhausta que estoy, me asaltan las preguntas:

—Pero entonces, si existen varias versiones de nosotros mismos, ¿por qué no saltamos a otro mundo recordándolo tal y cómo es? ¿Por qué recordamos el mundo anterior en el que, supuestamente, hemos muerto y dejado de existir? Como castigo por lo que hicimos, ya, pero deberíamos aparecer en esta nueva realidad con nuevos recuerdos, ¿no? Con los recuerdos de *aquí*.

—No tengo todas las respuestas, Paula. De hecho, han pasado siete años desde que llegué aquí y aún hay cosas que no comprendo. Pero supongo que venimos de una especie de mundo raíz. Solo conocemos esa existencia y esa es nuestra primera muerte, o tal vez no, puede que nos haya ocurrido en el pasado y no

lo recordemos. ¿Tú te acuerdas del momento en que naciste? ¿De lo que pasó? ¿O de los nueves meses que estuviste dentro del vientre de tu madre?

—No, obviamente no —contesto.

—Pues es casi lo mismo. Así como tampoco recordamos vidas pasadas, aunque cada cual con sus creencias, podríamos compararlo con lo que nos sucede con esto. No recordamos otras realidades, concretamente la realidad en la que nos encontramos actualmente, porque, aunque tengamos el mismo físico, en cada línea temporal tenemos un consciente y una consciencia distinta. El caso es que, al morir en las profundidades del bosque de Oturia y saltar a otro mundo alternativo en el que quizá tomamos otras decisiones, el mundo raíz es el único que sobrevive en nuestra memoria y solo nos queda adaptarnos a nuestra nueva vida. Tú misma puedes tomártelo como una maldición o como una bendición. Está en tus manos aprovechar esta nueva oportunidad, que así es como quiero verlo yo.

—El mundo raíz… ¿Y dices que solo les pasa a los que han tomado decisiones muy malas?

—Eso parece. Al menos aquí, en Oturia.

—¿Has conocido a alguien más?

—¿A alguien como nosotros? —Sonríe con sarcasmo, aplastando el cigarrillo consumido en el cenicero y volviéndose a sentar en el sillón. Baja la mirada y asiente con aire ausente—. Sí, solo a una. Seguro que hay más, y otros lugares como Oturia que son como puertas a otras líneas temporales, pero no he coincidido con ellos. Era una mujer que no pudo soportar que en este nuevo mundo sus hijos no existieran, y se colgó del tronco más alto del olmo de la plaza, aquí mismo.

—Dios…

—Sí… Desconozco el mal que causó; al igual que tú, no me lo quiso contar. Cuando vi su cuerpo colgando, me pregunté si había alcanzado otra realidad, pero es posible que solo ocurra cuando mueres en el bosque. Cuando la mano de la bruja te elige, te atenaza y te empuja. No lo sé con seguridad. Como te he dicho, las posibilidades son infinitas y no tengo todas las respuestas. Nadie las tiene. Hemos aterrizado aquí, en este mundo, pero podríamos haber acabado en otro en el que tú y yo jamás nos hubiéramos encontrado. Hay miles de versiones de nosotros mismos pululando en distintos mundos alternativos. Y hoy en día las redes sociales nos dan muchas pistas, así que estúdialas, descubre quién eres aquí, e intenta relajarte. A lo mejor este mundo no es tan distinto al que has dejado atrás. No sé, a lo mejor te gusta esta vida. Puede que te sorprenda y que seas feliz.

—Es todo muy distinto —le digo, pensando en Gael abrazado a Valeria —. Casi la misma gente, pero… no sé, la sensación es muy extraña.

—Puedo hacerme una idea.

—Y, sabiendo que Elisa sigue viva en este mundo, ¿por qué no la has ido a buscar?

—Porque está mejor sin mí.

—Pero aún…

—Sí, los sentimientos no cambian. La quiero. La querré siempre, aunque en esta vida no sepa ni quién soy porque no llegamos a conocernos. O eso creo… No la he olvidado, pero es mejor así. Ella es feliz y eso es lo único que me importa. Yo de ti me quedaría con eso, Paula. Aprovecharía esta nueva vida en la que, por lo que creo, no tomaste esa mala decisión que marcó tu destino en tu anterior existencia, y seguiría adelante.

Seguir adelante.

Pero…

Siempre hay un *pero*.

Pero sin Gael.

Pero sin el bebé que crecía en mi interior, un sueño a pocos meses de cumplirse que ya nunca podrá ser.

Y con Valeria viva, usurpando la única realidad que yo conocía y que me encantaba a pesar de mis malas decisiones, ese *mundo raíz* que he perdido de una forma que me parece de lo más trágica e injusta.

El único mundo que recuerdo…

Tengo que asimilar toda la información, demasiado excéntrica e inverosímil para alguien tan racional como yo. Jamás debí adentrarme en el bosque, desconociendo lo que podía ocurrir. El caso es que Valeria está viva y vuelve a ser un problema. Pienso en cómo podría deshacerme de ella también en esta línea temporal, aunque eso me convierta en la mala del cuento. Pero tengo que recuperar a Gael. Él y yo estamos destinados a estar juntos en todas nuestras versiones y en todas nuestras realidades. Necesito volver a mi vida de antes, aunque creo que lo primero que tengo que hacer es descubrir quién soy *aquí*.

CAPÍTULO 9

GAEL

Hace ocho días que Paula murió en las profundidades del bosque de Oturia. Me parece increíble haber sobrevivido estos ocho días sin ella. He perdido la cuenta de las veces que comerciales y proveedores han llamado a su móvil y yo he tenido que decir con todo el dolor de mi corazón: «Paula ya no vive aquí».

«Ya no vive aquí».

¿De dónde ha salido eso?

Como si se hubiera mudado de ciudad. Soy incapaz de decir que está muerta. Que no existe. Que no la vuelvan a llamar, porque ella no va a poder contestar. No recibo tantos mensajes ni llamadas de condolencias como al principio. El duelo es ver, con impotencia, que el mundo se olvida de tu tragedia y sigue girando como si nada, mientras tú te rompes cada día más por dentro.

Sigo en Cadaqués, pendiente de las cafeterías de París desde la distancia, pero no tanto como debería para que sigan funcionando bien. Me falta mi camarada. No puedo sin ella. Lo primero que pienso al despertar es en morir. En irme con Paula. Si es que hay algo después. Ella no creía en nada. Me enfado y me enrabieto como un crío, porque, pese a sentir que mi corazón está roto, el muy cabrón sigue latiendo como si nada le doliera. Odio compadecerme de mí mismo. Es horrible creerse el ombligo del mundo y no ser más

que un puntito ínfimo en este universo despiadado al que no le importamos una mierda. En esto de las ausencias repentinas hay que recorrer un camino muy largo y pasar por todas las fases, a cual más insoportable, hasta llegar a la aceptación. Me lo dijo un tipo que va por el mundo creyéndose terapeuta. Tampoco he sido capaz de moverme de la casa familiar de Paula para instalarme en la de mis padres, aun sabiendo que dolería un poco menos. Le estoy cogiendo el gusto a encerrarme en el cuarto de baño, plantarme frente al espejo, y ponerme a insultar a mi reflejo como si fuera mi peor enemigo. Debería irme de Cadaqués. Subirme al coche y conducir hasta París. Seguir autodestruyéndome allí. Lo haré, pero no de inmediato. No tengo fuerzas.

A los padres de Paula les ha entrado una prisa repentina por encontrar todo tipo de objetos relacionados con su hija. Desde fotografías antiguas que les hagan rememorar instantes olvidados o tan simples y ahora tan preciados que pasaron desapercibidos, hasta trabajos escolares, cartas escritas en fechas señaladas, postales navideñas hechas a mano, manualidades a las que no les dieron importancia y escondieron porque no había sitio para ellas o no quedaban bien con la decoración… Ahora, una simple flor de papel, la huella de una mano pequeña o un cenicero de barro hecho con torpeza en primero de EGB por el Día del Padre, les puede devolver un poco la ilusión.

—Hace siglos que no subimos al desván —me dice Sofía—. Hay muchas cosas de Paula guardada en baúles, cajas… Me gustaría verlas. ¿Puedes subir a echarle un vistazo?

La casa es antigua y enorme. Los padres de Paula llevan años utilizando únicamente la planta de abajo, entre otras cosas, para darles privacidad a sus hijos en el piso de arriba. Ahora que los hijos ya no están y la edad y la pena se les ha echado encima, subir un solo escalón sería una proeza.

—Claro, Sofía, yo me encargo —le digo, complaciente como siempre.

—Gracias, Gael. Y también te agradecemos que te hayas quedado unos días con nosotros… Tu presencia nos hace mucho bien.

A continuación, Sofía, que ha adelgazado mucho estos últimos días porque apenas prueba bocado, se tumba en el sofá y empieza a llorar. No hace otra cosa que llorar. Joaquín, por su parte, ha empezado a salir un poco desde hace un par de días. Ha vuelto al restaurante, aunque tiene gente de confianza que lo saca adelante, y, al ser temporada baja, tampoco hay tanto trabajo como en verano. Prefiere estar en su negocio que en casa. Y lo entiendo. Aquí hay demasiado dolor por todas partes.

En el tercer y último piso de la casa donde se encuentra el desván, tengo que caminar encorvado. El tejado a dos aguas es muy inclinado. Este espacio revestido de madera de pino es reducido y claustrofóbico y me hace sentir un gigante. Cuando giro el pomo de la puerta que conduce al desván, no cede. Está cerrada con llave. No quiero molestar a Sofía, así que palpo el marco superior esperando dar con la llave, pero aquí no hay más que ácaros, polvo y telarañas. Me extraña que tengan el desván cerrado con llave, teniendo en cuenta que, en su interior, no debe de haber nada de mucho valor. Intento forzar la puerta, hay otras maneras de abrirla como con una ganzúa, pero, como no tengo ni idea, desisto.

***

Cadaqués, verano de 2014

Nadie es capaz de prever las desgracias. Horas antes de que todo Cadaqués se volcara en la búsqueda de Valeria, Paula apareció sola en la playa, se mezcló entre la gente sin saludar ni detenerse a hablar con nadie, y empezó a bailar con los ojos cerrados. En los días que llevaba en el pueblo, nunca la había visto así, tan desinhibida, tan libre. Sus pies descalzos se deslizaban por la arena suavemente, parecía levitar. Su cuerpo se movía como por inercia al son de la música. Los chavales del pueblo la devoraban con la mirada mientras ella, abstraída en su propio mundo, no se percataba de que la luz que desprendía era como un imán imposible de ignorar. Me la quedé mirando embobado, fantaseando con que en esa playa solo estábamos ella y yo. Miré a mi alrededor. No había ni rastro de Valeria. Sami y Agus me dieron un codazo y me dijeron:

—Acércate —me animó Sami.

—Es el momento —añadió Agus.

«Es el momento», repetí para mis adentros.

Si me lo pensaba mucho, jamás daría el paso. Era la primera vez que Paula estaba sola, sin la compañía de Valeria o de su hermano Manu. Empujado por un repentino impulso que emergió de las ganas que tenía de estar a solas con Paula, esquivé a la gente y me planté frente a ella, que se detuvo un momento y me miró fijamente a los ojos como si quisiera atravesarme. Jamás olvidaré esos ojos vidriosos y tristes. O estaba fumada o había estado llorando. Supuse que había discutido con Valeria y por eso ella no estaba ahí. Paula tenía las mejillas rojas, le había dado demasiado el sol. Pese a su evidente desánimo, me sonrió. Extendió los brazos, me rodeó el cuello, y apoyó la cabeza en mi pecho, en el lado del corazón.

—Te late muy rápido —me susurró.

—¿Estás bien?

Dudó.

—He hecho algo muy malo…

—¿Qué?

Levantó la cabeza para volver a mirarme, se encogió de hombros y se echó a reír, pero no había felicidad en esa risa.

—Nada. Que la noche es nuestra. ¿Verdad?

La noche fue nuestra.

Sí, Paula, esa noche fue solo nuestra y yo olvidé lo que me habías dicho simulando que no te había oído, eso de que habías hecho algo muy malo.

CAPÍTULO 10

PAULA

—Si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme. No me voy a mover de Oturia. Y, si te pierdes, búscate en las cosas que amas —me ha dicho Toni a modo de despedida y, la verdad, no sé de dónde ha sacado la última frase, «si te pierdes, búscate en las cosas que amas», pero le ha quedado bonito.

He querido decirle que en esta vida parece que he perdido todas las cosas que amo, pero he logrado contener las lágrimas y me he limitado a asentir.

El frío no se me ha ido del cuerpo, sigue instalado como un recordatorio de lo que me ha ocurrido, pero el dolor de cabeza ha remitido un poco gracias a la aspirina que me he tomado hace una hora. Algo es algo.

Es tarde. Las luces del Refugio de Valeria siguen encendidas. Estarán cenando, bebiendo vino o jugando al Monopoly… todas las veces que vinimos aquí durante siete años, nos íbamos tarde a dormir.

Tengo que armarme de valor para llamar a la puerta como si estuviera a punto de enfrentarme a unos desconocidos y asumir que Gael está con Valeria. Que los voy a volver a ver juntos, que no ha sido una ilusión ni un sueño…

Que he cambiado de mundo. De realidad.

Que Valeria está viva.

Que no es una mujer que se le parece mucho.

Que *aquí* no la maté.

Me sorprende la naturalidad con la que me estoy enfrentando a la situación, en parte gracias a Toni. Creo que en este mundo tomé una buena decisión, y eso me alivia un poco pese a los malos pensamientos que me corroen por dentro. Valeria está viva y todo lo que me ha ocurrido, por muy descabellado que sea, es real.

—¡Paula! Pero ¿dónde te has metido? —me abre la puerta Carlota —. Pasa, pasa, estábamos a punto de echar una partida al UNO, ¿te apuntas?

Ah… así que en *este mundo* no matamos el tiempo jugando al Monopoly, sino al UNO…

—No me apetece. Estoy agotada. Creo… creo que me iré a dormir —contesto con la mayor espontaneidad posible.

Quiero encerrarme sola en alguna de las siete habitaciones que tiene la casa y espiar un móvil que no considero propio pero que, seguro, me da alguna pista sobre quién soy *aquí*.

—Ah, bueno, como quieras. Estábamos preocupados —dice Carlota con desgana.

En el salón nada ha cambiado desde que me he ido hace un par de horas. La chimenea sigue encendida. Gael y Valeria están muy juntos. *Joder cómo duele y qué rabia me da.* La irlandesa me mira mal, posiblemente aquí también me he equivocado al pronunciar su nombre. Montse y Laia me ignoran. Y Agus, que siempre ha tenido cara de bonachón, me dedica una sonrisa lastimera. No pinto nada

aquí. Me da la sensación de que no me aprecian, todo lo contrario. Están deseando perderme de vista.

—Bueno… —empiezo a decir, mirando a Valeria con fascinación, como si se tratara de una aparición.

—Paula está cansada, se va a dormir —dice Carlota por mí, como si yo hubiera perdido la capacidad de hablar.

—Ajá… Buenas noches.

—¡Buenas noches! —me desean todos salvo Gael, que, con una seriedad extrema que no le pega nada y unos ojos tristes que nunca he visto en él, me mira con algo parecido al rechazo.

Con la mirada de Gael grabada a fuego, empiezo a subir las escaleras algo tambaleante debido al frío que sigo sintiendo en los huesos y que me hace tiritar. Seguro que la casa está caliente, pero yo no lo noto. Mi cuerpo sigue resistiéndose a entrar en calor. Cuando estoy en el piso de arriba, miro hacia todas las puertas preguntándome cuál es la habitación que me han asignado esta vez. ¿Será la misma en la que en mi otra línea temporal dormía con Gael? Pruebo a ver. Cuando voy a abrir la puerta, noto una fuerte presión en el antebrazo.

—Aquí dormimos Gael y yo —me dice Valeria cortante. Tiene la voz más aguda. Y el color de ojos más claro a cómo los recordaba. Estoy convencida de que se ha operado la nariz. No la tenía tan fina.

Respecto a la habitación, ¿cómo no se me había ocurrido antes? Valeria en este mundo tiene *mi vida*. Apostaría lo que ignoro que tengo que vive en París con Gael y regentan unas cuantas cafeterías en las mejores zonas de la ciudad. Puede que más que las que teníamos Gael y yo en mi otra realidad. Valeria siempre fue muy ambiciosa.

—Perdona, he olvidado…

—Ya. Es esa.

Señala la última puerta, la que da a la habitación más alejada de la puerta que Valeria me ha impedido abrir.

—Vale, pues… voy…

—Oye, Paula —me detiene con brusquedad.

—Qué.

—Te invité porque me das pena —suelta sin piedad, y yo empiezo a darme cuenta del dolor punzante que puede provocar una sola palabra.

Pena. ¿Pero *pena* de qué? ¿Qué ha sido de mi vida en este mundo? ¿Qué me ha pasado para dar *pena*? ¿Y mis padres? ¿Y Manu?

—Nadie te quería aquí, pero hace muchos años fuiste mi mejor amiga, así que… si has venido, es porque esta es mi casa y yo he decidido invitarte. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos y… en fin, ya sabes —resopla, como si el simple hecho de hablar conmigo fuera un suplicio para ella. Pero ese «ya sabes»... Pues no, no sé. No sé nada.

¿Podrías ponérmelo más fácil, Valeria?

Decido seguirle el rollo.

—Claro, por el pasado, los recuerdos… ¿No? —tanteo.

Me encantaría escupirle en la cara. Decirle que el último recuerdo que tengo de ella es el de su cabeza abriéndose como un melón.

—Por el pasado, por los recuerdos… —repite con retintín, poniendo los ojos en blanco como si todo lo perteneciente a ese pasado y a esos recuerdos no le importaran nada. Hubo de todo y

tengo que recordarme que la maté, aunque aquí siga muy viva, pero lo cierto es que en verano nos lo pasábamos bastante bien—. Y porque espero que sigas con la boca cerrada —espeta entre dientes tras un silencio en el que ha parecido estar desafiándome—. Nadie puede enterarse de lo que hicimos.

¿De lo que hicimos? ¿Qué hicimos?

—Ya. Sí. —Opto por no hablar más, aunque tengo que descubrir qué hicimos y por qué *nadie* puede enterarse—. ¿Me dejas ir a descansar o tienes algo más que decirme, Valeria? —pregunto, con el mismo aire desafiante con el que me ha tratado ella.

Valeria arquea las cejas, me dedica una media sonrisa poco amistosa, y señala la habitación que me ha adjudicado. Es la más pequeña, la ventana es de cuarenta por cuarenta al contrario que las otras habitaciones, que presumen de enormes ventanales, y tiene las peores vistas. Me quedo con las ganas de preguntarle a Valeria si Gael tampoco quería que yo viniera y qué es lo que he hecho para darles pena o caerles mal. Y, por otro lado, ¿por qué mi versión de esta línea temporal aceptaría la invitación, si está claro que *aquí* no me ata nada a esta gente más que un pasado en común? Es verdad, ni siquiera parece que les caiga bien. ¿He venido en coche? ¿Tengo coche, carnet de conducir…? Porque, si es así, me entran ganas de largarme de aquí y volver a casa. ¿Pero a qué casa? ¿Dónde está mi casa?

Esta situación me está sobrepasando. Es deprimente. Y acordarme de mi otra vida, la vida que he perdido, es aún peor… Aunque ya no tenga consecuencias legales para mí porque en mi otra realidad estoy muerta, si Gael descubre mi turbio secreto dejará de recordarme bien, con amor. Sin embargo, no puedo hacer nada al respecto. Debo centrarme en el *ahora*, en esta línea temporal desconocida en la que, muy a mi pesar, he aterrizado tras la fatídica decisión de adentrarme en el bosque.

La que fue mi mejor amiga de la infancia y adolescencia, espera a que abra la puerta para volver con *sus* amigos y *su* pareja (o marido. Ignoro si Valeria y Gael están casados). En la habitación hay una maleta abierta en el suelo con ropa doblada de colores neutros que no identifico. Desde que salí del bosque no he tenido ocasión de mirarme en un espejo. Cuando por fin lo hago en el espejo vertical del armario dando por hecho que me voy a encontrar con el mismo rostro, las lágrimas brotan de mis ojos al ver que sí, que mis facciones son las mismas. La misma nariz, los mismos labios, los mismos ojos… con la diferencia de que tengo el cabello mucho más largo y seco… Pero no lloro por el pelo, el pelo me importa una mierda. Tengo una cicatriz fea, muy fea, en la mejilla izquierda, que recorro con suavidad con el dedo índice. ¿Por eso Gael me mira con asco? ¿Le repugno? La cicatriz es amplia y despareja, dibuja una curva irregular que parece haber rascado la piel con la aspereza de un mal recuerdo. Es como una línea rota, más oscura que la piel, que se extiende desde la sien hasta casi la comisura de la boca. Al acariciarla, siento un susurro de dolor antiguo, como si el tiempo la hubiera dejado ahí para hacerme saber que en esta realidad soy una persona muy distinta. Y me ha debido de ocurrir algo espantoso. Lo percibo en el dolor agudo que se me instala en el pecho, como si algo dentro de mí intentara susurrarme una traumática experiencia que yo no recuerdo haber vivido.

Toda cicatriz tiene su historia.

¿Qué historia oculta esta que me parte la mejilla en dos?

La ropa que llevo puesta, incluido el abrigo, también es diferente a lo que llevaba puesto, un detalle insignificante dada la situación, en el que, por increíble que parezca, no había reparado hasta ahora.

Con los ánimos por los suelos, me tumbo en la cama y cojo el móvil. Lo enciendo y, justo cuando le doy clic al icono de Instagram para saber algo sobre mí misma, recibo una llamada de mi madre. Lo pone bien claro en la pantalla, «MAMÁ», así es como seguro que

la tengo guardada en la agenda de mi móvil en todas mis realidades, y, por un momento, siento alivio de que esté viva. Me pregunto si en esta línea temporal también le detectaron cáncer de mama, diagnóstico que, durante un largo tiempo, nos tuvo a todos con el alma en vilo.

Acepto la llamada emocionada, como si llevara años sin hablar con ella, cuando una apresurada voz infantil al otro lado se me adelanta y no me deja hablar:

—¡Hola, mamá! ¿Qué haces?

CAPÍTULO 11

GAEL

No quiero provocar destrozos en una casa que no es mía, pero podría haber echado abajo la puerta que conduce al desván. Es vieja, de madera, y parece bastante endeble. La llave no aparece por ninguna parte, aunque la he buscado como un loco, incluso en los rincones más recónditos de las habitaciones de Paula y Manu. Les he preguntado a Sofía y a Joaquín. Se han encogido de hombros y me han dicho que hace siglos que no suben ahí. Que Paula y Manu eran quienes guardaban sus cosas en el desván, lugar en el que, por otra parte, les encantaba esconderse y jugar cuando eran niños. Al decir eso, se les quebró la voz, se sumieron en sus pensamientos, se retiraron del mundo, y empezaron a llorar. Se olvidaron por completo de la llave que abre la puerta del desván. Estoy empezando a pensar que hay algo oculto ahí. Algo que Paula, desde donde esté, no quiere que nadie descubra. Puede que sea una tontería, pero no paro de darle vueltas a la noche de hace diez años en la que Paula me dijo que había hecho algo muy malo, y yo hice como que no la había oído bien. Si alguien sabe dónde está la llave que puede abrirme la puerta del desván, es Manu, pero Manu, repudiado por sus padres por todo el daño que causó, está en la cárcel. Quizá vaya siendo hora de que reciba una visita.

***

Cadaqués, verano de 2014

Paula seguía abrazada a mí. Y eso era lo único que me importaba, sus manos entrelazadas en mi cuello, el contacto de sus dedos acariciándome la nuca, electrizándome la piel. Aun así, el silencio empezó a hacerse un poco incómodo mientras la gente a nuestro alrededor bailaba, fumaba y se emborrachaba, así que pregunté por su hermano, el rarito, el repudiado, el que parecía su sombra como si Paula fuera la hermana mayor cuando en realidad Manu le llevaba cuatro años.

—Se ha quedado en casa —contestó sin ganas.

—¿Y Valeria? —se me ocurrió preguntar.

Aunque me aliviaba que no estuviera, pues nunca dejaba a Paula sola y parecía tener un empeño insano en impedir que me acercara a ella, era extraño que no hubiera bajado a la playa. Valeria no se perdía una fiesta y siempre la estaba liando, por la necesidad que parecía tener de ser el centro de atención.

—¿Qué pasa? ¿Que te gusta Valeria o qué? —soltó Paula con aspereza. Inmediatamente después, se zafó de mí, me dio la espalda, y empezó a caminar deprisa alejándose de la multitud. Yo, aturdido porque no entendía qué había pasado, la seguí, ignorando el comentario de Sami, que soltó entre risas:

—¿Ya la has cabreado, Gael? ¡Con lo bien que ibas, joder!

Cada vez me costaba más seguirle el ritmo; Paula se alejaba muy rápido, tanto, que temí perderla de vista.

—¡Espera, Paula! ¡Espera! —le grité.

Por suerte, se detuvo en seco al lado de unas rocas resbaladizas lamidas por las olas. Había luna llena, por lo que incluso esa zona normalmente oscura donde solían retirarse las parejas, estaba más iluminada que de costumbre. Paula estaba llorando. No tendría que haber preguntado por Valeria.

—No me gusta Valeria —le dije con la respiración agitada. Mi pecho subía y bajaba por el esfuerzo y por los nervios que me atenazaban al tener a Paula tan cerca, por fin solos y sin miradas curiosas—. ¿Es que no te has dado cuenta? Me gustas tú, Paula.

Desconfió. Sé, por la expresión que compuso, que, durante una milésima de segundo, dudó de lo que le decía. Todavía no la conocía lo suficiente para saber que era fruto de las inseguridades que la habían acompañado toda la vida. En ese momento, pensé que me iba a rechazar. Que, dijera lo que dijera, no me iba a creer, o que pensara que no buscaba más que un rollo de una noche. ¿Cómo podía hacerle ver que no solo quería una noche, que quería más, mucho más?

Para mi sorpresa y tras ese breve instante de vacilación, Paula acortó la poca distancia que nos separaba y me besó.

El primer beso con el amor de tu vida no se olvida. Jamás.

***

Ahora

Llevo quince minutos esperando a que el hermano de Paula aparezca tras el panel divisorio que parece separar el bien del mal. Pero no todos los que estamos fuera somos buenos ni todos los

malos están encerrados, privados de libertad. Yo deseé con todas mis fuerzas que Valeria desapareciera. Y lo hizo. Desapareció. Mi deseo se cumplió y no me sentí ni un poco culpable. En el fondo, aunque me interesaba darle la espalda a la intuición, siempre supe qué ocurrió, o me hice una idea. Porque, cuando no hemos visto algo con nuestros propios ojos, no nos queda más remedio que imaginarlo. Suponerlo. Y con eso no basta. La desaparición de Valeria nos marcó. De una manera u otra, nos marcó a todos. Sin embargo, rechacé tener en mi poder la verdad, porque era demasiado truculenta para pensarla siquiera.

Ahora, las palabras de Paula regresan con fuerza a mi memoria como si me las estuviera susurrando al oído:

—He hecho algo muy malo…

Y visualizo el desván, aunque nunca he entrado. No conozco sus dimensiones ni sus formas, tampoco la luz que entra desde las dos cúpulas de vidrio que hay en el tejado, ni lo que puede haber dentro.

Al otro lado de la lámina de acrílico que separa el bien del mal, veo aparecer a Manu con las muñecas esposadas. Tiene treinta y dos años, pero parece que tenga más de cuarenta. Lleva seis años encerrado. La única persona que lo venía a visitar era Paula y lo hacía, como mucho, un par de veces al año.

—Es mi hermano —decía—. A pesar de lo que hizo… siempre será mi hermano.

Manu violó y asfixió hasta la muerte a tres chicas de entre diecisiete y veintidós años durante el verano de 2018, cuatro años después de la desaparición de Valeria, y lo habría seguido haciendo si una pareja trasnochada no lo hubiera visto. Lamentablemente, aunque aquella noche salvaron a posibles víctimas futuras, no pudieron hacer nada por la chica. Ya estaba muerta cuando el

hombre se abalanzó encima de Manu y consiguió inmovilizarlo hasta que llegó la policía.

Hoy, Manu se sienta frente a mí con los ojos rojos, los labios agrietados y el rostro lleno de cicatrices de palizas antiguas. A los violadores no les espera una buena vida en prisión. Es lo que merecen.

Manu se me queda mirando fijamente durante un rato, mientras yo no soy capaz de articular palabra. Me he puesto nervioso. Estar aquí impone. Estoy algo ido, la tristeza me tiene atontado. Hasta que, al fin, le digo lo que les he dicho a todos los que han llamado al número de teléfono de Paula:

—Paula ya no vive aquí.

—Lo sé. Pero no se ha mudado de ciudad, Gael. Paula ha muerto.

Me habla con lástima y como si quisiera que entrara en razón.

—Lo sé —le digo yo también, sin poder evitar que se me salten las lágrimas y, joder, menudo sitio para dejar que el dolor aflore.

—Qué quieres. ¿Qué has venido a hacer aquí?

—También mataste a Valeria, ¿verdad? Y Paula te encubrió.

Manu me mira entre confuso y divertido. Me pregunta:

—¿A qué viene eso?

—¿Qué hay en el desván? ¿Por qué no encuentro la llave?

—No abras esa puerta, Gael. Si la abres, no habrá vuelta atrás.

Acto seguido, se gira hacia el guardia y le pide que le saque de aquí.

—No, Manu, espera. Dime dónde está la llave.

Manu, ya de pie, insiste a gritos:

—¡Que no abras esa puerta! ¡No la abras, joder! ¡Ni se te ocurra abrirla, Gael! ¡Ni se te ocurra abrirla!

El guardia tiene que sujetar a Manu con fuerza para que no se abalance contra la mampara que nos separa, como si quisiera (y pudiera) golpearme en la cara. Mis mejillas siguen arrasadas por las lágrimas. Al final, Manu se marcha con el guardia cabizbajo, con la espalda encorvada y los hombros caídos de regreso al infierno.

Los adultos nunca dejamos de ser unos críos. El niño que fuimos siempre nos acompaña. Basta con que te digan que no abras una puerta para que no hagas otra cosa en todo el día que pensar en abrirla, en cruzarla y en saber, al fin, qué hay al otro lado que sería mejor no descubrir.

CAPÍTULO 12

PAULA

¿Mamá?

¿Un niño al otro lado de la línea me acaba de llamar *mamá*?

¿A mí?

Si en este día sin fin ya me ha parecido surrealista ver a Valeria viva cuando recuerdo perfectamente el momento en que le abrí la cabeza, tener un hijo y no recordarlo, no quererlo y no saber ni siquiera cómo se llama, me parece, cuando menos, insólito.

El dolor de cabeza, que había remitido un poco, regresa con fuerza. Me cuesta mantener los ojos abiertos. El frío sigue muy dentro, tanto, que me parece que la sangre que circula por mis venas va a congelarse de un momento a otro, si no lo ha hecho ya.

Estoy a punto de decirle que se equivoca, que yo no tengo ningún hijo y colgar, cuando el niño empieza a contarme:

—He estado haciendo unas galletas con la *abu* que han quedado riquísimas, mamá, tendrías que haberte quedado con nosotros.

De fondo, la inconfundible voz de mi madre:

—¡Paula! ¿Cuándo me dijiste que volvías? ¿Mañana por la tarde?

No tengo respuesta a su pregunta.

Estoy a un segundo de echarme a llorar.

«No sé qué te dije, mamá, porque yo no soy la mujer que creéis que soy y ahora mismo me siento una farsante ocupando un cuerpo que es como si no me perteneciera. Yo vengo de otro mundo, de una realidad alternativa a esta donde no tengo ninguna cicatriz que me atraviesa la cara, Valeria está muerta porque me cabreó y tuve la sangre fría y la mala cabeza de matarla, Manu cumple condena en prisión porque violó y mató a tres chicas, Gael es mi pareja desde hace una década y mi marido desde hace siete meses, vivimos en París y regentamos cuatro cafeterías y ningún niño me llama *mamá*. ¿Cuántos años tiene el niño? ¿Ocho? ¿Nueve? ¿Diez? ¿Cómo se llama?».

—Eh… no lo sé, mamá —contesto con inquietud.

—¡Pol, ya te has quemado la lengua! ¡Cachis! ¡Si es que no me puedo despistar! ¡Te he dicho que aún no se pueden comer, que están muy muy calientes!

¿Pol? ¿Mi hijo se llama Pol?

—Perdona, hija, ya sabes cómo es… cuando se trata de galletas, no tiene espera —ríe mi madre, y su risa contagiosa se mezcla con la del niño, Pol, y me entran ganas de llorar y subirme a un coche, ¿cuál es mi coche?, y volver a Cadaqués. A la casa familiar. Ahí debe de estar mi madre, y ese niño, y supongo que mi padre y… ¿Y Manu? ¿En esta línea temporal, Manu también cumple condena en prisión por el asesinato de tres chicas? No es la primera vez que me hago esta pregunta, pero sí es la primera vez que intuyo que aquí las cosas son muy distintas a como yo las conozco.

—Mamá… la verdad es que me gustaría volver a casa ahora.

—¿Ahora?

—Sí. Ahora… volver a casa… a Cadaqués… —pruebo a ver qué contesta, por si no vivimos en Cadaqués.

—Es muy tarde y la carretera por esa zona es malísima. No creo que Pol aguante mucho, pero si decides volver, yo te espero despierta. Entiendo que no ha debido de ser fácil volver a ver a esa gente; de hecho, ya te dije que era muy mala idea ir a Oturia, a la casa de esa… —Mi madre emite un resoplido y chasquea la lengua antes de soltar con indignación—: Mira, no quiero ni nombrarla.

—Ya…

No sé qué más puedo decir. Mi madre adoraba a Valeria. Ahora ha dicho: «A la casa de esa… (Pausa). Mira, no quiero ni nombrarla».

—¿Y si duermes y sales mañana por la mañana, eh? Me quedaría más tranquila.

—Vale —contesto—. Mañana por la mañana. Tengo que colgar…

—¡Buenas noches, mami! —vuelve a intervenir el niño.

—Buenas noches —le digo, sin salir de mi asombro y deseando ponerle cara al niño que me habla con tantísimo cariño sin que yo sepa quién es.

Por primera vez, y esto es algo que Toni no me ha explicado, me pregunto adónde ha ido «la versión de mí que vivía aquí». Su espíritu, su alma, su energía, su conciencia, los recuerdos de esta existencia que ahora ocupo yo… Y en ese caso, me planteo la probabilidad de que otra versión de mí pueda morir en su realidad, y apareciera en esta ocupando mi lugar y dejándome fuera de juego. ¿Podría pasar? ¿Versiones de uno mismo saltando de una línea temporal a otra y suplantando vidas? Ya, supongo que no podemos tener todas las respuestas, que hay incógnitas en este suceso

extraordinario pero tal vez no tan poco común, que no voy a poder resolver. Pero, si estoy aquí, ocupando un cuerpo que es el mío pero a la vez no lo es, ¿dónde está la versión de mí que sabe cómo se hizo esta cicatriz en la cara? ¿La que imagino que adora al niño al que acabo de colgar? ¿La que recuerda el embarazo, porque lo experimentó, y el momento de su nacimiento, su primera palabra, sus primeros pasos, el primer diente que se le cayó…? La versión que decidió no matar a Valeria y que, aun así, hay algo que a ambas les preocupa que salga a la luz.

«Espero que sigas con la boca cerrada —me ha dicho—. Nadie puede enterarse de lo que hicimos».

¿Qué hicimos?

***

Vaya.

Son las tres de la madrugada cuando me doy cuenta de lo trágica que es esta nueva vida *mía*. Si acaso hay algo en este mundo que nos pertenezca. Me da que no somos más que marionetas pertenecientes a una energía superior que no tiene compasión y que se divierte con nuestro dolor. Aquí estamos solo de prestado. Un breve paseo en el que una simple decisión como elegir izquierda o derecha, descender por el bosque hasta la cabaña a orillas del río o quedarse en casa al calor del fuego de la chimenea, marca la diferencia. Nos creemos tan importantes e imprescindibles que, en nuestra inocencia, pensamos que podemos controlarlo todo. ¿Te cuento una cosa? Ya te habrás dado cuenta, ¿verdad? No podemos controlar nada. Estamos sentenciados al olvido.

Mientras el resto, Gael y Valeria incluidos, se han encerrado en sus respectivas habitaciones sobre la una y media de la madrugada deseándose «Buenas noches» con una falsedad tan evidente que ha atravesado la puerta de la habitación donde yo me encuentro, no he parado de revisar la galería de imágenes de mi móvil, Instagram, la única red social que tengo, y la aplicación de WhatsApp.

Valeria creó el grupo de WhatsApp hace una semana para invitarnos a su casa rural en Oturia. No la casa rural de sus padres, no, sino *su* casa, El Refugio de Valeria que también alquila a turistas. Crear un grupo es más práctico que enviar invitaciones por correo postal como hacían sus padres en mi anterior realidad. En el grupo están Gael, Laia, Carlota, Agus y Montse. Fui la última a la que Valeria añadió, posiblemente porque, en conversaciones anteriores que no pude leer, preguntó si les parecía bien que también me invitara a mí. Hacía nueve años que no nos veíamos. Cada uno ha hecho su vida. Montse vive en Irlanda, Gael y Valeria en París, Laia en Barcelona y soltera en lugar de estar con Agus, y Carlota y Agus en Madrid. De Sami ni rastro. Lo he buscado en redes sociales. Sami Hernández, Samuel Hernández… no hay nada, como si en este mundo no existiera. Desde que me incluyeron en el grupo para invitarme a pasar un par de días en Oturia y yo acepté, apenas escribieron, solo para quedar el viernes, día 31 de octubre sobre las seis de la tarde, y enviar la ubicación de la casa rural.

Resulta que soy madre soltera. No hay ni rastro de ningún padre. He cotilleado *mis* redes, he visto un montón de fotos y vídeos, y mi versión en esta realidad escribía mucho en las Notas del iPhone, lo cual me ha sorprendido, porque yo no recuerdo haber escrito nunca una sola nota en el iPhone ni a modo de recordatorio. Lo escribía casi todo, sucesos presentes y pasados, como si fuera una especie de diario, y eso me ha ayudado a conocer una buena cantidad de detalles sobre cómo es *mi vida* en esta línea temporal y algunas de las cosas que «me han pasado». Aquí no está *todo todo*, claro, porque hay secretos que no se pueden escribir, y menos en un móvil.

Pol es un niño muy guapo de nueve años que nació el 9 de mayo de 2015. Sonríe mucho y le gusta sacar la lengua cuando posa en las fotos. Es rubio, lleva el cabello cortado a capa, tiene mis ojos color miel y mi boca. Se parece bastante a mí. Por lo visto, nos encanta ir al cine y guardar las entradas en una cajita de madera, pasear por la playa, contar estrellas y pedir deseos, la mayoría absurdos, y sentarnos en el porche del jardín de la casa de mis padres, donde vivimos con mi madre, y hablar de la Luna y la forma de sus cráteres. Yo veo una carita triste y Pol ve un conejo. También nos gusta hacer galletas y pasteles, disfrazarnos, da igual la época del año, hacer deberes juntos, pintar superhéroes y todos los personajes de Pokémon, pasarnos la tarde del domingo jugando a Mario Kart y leer juntos la saga de Harry Potter. Hemos empezado a leer el cuarto tomo, *Harry Potter y el cáliz de fuego*. Pol juega al fútbol y, por lo visto, «yo» soy una animadora de lo más entusiasta. Sus comidas favoritas son los espaguetis y la pizza y su color es el azul. Parezco una buena madre. A Pol no le da miedo la oscuridad, aunque en el cabezal de su cama hay una guirnalda de luces. En su habitación está todo lo que le gusta: fútbol, Pokémon, paredes pintadas de azul con pegatinas que brillan en la oscuridad de estrellas, astronautas...

Lo que me aturde, es que lo concebí cuando solo tenía dieciocho años, en agosto de 2014, el mismo verano en que, en mi otra línea temporal, Valeria «desapareció» y yo empecé mi relación con Gael, mudándonos a París cuatro años después.

Regento el restaurante de mis padres en Cadaqués. Yo sola, con el estrés que eso conlleva, con una plantilla de trabajadores a los que no reconozco o ahora mismo, debido a la saturación que estoy experimentando, no sé ubicar. Tenemos mucho trabajo, incluso cuando no es temporada alta, lo cual me alucina. Con el jefe de cocina, un tal Nicola Galli de ascendencia italiana que es muy atractivo, mucho, bastante más que Gael, tengo una relación más cercana. Lo sé al ver una foto hecha en una cena de Navidad de empresa que celebramos en diciembre del año pasado. En mi

Instagram hay más fotos con él en una actitud de lo más… ¿cariñosa? Mi versión de este mundo parece feliz al lado del tal Nicola, y el último wasap que intercambié con él es de hace dos días. No me da la sensación de que sea una relación formal, pero sí bastante subidita de tono, y es el encargado del restaurante cuando *a mí*, por lo que sea, no me va bien estar. Por lo visto, le pido un montón de favores y Nicola siempre está dispuesto a ayudarme. No me llama Paula, sino *Bella*. *Bella* por aquí, *Bella* por allá…

En verano y cuando empieza a hacer buen tiempo y Cadaqués se llena de gente, no debo de tener ni un solo segundo libre, y es mi madre quien se ocupa de Pol. Tengo cientos de fotos de ellos dos juntos que mi madre me envía por WhatsApp. Parece que se adoran.

Disimulo la cicatriz de mi cara con el cabello, que suelo llevar hacia delante, nunca recogido, y con maquillaje, toneladas de maquillaje. En las fotografías también debo de usar algún filtro, porque la cicatriz apenas se nota, cuando lo cierto es que me miro en el espejo y la veo grande, profunda y monstruosa. Puede que tenga que acostumbrarme a ella tanto como a esta nueva vida de la que no veo ninguna escapatoria para recuperar lo que he perdido. Si es cierto que he muerto en mi anterior realidad, poco puedo hacer.

Mi coche es el Jeep Wrangler negro que he visto aparcado en el exterior junto a un Opel Corsa, un Audi y un Mercedes. Adivino que el Opel Corsa es de Montse, el Audi de Carlota y Agus, y el Mercedes de Gael y Valeria. Ignoro cómo ha llegado Laia hasta aquí, posiblemente se ha acoplado en alguno de los coches.

Vivo en Cadaqués, en la enorme casa con jardín en la que me crie a pocos metros de la playa, con mi madre y mi hijo. Manu, mi hermano, no está cumpliendo condena en prisión. No violó ni mató a esas tres chicas a las que siempre he tenido en mi pensamiento y por las que tantas veces deseé que Manu no hubiera nacido. Y es que en este universo paralelo, esas tres chicas siguen vivas o al menos no fueron asesinadas a manos de mi hermano. Porque Manu

desapareció la noche del 12 de agosto del verano de 2014, la misma noche en la que, en la única realidad que recuerdo, maté a Valeria, y fue a ella a quien dieron por desaparecida. Nunca la encontraron. Solo Manu y yo sabíamos la verdad y dónde estaba su cuerpo. Busco en Google a Manu, en el Google de esta línea temporal. Desaparición Cadaqués, verano de 2014… escribo un montón de datos, pero no aparece nada, lo cual se me hace extraño, porque algo así salta de inmediato a la prensa, a no ser que a mis padres no les interesara dar tanto de qué hablar. Siempre han sido muy reservados. Ya se sabe, por el qué dirán.

Mi padre siempre pecó de anteponer su negocio a todo, para que nada ni nadie ensuciara la buena fama del restaurante Casa Costa. Lo más doloroso de todo, es que en esta realidad él tampoco existe. Se suicidó tres meses después de la desaparición de Manu. Sé que fue un suicidio porque es una de las muchas cosas que mi *yo de aquí* dejó escrito en las Notas del iPhone. Leerlo me ha dejado conmocionada.

No he publicado nada sobre Manu, pero cada 12 de noviembre desde hace diez años, posteo la misma fotografía en mi Instagram privado para mis escasos doscientos seguidores: la de mi padre conmigo en brazos cuando tenía seis años. Estamos en la playa al atardecer, con un imponente cielo teñido de rojo a nuestras espaldas.

Lo curioso es que recuerdo esa foto. A mis padres les encantaba. La tenían enmarcada y colgada en la pared de las escaleras junto a otras fotos que nos transportaban a la infancia. En mi otra realidad esta foto también existe. Ese momento ocurrió. Es la misma foto, hasta puede que hecha el mismo día y a la misma hora, disparada por mi madre, que, detrás del objetivo, nos miraba con dulzura, se reía y nos decía: «¡Decid pa-taaaaa-ta!». Y, si voy un poco más allá y buceo entre los recuerdos, hasta puedo visualizar a mi hermano de morros, cruzado de brazos y relegado a un segundo plano, mirándome con rabia, una rabia fruto de la indiferencia de mis

padres hacia él cuando yo nací. Siempre fui la favorita, mientras Manu era el introvertido, el raro, el incomprendido, el que no tenía amigos porque no se le daba bien socializar, y decía que veía el futuro pero nadie le creía. No eran más que fantasías absurdas. Una parte de mí siempre pensó que Manu era un enfermo y un asesino por mi culpa, aunque nuestros padres deberían haberle prestado más atención, haber estado más por y con él. No puedo cargar con las culpas de todo.

—En esta foto solo Paula y papá —lo detuvo mi madre con severidad, cuando Manu intentó acercarse para posar con nosotros. Apenas hay fotos de Manu desde que yo vine al mundo. Nunca me importó, pero ahora, al recordarlo, no puedo evitar sentir pena por él.

En cada post que subo cada 12 de noviembre para recordar la fecha en que mi padre falleció, hay un breve texto. En el último, que data del año pasado, 2023, escribí:

Nueve años, papá.

Te echo de menos.

La vida no ha vuelto a ser la misma sin ti.

En un momento de lucidez pese al extremo dolor de cabeza y el frío constante recorriendo todo mi cuerpo, llego a la conclusión de que mi vida en esta línea temporal y en la que recuerdo fue la misma, exactamente la misma, hasta el momento en que decidí matar a Valeria. Esta constatación es un gran paso para descubrir quién soy *aquí* y qué es lo que debo hacer. La clave de todo está en la noche del 12 de agosto de 2014. En el momento de mi decisión —mala, violenta, imprevisible, propia de un monstruo sin corazón—,

creo que mi mundo se fracturó en dos y es algo imperceptible para el común ser mortal. O puede que haya más realidades, universos paralelos según las decisiones que tomemos en los que ahora mismo soy incapaz de pensar porque, a ver, suficiente tengo con lo que tengo como para estar dándole vueltas a la existencia de otros posibles «yo» viviendo vidas distintas.

Acabar con la vida de Valeria me condujo a la realidad que acabo de abandonar, supuestamente muriendo en el bosque a manos de la bruja que reconoce a las almas corruptas. Me pregunto si el tiempo allí sigue funcionando igual. Si, mientras aquí, para mí, han pasado unas pocas horas, en mi anterior línea temporal llevo un mes muerta. O un año. O cinco. ¿Cuánto tiempo lleva Gael llorándome en esa otra realidad en la que estábamos juntos y me quería? En este plano en el que me encuentro después de haber fallecido en el otro, en el mundo raíz, aunque a estas alturas quién sabe cuál es el mundo raíz en realidad…, nunca maté a Valeria. Pero mi hermano desapareció la misma noche: 12 de agosto de 2014.

—La clave está en esa fecha —repito en un murmullo, cerrando los ojos con fuerza por si así, como por arte de magia, me traslado al pasado de esta vida alternativa que no conozco.

Nada. No me llega nada.

Ahora tengo que enfrentarme a la desaparición de mi hermano, al suicidio de mi padre, aunque hayan transcurrido diez años, y al nacimiento de un hijo, «mi hijo»…, del que no tengo ningún recuerdo y se supone que debería quererlo, pero... No siento absolutamente nada. A lo mejor, cuando lo conozca… Ahora mismo es como si estuviera muerta por dentro, como si hubiera perdido la capacidad de sentir. No obstante, empiezo a sospechar que en esta realidad tampoco he sido una santa. Aquí también hay malas decisiones y culpa y miedo… Lo sé. No sé cómo lo sé, pero lo sé. Hay mucho miedo. Aquí también hice algo muy malo, lo que pasa es que no me acuerdo. En el apartado «malas decisiones» de mi

memoria solo ha quedado anclado el momento en que maté a Valeria. Pero puede que aquí hiciera algo incluso peor que ser la responsable de la desaparición de mi mejor amiga. Cabe la posibilidad de que en este mundo matara a Manu, a mi propio hermano, en lugar de a Valeria, haciéndolo desaparecer. Y, si todo sucedió como en mi otra realidad, sé dónde encontrarlo.

CAPÍTULO 13

GAEL

Los gritos de Sofía llegan hasta la calle.

Aparco en mitad de la calle sin importarme estar cortando el paso, y salgo del coche precipitadamente dejándome la puerta abierta, las llaves en el contacto y el motor encendido. Han acordonado la casa de Sofía y Joaquín y, delante de la puerta de entrada, se han congregado tres coches policiales con las sirenas encendidas, una ambulancia, y unos pocos vecinos curiosos.

Sofía sigue gritando histérica. Alcanzo a verla de rodillas en el vestíbulo, en pijama y descalza; el horror y el trauma reflejados en su rostro consumido por la pena y la tragedia. Una tragedia detrás de otra… ¿Y ahora? ¿Qué ha pasado ahora?

—Señor, no puede pasar —me detiene un agente.

—Vivo aquí. Estoy… estoy aquí… —balbuceo—. Esa mujer es mi suegra.

El agente baja la mirada, su gesto es sombrío. A estas alturas, ¿quién no conoce las desdichas de la familia Costa? Parece que les han echado un mal de ojo.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

No tardo en descubrirlo.

Es martes, 12 de noviembre. Hace once días que Paula murió.

Joaquín ha ido al restaurante a pasar la mañana para huir de la opresión de la casa. Y es que parece que se ha instalado una energía negativa y tóxica que, poco a poco, nos ha ido destruyendo. Ha regresado alrededor de las cinco de la tarde, ha besado a su mujer, que estaba tumbada en el sofá medio adormilada por los ansiolíticos, y, seguidamente, se ha encerrado en su despacho. Con una de sus antiguas pistolas, una reliquia bien conservada que heredó de su abuelo y que tenía colocada en una vitrina, se ha volado la cabeza. Sus sesos se han desparramado por las paredes, por el suelo… El escenario es terrorífico. A Sofía no se le va a ir jamás esa imagen desgarradora, imposible, tan imposible como cuando encontré a Paula muerta en el bosque. Su rostro inerte empapado de la sangre que manó de su cabeza. La mejilla desgarrada al impactar contra la piedra sobre la que cayó, abierta en dos desde la sien hasta la comisura de sus labios. Algo así se queda en tu retina para siempre y no te abandona.

Sofía no va a poder soportar una pérdida más, ahora la de su marido. Lo veo en sus ojos idos, en esos ojos abotargados e irritados que no paran de llorar, que me miran pero no me ven, no ven nada… está tan muerta como su hija. Como su marido. Como yo. Me temo que lo próximo que nos va a abandonar es la poca cordura que nos queda.

***

Cadaqués, verano de 2014

—A Valeria le gustabas —me dijo Paula en un hilo de voz y con cierto reparo, en el momento en que, junto a agentes forestales, policía y vecinos, nos unimos en su búsqueda.

La mañana del 13 de agosto de 2014, Cadaqués se despertó empapelada con la foto de Valeria, desaparecida la noche anterior, la noche en la que solo parecíamos existir Paula y yo sin que nada nos afligiera. La preocupación llegó más tarde, cuando acompañé a Paula a casa. Su padre, pálido como un muerto, ni siquiera reparó en mi presencia. Salió de casa al vernos llegar, fue directo a Paula, y le preguntó con urgencia:

—¿Has visto a Valeria?

Paula se quedó muda.

—Paula, ¿has bebido? ¡¿Has visto a Valeria?!

—¡Lleva horas desaparecida! —intervino su madre con cara de sueño, bajando las escalinatas de la entrada y mirándome con curiosidad—. Eres Gael, ¿verdad? El hijo de Carlos y Sara.

—Sí, encantado —contesté, aunque, al mirar con el rabillo del ojo a Paula, entendí que no era el mejor momento para conocer a sus padres. Tampoco pensamos en la posibilidad de que estuvieran despiertos a las cinco y media de la mañana, pues el trabajo en el restaurante en verano era duro y cansado, por lo que, agotados, se iban a dormir lo antes posible para poder descansar.

En el momento en que Paula se echó a llorar sin que sus padres ni yo entendiéramos esa reacción tan exagerada, quise abrazarla y no soltarla nunca. Todo su cuerpo empezó a temblar.

—Paula, ¿dónde está Valeria? ¿La has visto? —volvió a preguntar su padre con el teléfono en la mano. Probablemente, los padres de Valeria habían contactado con él para saber si estaba en su casa con Paula, que era lo más habitual.

—No la hemos visto. Venimos de la playa, ya casi no quedaba gente, y en todo este rato Valeria no ha aparecido por ahí —contesté yo, porque parecía que Paula era incapaz de articular palabra.

«He hecho algo muy malo», me había dicho Paula hacía unas horas, antes de nuestro primer beso y de darme cuenta de que estaba perdido, locamente enamorado de ella, y que ese instante marcaría un antes y un después en mi vida. No podía ni quería pasar un solo día de mi existencia sin Paula. Habría hecho cualquier cosa por ella. Cualquier cosa. Incluso mentir, disimular, hacer como que no sabía nada, seguir fingiendo que no la había oído decir que había hecho *algo muy malo*.

—¿Pero no habíais quedado como siempre? —interrogó su madre.

Paula se limitó a negar con la cabeza y, por fin, habló:

—No. Hoy habíamos quedado directamente en la playa. —Miró a su padre con una expresión indescifrable. Por cómo le temblaba el mentón, supe que estaba mintiendo—. ¿Qué pasa? —preguntó, tratando de controlar el temblor que se había apoderado de todo su cuerpo para preguntar con un interés que me pareció fingido—: ¿No ha llegado a casa?

—Pues no, nadie sabe nada de Valeria desde hace horas, y encima se ha dejado el móvil en casa. Está ilocalizable —contestó su madre con angustia, poniéndose en la piel de unos padres desesperados que no daban con el paradero de su hija. Su última esperanza era que Paula supiera algo, y ella, aparentemente, no sabía nada—. Y son ya las cinco y media de la mañana… Están de los nervios.

—Ya… sí, es bastante tarde. O temprano, según se mire… Bueno, no sé, a lo mejor se ha despistado —se encogió de hombros Paula, que había parado de llorar, como si el mal presentimiento sobre su amiga se hubiera evaporado—. ¿Y Manu?

—En su habitación. Durmiendo —contestó su padre, nervioso, buscando un contacto en la agenda—. Paula no sabe nada —le dijo a su interlocutor, supusimos que hablaba con el padre de Valeria, y esa nueva información era aún más angustiosa, pues Paula y Valeria eran uña y carne, inseparables—. Habían quedado directamente en la playa y Paula no ha visto a Valeria en toda la noche.

La mañana que Paula me confesó que yo le gustaba a Valeria, recorrimos el Parque Natural de Cap de Creus, donde hay caminos y senderos ocultos que atraviesan zonas boscosas junto a la costa. El paisaje es árido y rocoso, hay una mezcla de vegetación con formaciones geológicas únicas y, muy cerca, el mar, donde los rayos del sol en la superficie parecían cristalitos dorados en el horizonte. Hacía mucho calor. La gente estaba cansada, muchos habían participado en la búsqueda la noche anterior. A los pocos días, las esperanzas de encontrar a Valeria con vida se desvanecieron. Agotaron todos los recursos. Yo tenía que ocultar la felicidad que me embargaba. Porque, gracias a la ausencia de Valeria, me pasaba las veinticuatro horas del día con Paula, a quien no la veía especialmente triste por la desaparición de su mejor amiga, pero sí ansiosa y nerviosa. Si podía estar con Paula, era porque Valeria no estaba, y, aunque pensar de ese modo egoísta me hacía sentir una mala persona, era mejor eso a no tenerla conmigo.

Valeria no apareció. Ni viva ni muerta. El verano llegó a su fin y no se volvió a saber nada de ella. El mar en el que deducían que se había ahogado por accidente, porque que hubiera un asesino suelto en la cuna de Dalí era demasiado descabellado por aquel entonces, jamás escupió sus restos. Valeria no estaba en las profundidades del mar ni enterrada en algún punto de los bosques de los alrededores donde huele a salitre. Paula lo sabía, y aun así se unió a la mayoría de las batidas como si de veras pensara que la iban a encontrar, y colaboró en todos los interrogatorios respondiendo con calma a cada pregunta que se le formulaba. Respecto a Manu… Él, que aquella noche no salió y se quedó en casa «durmiendo», también conocía la turbia verdad de lo que fuera que le hubiera ocurrido a Valeria.

Nunca fueron sospechosos, al menos hasta donde llega mi conocimiento; quién sabe lo que se habló en las reuniones en comisaría encabezadas por la inspectora Teresa Castro. No me quiero imaginar cómo fue para Paula y Manu saber que dormían en el piso de abajo de donde se encontraba el cadáver de Valeria. Un lugar oculto, cerrado con llave, que debió de apestar al principio, mientras se descomponía el cuerpo, y donde a nadie se le habría ocurrido buscar.

Yo siempre lo supe. Pero preferí mirar hacia otro lado. Así era más fácil.

«No abras esa puerta, Gael —me ha dicho Manu en prisión—. Si la abres, no habrá vuelta atrás».

Hay desapariciones que no terminan con el hallazgo del cuerpo, sino cuando la verdad se revela, aunque llegue cuando ya no se la necesita.

***

Ahora

Son las nueve de la noche. Llueve a cántaros. Hace dos horas que hemos enterrado a Joaquín en el cementerio de Cadaqués, en el nicho que hay debajo de donde reposan los restos de Paula. Estoy agotado. Acaban de saltar los plomos y nos hemos quedado sin luz.

Solo quedamos Sofía, yo y nuestros fantasmas, el silencio más triste y la oscuridad. No puedo irme, que es lo que querría, conducir hasta París para intentar rehacer mi vida, algo que ahora mismo veo

imposible. Pero no puedo dejar sola a la madre de Paula. Solo me tiene a mí.

Me pongo en cuclillas frente a la chimenea para encenderla, cuando un grito desgarrador, procedente del piso de arriba, se entremezcla con el murmullo de la lluvia y me atraviesa, suspendido en la penumbra.

CAPÍTULO 14

PAULA

¿Qué pasaría si regresara al bosque?

¿Si volviera a descender sin rumbo por las profundidades del bosque hasta desorientarme, y acabara en la cabaña de la bruja? ¿Volvería a sentir su mano helada en mi espalda porque en este mundo tampoco soy una buena persona e identificaría mi alma corrupta? ¿Volvería a empujarme, me mataría sin piedad en esta línea temporal, me moriría sin que yo recordara morir, porque ahora resulta que ni el tiempo ni la muerte existen, y me enviaría a otra vida?

Una vida en la que no maté a Valeria ni, presuntamente, a mi hermano.

Una vida en la que no tengo un hijo de padre desconocido ni mi padre se suicidó hace diez años.

Una vida en la que sigo con Gael y él me quiere, y vivimos en París, nuestra ciudad favorita, en un precioso apartamento de finales del siglo XIX, y regentamos unas cuantas cafeterías que funcionan de maravilla, y soy feliz pese a mis miedos.

Me pellizco muy fuerte en el brazo. Duele. No es un sueño. No estoy dormida y tampoco en coma; es real. Da igual lo mucho que cierre los ojos y apriete los párpados, sigue siendo real. Catastrófico,

surrealista, insólito, imposible de creer, pero debo asumir de una vez por todas lo que me ha ocurrido e intentar, si acaso es posible, seguir adelante. Es lo que hay. Aunque dé miedo.

Vuelvo a mirarme en el espejo con la esperanza de que la cicatriz que ni siquiera sé cómo me hice haya desaparecido. Pero sigue ahí, el reflejo no engaña. Mi aspecto demacrado me asusta.

A las seis de la mañana preparo la maleta y me guardo las llaves de mi flamante Jeep Wrangler en el bolsillo del abrigo para huir cuanto antes de regreso a casa, a Cadaqués. Salgo de la habitación, cierro la puerta y bajo las escaleras intentando no hacer ruido. Creo que todos están durmiendo, es muy temprano y se acostaron tarde, pero, al atravesar el pasillo, veo a Gael en la cocina. Está sentado en un taburete, con los codos apoyados en el mármol de la isla, y los ojos cerrados. No está durmiendo. Está como… ¿meditando?

No puedo enfrentarme a él. Ahora no.

Sigilosa como un gato, me alejo en dirección a la puerta principal. La llave está puesta en la cerradura. Bien.

—Paula… —me llama Gael.

Me giro lentamente, como queriendo alargar el instante. Me llevo la mitad del cabello suelto a la mejilla donde tengo la dichosa cicatriz para disimularla un poco.

—¿Te vas? —me pregunta con voz gangosa. ¿Está borracho?

—Sí.

—¿Por qué has venido?

Eso, Paula, ¿por qué decidiste venir, cuando está claro que a esta gente ya no le importas ni le caes bien? ¿Puede que mi versión de

esta realidad llevara años sin ver a Gael y se muriera por volver a verlo? ¿Por eso decidió venir?

Me limito a encogerme de hombros. No sé qué decirle.

—Ayer… —titubea, bajando la mirada. Reconozco ese gesto. Es muy típico de Gael. Bajar la mirada cuando no encuentra las palabras adecuadas o necesita un par de segundos para poner en orden sus pensamientos. Yo tengo muy mala cara, pero la de él no es mejor—. ¿Por qué hiciste eso? Por qué intentaste… ¿abrazarme? ¿Besarme? He estado dándole vueltas a ese momento. Te pregunté que qué estabas haciendo, y tú me dijiste, palabras textuales, «Abrazar a mi marido». Paula, no entiendo que…

—Me confundí, lo siento —me apresuro a responder.

Tengo que morderme la lengua. No puedo decirle lo que mi corazón está deseando gritar:

«Tú y yo, en otra vida, lo somos todo el uno para el otro. Somos felices. Nos casamos hace siete meses, el 26 de abril. Vivimos en París, nuestra ciudad favorita, de la que nunca nos cansamos porque siempre descubrimos algo nuevo. E íbamos a tener un bebé».

Tengo que recordarme que esa vida ya no existe. No sé cómo ha podido pasar algo así, pero, cuanto antes lo asuma, mejor. Recuerdo lo que Toni me dijo: «A lo mejor te gusta esta vida. Puede que te sorprenda y que seas feliz». Ahora no lo tengo tan claro. En esta vida hay muchas desdichas, pero existe un niño. Un niño de nueve años que me está esperando en casa.

—No, no te confundiste, Paula. ¿Cuánto hacía que no nos veíamos? Han pasado diez años desde aquel verano en el que todo… bueno, en el que todo cambió. Valeria y yo volvimos a Cadaqués el verano siguiente, pero solo te vi una vez y desde lejos.

Vaya. *Una vez y desde lejos.*

Está bien tener esta información, pero lo que necesito es que me cuente por qué acabó con Valeria y no conmigo. Por qué yo decidí matar a mi hermano, en el caso de que sea eso lo que ocurrió, en lugar de a Valeria, aunque dudo que Gael tenga la respuesta. Y, sobre todo, cómo me hice esta cicatriz en la cara y de quién es mi hijo.

—Siento mucho lo que pasó —se lamenta, en vista de que yo me he quedado muda porque no sé cómo decirle que no soy la persona que vivió ese verano que él recuerda con tanta nitidez. Yo tengo otro verano en mente, y no es cómo lo cuenta esta versión de Gael que no conozco—. Siempre me sentí culpable de lo que te pasó aquella noche y venir aquí... No sé. Yo le dije a Valeria que era mala idea, pero ella hace lo que le da la gana sin tener en cuenta lo que opinen los demás. En todos estos años, yo… yo no he podido olvidarte, Paula. —Suena sincero. Y sí, está borracho, pero los borrachos no suelen mentir. Parece que en esta vida también siente algo por mí, o por la versión de la Paula de aquí, aunque no estemos juntos y la última vez que me vio fue *hace años y desde lejos*. Es triste—. Porque, si no me hubieras rechazado —continúa, cabizbajo y con voz susurrante—, todo habría sido tan distinto…

¿Que yo lo rechacé?

Un nudo me aprisiona la garganta.

Eso no es posible. Yo jamás habría rechazado a Gael. Ni en mi anterior vida, ni en esta, ni en ninguno de los posibles universos paralelos en los que tuviéramos la suerte de conocernos. ¿Por qué en esta línea temporal lo rechacé?

—¿Qué pasó esa noche, Gael? —pregunto con urgencia.

—Lo sabes perfectamente.

—Pero quiero oírtelo decir.

—No puedo, Paula. Llevo años intentando olvidar lo que pasó… verte me ha hecho revivir ciertas cosas que no… Valeria tuvo la idea de venir aquí y es retorcido, es…

Gael se calla cuando oye unos pasos a su espalda. Es Valeria, la perfecta Valeria, bajando las escaleras descalza y enfundada en un precioso pijama de seda de color azul cielo de Victoria's Secret, y sé que estoy en lo cierto al deducir que se lo compró en la tienda que hay en la Rue Berger de París.

—¿Qué hacéis levantados tan temprano? —nos pregunta.

—Yo… ya me iba —contesto, forzando una sonrisa—. ¿Vale? Así que… bueno, gracias por la invitación, supongo, y adiós.

Miro por última vez a Gael. Su mirada es triste, nostálgica. Dicen que la nostalgia es el amor que queda. Pensar que, a lo mejor, no vuelvo a verlo, me mata, me provoca un deseo irrefrenable de regresar a las profundidades del bosque y abandonar esta realidad en la que no estamos juntos, pero ¿y si aterrizo en un mundo alternativo peor que este? Uno en el que él no existe, por ejemplo. O en el que nunca nos conocimos. O en el que padecí un accidente y estoy postrada en una cama, en estado vegetativo. Se me pasan un montón de alternativas por la cabeza, y cada una es peor que la anterior, así que no puedo arriesgarme. No puedo volver a «saltar» de realidad. Al menos, en este mundo, Gael está, y, si él está, siempre queda la esperanza de que algún día nos reencontremos. Valeria, por su parte, me dedica una mirada fría y una sonrisa que está muy lejos de ser amistosa.

La mataría. Otra vez. Puede que en esta línea temporal Valeria no hiciera lo que hizo en la otra, el principal motivo que me empujó a acabar con su vida y que todavía no quiero desvelar por el asco que me provoca recordarlo siquiera, pero aun así, desearía con toda mi alma que no existiera. Lo mejor que podría pasarme es que Valeria desapareciera de esta realidad como desapareció en la otra, aunque

no quiero cargar con más muertes. No, ni quiero, ni puedo. Aun estando agotada de no dormir y harta de este frustrante dolor de cabeza y del frío perpetuo, me quedan fuerzas para fantasear con que mi mano levanta la pesada maleta que sujeto con fuerza como si tuviera que contenerme para no hacerlo de verdad, y se la estampo en la cara. Valeria cae al suelo y, con una violencia desmedida, me abalanzo encima de su frágil cuerpo y le golpeo la cara y la cabeza una y otra vez, una y otra vez…, y así hasta que todo se llena de sangre y su corazón se detiene.

Exactamente como la otra vez.

Lógicamente, no hago nada de eso. No soy una salvaje. Nunca me he considerado una mala persona *a pesar de*..., pero quizá vaya siendo hora de reconocer que tampoco soy buena. Así que levanto la mano para decirles adiós. Y ya está. Les doy la espalda, abro la puerta, y, dándole vueltas a la conversación que acabo de tener con Gael, desaparezco en la oscuridad en busca de mi coche.

«No he podido olvidarte, Paula», me ha dicho Gael. La versión de Gael de este mundo.

Hay esperanzas. A pesar de la dejadez de mi aspecto y de la cicatriz. A pesar de la vida y de Valeria.

***

Antes de regresar a Cadaqués, me detengo en la plaza. Empieza a amanecer. Las luces de las casas están apagadas, pero Toni, como si hubiera intuido mi presencia, no tarda en asomarse a la misma ventana desde donde anoche me llamó. Sostiene una taza de café y esta vez no me dice que suba. Desaparece de la ventana y, al poco

rato, sale por la puerta y se acerca a mí con ojos somnolientos. Me bajo del coche. Lo primero que le digo es:

—No sé cómo me hice esta cicatriz. En mi otra realidad no la tenía.

—¿Qué has descubierto?

—No te dije por qué me eligió la bruja. —Toni guarda silencio. Espera con expectación mi confesión—: En mi otra realidad maté a Valeria, sí, la hija de los Solaz, propietarios de la casa rural El Refugio de Valeria, aunque no *aquí*... *Aquí* la propietaria es Valeria. Era mi mejor amiga. En esta realidad está viva y ahora mismo está en Oturia con Gael, que era mi marido en mi otra… ya sabes. Creo que aquí elegí matar a mi hermano. Él… Manu, *aquí*, desapareció la noche del 12 de agosto de 2014, la misma noche en la que solo recuerdo haber matado a Valeria en mi anterior realidad, pero no tiene mucho sentido. ¿Por qué mi versión de aquí elegiría matarlo a él? ¿Qué motivo le dio? El caso es que creo que ese fue el momento en que mi mundo se resquebrajó y se dividió en dos, y, cuando algo así ocurre, no nos percatamos porque el ser humano ve una ínfima realidad de lo que existe, ¿verdad? Puede que haya más universos paralelos, pero no estoy para pensar en otras posibilidades, en decisiones que no se tomaron o en caminos que no llegaron a nada.

—Fue un accidente o…

—No, Toni, no fue ningún accidente. Le abrí la cabeza. Le golpeé en la cara repetidas veces hasta desfigurarla —confieso con dureza —. Tenía mis motivos, mucha rabia acumulada hacia ella por lo que… por lo que hizo. Por lo que estuvo a punto de hacerme. Yo era una asesina. Y me temo que aquí también lo soy, o lo fui, pero elegí a otra víctima.

Toni traga saliva con dificultad. Aunque la cicatriz que ocupa toda mi mejilla izquierda me hace tener un aspecto algo peligroso, sé que, a simple vista, no parezco una asesina. ¿Aunque qué asesino lo

parece? No llevamos un cartel pegado a la frente. Siempre es quien menos te esperas. Está demostrado que hay más psicópatas en oficinas, cargos políticos y puestos de poder que en la población general.

Toni inspira hondo, asiente lentamente asimilando lo que le acabo de contar. Mi verdad. Con todas las consecuencias.

—Aquí tengo un hijo de nueve años. No sé quién es el padre. Y Gael, mi marido desde hace siete meses en mi otra línea temporal, en esta vida está con Valeria, la amiga a la que maté. Me acaba de decir que siente mucho lo que ocurrió una noche, no sé a qué noche se refiere, del verano de 2014. Ahí está la clave de todo. En ese verano. Concretamente, en la noche del 12 de agosto de 2014.

Toni vuelve a asentir pensando, posiblemente, que mis realidades son inquietantes y complejas.

—¿Cómo va el dolor de cabeza? ¿Y el frío? —se interesa.

—Mal, va mal. Todo va fatal —me lamento.

—¿Me quieres contar más? Sube, te invito a un café. Creo que lo necesitas.

—¿No me tienes miedo ahora que te he confesado lo que hice?

Toni esboza una risa seca. Claro. ¿Cómo me va a tener miedo, si me saca tres cabezas y podría hacerme papilla con una sola mano?

—Solo venía a despedirme y a hacerte una pregunta más. Vuelvo a Cadaqués, ahí está mi hogar en este mundo alternativo.

—Está bien que lo sepas y que tengas un lugar al que ir. ¿Qué pregunta quieres hacer?

—Sé que no tienes todas las respuestas.

—No, no las tengo.

—¿Dónde ha ido mi conciencia? Mi versión de aquí. Es decir, en un principio, morí en la única realidad que conozco y recuerdo y acabé aquí, en mi mismo cuerpo pero con otra vida… una vida muy distinta. Entonces ¿adónde fue mi *otro yo*, la versión que tenía esta vida? Me siento como… como una sustituta. Una farsante ocupando una vida de la que sé muy poco y que no me pertenece.

—Lo entiendo, pero no tengo una respuesta exacta a esa pregunta. Mi caso fue distinto al tuyo, porque *vosotras*, las dos versiones de ti misma, habéis coincidido en tiempo y en espacio en dos realidades distintas, ¿verdad? Parece que en ambas líneas temporales estabais en Oturia, en El Refugio de Valeria*.* Mismo tiempo y espacio, aunque realidades distintas —recalca.

—Sí —confirmo.

—Es posible que en ambas realidades os adentrarais en el bosque y acabarais en la cabaña al mismo tiempo. Puede que tú murieras en tu otra línea temporal y saltaras a esta, mientras tu versión perteneciente a esta realidad haya ido a otro mundo alternativo, no sé si me explico. Es complejo, solo son suposiciones y no hay una respuesta clara al respecto, aunque lo que está claro es que no puede haber dos o más versiones de nosotros en una misma línea temporal. Sería caótico. He llegado a la conclusión de que la conciencia es una cosa y el recuerdo es otra; por lo tanto, somos una misma conciencia en distintas realidades con recuerdos que varían según el mundo alternativo en el que te encuentres.

—Eso es muy difícil de comprender, Toni —me exaspero—. Porque, al igual que yo morí en mi otra realidad, la versión que estoy ocupando también podría haber muerto, ¿no? Pero, en lugar de morir, consiguió salir del bosque conmigo… ¿conmigo dentro?

—Ya, es difícil... Yo, por ejemplo, tengo la creencia de que no usurpé el cuerpo de ninguna de mis otras conciencias existentes en

otras posibles realidades. Que, al morir en mi mundo raíz, salté a este y empecé de cero, si acaso eso es posible, pues que otra versión de mí estuviera precisamente aquí, en un pueblo tan perdido como Oturia, era poco probable. Como todo, cada caso es diferente. Nadie en Oturia me conocía ni yo conocía a nadie. Simplemente, aparecí aquí sin un pasado claro. Sin padres ni familiares que en estos siete años se hayan preocupado por mí, sin amigos… En mi otro mundo mis padres llevaban años muertos, nunca he tenido hermanos ni familia cercana. En este mundo lo mismo, pero yo recuerdo a personas que conocí en mi otra realidad, y aquí es como si nunca las hubiera conocido. Y, como te dije ayer, es mejor así.

Pienso en Sami. En que en este universo paralelo no está con Carlota y ella ni siquiera sabe quién es. Cuando pregunté por él, me dijo: «¿Quién es Sami?». Nunca lo llegamos a conocer. Puede que en esta línea temporal Sami no fuera a Cadaqués el verano de 2014 a buscarse la vida, que es lo que nos dijo cuando lo conocimos trabajando en uno de los chiringuitos de la playa. A Agus le cayó tan bien, que lo invitó a unirse a una fiesta y, desde entonces, no se separó de nosotros. A lo mejor, en este mundo, Agus no lo invitó a la fiesta o Sami rechazó la invitación, y por eso Carlota no recuerda haberlo conocido, aunque sí coincidiéramos con él.

—Como si hubieras aparecido de la nada —reflexiono al cabo de un rato, tras pensar en Sami y en su aparente inexistencia en esta realidad alternativa.

—Exacto, como si hubiera aparecido de la nada —conviene Toni —. Mira, Paula, si tratáramos de entenderlo todo, acabaríamos locos, así que es mejor que dejes a un lado las preguntas sobre este suceso extraordinario al alcance de muy pocos.

—Al alcance de las malas personas, por lo visto —comento con fastidio.

—No sé… Creo que hay más lugares alrededor del mundo que causan un efecto parecido al que hemos vivido tú y yo en el bosque de Oturia, y no tiene por qué pasarle siempre a las personas que han cometido… dejémoslo en actos delictivos. Pecados capitales. Hay tantas versiones como seres existen en el planeta. El multiverso existe. Y somos la prueba. Céntrate en descubrir quién eres aquí y en vivir. Va a ser raro, Paula. A pesar de todo, de las decisiones que tomaste, te deseo lo mejor.

Me atormento pensando que sigo siendo la misma versión que asesinó a sangre fría a Valeria, aunque en esta realidad no ocurriera.

—Gracias, Toni. Por todo. También te deseo suerte.

—Si el destino quiere, nos volveremos a encontrar.

—¿Y en qué realidad alternativa nos volveremos a encontrar, Toni?

Mi pregunta parece hacerle reflexionar, y percibo cierto disgusto en la expresión que compone. Toni sonríe, asintiendo pensativo, un gesto muy suyo, mientras yo me subo al coche y me alejo de la plaza con el olmo seco donde se colgó una mujer que no pudo soportar la nueva línea temporal a la que había saltado tras adentrarse en las profundidades del bosque y ser cazada por la bruja. La maldita bruja.

A medida que me alejo de Oturia, siento que puedo respirar algo mejor. Como si dejara atrás la locura, aunque no es más que una mentira que me cuento. Predigo que la locura, a partir de ahora, va a ser mi sombra. El truco está, creo, en mantener la locura controlada. Al menos, pese al dolor, el frío, las ganas de llorar y el aturdimiento por lo sucedido, tengo un lugar al que ir y al que poder llamar hogar.

Vuelvo a casa. Y eso es lo único que debería importarme en este momento.

CAPÍTULO 15

GAEL

Subo las escaleras a toda prisa enfocando el suelo con la linterna del móvil para no tropezar. Sofía ha entrado en el desván. Y ha descubierto los restos de Valeria.

—¡Sofía! —la llamo, antes de llegar al último peldaño de la empinada escalera. La puerta del desván está abierta, y tiene la llave puesta en la cerradura.

¿Sofía tenía una copia escondida? ¿Sabía dónde estaba la llave? ¿Por qué no me lo dijo? Cuando pregunté por la llave, ni Joaquín ni ella supieron darme una respuesta, así que creía que no tenían ni idea y ya la daba por perdida.

Pero no son los restos de Valeria lo que ha provocado que Sofía emita un alarido que roza la histeria y ahora la encuentre de rodillas en el suelo sollozando. Son lienzos. Lienzos en apariencia inofensivos pero tétricos, mezcla de pesadillas y premoniciones. Además, son enormes. Están apoyados contra la pared revestida de madera que enfoco con la linterna, mientras Sofía se cubre la cara con las manos y no para de llorar.

—Son de Manu. Los pintó Manu… Él era… era… él decía que veía cosas —balbucea con voz temblorosa—. El futuro, decía que se le

presentaban algunas imágenes del futuro. Nunca lo entendimos. Pensábamos que… que eran delirios suyos para llamar la atención…

Enfoco con la linterna en todas direcciones antes de volver a centrarme en los cuadros. Huele fatal, a cerrado, a humedad y a algo putrefacto, puede que haya alguna rata muerta en algún rincón, pero no hay ningún cadáver en avanzado estado de descomposición en el desván. Valeria no está aquí, no lleva diez años esperando a que encuentren sus restos. La intuición me ha fallado, habría sido demasiado rocambolesco. ¿Cómo iba Paula a encubrir un asesinato, aunque lo hubiera cometido su hermano? Pero entonces, ¿dónde está Valeria? ¿Y qué es lo malo que hizo Paula aquella noche? Sé que les mintió a sus padres cuando le preguntaron si sabía dónde estaba su amiga.

Lo que hay son cuatro lienzos algo deteriorados por el paso del tiempo y la humedad que se respira en el desván. Aquí el repiqueteo de la lluvia sobre el tejado suena con más fuerza, como si en cualquier momento el agua fuera a perforar las tejas.

En el primero de los lienzos que contemplo, Manu dibujó a su familia. A su madre rota en pedacitos con lágrimas de sangre saliéndole por unos ojos saltones y más grandes de lo que son en realidad. A su padre vestido con traje y con la cabeza reventada, tal y como lo encontraron en su despacho hace dos días. Y a Paula como a un monstruo con dos caras desfiguradas, una de ellas con una cicatriz en la mejilla, la misma cicatriz que se le formó desde la sien hasta la comisura de los labios al tropezar y caer contra la piedra.

En el segundo, soporto estoicamente la visión de tres chicas desnudas con los ojos cerrados tumbadas sobre la arena de una playa.

El tercer lienzo tiene como protagonista a Valeria. Es un primer plano que roza la perfección. Valeria y sus ojos color azul acero que

tanto me perturbaban, pero Manu la dibujó distinta… más mayor y refinada. La versión adulta que Valeria podría haber llegado a ser si no hubiera desaparecido con diecinueve años.

Y en el cuarto, Manu esbozó un bosque engullido por la niebla con una cabaña abandonada a orillas de un río y la silueta de una mujer. Reconozco ese paraje. Es el bosque de Oturia. La cabaña, el río… y la piedra. La piedra sobre la que Paula cayó y murió. Hasta donde yo sé, Manu nunca llegó a pisar Oturia.

Sabía que a Manu le gustaba pintar. Que tenía alma de artista, que por eso era tan raro, callado y observador. Miraba fijamente a las personas haciéndolas sentir incómodas. Pero estos cuadros… lo que empiezo a creer va más allá del talento que está claro que tenía. Sofía está tan impactada porque, al igual que yo, sabe que lo que Manu pintó fueron premoniciones. Que todo lo que expresó en estos lienzos en el pasado, ha terminado ocurriendo.

—Sofía, ¿cuándo hizo Manu estos cuadros?

—No lo sé, no lo sé…

—Fue antes de…

¿Antes de asesinar a esas tres pobres chicas?

La pregunta se me queda atascada en la garganta. No puedo añadir más dolor al dolor de Sofía. La respuesta es «sí», estoy convencido de que Manu pintó estos cuadros hace muchos años, probablemente antes de que Valeria desapareciera.

En silencio, me agacho junto a Sofía y la abrazo. Dejo que se desahogue en mi pecho mientras fuera sigue lloviendo. Soy lo único que le queda a la madre de Paula, me repito, y por ella, por su memoria, por lo mucho que la quise y la quiero porque el amor nunca muere, no me voy a mover de aquí.

La muerte es la vida cambiando de forma.

Tengo que volver a prisión a hablar con Manu.

CAPÍTULO 16

PAULA

Cadaqués me recibe lluvioso y solitario a la una del mediodía. He tardado cinco horas y media en llegar, que es la distancia que separa Cadaqués de Oturia. Para llegar a ambos pueblos, uno más conocido y visitado que el otro, hay que atravesar muchas curvas cerradas, como si ambos lugares te estuvieran advirtiendo de que el camino no va a ser fácil. Que siempre puede haber un peligro inesperado acechando a la vuelta de la esquina.

Por otro lado, he tenido tiempo suficiente para hacerme una idea de que hay un niño de nueve años que me espera en casa y que cree que soy su madre, aunque todavía no sea capaz de encontrar el sentimiento que me une fuertemente a él. No puedo fallarme a mí misma, a *mi otro yo*, el que ha dejado este universo para cederme su lugar. No quiero pensar que soy una muerta que está jugando a que vuelve a estar viva en una realidad que no recuerda ni le corresponde. Que no soy más que una embustera ocupando el lugar de otra, aunque parte de esa *otra* también me pertenezca.

Aparco el coche en el camino de acceso, desde donde veo una carita ilusionada pegada al cristal de la ventana. Yo, a su edad, hacía lo mismo a altas horas de la noche cuando mis padres llegaban de trabajar del restaurante. Pensar en eso me conmueve. Detrás del niño, aparece mi madre, tal como la recuerdo, con el mismo cabello castaño salpicado de canas recogido en una coleta baja. Soy incapaz

de salir del coche. Sigo teniendo frío. Estoy temblando. El dolor de cabeza no mejora, va a peor, es como si unas garras me estuvieran comprimiendo el cerebro. Y los ojos se me llenan de lágrimas. No lo puedo evitar. La sonrisa de mi madre se desvanece poco a poco porque estoy tardando demasiado en decidirme a entrar en casa, mientras el niño hace un amago de retirarse de la ventana para ir a abrir la puerta y salir a recibirme. Mi madre lo detiene.

¿Pero no ves la que está cayendo? ¡No puedes salir, que te vas a empapar!

«Tienes que salir —me reprendo internamente, secándome las lágrimas con brusquedad y palpando con inquina la rugosidad de la cicatriz—. Tienes que salir y hacer ver que eres la misma persona que ellos conocen, aunque todavía no tengas ni idea de quién eres *aquí*».

Inspiro hondo, agarro el bolso y salgo del coche. Las gotas de lluvia disimulan mis lágrimas cuando asciendo las escalinatas resbaladizas y el niño me abre la puerta, lanzándose a mis brazos. Miro a mi madre como si no la hubiera visto en años. Al principio, me quedo paralizada ante el entusiasta abrazo del niño, pero, poco a poco, mi cuerpo reacciona, mis brazos cobran vida, y rodean su espalda. Qué bajito es para la edad que tiene. Lo estrecho contra mi cuerpo como si fuera lo más valioso de esta nueva vida que tengo que descubrir, mientras mi madre me mira con desconcierto, como si la que ha entrado no fuera su hija, sino una extraña. A una madre no se le puede engañar. Las madres lo saben todo, poseen el don mágico de ver más allá de la realidad que se les intenta mostrar para que no se preocupen en exceso.

CAPÍTULO 17

GAEL

Sofía se ha quedado en casa en compañía de una amiga, mientras yo vuelvo a las instalaciones penitenciarias de Gerona. Cuando hace dos noches cerramos la puerta del desván dejando atrás la visión de las pinturas de Manu, Sofía, exhausta por el dolor y el cúmulo de emociones, se tumbó en la cama y se quedó dormida casi al instante.

Paula apenas hablaba de Manu desde que violó y mató a las tres jóvenes. Lo odiaba. Odiaba tener su misma sangre. Pero un día me dijo que Manu ve el mundo de una manera distinta al resto de personas, que no es que fuera raro o antisocial, sino que era especial y diferente. (A pesar de…). No puedo dar nada por sentado. Estoy cometiendo errores. Pensaba encontrar los restos de Valeria en el desván y me he dado de bruces con unos cuadros tétricos y pesimistas, pero extrañamente reveladores. Manu dibujó el futuro, como si ya en el pasado necesitara expresar en lienzos las imágenes que se le presentaban en la cabeza. Imágenes que eran premoniciones de lo que iba a ocurrir, de lo que ha ocurrido en estos últimos años. A su madre rota en pedazos. A su padre con la cabeza reventada. A Paula con la cicatriz en la mejilla, aunque no tengo ni idea de por qué la dibujó con dos caras como si de un personaje mitológico se tratara. A las tres chicas a las que él violó y mató, desnudas sobre la arena a orillas del mar. A Valeria, años mayor a

cómo era cuando desapareció. Y el bosque de Oturia con la cabaña y el río y la piedra sobre la que cayó y murió Paula. A eso se refería Paula cuando decía que Manu era especial. Diferente. Es posible que desde siempre haya podido ver lo que sucederá, antes de que suceda.

El guardia que acompaña a Manu lo empuja de malas formas. Manu tiene el ojo derecho hinchado y amoratado de una pelea reciente. Apenas lo puede mantener abierto. Lo primero que me suelta con apatía es:

—Sé que mi padre ha muerto.

—Pero hace años que lo sabes, ¿verdad?

Tras un breve e incómodo silencio, Manu inspira hondo.

—Has entrado en el desván. Has visto lo que pinté. Mis cuadros. El futuro —me dice abstraído, sin mirarme a la cara.

—¿Dónde está Valeria?

Manu mira a un lado y al otro de la sala. Después, le dedica una mirada fugaz al guardia, que lo ignora por completo.

—¿Quieres saber qué pasó la puta noche en la que Valeria desapareció? —pregunta con rudeza—. ¿Quieres conocer la verdad, Gael?

No me hace falta pensarlo demasiado. La respuesta es contundente:

—Sí.

—¿Y vas a estar preparado para soportarla? ¿Para saber que Paula no era tan perfecta ni tan buena como creías?

Eso no lo tengo tan claro, pero vuelvo a decirle que sí. Que, después de todo lo que he vivido estas últimas semanas que me han parecido años, creo ser capaz de soportarlo todo.

—Paula te protegió. Encubrió tu asesinato. Porque Valeria fue tu primera víctima, ¿verdad, Manu? —doy por sentado.

—Uhh… —se echa a reír—. Estás muy equivocado, Gael. A Valeria no la maté yo. A Valeria la mató mi hermana, y lo hizo a sangre fría, con un odio visceral que le nació de dentro, de muy dentro. Paula era el demonio. No tienes ni idea de lo mala que era. Desde que era una niña me hizo la vida imposible y esa noche en la que nuestra vida se partió en dos… —Manu sacude la cabeza y cierra los ojos con fuerza, como si el simple hecho de hablar le doliera. Al poco rato, continúa hablando con voz tosca—: Esa noche Paula me metió el demonio a mí. Por eso estoy aquí. Intenté ocultarlo y reprimirlo, que no emergiera… Te lo juro. Te juro que intenté con todas mis fuerzas que el demonio no volviera a salir. Pero al final… El demonio siempre gana, Gael, y llevarle la contraria no sirve de nada. Por eso hice lo que hice cuatro años después de lo que pasó con Valeria. Por culpa de mi hermana.

CAPÍTULO 18

SOFÍA

Creen que no me entero de nada. Que a mis cincuenta y seis años deliro, que el dolor es demasiado profundo como para poder soportarlo, que las lágrimas que no paran de brotar de mis ojos son un signo de fragilidad, que mis gritos, debido al peso que me aplasta el pecho, son fruto de la histeria que padezco y que me domina como si el demonio se me hubiera metido dentro. Creen que estoy rota. Y lo estoy, en eso no se equivocan, pero me siento más lúcida que nunca. Estos últimos diez años han sido un infierno. La herida que me dejó el cáncer, el miedo a recaer, cuando ahora me doy cuenta de que lo mejor que me podría haber pasado es que se me llevara *el bicho* para no haber tenido que soportar todo lo que vino después.

Lo he perdido todo.

Ya no me queda nada.

Mi hijo el rarito, el que no tenía amigos ni le caía bien a nadie y al que dejamos de lado cuando nació Paula porque era más fácil eso que intentar comprenderlo, es un violador y un asesino. Mi hija, mi preciosa hija, está muerta. Mi marido, que aparentemente era más fuerte que yo, no lo ha soportado y se ha volado la cabeza. Y hace diez años que sé que tengo un cadáver en casa. Esa ha sido nuestra maldición, por eso no han parado de ocurrirnos cosas malas, una

detrás de otra, una detrás de otra… Ocultar los restos de una niña, porque Valeria era una niña cuando desapareció la noche del 12 de agosto de 2014, nos ha condenado. Miramos hacia otro lado para proteger a nuestros hijos y lo hemos pagado muy caro. Hay un Dios ahí arriba que observa cada uno de nuestros actos, seguro. Y ese Dios se ha cabreado con nosotros y nos ha castigado. ¿Quién dijo aquello de que todos tenemos un muerto en el armario? En nuestro caso, es literal, pero en lugar de tener un muerto en el armario, lo tenemos oculto en el pozo del jardín que Joaquín se encargó de tapiar. Ocurre en las mejores familias, en las que, como nosotros, nos empeñamos en que, de puertas para afuera, todo parezca perfecto e idílico, hasta que el cuento de hadas se desmorona como una torre de libros en precario equilibrio.

—Elvira, puedes irte. Seguro que Gael no tardará en llegar —le digo a mi amiga, que lleva treinta y cinco minutos sin saber de qué hablar conmigo. Mi compañía la incomoda, se lo noto en la cara, como si la desgracia se pudiera contagiar.

—¿Estás segura? —duda ella, mirando la hora en el reloj de pared, y es que, desde que Elvira ha llegado a esta casa triste y fría y con el alma tan rota como la tengo yo, he visto las ganas que tiene de dar media vuelta y largarse. La fragilidad con la que me trata me resulta hasta insultante, no soporto que se quede ni un minuto más.

—Sí, sí, estoy bien… —musito.

—¿Pero necesitas algo?

—Nada, nada, tú vete, de verdad… que prefiero estar sola. Gael te ha llamado para que me hagas compañía y así irse tranquilo, pero estoy bien —le aseguro, mirándola fijamente a los ojos para ser lo más convincente posible. Pobre Elvira. Espero que no cargue con la culpa de lo que estoy a punto de hacer.

—Bueno, pues me voy… que mi hija me trae al nieto en media hora y debería preparar algo de comer.

—Claro, el nieto… —suspiro—. Qué suerte tienes, Elvira. Me habría encantado ser abuela.

«Quizá en otra vida», pienso para mis adentros, dirigiendo la mirada a una de mis fotografías favoritas que he descolgado de la pared para dejarla encima de la repisa de la chimenea y tenerla a la vista: la de Joaquín con Paula cuando era pequeña en la playa, con un atardecer precioso a sus espaldas. A ambos les encantaba bañarse en el mar al atardecer. Decían que era la mejor hora del día, que el agua estaba calentita y la playa más vacía de gente. Es que en verano, en Cadaqués, no cabe un alfiler.

Elvira me mira con lástima. Estoy acostumbrada a esa mirada lúgubre, y por eso apenas he salido a la calle desde que Paula murió. Cuando condenaron a Manu estuve seis meses sin salir de casa. La culpa por lo mal que lo hicimos con él y la vergüenza, eran un lastre.

«Qué mala suerte ha tenido esta familia —sé que dice la gente—. Un hijo violador y asesino. Una hija muerta. Y ahora el marido se ha suicidado y lo ha hecho a lo grande, volándose la cabeza con una pistola como en las películas, salpicando las paredes y el suelo del despacho de su sangre y sus sesos desparramados por todas partes. Eso no hay quien lo elimine del todo, ni un equipo de limpieza profesional».

Hay que ver, hay que ver…

… la casa está maldita.

Qué morbosa es la gente, ¿a que sí? Disfrutan de los chismes cuando la cosa no va con ellos. Pero nadie está a salvo. La desgracia le puede salpicar a cualquiera en el momento menos pensado. Hoy soy yo, pero mañana te puede tocar a ti. No nos confiemos.

Acompaño a Elvira hasta la puerta. Me despido con una sonrisa.

Adiós, amiga, adiós y buena suerte.

Espero en el quicio de la puerta hasta que la pierdo de vista y vuelvo a entrar en casa.

Cruzo el salón, y el eco de la risa de un niño al que no puedo ver me acompaña, hasta que salgo al jardín y lo dejo de oír. En esta casa hay muchos ecos. De noche, oigo las voces de los que ya no están o de los que vendrán, no estoy segura y no sé explicarme bien. Hay otros mundos dentro de este mundo, cada vez estoy más convencida de ello, dimensiones que a veces se rozan aunque no coincidan en el tiempo, pero mi capacidad, como la de casi todos, es limitada. Solo puedo oírlos, jamás verlos, y aun así, no pierdo la esperanza de volver a reunirme con las personas a las que he amado cuando me marche de aquí.

Ya falta poco, no te impacientes. Los volverás a ver muy pronto.

Esta casa ha sido un personaje más en nuestra historia. Yo nací aquí. La casa pertenecía a mis abuelos, luego a mis padres, y finalmente a Joaquín y a mí. Sus paredes están impregnadas de nuestra energía. De las buenas noticias y de las malas. De las risas y los llantos. De conversaciones serias y banales. De la infancia de mis hijos. De su adolescencia. De sus malas acciones. Esta casa está llenita de nosotros, sí, de lo que fuimos pero ya nunca seremos, y lo estará mientras sus cimientos sigan en pie. Parte de nosotros siempre estará aquí.

En el jardín, mis pasos son lentos e inseguros.

Aquí también hay ecos de otros tiempos, y algunos me sacan una discreta sonrisa:

Visualizo a Paula con cinco años aprendiendo a nadar en la piscina, que ahora está cubierta con una lona desvaída llena de hojas secas del otoño que pronto dará paso al frío invierno en el que yo ya no estaré. En un rincón, agazapado como siempre y sin

apenas mantener contacto visual con nadie, también puedo ver a Manu, al niño envidioso que fue. No era malo. En el fondo, yo sé que tenía buen corazón. Es solo que no le prestamos la atención suficiente ni supimos entender sus rarezas. No estuvimos ahí cuando más nos necesitaba, aunque no es excusa para lo que hizo; no, no lo es. Ahora, de nada sirve arrepentirse. Lo pasado, pasado está, no se puede cambiar. Lo lamento por las chicas a las que arrebató la vida. Qué pena. Nadie merece acabar así. Y cualquier madre entenderá la cantidad de sentimientos contradictorios y pensamientos intrusivos que la revuelven a una por dentro cuando un hijo elige el mal camino.

Entro en la caseta del jardín. Cojo un viejo mazo con el mango de madera desgastado, y me dirijo al pozo que mi abuelo construyó en 1946, la fecha está inscrita en la piedra. Empiezo a darle golpes al cemento duro, frío y viscoso con el que Joaquín cubrió torpemente el pozo diez años atrás. Ahí están los restos de Valeria, deseosos de salir a la superficie. De que alguien la encuentre, ser enterrada en tierra sagrada, como debe ser, y descansar en paz. Tiene ese derecho, pobre niña. Y cuánto sufrió Paula. Valeria era su mejor amiga. Pero ya no había nada que hacer por ella, así que Paula hizo lo que tuvo que hacer, lo que hicimos todos: proteger a su hermano. Con los restos de Valeria fuera de aquí, terminará esta maldición que ha caído sobre mi familia.

Cuando acabo de reventar el cemento y el pozo queda al descubierto, me asomo con una insana curiosidad. Enfoco con la linterna que he ido a buscar a la cocina, y la veo. Veo lo poquito que queda de Valeria. Su esqueleto. Ahora, cualquiera que se asome, la podrá ver. Gael la encontrará y sabrá qué hacer.

Vuelvo al salón y escribo una nota para Gael que introduzco en un sobre. Ni siquiera me ha temblado el pulso. Morir no me da miedo; en mis circunstancias, es la vida a la que temo.

Entro en mi habitación, donde tengo un montón de medicamentos para todo tipo de males, y voy engullendo una pastilla, y otra, y otra y otra más…, con imágenes de lo que ha sido mi vida pasando velozmente por mi mente, hasta que me quedo dormidita con el eco de la risa de un niño al que siempre he oído como si estuviera aquí a mi lado, pero jamás he podido ver.

Quizá en otra vida.

CAPÍTULO 19

PAULA

Vi a mis padres hace tres días. Gael y yo condujimos desde París hasta Cadaqués. Un viaje de nueve horas agotador en el que volví a decirle a Gael que teníamos que cortar por lo sano con la reunión anual en la casa rural de los padres de Valeria. Que hacía diez años que había desaparecido, que había que superarlo, y que siete años yendo a Oturia para homenajearla, me parecían demasiados. Gael me daba la razón, pero le sabía mal por los padres de Valeria, a quienes parecía hacerles especial ilusión seguir con el ritual de escribir y crear las invitaciones, imprimirlas y enviárnoslas, como si nos estuvieran invitando a una boda en lugar de a un fin de semana en su casa rural en honor a su hija «desaparecida».

Pasamos una tarde muy agradable con mis padres. Cenamos, vimos la tele, y nos acostamos temprano. Sobre las once de la mañana, nos despedimos de ellos y emprendimos el viaje hasta Oturia. Fue la última vez que vi a mi padre con vida. Y, para él, deduzco que fue la última vez que me vio con vida a mí. Vaya lío. He pensado mucho en sobre cómo habrá afrontado Gael mi muerte en la otra realidad, pero no me había detenido a pensar demasiado en lo destrozados que deben de estar mis padres.

Cualquiera que me oiga…

Y ahora estoy de nuevo aquí, pero las cosas son muy distintas, y se me hace difícil asumir que mis recuerdos más recientes en esta casa no existen. No en este mundo alternativo en el que me encuentro. Y es que tengo que recordarme, como si mi memoria estuviera rota, que esta es otra vida: no estoy casada con Gael, no maté a Valeria, aunque posiblemente sí a mi hermano, y mi padre no existe. Pronto se cumplirán diez años desde que papá no soportó la desaparición de Manu y se mató, aunque no estoy segura de que ese fuera el motivo, así que no es más que una hipótesis mía. Se introdujo el cañón de una de sus antiguas pistolas en la boca y se reventó la cabeza. Ocurrió en el despacho y lo encontró mamá. Terrible.

Al menos, mi madre sigue aquí conmigo, y parece feliz a pesar de las adversidades. Me encantaría hacerle mil preguntas, pero sería raro. También disfruto de la compañía de un niño encantador que me llama *mamá, mamá, mamá*, se ríe por todo y no se separa de mí ni cuando tengo que ir al cuarto de baño. Es raro. Porque no conozco a Pol, es la primera vez que lo veo, y, sin embargo, siento que daría mi vida por él. Que le quiero, le quiero muchísimo, más de lo que jamás he querido a nadie, aun sin recordar que le quiero.

Lo cierto es que no sé muy bien cómo actuar, me siento un poco desubicada. Mi madre me mira de manera extraña. Sabe que hay algo diferente en mí. Que no soy la misma mujer que se fue a Oturia a pasar un fin de semana con unos *amigos* a los que hacía tiempo que no veía, no en honor a Valeria como en mi anterior realidad, sino por el simple hecho de *volver* a reunirnos después de tantos años. Tengo la excusa perfecta para estar así de pensativa y haber regresado antes de lo previsto: verlos no me ha ido bien, no debería haber aceptado la invitación. De hecho, Valeria me ha eliminado del grupo de WhatsApp que creó para organizar el reencuentro. ¿Pero cómo hablar de un pasado, por lo visto doloroso, si no lo recuerdo?

Sin embargo, Pol no permite que me coma la cabeza ni un solo segundo. Con una energía desbordante que ya quisiera para mí, me

pide que echemos una partida (o dos, tres, cuatro…) a Mario Kart. Mi madre se ríe.

—Pol, tu madre está muy cansada…

Agotada. Estoy agotada. Me he tomado un paracetamol para el dolor de cabeza, que ha remitido un poco, pero sigo teniendo mucho mucho frío.

—No pasa nada —le digo a mi madre—. Me voy a dar una ducha y, cuando salga, echamos esa partida, Pol.

Mi madre y Pol me miran como si me hubiera salido un tercer ojo en la frente. ¿He dicho algo malo?

—¿Pasa algo? —les pregunto, forzando una sonrisa.

Mi madre y el niño cruzan una mirada cómplice. Es Pol quien, disgustado, me dice:

—Nunca me llamas Pol, mamá.

—Ah.

¿Y cómo te llamo?

—No pareces tú. Estás distinta —añade el niño, antes de salir de la cocina e ir al salón, donde se tumba en el sofá con aire ausente y enciende la tele.

Mi madre le resta importancia barriendo el aire con la mano.

—Ya sabes lo especial que es para esas cosas…

No, no lo sé. No sé nada de él. Y tampoco de ti, mamá, de lo que has sufrido en esta línea temporal.

Mi madre me guiña un ojo y me dice que me vaya a duchar. Y eso es lo que voy a hacer, ducharme e intentar desconectar, con la incógnita de cómo llamo a *mi hijo* si no es por su nombre.

Subo las escaleras con lentitud. Me entretengo echándole un vistazo a las fotografías que hay colgadas en la pared. Son las mismas que recuerdo de la infancia en mi anterior mundo, incluida la de papá conmigo en la playa, con un cielo de atardecer rojo y rosado espectacular.

Abro la puerta de mi dormitorio. Sigue siendo el mío, no hay duda, pero, al mismo tiempo, no lo es. En mi anterior línea temporal, cuando me fui a vivir a París con Gael, mis padres dejaron la habitación tal y como yo la tenía, con las paredes pintadas de rosa, la cama con dosel y los muebles blancos. En esta realidad, la habitación está muy distinta. Las paredes están pintadas de color crema, el armario es mucho más grande, y duermo en una cómoda cama de matrimonio. En una mesita de noche hay una foto de Pol y mi versión de este mundo posando con expresión divertida. Ojalá recordar ese momento y saber quién nos sacó la foto. En la mesita del otro lado, hay un libro del que no había oído hablar nunca: *Claus y Lucas*, de Agota Kristof. Hay una señal en la página ciento tres que debería retomar en honor a la versión a la que he suplantado. Nunca me he considerado una lectora voraz ni he tenido libros encima de la mesita de noche, porque no acostumbro (o no acostumbraba) a leer en la cama. Me sorprende que mi *yo* de este mundo sí tuviera el hábito.

¿Tan distintas somos o hemos sido?

¿Son las experiencias que vivimos las que nos convierten en una persona u otra?

¿Qué te pasó a ti en esta realidad, Paula?

Ojalá el reflejo del espejo me diera la respuesta. De momento, me contento con haber encontrado el cajón de las toallas.

La habitación de Manu está cerrada con llave. Hay dos habitaciones más bastante amplias. La de invitados y la de Pol, que es como entrar en un mundo mágico de planetas, estrellas y astronautas, con un montón de libros infantiles en una estantería hecha a medida, además de toda la colección de Harry Potter, figuritas de Pokémon, balones de fútbol y pósteres de Messi, Ronaldo...

Abro un libro al azar, el de *El Principito*, que leí cuando era niña. Leo con una sonrisa una dedicatoria que, lógicamente, no recuerdo haber escrito, pero la letra es idéntica a la mía:

Para mi bichito.

Por muchas más lecturas juntos.

¿Bichito? ¿Llamo a mi hijo *bichito* en lugar de Pol?

Anotado. Aunque supongo que en un par de años, cuando entremos en plena preadolescencia, me pedirá que no vuelva a llamarlo así. Al menos, no en público.

Me asomo a la ventana con vistas al jardín, desde donde veo el pozo construido por mi bisabuelo en los años 40 del siglo pasado. El mismo pozo en el que, en mi otra realidad, Manu y yo tiramos el cadáver de Valeria como si fuera basura. Al cabo de tres días, cuando entre lágrimas les confesamos a nuestros padres lo que (más o menos) había ocurrido, mi padre lo tapió decidiendo con amargura que no volveríamos a hablar del asunto.

***

Cadaqués, verano de 2014 de mi anterior realidad

Un día antes de la desaparición de Valeria

Valeria se moría de ganas de enrollarse con Gael. Nada serio, decía, pero lo quería para ella, así que «tú, ni te acerques, Paula», me ordenaba, como si en lugar de su amiga fuera su esclava o me hubiera convertido en una especie de competidora. Es aquello que dicen de que la confianza da asco. Pues eso. Con Valeria siempre fue así. Y es que yo me daba cuenta de cómo me miraba Gael y de que hacía intentos por acercarse a mí, aun cuando Valeria siempre estaba al acecho, dispuesta a saltar si era conveniente, para que fuera imposible quedarnos a solas. Sin embargo, Valeria tenía otros rollos, a destacar uno que era «secreto» y que la adoraba y tenía mucha pasta, porque le hacía regalos excesivamente caros. Una pulsera. Un colgante. Nada de baratijas. Un bolso Chanel con el que salía a todas partes presumiendo de él. Ropa de marca. Un iPhone…

—¿Cuánto tiempo lleváis liados? —le pregunté con curiosidad, cuando me estaba enseñando el iPhone 5s, lo más de lo más en aquella época.

—Desde el verano pasado —contestó con desgana.

—Ah. ¿Y se puede saber quién es? ¿Lo conozco?

Valeria se reía, me llamaba tontita, «Ay, qué tontita eres, Paula», me daba un codazo, y volvía a meterse en el agua evitando hablar del tema. Gael, a unos pocos metros de distancia, me miró. Y yo le sonreí con la timidez propia de los dieciocho años en los que crees que eres muy mayor, y en realidad solo estás empezando a vivir. En cuanto dio un paso con la intención de acercarse a mí, Valeria salió rápidamente del agua, volvió a sentarse a mi lado, y Gael recapituló, simulando prestar atención a la conversación que estaban manteniendo Agus y Sami sobre algo relacionado con las medusas.

Mi madre no siempre iba al restaurante a trabajar. En verano tenían bastantes empleados a los que les hacían un contrato temporal, así que mi padre le decía que se quedara descansando en casa o saliera por ahí con sus amigas.

—¡Hoy libras, cariño! —le decía divertido.

Y mi madre, pobre inocente, encantada de tener la noche libre.

Eran las dos y media de la madrugada. Valeria no había aparecido por mi casa ni por la playa. Vi que en el restaurante de mis padres, al otro lado del paseo, todavía había luz pese a que llevaba media hora cerrado. Aburrida porque esa noche Carlota, Sami y Gael no habían salido y yo no era muy afín a Montse y a Laia, que no paraba de discutir por tonterías con Agus, fui hasta el restaurante, donde supuse que estaba mi padre. Quería que me llevara a casa en coche, no me apetecía nada caminar durante media hora cuesta arriba.

Entré. Ni siquiera tuvo cuidado de cerrar con llave o bajar la persiana. Recorrí el salón vacío y recogido sin hacer ruido y con cuidado de no pisar las partes del suelo que estaban fregadas, hasta que me detuve en seco al escuchar unos gemidos que procedían del despacho. La puerta estaba entreabierta, se entreveía luz por la rendija. El corazón empezó a latirme muy fuerte en el pecho. Al principio, pensé que un par de empleados se habían puesto cachondos a la hora del cierre, y se habían colado en el despacho de mi padre, que ya debía de estar en casa. Pero no. No eran un par de empleados que al verme me rogarían que no le dijera nada al jefe.

Por la ranura de la puerta vi a mi padre de espaldas, con los pantalones bajados hasta los tobillos, metiéndosela a Valeria, a mi mejor amiga, que estaba sentada en el escritorio con las piernas abiertas y la cabeza echada hacia atrás, la cara mirando hacia el techo componiendo un gesto extasiado de placer. Quise vomitar ahí mismo del asco que me dio. Era repugnante. Ambos, excitados, gemían, la cara de mi padre estaba hundida en los pechos de mi

amiga, succionándole los pezones, y yo quise arrancarme los ojos o que me reventaran los tímpanos o ambas cosas, porque lo que estaba presenciando no podía ser real. También quise gritar, pero me quedé muda, petrificada, como si me hubieran hipnotizado, viendo cómo mi padre y mi amiga follaban sin que mis pies reaccionaran y se movieran rápido de regreso al exterior.

Y claro, estuve ahí tanto rato, que Valeria me vio. No pareció sorprendida ni confusa ni avergonzada, ella solo… solo me miró desafiante, levantó una ceja, me sonrió, y siguió a lo suyo como si mi presencia no importara.

***

La noche en que Valeria desapareció

Llevaba horas esperando una llamada de Valeria que no llegó. Tampoco me mandó ningún wasap arrepentida o pidiéndome perdón, asegurándome que lo suyo con mi padre había terminado y que no lo volverían a hacer.

Al día siguiente de descubrir la aventura entre mi padre y Valeria, me fui sola a la playa. Eran las siete y media de la tarde y había poca gente, pues a esa hora preferían estar tomando algo en las terrazas de los bares. No quería ver a nadie. Ni siquiera a Gael, que estaría con el grupo en algún chiringuito o en otro punto de la playa.

—Tenemos que hablar de lo que viste —apareció Valeria, extendiendo su toalla sobre la arena. Se quitó la ropa, se quedó en bikini, y se sentó a mi lado.

—¿Ese bikini también te lo regaló mi padre? —pregunté, mordaz, y es que, mientras a Valeria le había regalado un puto iPhone, a mí me había comprado un móvil barato y tenía que ganarme cada euro a base de currar de lo lindo en el restaurante al que ese día no fui.

—Paula… Tu padre siempre me ha parecido un hombre muy atractivo. Y lo es, es tu padre y entiendo que no veas lo bueno que está. Vamos, que tampoco es tan viejo, tiene cuarenta y seis palos, pero es que no sabes cómo me folla… me folla que te cagas, es adictivo, me tiene loca.

No me lo podía creer. ¡No podía creerme que estuviera hablando así de mi padre, de la aventura que tenía con él desde hacía un año, desde el verano pasado! Y mi padre… joder, mi padre también me daba asco. Liarse con mi amiga, a la que le sacaba veintisiete años y conocía desde que no levantaba un palmo del suelo. Era repugnante. Valeria había estado cientos de veces en mi casa. Mi madre la trataba como a una hija. Y se había reído de ella en su cara, acostándose con su marido.

En lugar de pedirme perdón como por un momento pensé que haría, se estaba excusando con que mi padre era atractivo, no era tan mayor, y la follaba bien.

¡JODER!

—¡No me vuelvas a hablar en tu puta vida! ¡No te quiero volver a ver! —estallé, levantándome y expulsándome la arena del cuerpo.

No recuerdo haber estado tan cabreada y dolida en mi vida. Lo que realmente quería era darle una paliza, reventarle la cara, verla llorar y suplicar perdón. Me vestí lo más rápido que pude y me alejé de ella, que, encima, con aire de indignación, se calló y desvió la mirada hacia el mar como si me hubiera hecho invisible.

Tres horas después de ese breve encuentro en la playa, Valeria estaba muerta. No lo planeé, lo juro, solo… solo ocurrió, sin más.

Valeria jamás debió venir a casa. Era una provocación en toda regla que le salió muy cara. Lo que dije después, cuando eran las cinco y media de la mañana y no había ni rastro de Valeria, que encima se había dejado el móvil en casa, era cierto: esa noche no habíamos quedado. Pero lo que me callé es que yo no pensaba quedar con ella nunca más. No quería verla ni en pintura, me daba asco, y también me daba asco mi padre, al que por suerte no vi durante esas últimas horas. No fui a trabajar al restaurante, me pasé el día en la playa sin hacer nada, y, durante el poco rato que pasé en casa, me encerré en mi habitación. Lo que no sabía, era que Valeria le había dicho que yo los había visto, por lo que mi padre también me había estado evitando a mí.

Pero Valeria, insistente como nadie, vino por la noche sabiendo que mis padres estaban trabajando en el restaurante. Yo no me enteré, me estaba dando una ducha, por lo que fue Manu quien le abrió la puerta. Cuando salí del cuarto de baño, escuché gritos al otro lado del pasillo. Venían de la habitación de Manu. Enseguida reconocí la voz de Valeria que, además de follarse a mi padre, se atrevía a venir a mi casa a insultar, pegar y maltratar a mi hermano. No sabía por qué, puede que Manu le hiciera algo para que ella reaccionara con esa violencia, pero eso era lo de menos en aquel momento. No me detuve a pensar. Se me acumuló todo. Todo. En mi interior sentí un volcán en erupción que estalló, vaya si estalló… Me dejé llevar por la rabia y por el odio visceral que sentía hacia ella por lo que había descubierto la noche anterior, y, sin pensarlo, cogí el elefante duro, pesado, con la trompa afilada capaz de sacarte un ojo de la cuenca, y la golpeé en la cabeza, y luego seguí golpeándola cuando yacía indefensa en el suelo…

… hasta que la maté.

C'est fini.

***

Tres días después de la desaparición de Valeria

Miré a Manu, que asintió despacio con la cabeza como si estuviera de acuerdo con lo que estábamos a punto de hacer, pero como si también lo estuviera condenando a cadena perpetua. Y en parte, así fue. Condené a mi hermano, acostumbrado a que todo el mundo lo mirara con recelo, para librarme de la culpa. Si iban a meter a alguien entre rejas sería a él, no a mí, que tenía un futuro brillante por delante. Fui mala y egoísta. Una manipuladora. Nunca fui buena con Manu, esa es la verdad. Disfrutaba viéndolo sufrir. Me gustaba que mis padres se volcaran en mí como si fuera hija única y no le prestaran la más mínima atención. Me encantaba que, aunque fuera unos pocos años mayor que yo, me necesitara y me siguiera a todas partes como un perrito faldero, porque la otra opción era quedarse encerrado en casa.

—Es que lo hice para protegerte de ella, ¿no lo entiendes, Manu? Te estaba tratando muy mal.

—Bueno, yo intenté…

—Eso da igual —lo corté con brusquedad—. Cuando yo entré, no te vi a ti intentando nada, sino recibiendo un rapapolvo injusto e inhumano. ¡Te estaba diciendo de todo! ¡Te pegó, Manu, te pegó! No tenía ningún derecho a tratarte de esa forma.

—Pero era tu mejor amiga…

—Y tú eres mi hermano.

Como si eso me importara en realidad…

Nuestros padres llegaron del restaurante a las dos y media de la madrugada. Manu y yo los esperábamos sentados en el sofá del salón. Mi madre fue la primera en percatarse de que algo iba mal. Y

es que en Cadaqués no se hablaba de otra cosa que no fuera la desaparición de Valeria y mis padres estaban a punto de enterarse de que jamás había salido de nuestra casa.

Con angustia, mi madre nos preguntó:

—¿Qué hacéis despiertos? ¿Qué ha pasado?

—Os tenemos que contar algo… —empecé yo.

—¿Qué pasa? ¿Os separáis? —bromeó mi padre, pero su sonrisa se esfumó en el acto al ver nuestros gestos sombríos y después mis lágrimas de cocodrilo, y la confusión de Manu y sus ojeras y su mirada perdida…

Manu no fingía. Yo sí. La parte mala que habitaba en mí no se arrepentía de nada de lo que había ocurrido, porque había tenido mis motivos para hacer lo que hice y porque los últimos días con Gael habían sido perfectos. Me sentía feliz sin Valeria, sin que me opacara con su brillo y sus deseos de destacar, dejándome siempre en un segundo plano para que nadie se fijara en mí. Desde que éramos niñas, cada vez que Valeria venía de vacaciones a Cadaqués, me había absorbido, impidiéndome ser yo misma. Y además, gracias a lo que yo había hecho, conseguí mantener a mi familia unida y le había evitado mucho sufrimiento a mi madre. Es horrible, lo sé, pero no había vuelta atrás. ¿Y si a mi padre se le hubiera ido la cabeza hasta el punto de abandonar a mi madre para fugarse con Valeria, convirtiéndonos en el hazmerreír de todo el pueblo? Matándola, había sorteado un futuro incierto.

—Manu mató a Valeria —confesé sin que me temblara la voz.

Mi madre se llevó la mano al corazón y necesitó sentarse. Por un momento, creí que le iba a dar un infarto. Al año siguiente, le detectaron cáncer de pecho. Siempre pensé que el golpe que recibió esa madrugada fue el detonante que la enfermó.

—Estáis de broma, ¿no? —dijo mi padre, a quien reté con la mirada, gesto que pasó desapercibido para Manu y para mi madre, pero no para él.

Mi padre entendió.

«Lo sé todo», le dije sin necesidad de palabras.

Lo que todavía no sabía era que Valeria le había contado a mi padre que yo los había pillado en plena faena. Por lo que él sabía que yo lo sabía. Y, claro, desconfió. Mi padre debió padecer lo suyo, pero siempre se le dio tan bien disimular… Yo estaba dispuesta a pasar página y a seguir callando, siempre y cuando él mantuviera la boca cerrada.

A pesar de haber pactado que a nuestros padres les diríamos que había sido Manu quien había matado a Valeria, él me miraba con algo parecido al rencor. Mi padre enseguida captó que no, que no estábamos de broma. En menos de lo que dura un parpadeo, le cayeron veinte años encima. Después de estar durante, no sé, cinco o diez minutos con la mirada perdida y los ojos vidriosos asimilándolo todo, miró a mi madre, cogió aire, y nos preguntó, con una mezcla de severidad y resignación:

—¿Dónde está Valeria?

—En el pozo —contesté yo.

—¡En el pozo! —gritó mi madre, llevándose las manos a la cara y echándose a llorar.

—Lo siento… lo siento mucho… —gimoteó Manu.

—Joaquín, no podemos… —empezó a decir mi madre.

—Lo sé. Lo sé, Sofía, lo sé…

Horas más tarde, alrededor de las cuatro de esa eterna madrugada, mi padre tomó la decisión de no decir nada y mantener en secreto la aberración que intenté hacerles creer que había cometido Manu. Ese secreto, de una manera u otra, nos fue destruyendo a todos, enrareciendo la energía de la casa de la que, en cuanto vi la oportunidad, me marché para emprender una nueva vida con Gael. Con mi padre, obvio, al principio hubo mucha tensión. Portazos, miradas esquivas, incomodidad, vergüenza, frases inacabadas… No hablamos de lo que vi aquella noche en el despacho del restaurante. Es una espinita que siempre se quedó clavada en mí y supongo que también en él. Pero, con el tiempo, llegué a perdonarlo, y nuestra relación, aunque no tan cercana como la que tenía con mi madre, se volvió más o menos normal, sin nada más que echarnos en cara.

Lo que me sorprendió de mi padre, fue que, mientras mi madre se mostraba más reservada con todo el mundo, él, durante los siguientes días, semanas, meses y años, continuó hablando con los padres de Valeria con total normalidad, como si sus hijos no fueran los responsables de su desaparición y su cuerpo no estuviera descomponiéndose en el fondo del pozo de nuestro jardín. Hasta que el descerebrado de Manu, que durante años apenas salió de su habitación, mató a esas tres chicas. Y preguntaron también por Valeria. Pero no tenían pruebas. Habían pasado cuatro años.

—Esto no va a salir de aquí —dijo mi padre aquella madrugada, mirándome intencionadamente, antes de salir al jardín con una linterna. Lo vimos desde uno de los ventanales del salón. Enfocó con la linterna hacia el interior del pozo, estuvo asomado un montón de rato, y después regresó al interior de la casa hecho una furia—. ¿Qué coño le has hecho? Tiene la cabeza abierta, animal, que eres un bestia, un bruto, un malnacido, maldito enfermo… ¡Deberían encerrarte! —espetó, agarrando a Manu del cuello de la camisa y zarandeándolo. Pensaba que le iba a dar una paliza o lo iba a matar, y ni mi madre ni yo lo detuvimos. Yo quería sangre, quería más sangre, hasta que mi padre se derrumbó, soltó a Manu, que se dejó

caer en el sofá, y, con los ojos anegados en lágrimas, añadió—: Voy a tapiar el pozo.

Mi padre volvió a mirarme. Él solito ató cabos en un santiamén. Intuyó que había sido yo quien había matado a *su* Valeria, a su jovencísima y consentida amante, y que más le valía protegernos si no quería que la vida que había construido con mi madre volara por los aires.

—Joaquín…

—Hay que protegerlos, Sofía. Ha sido un error —dijo con frialdad, mirando a Manu con un odio visceral que jamás desaparecería, aunque sé que lo hizo solo para disimular. En realidad, ese odio contenido iba dirigido a mí—. Ha sido un error, pero no podemos hacer nada por Valeria y nuestros hijos... no, no pueden ir a la cárcel. Lo perderíamos todo, Sofía. Todo lo que hemos construido lo… lo perderíamos… —balbuceó, agitado, dándose cuenta al fin de que Valeria no era importante. Nosotros, su mujer y sus hijos, su familia, era lo único que importaba, y debería habernos valorado más.

A mi padre se le quebró la voz. Mi madre aceptó. No les quedó otra que hacer de tripas corazón y seguir adelante «como si nada».

Pero ¿cómo se continúa después de algo así?

¿Cómo se vive teniendo un cadáver en el jardín de tu casa?

¿Cuántas veces se arrepintió mi padre de no haber llevado a Manu a comisaría para que confesara el asesinato que no cometió? Si lo hubieran arrestado por el asesinato de Valeria, las tres chicas a las que violó y asfixió hasta la muerte cuatro años después, seguirían vivas. Pero mi padre también sabía que, si hacía algo en contra de mi hermano o de mí, yo tardaría cero coma en decirle a mi madre que Valeria, mi mejor amiga, esa zorra… llevaba un año follándose a su marido.

***

Ahora

Esa escena aquí, en este universo alternativo del que yo provengo, nunca ha sucedido. Transcurridos diez años de *aquello* que cambió mi vida mucho más de lo que entonces podía imaginar, no soy la misma. Cometí un error muy grave. No pude reprimir la ira. Fui incapaz de contenerme. Mi cuerpo y mi mente se descontrolaron hasta el punto de convertirme en lo más improbable y repudiado: en una asesina. Maté a Valeria con mis propias manos y tuve mis razones, aunque empleé una violencia propia de un monstruo sin corazón, pero no, no, no… No soy una mala persona y no lo volvería a hacer… Lo pensé, claro. Al ver con asombro a Valeria viva y diez años mayor a como la recordaba antes de saber y asimilar a marchas forzadas que me encontraba en otra línea temporal, pensé en hacerla desaparecer, pero no podría… No podría *volver* a hacerlo. Ya no. Y me tranquiliza y mi alma siente un poquito de paz al saber que en esta vida no ocurrió. El crimen, por tanto, se ha deshecho como por arte de magia. Puede que *aquí* Valeria no se acostara con mi padre o, por lo que sea, yo no lo descubriera, y por eso sigue viva. He estado buscando información sobre universos paralelos. Algunos creen en ellos, la mayoría lo consideran una fantasía como los viajes en el tiempo, pero yo soy una muestra de que hay algo de magia en este mundo, aunque no es la magia de los mundos de Yupi que nos vendieron de pequeños. Se dice que hay hasta siete realidades y que cada realidad puede tener una trayectoria distinta, sucesos que no tienen nada que ver los unos con los otros, decisiones que nos marcan. Pero no es una información concluyente. En otras páginas he leído que hay una cantidad infinita de universos alternativos. Entonces ¿en qué quedamos? ¿Quién dice la verdad? ¿Quién miente? ¿Hay alguien que de verdad sepa de lo que habla?

La cuestión es que queda claro que la noche del 12 de agosto de 2014, Valeria no desapareció en este mundo, ni yo desaté contra ella la rabia que le tenía por, entre otras cosas, acostarse con mi padre. Pero desapareció Manu, mi hermano. Valeria y yo hicimos algo de lo que, tal y como me dijo ella en Oturia, no puedo hablar… La odio. Sigo odiándola con todas mis fuerzas, pero aquí no la maté, y no sé por qué no lo hice, y una parte de mí desearía haberlo hecho.

Agitada, me doy cuenta de que, en esta línea temporal, el pozo también está tapiado torpemente, con manos inexpertas y con prisas. ¿Si es el cuerpo de Manu el que lleva diez años pudriéndose ahí dentro, también fue mi padre quien tapó el pozo para protegerme? ¿Por eso, tres meses después, la culpa lo empujó a suicidarse? ¿En esta realidad mi padre tuvo un rollo con Valeria? Y, lo que más me interesa, ¿quién está dentro del pozo?

CAPÍTULO 20

GAEL

Hemos tenido tiempo suficiente para que Manu me haya contado la verdad de lo que ocurrió la noche en que Valeria desapareció, ya sin consecuencias para Paula.

Yo lo he escuchado atentamente y en silencio, mientras Manu ha hablado atropelladamente y con prisas, por si nos quedábamos sin tiempo. También ha hablado como si en cualquier momento se le pudiera apagar la voz por el terrible recuerdo de lo que pasó. Sigue siendo una herida sin sanar, y es normal. Yo no lo viví y saber al fin lo que hizo Paula me repulsa; me hace preguntarme con quién he estado todos estos años. Pero, por otro lado, Manu está desquiciado y a ratos delira. Violó y mató a tres jóvenes, puede que haya exagerado, que Paula no sea tan horrible como me ha querido hacer ver. Además, Manu cree que tiene el don de ver el futuro. Es algo en lo que me cuesta bastante creer. Sus delirios podrían ser fruto de una esquizofrenia no diagnosticada, aunque los cuadros que Sofía descubrió en el desván y que tanto la angustiaron, son una prueba irrefutable de que es cierto que vio o presintió algunos escenarios futuros antes de que ocurrieran.

Me cuesta asimilar su testimonio. Según Manu, la única verdad. Cuando hace diez años, en la fiesta de la playa, Paula dijo que había hecho algo muy malo, ni en mil años habría imaginado lo que realmente hizo… Cómo lo hizo… Supongo que todos, en mayor o

menor medida, guardamos secretos. Tenemos mil caras, distintas versiones de nosotros mismos, y solo mostramos una mínima parte de lo que somos. Yo soy un ejemplo claro al haber deseado que Valeria se esfumara de la faz de la tierra para poder acercarme a Paula, fingiendo preocupación cuando sucedió. Paula siempre me mostró la mejor versión de sí misma. Era amable, buena, generosa, me quería por encima de todo. Apenas discutíamos, algo raro en una relación, porque siempre hay roces. Nos queríamos a rabiar. Y yo también intenté ofrecerle lo mejor de mí, claro. Tengo que quedarme con eso para no enloquecer y, en la medida de lo posible, obviar que Paula era un monstruo según Manu.

Ahora conduzco por encima de la velocidad indicada de regreso a Cadaqués por lo último que Manu me ha contado antes de empezar a desvariar. Aún no termino de creérmelo, por lo que me urge hablar con Sofía y que me dé su versión de los hechos.

***

MANU

Cadaqués, verano de 2014

Lo que pasó la noche en que Valeria desapareció

Mi hermana se portaba mal conmigo desde que era una cría. Era egoísta, manipuladora e insoportable, una mala persona que os tenía engañados a todos. Pero la noche que mató a Valeria, o así lo vi en aquel momento, solo trató de defenderme. Y me lo echó en cara durante toda su vida. Las pocas veces que vino a verme a

prisión, aunque al menos ella venía, no como mis padres, que parece que se olvidaron de que tenían un hijo pudriéndose en este infierno, siempre me decía: «Recuerda lo que hice por ti. Me jodí la vida por ti. No duermo bien por las noches por tu culpa».

No sé…

¿Sabes lo que creo, Gael? Creo que Paula quería deshacerse de Valeria y vio la oportunidad perfecta para no quedar como la mala o hacerlo sin motivo, y, en el caso de que nos descubrieran, echarme las culpas a mí. Esa era su verdadera cara, la que incluso ella se negaba a ver.

Lo que pasó y quiero que sepas para conocer mejor a Paula ahora que está muerta, fue lo siguiente:

Paula se estaba dando una ducha cuando Valeria llamó al timbre. Mis padres estaban en el restaurante. Le abrí la puerta. Algo incómodo, me quedé con ella en el salón, hasta que me dijo:

—Tantos años viniendo a tu casa y nunca he visto tu habitación.

No te lo creerás, Gael. Porque sé que alguien tan popular como Valeria jamás se habría fijado en alguien como yo, pero me lo dijo insinuante, mordiéndose el labio inferior, mirándome con los ojos entornados… Había señales claras de que estaba coqueteando conmigo. No es excusa, pero tenía veintidós años, era virgen, tenía las hormonas revolucionadas, y Valeria, que me estaba prestando atención, me ponía cachondo. Así que subimos. Valeria se quedó parada en mitad de mi habitación y se echó a reír.

—¿De qué te ríes?

Me estaba empezando a mosquear.

—Eres un poco friki.

Lo decía porque las paredes de mi habitación estaban empapeladas de *El señor de los anillos* y tenía toda la colección de libros de *Harry Potter* y hasta el disfraz con la bata de mago colgada en el perchero y la varita mágica en la mesita de noche. La varita oficial, eh, no la falsa de plástico malo y cutre que venden en los bazares.

Valeria, todavía riendo, se sentó en el borde de la cama con las piernas cruzadas y me miró, no paraba de mirarme, así que yo… yo me lo tomé como una señal y me abalancé encima ella. Intenté besarla, pero se resistió, y, cuanto más se resistía, más ganas tenía yo de forzarla, como si se tratara de un juego, hasta que consiguió deshacerse de mí y empezó a insultarme y a empujarme y a pegarme hasta dejarme la cara roja… Me arrinconó contra la pared y, mientras me gritaba, me golpeaba. Iba alternando según le diera: bofetadas, puñetazos, patadas… No me defendí. Me lo merecía. Había cometido una estupidez. Entendí mal las señales.

—¡Eres un puto engendro mal nacido!

Fue lo último que Valeria me dijo.

Acto seguido, se desplomó en el suelo, y, ante mí, apareció Paula sosteniendo el pesado elefante de hierro con la punta de la trompa afilada que estaba encima de una mesita del pasillo. Seguro que el elefante, el arma del crimen, sigue en casa, en el mismo lugar de donde Paula lo cogió para, supuestamente, defenderme.

Paula le había golpeado la cabeza con fuerza, con tanta fuerza que a Valeria le empezó a salir mucha sangre y su cuerpo empezó a sufrir espasmos, pero aún estaba viva. Respiraba y tenía los ojos muy abiertos, fijos en el techo. Estábamos a tiempo de llamar a una ambulancia, puede que sobreviviera, pero… No era lo que Paula quería. Todo sucedió muy rápido, aunque, en aquel momento y como yo estaba tan aturdido, me pareció que el mundo se movía a cámara lenta. Paula se sentó a horcajadas encima de Valeria y le

empezó a machacar la cabeza con una violencia desmedida hasta abrírsela, y no se detuvo hasta asegurarse de que estaba muerta. Paralizado, no me entraba en la cabeza que mi hermana estuviera matando a su mejor amiga delante de mis narices, y yo no hice nada para evitarlo. No me dio tiempo. Paula fue rápida y violenta… aunque lo hubiera intentado, no habría podido detenerla.

Cuando mi hermana se levantó, me miró como se miran las cosas insignificantes y, como si solo se hubiera limitado a espantar a Valeria, me preguntó con una calma que me heló la sangre:

—Ey, ¿estás bien? ¿Qué te estaba haciendo? ¿Por qué te estaba insultando y pegando?

—Paula, la has…

Incrédulo, dirigí la mirada al cadáver de Valeria. Tenía la cabeza abierta y la cara desfigurada. Estaba ahí. Era real, había pasado de verdad. El suelo estaba lleno de sangre. ¿Cómo íbamos a limpiar tanta sangre? Joder... Mi hermana, o la desconocida que decía que era mi hermana, no estaba. No, no era Paula, era el demonio, o quizá el demonio siempre había estado oculto en su interior buscando el momento perfecto para emerger de la oscuridad y dominarla.

—¡Paula, la has matado! ¿Qué hostias has hecho…? ¡La has matado! —empecé a gritar, colérico, hasta que Paula me tapó la boca con fuerza y, por un momento, pensé que también me iba a matar a mí, porque había sido testigo de su asesinato.

—¡Te he defendido de esa arpía! ¿Pero tú sabes la de años que llevo aguantándola? Y te estaba haciendo daño, te estaba pegando, ¡lo he visto! ¡He escuchado los gritos desde la ducha! Eres mi hermano, Manu, la persona más importante de mi vida y a la que más quiero. He hecho lo que habría hecho cualquiera. Defenderte. —Señaló el cadáver de Valeria y susurró, poniendo una cara de niña buena que daba grima—: Lo he hecho por ti…

Mentirosa.

Empecé a funcionar en modo automático, obedeciendo las órdenes de mi hermana que, sorprendentemente, sabía qué teníamos que hacer en cada momento para encubrir el crimen. Actuaba con precisión y determinación, como si no fuera su primera vez. Era rápida y fría, daba la sensación de que lo que había hecho no le dolía, aunque dos horas más tarde saliera de casa con lágrimas en los ojos.

Deshacernos del cuerpo. El pozo es un buen lugar, decidió Paula, podíamos llevarla hasta allí sin problemas, Valeria pesaba poco. Limpiar la sangre antes de que se reseque y sea más complicado. Limpiar a conciencia el elefante y volver a dejarlo en la mesita del pasillo como si jamás se hubiera movido de ahí. Deshacernos también del reguero de sangre que fuimos dejando a nuestro paso cuando arrastramos el cadáver de Valeria hasta el jardín, la levantamos, y la tiramos al pozo sin demasiado esfuerzo. Jamás olvidaré el ruido que hizo su cuerpo al caer… sonó un eco que se me hizo eterno, como una maldición, como si el pozo no tuviera fondo, y después… después el temido silencio.

Antes de todo esto, Paula buscó el móvil de Valeria en su bolso, que también acabó en el pozo, en los bolsillos de sus tejanos… no lo encontró. Y era una suerte para nosotros que Valeria no llevara el móvil encima.

—Se lo habrá dejado en casa. Es… —Sonrió—. *Era.* Era olvidadiza y habrá salido con prisas.

Cuando acabamos, Paula se encerró en el cuarto de baño y volvió a darse una ducha. Yo me quedé en mi habitación mirando fijamente el punto del suelo donde Paula había matado a Valeria. Al poco rato, mi hermana entró.

—Bueno, me voy. Hay fiesta en la playa, deberías venir.

—No. No puedo…

—Si no sales, parecerás sospechoso. En unas horas, los padres de Valeria, ya sabes lo estrictos que son con la hora de llegada, llamarán a los nuestros para saber dónde está —predijo—. Si te quedas en casa…

Me encogí de hombros. Me daba igual. Todo me daba igual.

—Vale, como quieras. Yo me voy.

Paula le echó un último vistazo a mi habitación. Habíamos estado limpiando con esmero para que no quedara ni una sola gota de sangre. Yo estaba agotado. A Paula los ojos se le pusieron vidriosos de repente, como si el demonio la hubiera abandonado y volviese a ser humana, pero las lágrimas que empezaron a rodar por sus mejillas no me parecieron sinceras. Formaban parte de su maquiavélico plan.

Y horas más tarde, pues claro, saltó la alarma, tal y como previó Paula. Eran las cinco y pico de la mañana y Valeria no había regresado a casa. Nadie la había visto, no había ido a la fiesta de la playa. Salió, se le perdió la pista, nadie la vio llamando al timbre de nuestra casa… Además, había salido sin móvil, algo que Paula y yo ya sabíamos, porque no dimos con él. Y Paula… bueno, Paula me demostró que era una gran actriz y muy mala persona. Se mostraba afectadísima incluso delante de mí, que lo sabía todo, y resultaba bastante creíble.

—Conmigo no tienes que fingir —le dije, harto de tanta pantomima.

La inspectora Teresa Castro y su equipo empezaron a interrogar a medio pueblo. También a Paula y a mí. Ambos, sabiendo que Valeria estaba pudriéndose en el pozo de nuestro jardín, éramos demasiado jóvenes como para soportar la presión de guardar un secreto de esa magnitud solo para nosotros, así que, una noche, decidimos

contárselo a nuestros padres. Tarde o temprano, descubrirían el cadáver en el pozo, así que era mejor advertirles, pese a correr el riesgo de que hicieran lo correcto y nos delataran. Sin embargo, Paula, que ya sabía que nuestros padres nos protegerían, me convenció de que diéramos una versión muy distinta a lo que pasó de verdad:

—Diremos que fuiste tú.

Me quería culpar a mí. Decirles a nuestros padres que yo había matado a Valeria y que ella, *la niña buena*, me estaba encubriendo.

—Pero eso no es verdad, Paula…

—¡Ya sé que no es verdad! Sé lo que hice, ¿vale? No estoy loca. Pero si les decimos que fui yo, no se lo creerán. —Sonrió con malicia. Curioso que recalcara que *ella no estaba loca*—. Además, ¿tú qué tienes que perder, eh? Nada. Y yo mucho, sobre todo ahora…

—¿Ahora?

—Sí, ahora. No preguntes. Además, no pasará nada. Papá y mamá nos protegerán, ya lo verás.

Sé que dijo eso de que tenía mucho que perder por ti, Gael. Paula llevaba media vida enamorada de ti. Ese verano habías empezado a salir con el grupo, y al fin os habían presentado formalmente. Mi hermana pensaba en ti a todas horas. Estaba obsesionada contigo. Y Valeria era un impedimento. Todo el puto día pegada a ella como una lapa, evitando que os acercarais más de la cuenta…, porque Valeria tenía sus rollos, pero también bebía los vientos por ti. Y Paula estaba resignada a quedarse a un lado, como hacía siempre, para que Valeria te conquistara. Por el rollo de la amistad y la sororidad y todo eso, es una gilipollez pelearse por un tío, blablablá… Pero creo que uno de los motivos por los que mi hermana la mató aquella noche, fuiste tú. Veo cosas. No todas. O sea… mis visiones son

selectivas y soy consciente de que hay cosas que se me escapan, que detrás del asesinato que cometió mi hermana había algo más. Puede ser, no lo sé… no lo sé, no lo sé todo, ¿vale?

Total, que, muy a mi pesar, Paula me arrastró y me manipuló y quedamos en que a nuestros padres les diríamos que había sido yo. Los esperamos hasta las tantas de la madrugada. Llegaron agotados del restaurante sin sospechar que en casa les esperaba un buen disgusto. Paula les soltó la bomba y ¿sabes qué es lo más increíble de todo? Que, aunque mi padre estuvo a punto de darme una paliza, decidieron protegernos tal y como había previsto Paula. Silenciaron lo que sabían, que Valeria estaba en el interior del pozo del jardín. Hicieron como si nada, aunque ese tema le provocara un cáncer a mi madre. Al día siguiente, mi padre tapió el pozo, como si así solucionara el problema…

Y ahora, Paula no está aquí. Solo espero que esté viviendo el infierno que desató aquella noche en mi habitación. Nunca volví a ver el mundo con los mismos ojos, ¿sabes? Me destrozó. Paula mató a Valeria y me enloqueció a mí. Estoy aquí por su culpa. En cada chica joven y guapa veía a Valeria y me decía: «No puede estar viva. Paula se enterará y vendrá a por ella…». Bueno, el resto de la historia ya la conoces. Soy un violador y un asesino y estoy cumpliendo mi condena. Se me metió el demonio dentro. El demonio abandonó a Paula y se me metió dentro. Y lo vi. Lo vi todo antes de que sucediera y por eso pensé que tenía que suceder, y lo pinté, lo pinté para recordar. Viste los cuadros, pinté el futuro, pinté a mi hermana con sus dos caras, a mi madre rota, a mi padre con la cabeza reventada… a las tres chicas a las que maté en la playa antes de conocerlas, a Valeria… sí, vi a Valeria en otro mundo, en otra realidad en la que Paula no llegó a matarla…

Aunque sé que hay cosas que no sé. Cosas que se me han escapado.

Aquí recibo mi castigo a diario, Gael.

Todo ha pasado como tenía que pasar, como hace años me mostraron mis visiones. Por suerte, me pillaron a tiempo, antes de que el demonio me obligara a provocar más dolor. Estoy mejor encerrado. Así tenía que ser, Gael… Así es como tenía que ser *aquí*.

***

GAEL

Pensaba encontrar a Sofía con Elvira sentadas en el salón y hablando de sus cosas, tal y como estaban cuando me he ido, pero la casa me recibe fría y vacía. Hay demasiado silencio.

¿Se ha estropeado la calefacción? Los radiadores están helados.

—¿Sofía? ¡¿Sofía?! —la llamo, sin obtener más respuesta que el eco de mi voz.

Y entonces, encima de la mesita de centro, veo un sobre con mi nombre. Antes siquiera de abrirlo, sé que Sofía se ha ido, pero lo que no entiendo es por qué su amiga Elvira no se ha quedado con ella como le pedí.

Abro el sobre con manos temblorosas. A una breve carta se le suma una nota. Reconozco la letra. Es de Joaquín y tiene los bordes salpicados de sangre reseca.

Me voy antes de que todo salte por los aires.

Perdóname, Sofía. Perdóname por todo lo que te hice pasar.

Te amo. Te amé siempre. Hasta pronto.

Joaquín dejó una nota de suicidio. No tenía ni idea. Antes de llamar a emergencias, Sofía tuvo la frialdad de coger la nota y guardársela sin decírselo a nadie, ni siquiera a mí.

Querido Gael:

Lo siento. No puedo más. Sal al jardín y asómate al pozo, por favor. Ahí está Valeria. Dale paz a sus padres. Sacadla de ahí y enterradla. Que celebren un funeral bonito.
Pídele a Manu que te cuente lo que ocurrió, aunque es posible que ya lo haya hecho. Siempre he sabido que nos mintieron, que no fue Manu quien mató a Valeria, sino Paula… Lo vi en sus ojos. Yo lo sabía. Joaquín lo sabía. Y nos callamos. Protegimos a nuestros hijos, más a Paula que a nuestro pobre Manu.
Lo siento, lo siento mucho. Estamos malditos.

Gracias por ser tan bueno con nosotros, Gael.
Hasta siempre y buena suerte,

Sofía

Encuentro a Sofía tumbada en la cama de su habitación.

Tiene los ojos cerrados y los labios violáceos curvados en una serena sonrisa, como si antes de morir hubiera visto algo que le

agradaba. Parece dormida. No es el escenario de terror al que ella tuvo que enfrentarse cuando Joaquín se suicidó en su despacho volándose la cabeza con la pistola.

En la mesita de noche, hay varios frascos vacíos. Una sobredosis de benzodiacepinas que la han arrastrado a una muerte en apariencia plácida, aunque imagino que igualmente dolorosa, que le ha provocado un paro cardiaco. Le toco el cuello buscando el pulso en la arteria, aun sabiendo que es inútil. Calculo que debe de llevar una hora muerta, quizá algo más, y su piel, de una tonalidad cerúlea, está helada.

—Espero que volváis a estar todos juntos, Sofía. Descansa —le susurro a su cuerpo sin vida, antes de salir al jardín y asomarme al pozo, que desde que entré en esta casa y me trataron como a uno más de la familia, siempre vi tapiado, según los padres de Paula «por seguridad» y «porque no lo utilizaban para nada».

CAPÍTULO 21

PAULA

La ducha me ha relajado y ha calmado un poco el dolor que siento en las articulaciones, como si tuviera noventa años en lugar de veintiocho, pero nada, he llenado el cuarto de baño de vaho, debe de hacer calor, y aun así, el frío sigue instalado en mis huesos. Toni me dijo que el frío duraría un par de días, así que mañana debería haber desaparecido. También dejó caer que el dolor de cabeza persistiría algo más. Tendré que tener paciencia e ir tirando de paracetamol, aspirinas, ibuprofeno… Tengo problemas más graves.

Este es el castigo que mereces.

Por lo que hiciste. Siempre serás un monstruo. Una mala persona. Un alma corrupta.

Y la bruja del bosque de Oturia lo sabía… A ella no se le escapa nada, lo sabe todo.

Cuando salgo del cuarto de baño, Pol me espera en mitad del pasillo con cara de pillo, y yo consigo olvidar por un momento que en esta línea temporal el pozo también está tapiado. Me tiende uno de los mandos de la Nintendo y, prácticamente, me obliga a echar una partida (que sé que al final serán dos, tres, cuatro, cinco…) a Mario Kart.

—Vale, bichito, te voy a ganar.

Nunca he jugado a Mario Kart, pero he acertado al llamarle *bichito* en lugar de Pol, porque me dedica una amplia sonrisa, como si volviera a ser la madre que él espera que sea.

¿Cómo lo voy a hacer? No tengo ni idea de niños y recuerdo con tristeza que, en mi otra realidad, morí embarazada de Gael; una noticia que me hacía inmensamente feliz y que no tuve tiempo de darle, porque quería preparar algo especial. Aquí, ni siquiera sé quién es el padre del niño y no sé nada de él ni de sus nueve años de vida.

Antes de bajar al salón, me detengo frente a la figura del elefante de hierro con el que maté a Valeria.

No ocurrió. Aquí no ocurrió.

Pero, igualmente, aunque en esta línea temporal no ocurriera, las terribles imágenes de aquella noche me asaltan abruptamente como si formaran parte del castigo de la bruja de Oturia. Veo a mi hermano arrinconado contra la pared, a Valeria pegándole, insultándole y gritándole y mi furia creciendo como una bola de fuego en mi interior. No lo pude evitar. No lo quise evitar. Fue un cúmulo de muchas cosas, de su aventura ilícita con mi padre, de su egoísmo, de su tiranía, de tener que hacer siempre lo que ella quería, daba igual lo que yo quisiera, ella era la que mandaba. Me acerqué a Valeria y la golpeé con fuerza en la cabeza. Ya en el suelo, completamente indefensa, desaté toda la ira. Me senté encima de su cuerpo indefenso y volví a emplear el elefante con más saña destrozándole la cara, la cabeza… hasta que dejó de respirar. Su cuerpo se quedó inmóvil. El suelo estaba lleno de sangre. Y después… después todo se vuelve borroso, como si no hubiera pasado, porque no pasó, me repito una y mil veces que, *aquí*, no pasó…

—¡Mamáááááá! ¡Vamos! —me despierta de mi pesadilla Pol.

—Voy, voy, ya voy.

Bajo las escaleras con la respiración agitada, como si una parte de mí se hubiera quedado anclada en aquella horrible noche que tanto me esforcé en olvidar, e imito a Pol, sentándome a su lado en el sofá. Él se ha encargado de encender la tele, programar el juego… y, entre risas, el muy bribón me suelta:

—¡A ver si aprendes a conducir, *boomer*!

¿Me acaba de llamar *boomer*? ¿Y ahora qué hago? ¿A un hijo se le deja ganar?

Pol elige a Yoshi y yo a la Princesa Peach. La primera partida por carreteras imposibles se me da de pena. Pol vuelve a mirarme raro, así que deduzco que a mi versión de esta realidad se le dan mejor los videojuegos. O es una viciada de Mario Kart y tenía mucha experiencia.

De la cocina, me llega el olor a cocido que me transporta a mi infancia. A la misma infancia que viví aquí, en esta misma casa pero en otra realidad, hasta que mi decisión de matar a Valeria a sangre fría fracturó mi mundo en dos, o tal vez en más. Eso creo. Quién sabe en cuántos mundos alternativos vivimos y en cuántos otros desaparecemos. Quién manda sobre lo que recordamos y sobre lo que no. La memoria es caprichosa. Maldigo a la bruja de Oturia o a lo que sea el ente que envía a las almas corruptas como la mía a otra realidad. La leyenda, la leí hace años, cuenta, entre otras historias de desapariciones y viajes en el tiempo en la zona del barranco, que a orillas del río del bosque de Oturia hay una cabaña. Lo corroboro, la hay. Y que en esa cabaña vive el alma de la última bruja de Aragón que murió quemada allí en el año 1680. Y es que en la segunda mitad del siglo XVII, las persecuciones y juicios por brujería eran bastante frecuentes en algunas zonas de Aragón.

Vaya, estoy distraída. Pol lo nota y me da un codazo para que me centre, pero me es imposible. Y encima, el móvil que he dejado

encima de la mesita de centro vibra con un wasap. Varios, en realidad. Suelto el mando un momento para ver quién me ha escrito, con la tonta esperanza de que se trate de Gael, pero Pol me lo impide.

—¡Te has salido de la carretera, mamá! ¡Vamos, céntrate!

El juego me agota, me provoca dolor de cabeza (más, si cabe), y me irrita los ojos. Me centro, tengo que centrarme, porque parece que para Pol este rato *con su madre* es importante.

Clavo la vista en la pantalla del televisor a rebosar de colores vibrantes y fuego y monstruos que me quieren cortar el paso por caminos retorcidos y llenos de baches y peligros, pero no puedo dejar de pensar en el móvil y en que me urge mirarlo y saber quién me ha escrito. La última mirada cargada de nostalgia que Gael me ha dedicado se ha quedado en mí. Ojalá sea él. Ojalá me quiera también en esta vida o esté harto de Valeria y sus aires de grandeza.

Ojalá…

—¡He ganado! —grita Pol, levantando los brazos y apretando los puños en señal de victoria.

—¡Qué bien! Felicidades, bichito —le digo con voz dulce, pero vuelve a mirarme de esa forma que…

—Nunca te has alegrado de que yo ganara, mamá. Cuando pierdes, siempre te enfadas.

—¿Ah, sí? —disimulo—. Bueno, en esta vida también hay que saber perder.

No sabes cuánto, pequeño…

—Dame un momento, ¿vale? —le pido—. Ahora vengo.

—Vaaaaale…

Cojo el móvil y salgo al jardín a toda prisa antes de que Pol vuelva a entretenerme. Mi madre me observa desde la ventana de la cocina. Soy incapaz de acercarme al pozo tapiado, pero en algún momento tendré que hacerlo, y también sacarle el tema a mi madre, aún no sé cómo sin que piense que me he vuelto loca, pero necesito saber qué ocurrió la noche en que mi hermano desapareció. Qué hicimos Valeria y yo. Y si mi madre lo sabe y también lo sabía mi padre y por eso acabó con su vida porque se le hacía demasiado insoportable.

NICOLA

¿Has vuelto de Oturia?

¿Qué tal ha ido?

Mira, te mando foto.

A pesar del mal tiempo,

el restaurante está lleno.

Nicola… el jefe de cocina del restaurante de mis padres… no, el restaurante de mis padres no, me recuerdo, *mi* restaurante en esta línea temporal. No me había vuelto a acordar de él, pero creo que estamos liados. Igual no es nada serio. O sí. Parece que quedamos a menudo y que nos gustamos bastante, aunque me autosaboteo y me pregunto a quién le puedo gustar con esta maldita cicatriz en la mejilla. Sé que he dormido en su casa, porque en Oturia leí un wasap de hace un mes en el que Nicola escribió que me había dejado el cepillo de dientes y yo le contesté que daba igual, que tenía más, y que lo dejara ahí para otras veces… Ojo. Dejar el cepillo de dientes en casa de tu «rollete» es un asunto serio. Nicola

contestó con una carita sonriente y un corazón. Qué tierno… Hablo por hablar, aunque así, a bote pronto, diría que no parece el tipo de hombre que se comprometa demasiado con una mujer, pero me puedo equivocar. Las apariencias engañan. A lo mejor es el hombre más fiel del mundo y me quiere de verdad, es decir, quiere a la versión desaparecida de esta línea temporal. No cuenta con que soy una persona distinta debido a que mis experiencias, recuerdos y vivencias en mi mundo raíz se diferencian bastante de las de aquí.

Y no sé nada de Nicola, no lo conozco, ¿cómo voy a liarme con alguien a quien no conozco? ¿Cómo voy a simular que soy la misma persona que el viernes al mediodía se fue a Oturia para reunirse con unos antiguos amigos a los que hacía siglos que no veía, si no lo soy, si yo vengo de otra realidad, de un universo paralelo distinto a este? Sigo enamorada hasta las trancas de Gael, aunque en esta realidad lo nuestro sea imposible. Y ojalá me hubiese llamado o escrito, pero abro su contacto en la aplicación de WhatsApp y nunca nos hemos escrito. La tentación de escribirle, aunque sea un simple «Hola, ¿qué tal?», es inevitable.

Abro la foto que Nicola me ha mandado. El local no ha cambiado nada. En este mundo también tiene los marcos de las ventanas pintados de azul, las paredes de piedra, decoración marinera, el rincón de las fotos de los famosos que han visitado el local… Da gusto ver todas las mesas llenas de comensales y los platos tienen una pinta estupenda. Supongo que confío mucho en Nicola para dejarlo al mando del restaurante y que es un buen chef. Famoso, por lo visto. Se me forma un nudo en la garganta. Me acuerdo de papá, de lo poco que se fiaba de los encargados, aunque los que tenía eran de confianza y así él podía descansar un poco y dedicar tiempo a su familia.

Nicola ha escrito más:

NICOLA

Por cierto, tengo

preparada la nueva carta.

¿Quedamos esta noche

en mi casa y te la enseño?

Uhhh… el italiano quiere rollo.

¿Quedaría raro decirle que no?

Debería empezar a comportarme como lo haría la versión de este mundo alternativo al mío, quien deduzco que le diría que sí. El problema es que no tengo ni la más remota idea de dónde vive Nicola. Podría averiguar dónde vive echándole un vistazo a su nómina, pero imagino que todo el papeleo lo tengo guardado en el despacho del restaurante, como hacía mi padre. A no ser que haya algo en el despacho de casa, donde mi padre se… todavía me parece increíble decirlo. Sí, en el despacho donde mi padre se suicidó hace diez años. Ahí él tenía copias de todo, «por si acaso». A lo mejor yo también.

Le echo un último vistazo al pozo desde la distancia y con aprensión, y vuelvo a entrar en casa. Pol está en la cocina con mi madre, los oigo hablar sobre algo relacionado con el colegio.

Sin despegarme del móvil, cruzo el pasillo y entro en el despacho. Lo encuentro muy distinto a como lo recuerdo. La mesa central, en lugar de ser de madera de nogal, es de cristal, hay un ordenador portátil con la tapa abierta, y una fotografía enmarcada: la famosa fotografía que vi en Instagram donde aparecemos papá y yo en la playa. Da igual el universo alternativo en el que me encuentre; creo que a todas mis versiones nos emociona esta imagen y nos transporta a una infancia feliz, a pesar de lo que mi padre (nos) hizo

años después. No hay ni rastro de la elegante vitrina con las antiguas pistolas de mi padre heredadas de su abuelo. Las estanterías no son de madera oscura, sino blancas, las típicas de Ikea, simples y funcionales, pero una pesadilla para montarlas, y no veo por ninguna parte las gruesas enciclopedias que ocupaban un par de baldas y los libros antiguos que mi padre coleccionaba. Es un espacio moderno y actual con mucha literatura contemporánea y clásicos, algún *thriller*, y las paredes están pintadas de azul marengo en lugar de blancas, que es como yo las recuerdo. Imagino que, después de lo que ocurrió, limpiaron y remodelaron el espacio a conciencia, y es muy posible que «yo» formara parte del cambio.

Busco entre las estanterías y en los cajones.

En el segundo cajón del escritorio, encuentro una carpeta gruesa de color marrón en la que pone «CASA COSTA», el nombre del restaurante escrito en letras mayúsculas con rotulador negro, y me enfrento a un montón de papeleo hasta dar con lo que busco: los datos personales de Nicola Galli, incluida su dirección.

PAULA

Ok. A las 20h en tu casa.

CAPÍTULO 22

GAEL

Cadaqués, verano de 2014

Hacía diez días que Valeria había desaparecido. El dolor de sus padres era inhumano. Daba pena verlos. La falta de respuestas, un sin sentido. La policía no tenía nada, ningún hilo del que tirar: Valeria no llevaba el móvil encima, «convenientemente» se lo había dejado en casa. Tampoco había testigos ni cámaras que dieran alguna pista sobre los últimos movimientos que hizo. Paula dijo que esa noche no habían quedado en su casa como era habitual, sino en la fiesta de la playa. En Cadaqués no se hablaba de otra cosa que de la extraña desaparición de Valeria. Pero yo, ajeno a la desgracia, era más feliz que nunca. Cuando Paula estaba conmigo, que era prácticamente todo el día porque ya no iba a trabajar al restaurante, no se mostraba afligida por la desaparición de su *mejor amiga*, sino todo lo contrario. Era como si se hubiera quitado un enorme peso de encima y se sintiera más libre, más ligera. Y con eso me bastaba. Solo quería que Paula fuera feliz.

—¿Qué crees que le ha pasado? —le pregunté una tarde.

En solo diez días, Paula había conseguido lo imposible: que me metiera en el mar al atardecer, con el sol desapareciendo en el horizonte, y también de madrugada con ella, abrazados y riendo

como locos, completamente desnudos. Yo, que siempre me he considerado un tipo bastante serio y centrado, estaba cometiendo locuras propias de las adolescencia a mis veintiún años. Y era por ella. Siempre fue ella.

—No lo sé —contestó en un murmullo, con la misma amargura con la que hacía diez noches me dijo que había hecho algo muy malo. Pero en esa ocasión, las lágrimas no rodaron por sus mejillas. Desde la noche del 12 de agosto, no la volví a ver llorar.

Paula se acurrucó entre mis brazos y entendí que no quería hablar de tema. El nombre de Valeria fue, poco a poco, desvaneciéndose de nuestras conversaciones, mientras nuestra relación avanzaba y se fortalecía. El fin del verano estaba cerca. Yo regresaría a Barcelona y Paula iría a estudiar a Gerona, pero nuestra historia, que ha sido más breve de lo que me habría gustado, no había hecho más que empezar.

***

Ahora

Dale paz a sus padres.

Las palabras escritas de Sofía resuenan en mi cabeza en el momento en que enfoco el interior del pozo con la linterna del móvil y descubro lo poco que queda de Valeria.

Contengo una arcada. Necesito apoyarme en la piedra del pozo para no caerme debido al impacto, a la presión y al mareo que me dura unos cuantos minutos antes de encontrar el coraje para volver a asomarme al vacío.

No puedo hacerlo. No puedo. Darle paz a los padres de Valeria implicaría tener que desvelar la verdad, lo que Manu me ha contado hace escasas horas en prisión, y no puedo hacerle eso a la memoria de Paula. Soy incapaz de manchar su nombre y su recuerdo, aunque sea cierto que se comportó como un monstruo al acabar con la vida de su mejor amiga de esa forma. A pesar de todo, sigo queriéndola. Los sentimientos no pueden cambiar de la noche a la mañana, es imposible, y viví tanto con Paula… tanto… Yo jamás vi al monstruo o al demonio en ella, todo lo contrario, pero tampoco estoy muy seguro de haber conocido a la mujer con la que quería envejecer. La mujer que me ha descrito Manu no es la misma a la que yo he amado con toda mi alma. Era una cría de dieciocho años, una cría, pero sabía lo que hacía, claro que lo sabía, no es excusa. Ahora me pregunto si se arrepintió. Si tenía miedo de que la descubrieran pese a la protección de sus padres. Si temía que Manu la delatara, cosa que jamás sucedió hasta hoy, y solo porque ella «ya no está aquí».

También podría hacerme el loco y decir que no sé nada. Que Sofía no dejó ninguna nota escrita, pero sí encontré el pozo al descubierto, me asomé por curiosidad, y encontré, después de diez años de espera e incertidumbre, a Valeria.

Sacadla de ahí y enterradla.

—Joder, Sofía, en menudo aprieto me has puesto —le digo al vacío, retirando los restos de cemento esparcidos por el césped y cogiendo el mazo con el que Sofía ha destapado el pozo, para volver a guardarlo en la caseta del jardín.

«Y aquí no ha pasado nada...».

Vuelvo a entrar en casa, escondo la nota de Joaquín y la concisa carta de despedida de Sofía, y llamo a emergencias.

Aturdido y con la voz quebradiza, les digo que acabo de llegar a casa y he encontrado a mi suegra muerta en la cama, con varios frascos de pastillas vacíos sobre la mesita de noche. No tardan en

llegar, en certificar la muerte y en llevársela. Más trámites, habrá autopsia, otro funeral, habladurías en el pueblo y Elvira… la pobre Elvira, que se ha enterado de que su amiga se ha quitado la vida, viene a casa. Llora y me pide perdón. Lamenta haberla dejado sola, pero es que se lo pidió, le pidió que la dejara sola y ella tenía que hacer la comida porque su hija le traía al nieto y la veía bien, no parecía que fuera a cometer la locura de quitarse la vida.

—Ya… Nunca lo parece, Elvira. Pero tranquila, no ha sido culpa tuya. Tarde o temprano, lo habría acabado haciendo igualmente.

—Si es que cuando una no está bien… La pobre. Lo que ha sufrido… Perdóname, hijo. No tendría que haberla dejado sola —ha seguido lamentándose hasta que se ha ido.

La noche ha caído, negra y sin luna, y el pozo sigue al descubierto con los restos de Valeria, esperando a que los saquen de ahí.

Lo siento. Siento no poder cumplir con el último deseo de Sofía. Sacar a Valeria del pozo, darle paz a sus padres, que al fin tendrían un lugar al que llevarle flores a la única hija que tenían… Decido, aun sabiendo que ahora cargaré con la culpa el resto de mis días, que el pozo volverá a tapiarse. Lo haré yo con mis propias manos, aunque eso me convierta en una mala persona, en un ser despreciable. La desaparición de Valeria seguirá siendo un misterio, pero la memoria de Paula no se manchará. Me niego a que eso suceda. Nadie la recordará como una asesina ni como un monstruo; nadie podrá compararla jamás con su hermano. Manu y yo guardaremos el secreto de Paula, un secreto que puede que la atormentara y la consumiera en vida y por eso, a veces, parecía distante, su mente lejos, como en otro tiempo y en otro lugar. Sin embargo, en el silencio de esta casa que cada vez está más llena de fantasmas, me da por pensar en una frase muy conocida de Benjamin Franklin: «Tres pueden guardar un secreto si dos de ellos están muertos». Lo mismo ocurre con Manu y conmigo. El secreto

de Paula seguirá a salvo solo si Manu muere, algo bastante sencillo de conseguir estando encerrado en prisión.

CAPÍTULO 23

PAULA

Desde que le he dicho a mi madre y a Pol que he quedado a las ocho con Nicola, el jefe de cocina, el niño se ha mostrado distante conmigo. Está enfadadísimo porque tengo que salir de casa. Además, con la que ha empezado a caer. Hace dos horas que llueve sin parar.

—No llegarás a tiempo para leer conmigo. Nos habíamos quedado en la parte más interesante del libro —se ha quejado.

Resulta que los fines de semana con Pol son sagrados, pese a mi trabajo en el restaurante, donde la responsabilidad, deduzco, recae en Nicola. Pol no me deja separarme de él ni una sola hora; por eso estaba tan ansioso de que regresara de Oturia.

—Lo sé, lo sé… Perdona, pero Nicola quiere enseñarme la nueva carta y…

—¿La nueva carta? —ha interrumpido mi madre riéndose y guiñándole un ojo a Pol, que también se ha echado a reír, lo cual me ha aliviado un poco, porque si algo he aprendido en mi primer día como madre, es que no me gusta verlo disgustado—. Vosotros dos tenéis un lío muy raro desde hace tiempo. Tengo una edad, pero sigo teniendo ojos, ¿sabes? Nicola es alto, guapísimo, fuerte… ¡Qué espalda! ¡Qué brazos! ¡Qué mirada! De esas que te atraviesan, ¿a que sí, hija? Cocina que quita el sentido y de lo guapo que es te

roba el aliento, como esos guaperas que a veces me salen en los *reels* de Instagram con la cancioncilla esa de *Te buscaré, bandido, te atraparé, bandido…*, pero ya sabes, tienes que decirle que donde tengas la olla, no metas la…

—¡Mamáááááá! —he gritado, haciendo un intento torpe de cubrirle las orejas al niño, que tampoco es tan pequeño y supongo que habrá oído de todo. Acto seguido, nos hemos empezado a reír los tres, mientras mi madre ha seguido moviendo las caderas y canturreando la pegadiza canción del bandido, y me he acordado de Toni y de lo que me dijo: «A lo mejor te gusta esta vida. Puede que te sorprenda y que seas feliz».

Ha sido un momento divertido y familiar en el que sé que mi madre ha actuado así para hacer reír a Pol y destensar el ambiente que el enfado del niño ha provocado. He conseguido olvidarme un poco del frío y del dolor de cabeza, de las últimas horas desde que me adentré en las profundidades del bosque de Oturia, de los traumas de mi otra vida y los de esta, donde el pozo también está tapiado y no me atrevo a acercarme por lo que pueda haber ahí dentro. Aunque intuyo que el pasado es tan turbio como en mi otra realidad, el presente aquí, pese a no estar con Gael, no parece estar nada mal, y debería conformarme con eso. A ver, es lo que hay, por muy raro que siga pareciéndome. Sé que podría adaptarme sin problema si no me obsesiono con encontrar respuestas a la multitud de preguntas que se me han ido acumulando desde que vi a Valeria con vida. Pero sigue faltándome Gael, y soy incapaz de sacármelo de la cabeza y del corazón, que siento un poco roto, como si se hubiera partido en dos.

Así pues, he quedado con Nicola. Tengo mucha curiosidad por verlo en persona y saber qué *nos une*, pero también estoy deseando meterme en la cama y dormir un día entero, o dos. Estoy exhausta. Tanta intensidad y novedad me abruman.

No había vuelto a pensar en lo que me dijo Carlota al principio, cuando llegué de mi terrible paseo por el bosque, no tenía ni idea de lo que me había pasado, y todavía pensaba que me estaban gastando una broma de mal gusto. Carlota dijo que el cocinero que tengo es fantástico y bastante famoso, que había oído maravillas de él, y que cómo había conseguido que entrara a trabajar en Casa Costa. No me había dado por buscar a Nicola en Instagram hasta veinte minutos antes de haber quedado con él. Nos seguimos mutuamente, le da «Me gusta» a casi todos mis *posts*, y es él quien lleva la cuenta de Instagram de Casa Costa, porque las redes sociales se le dan muy bien. Y, sí, Nicola es bastante famoso, de ahí a que cada mes le pague una cantidad que, al verla en la nómina, casi me caigo del susto.

Tiene ciento ochenta mil seguidores en Instagram y unos cuantos más en TikTok, la mayoría mujeres. Deduzco que no es solo porque grabe y publique vídeos de recetas que tienen una pinta exquisita, sino por lo guapo que es, por su simpatía y desparpajo. Al ver su perfil en Instagram, algo en mi cabeza ha hecho *clic*. Yo había visto a Nicola *antes*. Esta expresión me hace sentir un poco extraterrestre, pero no hay otra forma de decir que, *de donde yo vengo*, Nicola también es muy popular, aunque el escenario donde graba sus vídeos, es decir, la cocina, es distinta. En la línea temporal que he dejado atrás, él no me seguía a mí, y yo no lo seguía a él en redes sociales, tampoco vivíamos en Cadaqués, ni trabajaba en el que *ahora*, y *aquí*, es mi restaurante. Carlota tenía razón. Me pregunto qué ha cambiado para que en este mundo alternativo Nicola haya acabado viviendo en Cadaqués y trabajando en Casa Costa. Y cómo es posible que yo le guste con esta cicatriz tan enorme y tan fea en la cara que me he esmerado en cubrir con maquillaje y en presentarme en su puerta un poco decente, aunque lo que más tengo en el armario sean zapatillas Converse, tejanos, jerséis gruesos y poco favorecedores, hasta diez con estampado navideño, Dios mío, qué horterada, y sudaderas anchas con capucha. Complicado lucirse cuando toda la ropa es negra o gris.

Conducir por las empinadas callejuelas de Cadaqués con un coche grande es terrible, tienes que estar muy acostumbrada, pero, por lo menos, en la calle Josep Pla, que es donde vive Nicola, hay sitio para aparcar. Cierro el paraguas, lo dejo apoyado en la pared y llamo a la puerta. Me tiemblan un poco las piernas, pero los nervios se disipan cuando Nicola abre dedicándome una amplia sonrisa que me inspira cercanía y confianza. Parece alegrarse mucho de verme, y yo agradezco un recibimiento así después del fracaso que debió de suponer para mi versión de esta realidad la reunión en Oturia. El chef italiano desprende una energía magnética que atrae sin remedio desde el principio. Jamás había conocido a nadie así.

—*Bella, come stai?*

¿Me acaba de preguntar que cómo estoy?

Hecha una mierda, me gustaría responderle. Pero no me da tiempo. El italiano se acerca a mí, está muy cerca de mí, saltan todas las alarmas, pero no me aparto. Mi cuerpo no se resiste a Nicola. Extrañamente, reacciona a él con total naturalidad. Es como si ya lo conociera y lo acogiera con gusto, mientras mi mente está en otra parte, en otros brazos, en otra mirada. Dejo que me abrace y me dé un beso en los labios. Y… Uau. No ha estado nada mal. Me quedo sin habla, casi sin respiración. Sí, mi madre tenía razón. Nicola tiene unos ojos oscuros y penetrantes que te atraviesan. Me permito, por un momento, dejar de pensar en Gael y en la estúpida idea de que le estoy siendo infiel, pues no es así. Tengo que recordarme que en esta realidad no estoy con él.

—Ah… bien, todo bien —contesto sin entusiasmo, metiendo las manos en los bolsillos de mi abrigo porque no sé qué hacer con ellas, mientras Nicola me invita a pasar al interior de su pequeña y acogedora casa.

—¿Qué tal en Oturia, cómo ha ido? —me pregunta con interés, cuando pasamos al salón.

La chimenea está encendida, pero yo sigo sin notar nada de calor. Lo primero en lo que me fijo es en una fotografía enmarcada colgada en la pared. Nicola debe de ser alguno de los cinco niños que aparecen con un montón de gente, probablemente sus padres, tíos, abuelos, primos…, alrededor de una mesa a rebosar de comida.

—Pse…

—Mmmm… no ha ido bien —adivina—. Tú sabías que no iría bien, *Bella*.

¿Ah, sí? ¿Lo sabía?

—Ya… pero bueno, no quiero hablar del tema. A ver, enséñame la nueva carta, que Pol me ha pedido que vuelva pronto.

—No me gusta cuando vienes con prisas, ya lo sabes.

Ay, madre. ¿Y qué espera que pase? Mi cuerpo lo ha reconocido, eso está claro, y no me he sentido del todo extraña cuando me ha abrazado y me ha besado en los labios, pero mi mente, mi conciencia o lo que sea que ha venido conmigo desde *mi otro mundo*, no está preparada para ir más allá con él. Para mí, Nicola sigue siendo un desconocido, aunque está claro que he estado cientos de veces en esta casa.

—Ya, Nicola, pero estoy agotada y a Pol no le ha gustado nada que salga de casa y menos con esta lluvia… Parece que no le gusta mucho la lluvia.

Nicola me mira como si hubiera dicho algo fuera de lugar. Otra vez esa cara… la he visto en mi madre y en Pol esta misma mañana cuando lo he llamado por su nombre y no *bichito*. ¿Cómo llamo a Nicola? *¿Bello? ¿Cari? ¿Chef?* ¿O quizá ha sido por lo que he dicho de Pol, que *parece* que no le gusta mucho la lluvia? Una madre que

conoce bien a su hijo nunca diría «parece». Voy a tener que cuidar cada palabra.

—Okey, okey, ¡marchando la carta! —exclama con alegría, tendiéndome una hoja con un montón de garabatos, desorden y palabras tachadas.

Todo está escrito a mano con una letra perfecta pese al caos. Habrá que pasarlo a ordenador y enviarlo a imprenta. Todo suena increíble y ahora sé por qué le pago tanto. Con lo que he visto que facturamos al mes, doy fe de que lo tenemos siempre lleno incluso en temporada baja gracias al famoso Nicola Galli, mi jefe de cocina desde hace tres años según el papeleo que he revisado por encima, que hace las veces de encargado de Casa Costa cuando tengo que ausentarme. Me mira ilusionado, deseando saber qué opino de su propuesta. Según he visto en la cuenta de Casa Costa en Instagram, solo libramos los lunes, por lo que abrimos de martes a domingo, comidas y cenas, y los clientes reservan con semanas y hasta meses de antelación. Mañana es lunes, nuestro día libre, por lo que auguro que lo aprovecharemos para cocinar estas delicias, probarlas, y apostar por ellas en la nueva carta. Me da la sensación de que mi versión de esta línea temporal pasa mucho tiempo con el chef italiano. Lo miro con el rabillo del ojo y le sonrío. Sorprendentemente, no me siento incómoda, pero sí estoy en alerta y a la expectativa.

En fin, me centro en la nueva carta, que es a lo que he venido, aunque es complicado concentrarse con un hombre como Nicola al lado mirándote fijamente.

Los platos suenan como el mar: sabores intensos, frescos, platos que suenan a poesía y prometen conquistarte el paladar… Es imposible elegir, lo pediría todo. Es una combinación de tradición italiana con guiños marítimos, la marca de la casa desde que mi padre abrió el restaurante en 1994, hace treinta años. *Mar de Sorrento, ola de trufa*. *Calamares al horizonte siciliano*. *Bruma de*

sardinas en punta. *Espuma de limoni y ostra solar*. *Capri en la Costa Brava*. *Ventisca de Mero y Panna*. *Pescado al alba marina*. *Sorpresa de calabacín y salicornia*. *Neptuno en la pizza*. *Garganta de cangrejo en corallo*…

—Es increíble, Nicola. Todo suena genial.

—Nunca me has llamado Nicola —me dice, y supongo que es por eso por lo que antes me ha mirado raro, pero su expresión no es seria, sino divertida—. ¿Qué pasa, *Bella*?

—¿Y cómo te llamo? —pregunto directamente, cansada de tener que estar adivinándolo todo.

—Si no lo sabes tú… —Debe de ver la súplica en mi mirada cansada, porque enseguida resuelve mi duda—: Nico. Simplemente, Nico —me dice, como si nos acabáramos de conocer, y así es para mí. Lo acabo de conocer.

—Nico…

—Estás distinta. Tus ojos son… distintos, no me miran igual que siempre. —Se acerca a mí, me agarra las manos con ternura y las mira como si estuviera buscando alguna diferencia. Las acaricia, las mima, me estremezco con el contacto. Me gustaría conocer nuestra historia. Cómo empezó, cuándo, quién dio el primer paso… Y no me habría importado nada vivirla, la verdad. A pesar de Gael. A pesar de todo. La forma en que Nicola me mira no es la de alguien que solo te quiere para un rato, y esa seriedad que intuyo en la relación me asusta un poco dadas las circunstancias. Me siento un poco mal al pensar que le he robado algo bonito y especial a la versión que pertenece a este mundo—. ¿Qué ha pasado en Oturia? No te diré lo de: «Ya te dije que no debías ir», no, no, nada de eso, pero… me sabe mal por ti. ¿Tan malo ha sido volver a verlos?

—¿Por qué tendría que haber sido malo?

—Por lo que te hicieron —contesta como si fuera obvio, y yo, claro, tendría que saberlo, pero no lo sé. En cambio, sí tengo la seguridad de que confío mucho en Nicola y que si está conmigo en esta vida, es por algo.

Pero ahora… otra incógnita, una más para la extensa colección:

¿Qué me hicieron?

CAPÍTULO 24

GAEL

Sofía, Joaquín, Paula…

Los tres están enterrados en el cementerio de Cadaqués. Acabo de volver de ahí, le he dejado unas flores a Paula y le he pedido perdón por lo que he hecho. Por lo que va a pasar. No puedo parar de pedirle perdón y llorar, y yo nunca he sido de los que lloran con facilidad.

Casa Costa, el restaurante que con tanto esfuerzo sacó adelante Joaquín, está en traspaso, y, aunque no paro de recibir visitas de agentes inmobiliarios, me niego a poner en venta la casa que, según dicen y pese a las reformas que necesita, volaría en menos de una semana. Manu es el único heredero, pero, si no fuera por mí, todo se echaría a perder. No puedo permitir que nadie entre en esta casa, no, al menos, mientras yo siga con vida. La memoria de Paula debe permanecer intacta, es en lo único que pienso, en que su recuerdo no se manche con habladurías. Por eso he hecho lo que he hecho… Porque nadie puede encontrar los restos de Valeria en el pozo que he tapiado como hizo Joaquín cuando descubrió lo que había pasado.

Esta soledad me está matando. Siento que voy a enloquecer.

—Sal de esa casa. Ven a Barcelona a vernos. Vuelve a París. Rehaz tu vida, joder —me ha pedido mi padre con sus habituales

formas bruscas—. Tu madre está preocupadísima por ti.

Me he convertido en un fantasma, uno más de esta vieja casa, antes incluso de desaparecer de un mundo al que ya no le veo sentido. Tantas pérdidas y ausencias, tanto dolor en tan pocos días… Deambulo a altas horas de la noche, hablo con Paula, sigo pidiéndole perdón por lo que ya no estoy a tiempo de deshacer, y le pregunto por qué, por qué lo hizo…

—¿Eras realmente un monstruo, Paula? ¿Lo eras…?

También le pido perdón a Sofía por no cumplir con lo que me pidió en su carta de despedida. Arrojé la carta a la chimenea junto a la nota de Joaquín y me quedé un buen rato hipnotizado viendo cómo ardían y sus últimas palabras, al igual que ellos, desaparecían para siempre, convirtiéndose en cenizas.

¿Cómo se puede desaparecer así, sin más? Fotografías. Recuerdos. Las he estado mirando durante horas. Joaquín y Paula de pequeña en la playa, al atardecer. Comidas familiares. Excursiones. Playa, playa, más playa… les encantaba la playa. En Noruega. En Irlanda. En Suecia. En Venecia. En Ámsterdam. En París. En la nieve. En una cabaña. En casa. En el restaurante. En el paseo marítimo, con el mar brillante a sus espaldas. Joaquín, Sofía, Paula… sus abuelos, fallecidos hace años. Manu apenas aparece en las fotos de las muchas que hay colgadas en la pared de las escaleras, en la repisa de la chimenea, en mesas, en álbumes, en cajas… Siempre posaba con cara de pocos amigos y con la mirada perdida, como si supiera cosas que el resto no, como si, ya por aquel entonces, hubiera anticipado las tragedias a las que estaban destinados, pese a la felicidad de esos instantes congelados en papel baritado.

Acabo de colgar una llamada que he recibido de prisión. Manu ha sonado agitado y angustiado. Otra de sus premoniciones se va a cumplir.

—¿Qué has hecho, Gael?

—No sé de qué me hablas.

—Lo sabes muy bien. Voy a morir. Me van a matar. ¿Por qué? ¿Qué quieres? ¿Quieres la casa? ¿El restaurante? ¿El dinero de mis padres? Si yo muero, todo será para ti por haber estado casado con mi hermana, lo tenías muy bien planeado. Quédatelo todo, joder, a mí no me importa nada de eso.

He recordado lo que me dijo. Que no lo ve *todo todo*. Que sus visiones son caprichosas y selectivas. Manu ha sabido que iba a morir y que yo era el responsable de que eso pasara. Pero no conocía el motivo.

—No —he negado, tajante, y que haya pensado eso me ha molestado y ha herido mi orgullo, porque las posesiones materiales me importan una mierda. No necesito nada, tengo más que suficiente—. No sabes guardar secretos —he resuelto—. Me contaste lo que pasó… lo que hizo… —No voy a nombrar a Paula por si nos están escuchando, pero Manu sabe de lo que le hablo—. Si me lo has contado a mí, podrías contárselo a cualquiera.

—No lo haré.

He notado el arrepentimiento en su voz por haber confiado en mí.

—Es tarde… —he murmurado, para recapitular al instante y volver a decir—: Pero no sé de lo que me hablas.

Silencio. Un silencio que se ha extendido hasta que Manu lo ha roto, en el que las voces de otros presos se han colado a través de la línea telefónica.

—¿Quieres volver a ver a Paula? —me ha preguntado.

—Con todo mi corazón —he contestado sinceramente, aun sabiendo que es algo imposible, una ilusión.

—Pues vuelve a Oturia. Vuelve al bosque que pinté. Sabes dónde es. Ya estoy muerto, Gael, yo aquí ya estoy muerto y has sido tú quién me ha matado, así que ve a ese lugar y volverás a verla.

Sin darme tiempo a preguntar nada, Manu ha cortado la llamada.

Después, ha regresado tal silencio que he podido distinguir mi pulso, un martilleo rápido contra el tímpano.

Y ahora estoy aquí, en penumbra, sentado en el sofá frente a una chimenea que debería encender si no quiero morir de hipotermia, repasando sus delirantes palabras y, especialmente, la entonación que ha empleado:

«Yo *aquí* ya estoy muerto».

¿Aquí? ¿Tiene algún significado el «aquí» para que le haya dado tanto énfasis? ¿«Aquí» significaba *aquí en prisión*? ¿Por qué me da que, detrás de ese simple *aquí*, hay algo más?

«Volverás a verla».

¿Cómo? ¿Cómo voy a volver a ver a Paula si está muerta? A los muertos solo se les puede ver en los recuerdos que nos dejaron y, con un poco de suerte, si se nos aparecen en sueños. A mí Paula no me ha venido a visitar, no todavía.

«Vuelve al bosque».

«Vuelve al bosque».

«Vuelve al bosque».

Estas últimas tres palabras se me clavan en la cabeza, se repiten en bucle hasta alcanzar un instante de locura en el que Paula suplanta la voz de Manu, como si fuera ella quien me lo estuviera pidiendo:

«Vuelve al bosque».

***

París. Lunes, 13 de octubre de 2024

Diecinueve días antes de la muerte de Paula en Oturia

Como cada año por esas fechas, recibimos la invitación de los padres de Valeria, y el grupo de WhatsApp que teníamos con Carlota, Sami, Agus, Laia y Montse empezó a llenarse de mensajes. Ellos también habían recibido la invitación:

Un año más, nos complace invitaros a pasar

el fin de semana de los difuntos en nuestra

casa rural de Oturia, El refugio de Valeria.

La casa estará preparada para recibiros

el viernes, 31 de octubre, a las 18 h.

Este año, además, es especial, pues se cumplen diez años de la desaparición de nuestra querida Valeria.

Esperamos, sinceramente, que paséis un gran fin de semana en recuerdo de nuestra adorada hija.

Con afecto,

Sabrina & Guillermo

¿Cómo se pone fin a siete años de tradición sin que parezca que ya no te importa (y nunca te ha importado) lo que sea que le ocurriera a Valeria?

A todos nos empezaba a dar mucha pereza, sobre todo a Montse, que vivía en Irlanda. Nosotros, desde París, acostumbrábamos a ir en coche y aprovechábamos para parar un día en Cadaqués y visitar a los padres de Paula, pero también eran muchas horas de viaje. Sin embargo, Agus decía, y todos estábamos de acuerdo con él, que era bueno para seguir unidos. Era la manera que teníamos de hablar y de saber de nuestras vidas cara a cara, sin la necesidad de hacer uso de las frías redes sociales que, por muy cómodas y atractivas que sean, marcan cierta distancia.

Cuando Paula llegó por la noche y encontró la invitación que yo había dejado expresamente en la mesita del vestíbulo para que fuera lo primero que viera, puso el grito en el cielo.

—¡No! ¡Otra vez no! —Yo estaba sentado en el sofá leyendo una edición antigua de *La lista de Schindler*, una lectura que tenía en la lista de pendientes desde hacía años. Paula se acercó balanceando la invitación. Para ella, era peor que recibir una notificación de Hacienda—. ¿Cuándo va a parar esto, Gael? No quiero ir a Oturia. No quiero volver.

—Habrá que ir… Me sabe mal por los padres de Valeria, ya lo sabes… ¿Qué excusa ponemos?

—El primer año nos hizo gracia. Venga, casa rural gratis en un pueblo que no conocemos… pero ya no tiene sentido, Gael. Siete años son demasiados, y, respecto a Valeria…

—Lo sé, y estoy de acuerdo contigo —la interrumpí—. ¿Le has echado un vistazo al grupo de WhatsApp? Van a ir todos.

—No he tenido tiempo, me he pasado la tarde con la nueva camarera del café del distrito XV.

—Ah, ¿y qué tal?

—Muy maja y aprende rápido, pero no me cambies de tema.

—¿Una copa de vino para que te relajes?

—Mmm… no —contestó cabizbaja, esbozando una pequeña sonrisa apenas perceptible—. Gael… no quiero ir a Oturia —repitió—. Ya no.

—Esta será la última vez, Paula. Se cumplen diez años de la desaparición de Valeria, ya has leído la invitación, es una fecha clave para sus padres. El año que viene cortaremos de cuajo con la maldita tradición, me da igual lo que piensen de nosotros, y no volveremos.

—¿Nunca más?

—Nunca más.

—¿Seguro?

—Te lo prometo.

***

Ahora

A las once y media de la noche, recibo un mensaje en el móvil de prepago que he comprado para la ocasión: «Ya está hecho». Me siento un mafioso. Un cabrón. Un demonio.

Vuelvo a pedirle perdón al vacío, y no se me quita la sensación de que en esta casa se ha instalado un fantasma más, uno que debe odiarme.

Manu acaba de morir. Lo acaban de matar. A cuchillazos. Él lo sabía. Lo sabía y por eso, hace unas horas, me ha llamado.

¿Qué pensaría Paula de lo que acabo de hacer? Imagino lo que me diría:

—No te reconozco. Tú no eres así. No eres un asesino, Gael.

Y yo, abriéndome del todo y entre triste y cabreado, le contestaría:

—Ya, y yo pensaba que tú no eras capaz de matar a una mosca, que aquello que me dijiste, que habías hecho algo muy malo, no lo sería tanto pese a lo que vino después, y mira… Mírame. Míranos. Nos hemos perdido. Yo no soy el mismo desde que te fuiste y tú me has estado engañando durante diez años.

Duele… Joder si duele. Si Paula hubiese confiado un poco más en mí… Podría haberme contado lo que le hizo a Valeria en lugar de esconderlo durante tantos años. Pero, claro, ahora me puedo poner en su lugar. ¿Cómo cuentas algo así? Si Paula me hubiera confesado que mató a Valeria, no sé cómo habría reaccionado, la verdad, posiblemente mal, aunque ahora todo sería más fácil.

Entonces, pienso en las tres chicas con toda una vida por delante a las que Manu forzó y mató, y se me pasa un poco la culpa de lo que he hecho.

«Se lo merecía —me convenzo—. Era un cabrón. Mala gente».

Mi padre, que ya está jubilado, era un abogado de éxito y fundador de uno de los mejores bufetes de Barcelona, el más reclamado por los criminales, gracias a los cuales amasó una gran fortuna. Defendió a gente sin escrúpulos como él; lo único que les diferenciaba, es que mi padre no le arrebató la vida a nadie, o eso creo. No obstante, me encantaba desafiarlo y se lo eché en cara tantas veces, que perdí la cuenta:

—Si defiendes a un asesino, no eres muy distinto a él.

—Qué sabrás tú —soltaba mi padre con desprecio, antes de encerrarse en su despacho, haciéndome saber que, gracias a esos criminales, no iba a tener problemas de pasta en lo que me quedara de vida.

Pero mi padre, al contrario que yo, jamás utilizó sus contactos para que alguno de los reclusos más peligrosos, a cambio de dinero y favores difíciles de conseguir estando encerrados, matara a otro recluso. Yo sí, he tirado de los contactos de mi padre a sus espaldas, de algo me ha servido sufrirlo durante tantos años, y he conseguido lo que quería, lo que llevaba días pensando:

«Dos pueden guardar un secreto, si uno de ellos está muerto».

Me avergüenzo de mí mismo. Me repugno, no soporto ni mirarme en el espejo. Pero era lo que tenía que hacer.

Ignoro quién ha sido el asesino de Manu. Quién lo ha pillado a solas y lo ha cosido a puñaladas hasta arrastrarlo al lado frío, dándole una muerte tan violenta como la que él les provocó sin motivo a tres chicas inocentes hace seis años. Y es mejor así. Cuanto menos sepa, mejor. Lo único que sé es que Manu ya no está *aquí*, que la familia Costa se ha desintegrado de un plumazo en poco más de tres semanas, que me duele el pecho de tanto sufrir, que estoy cansado de pensar, de sentir y hasta respirar supone un esfuerzo titánico, y que el *secreto* de Paula sigue a salvo en el fondo del pozo del jardín, donde el césped se ha cubierto de escarcha.

CAPÍTULO 25

PAULA

¿Qué me hicieron? ¿Y cómo le planteo la pregunta a Nicola sin que parezca que no tengo ni idea de *lo que me hicieron* y tampoco de lo que le conté? ¿Gael va incluido en el lote? Eso me preocupa, porque no parece que *me hicieran* nada bueno. Lo más fácil es huir y volver a casa, pero Nicola me tiene atrapada en el sofá, embelesada con sus caricias y sus besos a los que creo que mi piel es adicta, y yo soy incapaz de resistirme al encanto que ha adquirido el momento.

¿Desde cuándo soy tan débil?

Coloco las manos en su pecho, lo aparto un poco de mí.

—Debería irme. Antes de que esto se nos vaya de las manos y…

Nicola ríe por toda respuesta y me deja escapar.

—¿Nos vemos mañana? —me pregunta—. Estaré en el restaurante desde las ocho, imagino que llevarás a Pol al colegio a las nueve y que podrás estar sobre las… ¿Nueve y media?

Gracias por resolverme la agenda, Nicola.

—Sí, sobre las nueve y media estaré ahí. Estoy deseando probar todos tus platos.

—*Ti piacerà, ne sono sicuro.*

—¿Eh?

Otra vez esa mirada…

La de: ¿Quién eres tú y qué has hecho con Paula?

Nicola suspira y traduce con su atrayente acento italiano:

—Que estoy seguro de que te encantará.

—Ah. Sí, claro que sí, seguro… —contesto, algo atolondrada, porque no sé qué viene ahora, si me marcho directamente, si me acerco y le doy otro beso…

Afortunadamente, Nicola me lo pone fácil. Es él quien se acerca a mí y, gentil, coloca la mano en mi espalda y me acompaña hasta la puerta, lo que, inevitablemente, me transporta a las profundidades del bosque de Oturia y a la mano congelada que me empujó al abismo, a la oscuridad de una muerte que, como dijo Toni, no existe.

Nicola abre la puerta y me da un último beso que me pilla desprevenida.

—*Buona notte, Bella.*

—*Buona notte* —repito, en un intento lerdo de hablar italiano. No *capisco* nada. Vamos, que no lo entiendo ni lo hablo ni nada de nada.

—Tenemos una conversación pendiente, no te olvides —añade Nicola con misterio.

Me guiña un ojo, yo le sonrío. De lo distraída que estoy, casi me olvido del paraguas que había dejado fuera, apoyado contra la pared, y que no abro porque, total, tengo el coche enfrente, pero el

breve recorrido me deja empapada, intensificando el frío que sigue perenne en mi cuerpo.

«¿Qué conversación tenemos pendiente?», me pregunto, como si no tuviera suficientes preguntas sin respuesta, cuando ya estoy dentro del coche. Antes de arrancar, le dedico una última mirada a Nicola, que se ha quedado en el quicio de la puerta con una expresión muy seria y sombría. Es como si de repente le preocupara algo. ¿Qué será?

***

—¿Cómo ha ido con el italiano? —pregunta con picardía mi madre en cuanto entro por la puerta a las nueve y media de la noche. Tiene ganas de chisme. ¿Siempre ha sido tan chismosa?—. Para las horas a las que sueles llegar cuando quedas con Nicola, hoy has vuelto muy temprano. Supongo que ya hablarás italiano con fluidez, llevas un montón de tiempo practicando.

No sé a qué se refiere, porque tiene un cachondeo con el italiano... Si es literal, y por eso a Nicola le ha extrañado que no le entendiera cuando me ha dicho en italiano que está seguro de que me encantarán sus platos, o es una especie de metáfora por el rollo que es más que obvio que tenemos. Opto por cambiar de tema. No puedo pensar más, no tengo la claridad suficiente y la cabeza me va a estallar. Le pregunto a mi madre si hay paracetamol. Solo espero que el frío que sigue instalado en mi cuerpo desaparezca como por arte de magia mañana al despertar.

—¿Y Pol?

—En la cama, esperándote —contesta sin mirarme, terminando de poner el lavavajillas, y a mí la escena me resulta tan familiar, que,

si no fuera por el niño que me espera en el piso de arriba y las ausencias de mi padre y Gael, pensaría que sigo en *mi vida de antes* —. Te he guardado un poco de lasaña. ¿Te la caliento?

—No, gracias. No tengo hambre. Lo que quiero es dormir…

—Como quieras.

Subo las escaleras a toda prisa, me descalzo y entro en la habitación de Pol, a quien encuentro tumbado en la cama con el cuarto libro de *Harry Potter*: *Harry Potter y el cáliz de fuego.* Me acerco, cojo el libro para comprobar una cosa, voy a la primera página y, efectivamente, ahí está: «Propiedad de Manu», escrito de su puño y letra.

—A mi hermano le encantaba *Harry Potter* —recuerdo con una sonrisa.

—Ya lo sé, le cogimos los libros de su habitación antes de que la abu la cerrara con llave —me dice Pol—. Nunca me hablas de él. Ni la abu ni tú me habláis de mi tío.

—¿Ah, no?

—Ya sabes que no —niega, arrugando la nariz, un gesto que, curiosamente, era muy propio de Manu cuando era pequeño.

—Claro, ya sé que no… —disimulo.

—¿Por qué? ¿No lo querías? —me pregunta—. A mí me gustaría tener un hermano. Le querría mogollón. Y tú nunca has llorado por él ni nada… por tu hermano, digo. La abu sí, a veces la pillo llorando y creo que es por Manu, que no se sabe qué le pasó.

Tomo nota. *No se sabe qué le pasó.*

—Bueno… a veces las relaciones entre hermanos no son fáciles. Hay diferencias, discusiones, celos…

Varios recuerdos me asaltan, y ninguno es bueno. La noche que maté a Valeria. La expresión de terror de Manu, que creo que nunca llegó a saber que vi a nuestro padre manteniendo relaciones íntimas con Valeria, con mi mejor amiga, cuando ella tenía diecinueve años y él cuarenta y seis, y eso provocó que se me llevaran los demonios. O que se me instalara uno dentro, que viene a ser lo mismo. Manu, a pesar de estar involucrado en el crimen al ayudarme a deshacerme del cuerpo, me hizo sentir como si fuera un monstruo, pero ¿qué habría pasado si le hubiese contado que nuestro padre tenía una aventura con Valeria? ¿Habría cambiado algo? ¿Manu habría entendido mejor los motivos de esa rabia hacia Valeria, o me lo habría echado en cara igual? Sin embargo, cuatro años más tarde, fue él quien cometió la atrocidad de matar a tres chicas sin motivo alguno, y las pocas veces que lo volví a ver fue en prisión, detrás de una pantalla acristalada, y siempre me decía con desolación:

—Tú. Fuiste tú. Aquella noche, tú me convertiste en lo que soy, me empujaste a matar a esas chicas. Me metiste al demonio dentro. Y al principio luché contra él, pero al final el demonio me controló y ganó. El demonio siempre se sale con la suya. Lo sabes mejor que nadie.

Manu estaba pirado. Pero en esta línea temporal nada de eso ocurrió. Porque Manu desapareció y no debería guardarle rencor.

Me levanto de la cama y me asomo a la ventana. Dirijo la mirada al punto donde se encuentra el pozo tapiado, tan solo una mancha en la oscuridad. Debe de hacer tanto frío ahí dentro…

—¿Mamá? ¿Qué te pasa? Desde que has llegado del sitio ese estás de un raro…

Inspiro hondo. No puedo ni quiero mentirle. A los niños no se les miente, pero tampoco se les puede contar ciertas verdades, sobre todo cuando son tan escabrosas. Así que decido decirle una verdad a medias, tratando de encontrar en sus rasgos todavía infantiles un parecido que me recuerde a algún chico al que conocí en el pasado, concretamente en el verano de 2014 que fue cuando me quedé embarazada, pero nada, no encuentro nada. Se parece mucho a mí.

«¿Y si es hijo de Gael? —me planteo por primera vez—. ¿Y si es el hijo que íbamos a tener en mi otra realidad, un garbancito que no pudo prosperar, pero en esta vida se adelantó unos años? No cuadra, porque, si es su hijo, ¿cómo es posible que Gael no lo sepa? Habría preguntado por él o algo, y, sin embargo, Pol no salió en la breve conversación que tuvimos. ¿Por qué le ocultaría algo tan importante? ¿Qué pasó entre nosotros en esta línea temporal?».

—Es que el cambio de aires no me ha sentado nada bien —respondo al fin.

—Como a mí la lluvia. Me pone de mal humor y me da miedo. Venga, mamá, ¿leemos? —pregunta con impaciencia.

—Un ratito, sí.

Después de cinco páginas, una leída por Pol, otra leída por mí, y así todo el rato, caigo en un sueño profundo del que me arranca mi madre. Cuando abro los ojos, el libro no está, Pol duerme con la cabeza apoyada en mi pecho, y mi madre me agarra de la mano con suavidad para acompañarme hasta mi habitación.

—Vamos, no te vayas a caer… —me dice con dulzura, acariciándome la mejilla donde tengo la cicatriz.

Me dejo llevar, me tumbo en la cama con la ropa puesta, y mi madre me arropa como si hubiera retrocedido en el tiempo y volviera a tener cinco años.

Cuando sale de la habitación cerrando la puerta tras ella, me encuentro en un estado entre el sueño y la vigilia en el que me parece oír a Gael. «Perdona», lo oigo decir con la voz rota, como si estuviera llorando, pero aquí no hay nadie, estoy sola. «Perdona», vuelvo a oír, como si estuviera aquí mismo y a la vez muy lejos, y al principio me sobresalto y me emociono, ya nada me parece ilógico o imposible, pero los ojos se me cierran, el sueño y el cansancio me vencen, y me vuelvo a quedar dormida.

Las preguntas, la falta de respuestas, los problemas… todo lo que angustia se desvanece, incluso el frío y el dolor de cabeza. Hasta que, a las tres de la madrugada, mi móvil vibra en la mesita de noche y me despierto. Cuando veo que Gael me ha mandado un wasap, los ojos se me abren de golpe y me desvelo por completo.

CAPÍTULO 26

GAEL

Hoy hace un mes que Paula murió en Oturia.

Sami, Carlota, Agus, Laia y Montse han escrito en el grupo de WhatsApp para darme ánimos y lamentar, una vez más, lo que ocurrió. En lugar de contestar, he salido del grupo. Tendría que haberlo hecho mucho antes.

La culpa fue mía, solo mía. Jamás debí dejarla sola.

He comprado flores para Paula. Las últimas. Retiro las flores secas del otro día y dejo las nuevas frente a su lápida, que está al lado de la de su hermano y debajo de ellos descansan Joaquín y Sofía. A ellos dos les dejo una rosa blanca.

—Perdonadme… —les pido, mostrándoles lo destrozado que estoy a unas lápidas de mármol con las inscripciones que recuerdan sus nombres y que una vez existieron y fueron importantes—. Lo siento mucho.

Una ráfaga de aire me azota en la cara. No es una caricia suave ni una señal de que los muertos me perdonan, tal y como les imploro, no se trata de nada sobrenatural. Es este viento de la tramontana, frío y turbulento, que provoca dolor de cabeza y un pitido terrible en los oídos.

—Vuelvo a casa, Paula —le digo, acariciando su lápida como si se tratara de su piel, y se lo digo con culpa y pidiéndole permiso. Paula siempre decía que los cementerios son los lugares encargados de enseñarles a los vivos que la vida es fugaz y que, por lo tanto, ¿de qué sirve preocuparse tanto si al final todo pasa?—. Te quiero. A pesar de todo… siempre te querré —me despido, con los ojos a reventar de lágrimas.

Salgo del cementerio y me refugio en el interior del coche con la intención de poner rumbo a París para intentar seguir con mi vida, como quiero pensar que a Paula le gustaría. No puedo abandonar las cuatro cafeterías que abrimos juntos, un proyecto en común ilusionante, aunque al empezar tuvimos que hacer algo que detestamos: pedir ayuda económica a nuestros padres. Al final, valió la pena. Les devolvimos hasta el último céntimo que nos prestaron.

Pero entonces, cuando, inocente de mí, creía que empezaba a tener las cosas claras para encauzar mi vida de nuevo pese a las ausencias, las palabras de Manu regresan con fuerza y no las puedo detener:

«Vuelve al bosque».

«Vuelve al bosque».

«Vuelve al bosque».

Arranco el coche con una única certeza: París va a tener que esperar.

CAPÍTULO 27

PAULA

El wasap de Gael:

GAEL

Jamás debí dejarte sola.

Llevo diez años cargando con la culpa de lo que pasó.

Espero que algún día puedas perdonarme,

porque yo aún no puedo.

No sé qué contestar. Porque no sé a qué se refiere, ni qué culpa lleva diez años cargando, ni por qué debería perdonarlo, o si tiene algo que ver con lo que me dijo Valeria: «Espero que sigas con la boca cerrada. Nadie puede enterarse de lo que hicimos».

Confusa, apago el móvil y lo vuelvo a dejar en la mesita de noche, encima del libro *Claus y Lucas*. Me quedo un buen rato con la vista clavada en el techo. Mi cabeza vuelve, una vez más, a las horas extrañas que viví en Oturia. Gael con Valeria. Valeria viva, cuando recuerdo vívidamente la noche en que le abrí la cabeza y le

desfiguré la cara hasta que dejó de moverse. La mirada del hombre del que llevo diez años enamorada fría y distante, porque se supone que en esta realidad no tenemos contacto. Pero no se me olvida que, antes de que yo me marchara, se mostró algo más nostálgico, como si en el fondo… sí, nuestras miradas se entrelazaron y, aunque Valeria nos interrumpió, Gael me siguió mirando como si me hubiera querido o nunca me hubiera dejado de querer.

***

Cuando mi madre me despierta, los fuertes rayos del sol entrando por la ventana me dan de lleno en la cara, por lo que sé que es tarde y que no he cumplido con mis obligaciones de *esta vida*. Llevar a Pol al colegio, presentarme puntual en el restaurante, donde había quedado con Nicola…

—¿Y Pol?

—En el colegio. Lo he llevado yo. Como no había manera de que te despertaras…

—¡¿Qué hora es?! —pregunto agitada, levantándome de la cama y cogiendo el móvil de la mesita para encenderlo.

—Las diez y media.

—Hace una hora que había quedado con Nicola para probar el nuevo menú…

—Lo sé. Tenías el teléfono apagado, así que me ha llamado a mí porque estaba preocupado. Le he dicho que estabas agotada, que te habías quedado dormida. Te está esperando, no te preocupes. Eres la jefa, así que no pasa nada.

Eso era algo que mi madre solía decirle a mi padre: «Eres el jefe, así que no pasa nada si un día te retrasas diez minutos o no estás al cien por cien». Y mi padre le contestaba que, precisamente por ser el jefe, tenía que dar ejemplo y trabajar más que nadie, porque era el primer interesado en que el negocio funcionara y prosperara. Si algo aprendí de él, es que nadie te regala nada y que todo esfuerzo tiene al final su recompensa, aunque sea la de irte a dormir sabiendo que has dado lo mejor de ti. Fue infiel, y no con cualquiera, sino con mi mejor amiga, con alguien de mi edad. Se portó mal con mi madre. Pero su filosofía de trabajo me funcionó en las cuatro cafeterías que regentaba en París, un sueño cumplido, y creo que también me va bien *aquí*, en el restaurante, aunque sin Gael.

¿Gael significaba algo para la versión de mí de esta realidad? ¿Se acordaba de él? ¿Lo había olvidado? ¿Llegaron a tener algo especial o nunca llegó a pasar nada porque, según me dijo, yo lo rechacé?

El frío ha desaparecido. El dolor de cabeza también ha remitido un poco. He dormido unas once horas y me siento con energía, aunque el wasap de Gael me desvelara y provocara un torbellino en mi mente inquieta.

Voy al cuarto de baño y me doy una ducha rápida. Vuelvo a la habitación, abro el armario y miro con fastidio la ropa que tengo. Tejanos negros, sudadera gris con capucha, Converse, no tengo tiempo para mucho más, ni siquiera para maquillarme, por lo que me dejo el cabello suelto echado hacia la cara, en un intento por disimular la cicatriz. Cuando bajo a la cocina, mi madre me sirve una taza de café humeante que bebo en tres tragos y me voy pitando al restaurante, donde llego con dos horas de retraso.

Al entrar y cruzar el pasillo que conduce a la cocina, el tiempo deja de importar. He viajado al pasado. Vuelvo a tener dieciocho años, hace un mes que maté a mi mejor amiga, y mi padre está esperándome en su despacho.

—Papá… —lo llamo en un murmullo, sin poder evitar que se me forme un nudo en la garganta y las lágrimas corran libres por mis mejillas.

***

Cadaqués, septiembre de 2014 de mi anterior realidad

Odiaba que el verano hubiera llegado a su fin, porque Gael había vuelto a Barcelona. ¿Se olvidaría de mí? ¿Olvidaría el intenso verano que habíamos vivido juntos, tan precioso como fugaz pese a la misteriosa «desaparición» de Valeria?

«He hecho algo muy malo», le dije aquella noche.

Por suerte, Gael no me escuchó o no me entendió bien, si no, se lo habría soltado todo.

Me preocupaba que Gael conociera a alguien más interesante en la universidad y que, pese a las promesas de que *lo nuestro era para siempre*, se cansara de la distancia y acabara cortando conmigo. Ya se sabe lo que dicen de los amores de verano: están destinados a terminarse cuando la rutina nos engulle. Con un poco de suerte, esos amores tan breves como especiales se colarán en tu memoria de vez en cuando y te sacarán una sonrisa. ¿Pero que un amor de verano perdure en el tiempo era posible? ¿Lo era? Entonces, no lo sabía.

Después de semanas sin ir al restaurante a echar una mano por motivos obvios y unos días antes de empezar la universidad en Gerona, mi padre me envió un wasap diciéndome que teníamos que hablar, que ya estaba bien de amenazas veladas, de malas caras y

peores miradas, de evitarnos y no darnos ni los buenos días cuando coincidíamos en casa, y que me esperaba en el despacho del restaurante. Mi madre no se olía nada raro. Pensaba que la distancia entre mi padre y yo era por lo que *le habíamos obligado a hacer*: tapiar el pozo donde el cuerpo de Valeria llevaba un mes descomponiéndose.

Y es que, tal y como una vez mi madre le dijo a mi padre cuando pensaba que nadie les estaba escuchando:

—¿Qué padres habrían hecho lo que hemos hecho nosotros, Joaquín? Somos tan horribles como ellos. ¡¿Qué hemos hecho?! ¡Hemos criado a dos monstruos, Joaquín, y ocultar lo que ha ocurrido también nos convierte a nosotros en monstruos! ¡Yo no puedo vivir así! No puedo ni respirar, me falta el aire. Soy incapaz de salir al jardín y mirar hacia el maldito pozo sabiendo que hay una niña ahí pudriéndose y que sus padres la siguen buscando y la seguirán buscando durante el resto de sus días.

Vivir en esa casa era insoportable. Mi madre, sumida en una fuerte depresión. Mi padre, un infiel pervertido que se había acostado con mi mejor amiga, no podía ni mirarme a la cara y yo le guardaba tanto rencor… tanto... Y Manu… bueno, Manu seguía siendo Manu. Si había soportado ese verano infernal que, al mismo tiempo, había sido el mejor de mi vida, fue por Gael, pero Gael ya no estaba, y yo, que me sentía muy sola y muy triste, tenía unas ganas tremendas de largarme de Cadaqués, instalarme en Gerona, y empezar la carrera de Administración y Dirección de Empresas. Además, tenía miedo. Siempre tenía miedo. Ese miedo a que descubrieran lo que hice, fue lo único que jamás me abandonó.

Era lunes, el restaurante estaba cerrado tras un fin de semana ajetreado. Abrí la puerta y crucé el pasillo. Era la primera vez que lo hacía desde aquella maldita noche de hacía un mes en la que pillé a mi padre follándose a Valeria. Los malos recuerdos me asaltaron. Por un momento, al ver la puerta entornada de la misma manera en que

estaba aquella noche, me dio por pensar que tendría que enfrentarme a la misma escena, como si se tratara de una pesadilla, un bucle sin fin del que no tenía escapatoria.

Di dos golpes firmes en la puerta.

—Pasa —oí que decía mi padre al otro lado.

Estaba más delgado. Ojeroso y demacrado. Estar frente a él en el lugar donde descubrí la traición que me empujó a cometer un asesinato atroz, me provocó un ligero mareo. Tuve que sentarme. Me costaba mirar a mi padre a la cara.

—Mírame. Por favor, Paula, mírame —me pidió con voz temblorosa, y al obedecerlo y mirarlo, me di cuenta de que estaba llorando.

Lo miré con pena. Me daba mucha pena. Esa mañana no lo miré con malicia ni con asco, como la madrugada en que se enteró de que Valeria estaba en el pozo de nuestro jardín, haciéndole saber sin palabras que yo sabía su secreto y que, si no nos ayudaba, no solo mi madre se enteraría, sino todo el pueblo. Sabía que las apariencias lo eran todo para él. Que los trapos sucios se lavan en casa. Fui injusta y egoísta. Fui un monstruo, sí, un monstruo que permitió que su propio padre cargara con un asesinato del que, a pesar de todo, no era responsable.

—Sé que no fue Manu, y tu madre también lo intuye, pero no tiene fuerzas ni para decírtelo. Fuiste tú, Paula. Tú mataste a Valeria y solo yo sé por qué.

No me quedó otra que asentir despacio.

—Era más creíble que lo hiciera Manu, porque Manu es… bueno, raro. Pero tú, hija, tú… y además, que lo culparas a él… me parece… todo esto es… cruel —balbuceó, nervioso, retorciéndose las manos.

—Os vi.

—Lo sé. Valeria me lo dijo. No sabes la vergüenza que siento…

—Tú la mataste —le solté, y habría sido menos doloroso clavarle un puñal en el corazón, en vista del gesto que compuso—. Valeria está muerta por tu culpa. ¿Cómo pudiste hacernos esto?

—Paula, tienes que entender que tu madre y yo…

—No tengo que entender nada.

—Pasábamos por un mal momento…

—Me das asco —atajé.

Mi padre inspiró hondo, siguió llorando. Era un hombre triste y deshecho que tardaría mucho tiempo en volver a respirar sin sentir un peso aplastándole el pecho. Mientras una parte de mí se alegraba de que estuviera sufriendo lo indecible, la otra quería levantarse, rodear el escritorio y abrazarlo hasta que el dolor desapareciera. Porque mi padre era la persona a las que más quería y admiraba en este mundo y era incapaz de odiarle. Por eso volqué todo mi odio contra Valeria hasta hacerla desaparecer de un plumazo, aunque ella no era la única culpable en esa historia y solo el tiempo y la distancia me lo hicieron ver.

—Necesito tiempo —le dije—. Tiempo y distancia para perdonarte.

—La mataste, Paula. Tapié el pozo por ti. Me estoy guardando un secreto que sé que, tarde o temprano, me va a estallar en la cara, y lo hice por ti y por tu hermano… Por nuestra familia. Lo haría todo por vosotros, lo daría todo… Solo quiero… ya no podemos deshacer lo que hiciste, hija, así que solo me queda desear que volvamos a tener la relación de siempre.

Y aun así, el pobre hombre al que no tenía que perdonarle más que un desliz, aunque ese desliz hubiera sido con la persona menos adecuada, esperaba volver a tener la relación de siempre. Una relación cercana y amistosa entre padre e hija.

—No sé si será posible.

—Lo será —dijo con convencimiento, como si tuviera el don de predecir el futuro—. Solo necesitamos perdonarnos. Difícilmente podremos olvidar lo que ha pasado este verano, lo que hice, lo que hiciste… El odio te dominó, no lo entiendo y ojalá no vuelva a ocurrirte, esto ha hecho que conozca una cara de ti que no me esperaba y que no me gusta, no me gusta nada… Pero no me queda otra que aceptarlo y asumir parte de la culpa. Hay secretos que son capaces de destrozarte y creo que, si superamos esto, podremos con cualquier cosa. Hija, solo espero que… que vuelvas a verme con los mismos ojos de antes. Si acaso eso es posible… Para bien o para mal, siempre seré tu padre y tú… tú siempre serás mi niña.

***

Ahora

No he llegado ni a la puerta que conduce a la cocina, muy cerca del despacho, que he tenido que sentarme en el suelo con la espalda apoyada en la pared y las rodillas pegadas al pecho para desahogarme.

«Jamás lo superamos, papá, pero aprendimos a perdonarnos y a vivir con la culpa, con el miedo… aprendimos a vivir con lo peor de nosotros mismos, con nuestros demonios y nuestros fantasmas. Incluso mamá aprendió a vivir y Manu… bueno, Manu no. Manu

eligió el mal camino. Aquella noche lo marcó y, cuatro años después, sembró muerte y destrucción, y yo tuve gran parte de culpa. Aquel secreto nos destrozó. De una manera u otra, nos destrozó a todos.

Pero *aquí* no ocurrió. *Aquí* no.

Puede que también tuvieras un lío con Valeria, pero yo no lo descubrí, y ese es el motivo por el que sigue viva. Jamás tuvimos esa conversación. Jamás te odié ni me diste asco. Pero ¿cómo iba a odiarte a ti? Hicieras lo que hicieras, en esta o en otras mil líneas temporales, jamás podría odiarte.

Porque yo fui peor. Yo lo hice mucho peor.

Entonces ¿qué fue lo que te destrozó en esta realidad, papá? ¿Qué pasó para que hace diez años tomaras la decisión de suicidarte?».

—Paula… Paula, ¿estás bien?

Las lágrimas que no paran de salir a borbotones de mis ojos me emborronan la visión. Nicola, preocupado, ha salido de la cocina, desde donde me llega un aroma exquisito, y está en cuclillas frente a mí, con las manos ejerciendo fuerza sobre mis rodillas. Por lo visto, cuando la situación requiere seriedad, me llama por mi nombre en lugar de *Bella*. Y me gusta. Me gusta cómo suena mi nombre en sus labios.

—Paula… —susurra mi nombre, mientras yo no puedo parar de llorar, y, aunque para mí siga siendo un desconocido pese a su cuerpo y su olor acogedor y familiar, me abrazo a él como si fuera mi salvavidas en mitad de un océano en el que cada vez me siento más perdida. Quizá Nicola siempre ha sido eso, mi salvavidas, alguien imprescindible en mi vida, en *esta vida*, y lo percibo en la forma en que me mira, como si no pensara soltarme jamás.

—Ayúdame —le pido—. Ayúdame a superar esto, por favor, yo sola no puedo… no puedo más —me derrumbo entre sus brazos.

***

GAEL

No pierdo la esperanza de que Paula conteste el wasap que le he mandado hace horas, a las tres de la madrugada y a espaldas de Valeria, cuando el resto se han ido de Oturia y han vuelto a sus vidas. Valeria y yo hemos decidido quedarnos unos días más. La vida en París, las seis cafeterías que regentamos… no nos dan respiro. Necesitamos un descanso.

Entiendo que Paula no responda a mi wasap ni quiera saber nada de mí. Son demasiadas cosas. El pasado pesa. El tiempo no nos ha hecho olvidar, no, el tiempo ha sido un cabrón. A veces, me da la sensación de que todo lo que ocurrió es reciente y duele. Sigue doliendo como el primer día. Otras, me da por pensar que solo fue una pesadilla. Es posible que no vuelva a ver a Paula, o que si regreso a Cadaqués tenga que conformarme con verla desde lejos, y pensarlo me destroza. Hace tiempo que perdí la esperanza de estar con ella, pero me he dado cuenta de que jamás podré mirarla y no sentir nada. La única forma de seguir adelante es fantasear con que, en algún lugar, sí fue posible. Que hubo una versión de nosotros que no se rompió.

Desde que vi llegar a Paula, tan distinta a la chica de la que me enamoré hace diez veranos, supe que volvería a poner mi vida patas arriba. Crees que has superado un antiguo amor, hasta que vuelve a estar delante de ti, y entonces, toda esa coraza que te habías creado

para seguir adelante, se desmorona. Y eso fue lo que me pasó, y supongo que también un poco a ella, con sus miradas tímidas y sus silencios y la incomodidad que estaba claro que sentía al volver a estar con nosotros después de tantos años.

¿Por qué vino?

¿Por qué aceptó la invitación de Valeria?

Nos portamos fatal con Paula. Le dimos la espalda cuando más nos necesitaba, aunque su orgullo le impidió pedir ayuda. En realidad, ella fue la que nos alejó de su vida, pero yo podría haber insistido más… podría haberlo hecho todo de una manera distinta.

La cicatriz en su mejilla izquierda es un recordatorio espantoso de lo que pasó, especialmente para mí, que llevo diez años cargando con la culpa. Al volver a estar cerca de Paula, mirándola con disimulo para que Valeria no me pillara, empecé a preguntarme cómo habría sido si aquella noche, en el jardín de su casa bajo un manto de estrellas, me hubiera dicho que ella también me quería en lugar de:

—No quiero nada contigo, Gael. Conmigo no tienes ninguna posibilidad. Ya no.

En lugar de luchar, y reconozco que lo hice por despecho, fui a lo fácil, a Valeria, que me acogió con los brazos abiertos y, desde entonces, no nos hemos separado. Y ahora, después de tantos años, no puedo dejarla. Por comodidad y rutina, por la cadena de cafeterías que irremediablemente nos unen… y porque está embarazada. No tengo una mala vida, pero no estoy con quien me gustaría estar, y volver a ver a Paula me ha removido. Ojalá pase pronto. O, si no pasa, poder llevarlo lo mejor posible como he hecho durante una década. Que se dice pronto.

Aquella noche de hace diez años, Paula no me rechazó porque no me quisiera, los ojos no mienten y no pueden ocultar lo que de verdad sientes, y nadie me ha vuelto a mirar cómo me miraba ella.

Me rechazó por todo lo que pasó. Y después nos distanciamos, era inevitable, y supongo que Paula creyó que le habíamos dado la espalda. En fin. No era nuestro momento. Le dije a Valeria que no la invitara a Oturia, que despertaría en ella recuerdos que era mejor dejar enterrados en el pasado, aunque según qué cosas sean imposibles de borrar, pero no me hizo caso. Valeria nunca me escucha. Lo que yo diga u opine, no tiene importancia.

Y entonces, Paula salió a dar un paseo por Oturia y, al regresar, me pilló solo y desprevenido en la cocina y se lanzó a mis brazos como si lo hubiera hecho durante toda la vida y yo… No supe reaccionar. Por un momento, imaginé que podía abrazarla y besarla y decirle lo mucho que la seguía queriendo, que jamás la había podido olvidar, pero me quedé bloqueado.

«Valeria nos va a ver», fue lo primero que pensé.

Y después, una breve conversación de lo más extraña:

«—¿Pero qué te pasa, Gael?

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué te pasa a ti?

—¿Que qué estoy haciendo? ¿Abrazar a mi marido?».

Parecía tan confundida y, al mismo tiempo, tan segura de lo que decía… ¿Se habría dado un golpe en la cabeza? ¿Qué la empujó a abrazarme y a llamarme *marido*? El domingo se largó tan temprano y tan atolondrada, que no me dio tiempo ni a decirle que esperara, que teníamos que encontrar un momento para hablar a solas y con tranquilidad, aunque con Valeria cerca, habría resultado imposible. Yo solo quería eso… hablar. Con Paula siempre he sentido que nos ha quedado algo pendiente.

—Valeria, me voy a dar una vuelta.

—¿Ahora? ¿Con el frío que hace?

—Sí, necesito despejarme un poco.

—Vale, pero no vuelvas tarde, que enseguida se hace de noche.

Agradezco que Valeria no haga preguntas. No me preocupa que sienta tan poco interés por mí, por lo que hago o dejo de hacer, ni siquiera ahora, que vamos a ser padres y el proyecto en común no se va a limitar a «solo trabajo». A veces creo que Valeria tampoco me quiere. Siempre he creído que empezó a salir conmigo solo para fastidiar a Paula, una idea infantil y absurda, pero entre ellas siempre hubo celos, rivalidad.

Desde que Paula se fue tan precipitadamente y sin despedirse de nadie, no hemos vuelto a hablar de ella. Carlota lo intentó:

—Qué rara está Paula, ¿no? Antes me caía bien, pero ahora… Claro que han pasado diez años y todos hemos cambiado. Dicen que está liada con el chef ese famoso, el italiano Nicola Galli, pero no pegan ni con cola, él tan abierto, tan atractivo, con mogollón de seguidores en redes, y ella tan… tan… tan marcada, después de todas las cosas que le han pasado, y con esa cicatriz que…

Esta quedada en Oturia fue una mala idea desde el principio, se lo advertí a Valeria. Son todos unos imbéciles y unos esnobs a los que espero no volver a ver. Y es que es saber que Paula está con otro hombre, pese al tiempo transcurrido, y se me revuelve el estómago. No tengo ningún derecho y entiendo que Paula también tiene su vida: un hijo, que quiso tener a pesar de cómo fue engendrado y de lo joven que era, un restaurante que atender desde que su padre no pudo soportar la tragedia y se mató, y un amor. Pero el corazón es el que manda y siento rabia, joder, siento mucha rabia al imaginarla con otro.

En cuanto pongo un pie fuera, me arrepiento de haber salido, pero es mejor enfrentarme al frío y al viento que hace en Oturia, que volver dentro de casa con Valeria y soportar sus tonterías.

Al cruzar la plaza con un olmo que lleva años seco pero que nadie tala, me encuentro con un tipo alto y de aspecto osco sentado en el banco. Me saluda con un gesto de cabeza y me mira con extrañeza.

—Buenas tardes —le correspondo.

—¿Vas al bosque? —inquiere con interés, haciéndome parar en seco.

—Sí, voy a dar una vuelta por ahí.

El tipo se levanta y me tiende la mano. Se la estrecho sin que me resulte raro, pues hablar con desconocidos es algo habitual en los pueblos.

—Soy Toni —se presenta.

—Gael.

Asiente, me mira como si me conociera o hubiera oído hablar de mí.

—¿Nos conocemos? —le pregunto.

—No. No, qué va, es la primera vez que nos vemos —contesta y, no sé por qué, no le creo.

—Ah, no sé, por un momento me ha parecido que… —titubeo—. Bueno, pues… sigo antes de que se haga de noche.

—No deberías ir.

¿He oído bien? ¿Este tío me acaba de decir que no debería ir al bosque? Peor sería ir al bar y beber hasta perder el sentido, ¿no? Estoy intentando ser mejor y dejar de beber. Por el bebé que viene en camino.

—Al bosque —especifica el tal Toni. Señala con la cabeza los dos caminos que se abren frente a nosotros tras los arcos de la plaza—. El terreno es traicionero y, si no lo conoces, podrías desorientarte y perderte. Y te aseguro que el regreso no sería nada fácil… —deja caer, envuelto en un aire de misterio que me empieza a dar mal rollo.

—Bueno… no me desviaré mucho. Y llevo linterna. Tampoco creo en esas cosas que se dicen del bosque… ya sabes, las leyendas que se cuentan de Oturia y demás —aclaro, por si es a eso a lo que se refiere.

Pienso que los accidentes y las desapariciones existen en todos los rincones del mundo y ni la magia ni los fenómenos paranormales son los responsables de sucesos tan terribles como tristemente mundanos.

—Ya... Claro. Muy poca gente cree en *esas cosas*.

Por un momento y debido a la mirada que el tipo me dedica, como si supiera *cosas* que yo ignoro, pienso en hacerle caso y volver atrás, pero la imagen de Valeria tumbada en el sofá con la mano sobre su vientre como si en lugar de estar embarazada de solo seis semanas lo estuviera de siete meses, me da pereza y me disuade. Estoy tan cansado de ella…

—Bien, pues… buena suerte —me desea, y la extrema seriedad con la que ha empleado esas palabras, en apariencia amables, me hace sentir incómodo.

—Eh… gracias. Supongo —le sonrío, sintiendo su mirada en la nuca cuando desciendo por el camino que me conduce al bosque envuelto en bruma.

Al principio, me relaja pasear a pesar del frío y el viento, hasta que la noche cae abruptamente, unas campanas empiezan a sonar a lo lejos, y me sobreviene el recuerdo de lo que ocurrió diez años atrás.

CAPÍTULO 28

GAEL

Cuando llego a Oturia, ya es de noche.

Este lugar me trae muy malos recuerdos. Aquí empezó y terminó todo, pero no voy a flagelarme volviendo a lo de siempre: jamás tendríamos que haber venido. Jamás debí dejar que Paula saliera sola.

Basta.

Apechuga con lo que pasó, es lo que hay.

Dejo el coche aparcado en la plaza desierta, sin un alma a estas horas, y cargo con mi maleta hasta llegar a La Venta de Oturia. El bar está abierto y Fina, la veo a través del cristal, se encuentra detrás de la barra con la cabeza levantada en dirección al televisor colgado en una esquina de la pared. No hay ni un solo cliente.

—Hola, Fina.

—¡Gael! —se sorprende al verme. Rápidamente, emite un chasquido—. Sentí mucho lo que pasó cuando me enteré… Fermín me contó y, bueno, eso, que lo siento mucho.

—Gracias. Ha pasado un mes desde que… bueno, ya sabes.

—Un mes… qué barbaridad, cómo pasa el tiempo —comenta con aflicción, y yo no puedo hacer otra cosa que asentir y darle la razón.

—Ya… ¿Tienes alguna habitación libre?

—Las cuatro. Elige la que quieras.

—Me da igual.

Fina abre un cajón que queda a su espalda, coge una llave y la deja encima de la barra.

—La número tres. Es la más espaciosa y tiene vistas al bosque.

Enseguida se percata de que lo de las vistas al bosque igual no ha sido la mejor idea.

—Ay, Gael, no pensé… ¿Te doy otra? La que tiene vistas al callejón, o la que da a la plaza…

—Da igual, Fina, está bien. ¿Cuánto es?

—Ya pagarás mañana, tranquilo.

—Prefiero dejar la habitación pagada.

—Ah, bueno… pues cuarenta euros, precio de amiga.

Le tiendo dos billetes de veinte, le doy las gracias aguantando estoicamente la mirada de pena que me dedica, y subo las escaleras directo a la habitación tres *con vistas al bosque*… Lo primero que hago al entrar es dejar la maleta encima de la cama y bajar la persiana, antes de tumbarme y quedarme un buen rato mirando las musarañas.

Vuelve al bosque.

Creo que me estoy volviendo loco.

Venir aquí, en lugar de regresar a París a atender las cafeterías, es un indicativo de que he perdido la cabeza, aunque, después de todo lo que ha pasado en un mes, me consuelo pensando que cualquiera la perdería. Y es que necesito creer en lo que me dijo Manu: «Ve a ese lugar y volverás a verla».

—Si voy al bosque, volveré a ver a Paula —me digo a mí mismo con convencimiento, como si algo tan ilógico pudiera suceder, aun sintiéndome un iluso que solo cree en lo que quiere creer. Pero ahí está la duda, el «y si…» que Manu, a lo mejor con la intención de enloquecerme, sembró antes de morir. No fue mi mano la que lo apuñaló, pero fui yo quien lo mató. Y él lo sabía. Por lo tanto, ¿por qué iba a ayudarme?

Vuelve al bosque.

¿A qué? ¿A que me pase lo mismo que a Paula?

Pero, por otro lado, ¿por qué Manu me diría algo así si no fuera cierto? Con aquellos cuadros que pintó, predijo lo que ocurriría. Los guardó en el desván para que, años más tarde y en el momento justo, la misma tarde del día en que enterramos a su padre, su madre sufriera un ataque de ansiedad al descubrirlos. Y yo, que ya había perdido a Paula, dejé mi parte racional a un lado y empecé a creer que es posible que haya personas especiales que son capaces de anticiparse a algunos acontecimientos futuros. El único cuadro que no tenía sentido era el del retrato de Valeria, la mujer que podría haber llegado a ser si Paula no la hubiera matado.

Son las diez y media de la noche. Es muy tarde para adentrarme en el bosque, está muy oscuro, pero, de un impulso fruto del aburrimiento, me levanto de la cama, salgo de la habitación con lo puesto, y bajo las escaleras. En el bar me encuentro a Fermín, el hombre que nos hizo el favor de venir al bosque con Agus, Sami y conmigo, y que fue el primero en encontrar el cadáver de Paula. Al

verme se queda sin habla, aunque Fina ya le habrá dicho que estoy aquí. En un pueblo como Oturia, se sabe todo.

—Buenas noches, Fermín.

—¿Cómo estás, majo?

—Tirando… —Como no quiero seguir con la conversación, me dirijo a Fina—. Fina, ¿me puedes dejar una linterna?

Fermín y Fina se miran con espanto, como si les acabara de decir que voy a cometer un asesinato.

—Vas… ¿Vas a salir? ¿Ahora? Ya de noche, y con este frío… —intenta disuadirme Fina.

—No creo que sea una buena idea, hijo —añade Fermín con gesto sombrío, probablemente recordando que mi mujer murió en el bosque.

Los ignoro. Fina me deja una linterna, me dice que es la más potente que tiene. Antes de que me vuelvan a advertir que no salga, que es muy mala idea y voy a pillar una pulmonía con el viento y el frío que hace, me escabullo del bar a toda prisa y desciendo la callecita empedrada hasta situarme en el umbral del bosque engullido por la niebla. Es un escenario de terror. Parece que el peligro acecha por todas partes o que hay ojos ocultos observándome tras los troncos de los altos árboles agitados por el viento, pero pienso en Paula y en lo que me dijo Manu, «vuelve al bosque, ve a ese lugar y volverás a verla», y mis piernas funcionan solas y sin esfuerzo.

Tengo cuidado de no tropezar. Con la linterna enfoco hacia todas partes, a los lados, al suelo, al cielo negro, pero el haz de luz cada vez es más débil. Las pilas deben de estar agotándose con la misma rapidez con la que yo avanzo, intentando recordar la trayectoria que me conducirá hasta el lugar donde Paula murió hace un mes.

El río.

Cuando oiga el agua del río correr, encontraré la cabaña abandonada, ese es el punto al que tengo que llegar, pero a mi alrededor solo hay árboles cuyas ramas retorcidas crean sombras siniestras que me quieren atrapar.

Cada vez hay más niebla. El viento es incómodo, pero el frío te cala, es insoportable. Lo que daría por haberme quedado en la habitación del hostal.

Vuelve al bosque.

Ve a ese lugar y volverás a verla.

… a verla.

Volverás a verla.

Es lo único que deseo en este puto mundo: volver a ver a Paula.

En el momento en que las pilas de la linterna han dicho «basta, hasta aquí», y me quedo en mitad del bosque prácticamente a oscuras, alcanzo a oír el rumor del río. Estoy cerca. Al menos, ahora que los nubarrones que oscurecían el cielo se han disipado, la luz de una media luna arroja sus destellos plateados como si quisiera mostrarme el camino.

Avanzo un paso, y otro más, ya llego, estoy llegando… hasta que el tañido de unas campanas empiezan a sonar a lo lejos, como ocurrió hace un mes instantes antes de ver a Paula sin vida, y el paisaje cambia abruptamente. Los árboles parecen haberse apartado para dejarme vislumbrar el río con el reflejo de la luna en sus aguas y, a la orilla, distingo la cabaña destartalada. Me parece que hay alguien ahí. Estoy convencido de que mis ojos, adaptados a la oscuridad, han visto una sombra moverse.

—¿Paula? Paula, ¿eres tú?

No. No puede ser ella.

Volverás a verla.

Si fuera Paula, me habría contestado.

¿Pero qué estoy haciendo? ¿En qué estaba pensando?

Pies para qué os quiero. Tengo que volver al pueblo. En mi vida había estado tan asustado. Maldigo a Manu por hacerme creer en imposibles que me han traído hasta aquí, hasta este momento aterrador.

Le doy la espalda a la cabaña y emprendo el ascenso siguiendo los destellos de la luna, hasta que algo me detiene. Una mano. Es una mano congelada en mi espalda, pero no puedo ver de quién se trata. Como si hubiera echado raíces en la tierra, soy incapaz de moverme. Estoy paralizado como una estatua. Soy consciente de que es solo un instante, pero mi vida entera pasa por delante de mis ojos como dicen que ocurre cuando estás a punto de morir. Algo parecido me está sucediendo, porque, inexplicablemente, caigo hacia delante de forma brusca, y, como si la película hubiera llegado a su fin, todo se funde a negro.

***

Oturia

A la mañana siguiente

Pocos conocen las profundidades del bosque tan bien como Fermín. Antes que él fue su padre, su abuelo, su bisabuelo, su tatarabuelo… El bosque de Oturia es ingobernable, pero si en la actualidad se le tuviera que adjudicar un guardabosques, sería Fermín.

El hombre no ha podido pegar ojo, deseoso de que se hiciera de día para adentrarse en el bosque. Debería haber frenado a Gael, a quien conoció hace un mes en trágicas circunstancias, pero algo en la determinación con la que anoche salió del bar de Fina se lo impidió. Quién es él para cambiar el destino de los hombres…

Poco se habla de la multitud de desapariciones y muertes supuestamente accidentales que ha habido en el bosque a lo largo de los últimos años, sobre todo desde que las leyendas se hicieron populares alrededor del mundo a través de las redes sociales, con adeptos que las acogieron con entusiasmo. Hay quien dice que la gente se adentra en sus profundidades expresamente para morir. O con la intención de desaparecer de una vida que no les llena, para lo cual, en lugar de dirigirse hacia el río, eligen la ruta contraria que conduce a la zona de los barrancos. Los hay, también, que llegan por casualidad. Es un misterio por qué algunos se pierden y otros regresan como si nada, decepcionados por no haber vivido una experiencia sobrenatural.

Cuando Fermín sale de casa a las siete de la mañana, con el cielo de un suave color crema pálido que augura que el día va a ser muy frío, cruza la plaza y va directo a La Venta de Oturia, cerrada a estas horas. No obstante, sabe que Fina madruga, por lo que igualmente llama a la puerta. La mujer no tarda en abrir enfundada en una bata de felpa rosa muy calentita, con los rulos puestos y mala cara.

—No ha vuelto, ¿verdad? —predice Fermín.

—No. No me he movido del bar en toda la noche y acabo de comprobar que no ha dormido aquí.

—Entonces…

—Voy llamando a 112, Fermín.

—Otra vez… —se lamenta el hombre.

—Uno más —añade Fina con hastío.

—Voy a ver.

—Anda con cuidado, Fermín. Aquí te espero.

Desde que Fermín se adentra en el bosque, el aire parece deshilacharse con cada inhalación. Se ajusta la bufanda y avanza rápido, como si así pudiera ahuyentar lo que él nunca ha alcanzado a ver. Al atravesar un claro, la neblina se enrolla alrededor de los troncos como una serpiente. El silencio es tan espeso que cada respiración suena como un trueno en sus oídos. A medida que Fermín desciende por el terreno embarrado, oye crujidos a su espalda que intenta ignorar, para llegar cuanto antes a la zona conocida como la de la bruja, con la cabaña inhabitable a orillas del río, donde encontraron el cuerpo sin vida de Paula, así era como se llamaba la mujer de Gael, el hombre que Fermín vio salir anoche y que no ha regresado.

Fermín, que está preparado para lo peor, sabe que la bruja solo siente interés por las almas corruptas que han cometido actos malvados. Se pregunta qué hizo Paula, qué pudo haber hecho Gael, si no parecía mal hombre, pero qué sabrá él. Cuántos tienen aspecto de santos y en realidad son unos psicópatas desalmados sin corazón.

El rumor del río que alcanza a oír se entremezcla con el tañido de las campanas. Las campanas nunca auguran nada bueno, Fermín lo sabe. Sus pasos decididos se han vuelto pausados. No quiere llegar. No quiere tener que enfrentarse de nuevo a otro cadáver y, con el de Gael, ¿cuántos van? A sus sesenta y tres años, Fermín ha perdido la cuenta. Como siempre que se adentra en el bosque alertado por una nueva desaparición, Fermín se acuerda de su padre. Aunque él

era un crío, cuando su padre entraba por la puerta de casa con expresión meditabunda y apesadumbrada, ya conocía el motivo: había encontrado un cadáver en el bosque. Siempre en el mismo lugar, en la cabaña de la bruja. Siempre tumbados bocabajo, con la cabeza ensangrentada encima de la piedra, siempre encima de la misma piedra… Siempre igual. Desde hace siglos.

¿Adónde van sus almas? No lo sabe. Fermín imagina que las almas quedan atrapadas en el bosque, que la tierra que tantas veces ha pisado no sin cierto respeto y temor, está maldita por la última bruja quemada de Aragón.

Su bosque, sus normas, decía el padre de Fermín. El bosque es suyo. Porque ahí fue donde la bruja nació y pereció quemada en la hoguera por hombres salvajes e ignorantes cuyas almas corruptas no sintieron compasión.

«Cuidado, no vayas a la cabaña de la bruja», ha oído Fermín desde que no levantaba un palmo del suelo.

La que es conocida como la bruja de Oturia, una vez, hace siglos, tuvo nombre, pero hoy se desconoce. Siempre fue caprichosa e implacable. Y nunca ha elegido sin una buena razón de peso.

Fermín ve a Gael inmóvil, tumbado boca abajo. De la cabeza ha manado tanta sangre, que se ha extendido por la hojarasca. A Fermín se le saltan las lágrimas. No le hace falta acercarse para saber que Gael está muerto. Es posible que no fuera tan buen hombre como pensaba.

La bruja se ha cobrado una nueva víctima.

Las extrañas leyendas del bosque de Oturia están más vivas que nunca.

SEGUNDA PARTE

En otra vida

Si fuera mi vida una escalera
me la he pasado entera buscando el siguiente
escalón, convencido de que estás
en el tejado esperando a ver si llego yo.

La vereda de la puerta de atrás, EXTREMODURO

Empezar de nuevo parece imposible
cuando no sabes lo lejos que debes retroceder.

Un brillante rayo de oscuridad, ETHAN HAWKE

CAPÍTULO 29

GAEL

Joder.

Me va a estallar la cabeza. El dolor es insufrible, como si cientos de agujas me estuvieran perforando el cerebro. Y el frío que he pasado en el bosque se me ha metido tan dentro, que me duelen los huesos.

Fina ha cerrado el bar. Llamo a la puerta, deseando entrar en la habitación tres, *la de las vistas al bosque*, tumbarme en la cama y taparme con todas las mantas que encuentre, a ver si consigo entrar en calor. Pero nada, Fina no abre. Vuelvo a llamar, insistente, hasta que, al fin, Fina, vestida en bata y con unos rulos en la cabeza, me abre, mirándome con exasperación.

—¡Está cerrado! ¿Es que no lo ves?

¿Qué hora es? ¿Por qué Fina es tan desagradable, si siempre ha sido maja conmigo? ¿La habré despertado? He perdido la noción del tiempo, pero me parece que tampoco me he entretenido tanto rato en el bosque. Media hora, cuarenta minutos a lo sumo… cuando he llegado al río, he vuelto a subir en busca de la salida, pues la linterna se había quedado sin pilas.

Hostia, la linterna de Fina…

¿Dónde está la linterna?

—Perdona, Fina, me he entretenido más de la cuenta. ¿Me dejas subir a mi habitación, por favor?

—¿Pero de qué habitación hablas? ¿Quién eres tú?

¿Qué está pasando aquí?

O se está haciendo la loca, o Fina padece demencia.

—Fina, me muero de frío y tengo un dolor de cabeza que me está matando, no estoy para bromas…

—Buenas noches —irrumpe un tipo alto, que me mira como si me conociera, pero al que yo nunca he visto. O eso creo.

—Toni, dile a este que no vaya llamando a las puertas a estas horas de la noche, haz el favor —le dice Fina, dedicándome una mirada cargada de desprecio antes de cerrarnos la puerta en las narices.

Así que me quedo sin habitación, sin maleta, sin llaves del coche para poder largarme de aquí, pasando frío, con un dolor de cabeza horrible, y con un tío al que no conozco de nada.

—Soy Toni. Gael, ¿verdad? —me pregunta el tipo—. Nos hemos visto antes, en la plaza. Hemos estado hablando un rato.

—No, te confundes de persona.

El tal Toni sonríe y asiente con la cabeza como si supiera algo que a mí se me está escapando.

—Te duele la cabeza y estás muerto de frío, eh… Y conoces a Fina, pero ella a ti no —empieza a decir, echando a andar en dirección a la plaza, donde he dejado mi coche, pero, cuando llegamos, mi coche no está.

—¿Y mi coche? Lo he dejado aparcado aquí, aquí mismo…

—Gael, el coche que recuerdas haber dejado aparcado en la plaza, no existe. No aquí.

—¿No *aquí?* Pero ¿qué dices? ¿De qué me estás hablando? Esto es una broma… tiene que ser una broma.

Miro a un lado y al otro de la plaza para ver si descubro las cámaras con las que me están grabando, haciéndome sentir un panoli. Pero Toni, con gesto serio, inspira hondo y, como si no fuera la primera vez que se lo dice a alguien, me acaba de rematar con la mayor estupidez que he oído en mi vida:

—Estás muerto, Gael. En tu anterior realidad, la única que recuerdas, has muerto en el bosque, concretamente en la zona de la bruja de Oturia, y has saltado a un mundo alternativo. A otra línea temporal. A *esta* línea temporal —especifica.

—Venga ya. Estás de coña, ¿no?

—¿Qué es lo último que recuerdas?

Me asalta una oleada de agotamiento que es peor que un puñetazo en la mandíbula y me cuesta pensar con claridad, como si en mi mente se hubiera desatado un infierno. Jamás había tenido un dolor de cabeza tan fuerte como este. Pero entonces, ocurre algo raro de cojones que escapa a toda comprensión lógica. Al frotarme la cara, me percato de que tengo barba. Hace años que no me dejo tanta barba. Por su frondosidad, parece que llevo un mes sin afeitarme. Y el abrigo. El abrigo es distinto. Llevaba uno negro y el que tengo ahora es verde oscuro y más acolchado y el jersey… joder, un jersey morado, yo no tengo nada de color morado.

Pero qué…

¿Qué brujería es esta? ¿Qué ha pasado?

Una idea me invade con una profunda convicción: tengo un tumor cerebral. Ha estado creciendo discretamente y está causando estragos en mis procesos cognitivos, haciéndome perder el contacto con mi realidad y poniendo en tela de juicio todo lo que creía saber.

—¿Te acuerdas de algo? —insiste Toni.

—Pues… A ver, estaba dando un paseo por el bosque, era de noche…

Me quedo callado. Sería descabellado contarle a este desconocido que me adentré en el bosque porque mi cuñado, antes de morir desangrado en prisión porque yo lo encargué, me dijo que volviera, que así vería a Paula, mi mujer muerta.

Me aclaro la garganta y sigo hablando, superado por la situación:

—Yo… llevaba una linterna que me dejó Fina, no tengo ni idea de dónde está la linterna… las pilas se gastaron, me quedé a oscuras justo cuando llegué al río… una media luna me alumbraba el camino…

Miro hacia el cielo, coronado por una inmensa luna llena muy distinta a la media luna que acabo de mencionar. Trago saliva, me echo a temblar de frío y de nervios porque no comprendo lo que está pasando y lo que Toni dice no tiene sentido. ¿Que estoy muerto? Me encuentro fatal, como si en cualquier momento mi cerebro fuera a estallar o pudiera morir de hipotermia, pero respiro, me muevo, veo, siento, padezco… sigo vivo.

¡Las campanas! Recuerdo el repique de las campanas.

—Oí unas campanas —añado, y Toni vuelve a asentir en silencio, como si supiera de lo que le hablo—. Y volví… o sea que… salí del bosque por mi propio pie, eché a andar hasta el bar de Fina y… y eso es todo. Creo.

—Mira, yo vivo ahí. —Señala una de las casas de la plaza. Todo está a oscuras salvo por la luz macilenta que arroja una vieja farola que hay junto a un banco de madera desgastado—. Te invito a un café, a un chocolate caliente o a un whisky, lo que te apetezca, aunque no entrarás en calor hasta dentro de un par de días. Siento decirte que el dolor de cabeza dura más tiempo. Entiendo que estés confuso, todos lo estamos al principio, Paula también se sintió así…

—¿Paula? ¿Paula está aquí?

—Paula vive aquí, sí.

—¿En Oturia? —me extraño, pensando de nuevo en la posibilidad de que nada de esto sea real, y se trate del tumor cerebral jugándome una mala pasada.

—No, no exactamente… volvió a casa hace un par de días.

—¿Un par de días? ¿A casa? ¿A París?

—No… —vuelve a negar—. Me temo que el hogar de Paula en esta vida no está en París.

—¿En esta vida? Pero si Paula murió hace un mes… Ella… ella murió en el bosque, estábamos en la casa rural por la… por la desaparición de Valeria hace diez años y…

—Conozco la historia, Gael. Paula me la contó —me interrumpe el hombre con tranquilidad—. Y deduzco que hay alguien esperándote en la casa rural y que ahí es donde tienes tu coche, aunque es posible que no sea el mismo coche que recuerdas.

—¿Alguien me espera en la casa rural? ¿Es Paula? —pregunto, con todas las esperanzas puestas en su respuesta.

—No, no es Paula —niega con infinita paciencia—. Tendrás que descubrirlo por ti mismo, pero esta vida es distinta a la que has

dejado atrás. Aunque recuerdas el mundo que conocías, ahora estás en otra realidad, en un universo paralelo al tuyo. ¿Hiciste algo malo en tu otra línea temporal? ¿Algo terrible? Por ejemplo… ¿matar a alguien?

¿Cómo lo sabe?

—Eh… no voy a contestar a eso.

Vamos, hombre, tiene que estar de broma, esto no puede ser verdad…

—¿Qué día es hoy? —pregunto con inquietud.

—Hoy es lunes, 3 de noviembre de 2024, aunque en media hora será día 4 —contesta con precisión.

—¿Noviembre? ¿Estamos en noviembre? Eso fue… Paula murió el día 1, para mí hace más de un mes. No puede ser. Pero si ya es diciembre, la Navidad está al caer…

—Aquí no.

«Aquí no», repito para mis adentros.

No solo he retrocedido un mes en el tiempo, sino que parece que he saltado a otra vida u otra realidad, a un… ¿universo paralelo, ha dicho? ¿Pero eso existe? ¿Es real? ¿Qué me ha pasado? ¿Y los padres de Paula? ¿*Aquí* también están muertos? ¿Y Manu? ¿Manu seguirá vivo? ¿En prisión? Entonces ¿nunca moví los hilos para que se lo cargaran? Se me acumulan las preguntas, lo que hace que el dolor de cabeza, ya de por sí insufrible, vaya a más.

—Perdona, es que esto… esto es raro de cojones y no entiendo… Creo… creo que tengo un tumor en el cerebro. ¿Me harías el favor de llevarme al hospital? No creo que pueda conducir en este estado.

Nada de esto… no, no puede ser, esto no es real, ni siquiera tú eres real.

—Esto es real. Yo soy real. Y no tienes un tumor en el cerebro. No es algo tan mundano.

—Tú… ¿Pero tú cómo sabes esas cosas?

—Porque también me pasó a mí.

CAPÍTULO 30

PAULA

Nicola y yo llevamos un buen rato compartiendo silencio y miradas sentados en el pasillo, hasta que él saca a relucir lo que parece un recuerdo divertido:

—¿Te acuerdas de la vez que fuimos a Andorra? Querías llevarte cincuenta tabletas enormes de Toblerone y yo te dije que eran demasiadas, que se las quedarían en la aduana…

Ojalá acordarme. Le sonrío, asiento con la cabeza, musito una mentira:

—Sí, me acuerdo.

Nicola inspira hondo, se levanta y me tiende la mano para que yo haga lo mismo. Supongo que tendremos que ponernos a trabajar en la nueva carta. Pero parece enfadado. No sé qué pasa, hasta que suelta, con la cara muy cerca de la mía y aire amenazador:

—¿Cómo te vas a acordar de algo que nunca sucedió?

Es curioso que me haga esa pregunta. Porque mis recuerdos son otros muy distintos que no tienen que ver con esta realidad. Es decir, recuerdo cosas que *aquí* nunca pasaron. Lo que no esperaba, era que Nicola fuera a tenderme una trampa, no sé con qué intención,

aunque sí rememoro lo que me dijo ayer en su casa: «Estás distinta. Tus ojos son… distintos, no me miran igual que siempre».

¿Cómo no voy a ser distinta, si vengo de una vida diferente a esta? ¿Hasta qué punto puedo confiar en Nicola? ¿Podría decirle lo que me ha pasado? Que vengo de otra realidad, que mi vida se fracturó en dos o quizá en más universos paralelos la noche del 12 de agosto de 2014 cuando, presa de la rabia, maté a mi mejor amiga, a la que pillé follándose a mi padre…

Suena de locos.

Por mucho que parezca confiar en Nicola, no puedo contarle algo así.

—No sé qué decirte, Nicola… Nico —corrijo—. Perdona. Deberíamos ponernos a trabajar, no he desayunado y me muero de hambre. Estoy deseando probar los platos de la nueva carta, desde la cocina llega un olor…

—Qué pasó en Oturia.

«¿Me di un golpe en la cabeza y he perdido la memoria?

No, toda la memoria no, solo… ¿solo algunos recuerdos?

Eso es: parte de mis recuerdos».

—Me di un golpe en la cabeza.

No es mentira, no del todo.

—¿Has ido al médico?

—Me encuentro bien… solo un poco confusa, es como si… no sé, como si me costara acordarme de ciertos detalles, pero…

—Sé que son días difíciles —me interrumpe—. Pronto se cumplirán diez años desde que tu padre decidió… ya sabes. Sueles ponerte mal por estas fechas.

«Suelo ponerme mal por estas fechas», repito internamente para tenerlo en cuenta.

—Ya.

Se me cierra la garganta y no puedo decir más, aunque que haya sacado el tema de mi padre juega a mi favor, pues puedo evitar el rollo de que soy una persona completamente distinta a la que él conoció, creo que hace tres años, que es el tiempo que lleva trabajando en Casa Costa. Mientras en esta realidad mi padre se suicidó hace diez años, el recuerdo que tengo de él es reciente, como si lo hubiera visto hace escasos días. Y es que para mí fue así, en mi otra realidad estuve con él *hace tres días*. El dolor al saber que no lo voy a ver más está ahí, claro, es como si al volver de Oturia me hubieran dicho que ha fallecido repentinamente, aunque *aquí* lleve diez años enterrado.

—Vale, lo siento —se disculpa, sacudiendo la cabeza—. Soy imbécil, perdona.

Nicola se acerca a mí, me besa en los labios.

—¿Seguro que estás bien? —sigue preocupado, acariciándome la cabeza, como si estuviera buscando un chichón.

—Sí.

No parece muy convencido, ya que ha quedado raro que le respondiera que me acordaba de lo de Andorra, cuando está claro que me ha puesto a prueba, pero parece tener ganas de volver al trabajo.

—Venga, pues en marcha. Estoy deseando que pruebes la nueva carta.

Entramos en la cocina, a rebosar de platos estéticamente perfectos, dignos de una estrella Michelin. Dentro de todo lo malo, agradezco estar tan bien acompañada por Nicola. También ayuda que el dolor de cabeza, que al principio fue tan espantoso, ya no sea tan intenso, y que mi cuerpo haya recuperado una temperatura normal y sea capaz de notar el calor que emana de los fogones. No obstante, regresa la visión del pozo tapiado en el jardín. Y de nuevo vuelvo a pensar en Manu, en la posibilidad de que sus restos estén en el fondo del pozo porque yo lo maté, pues la lógica me dice que si en mi otra línea temporal era una asesina, en esta también debo serlo, así que tengo que encontrar el coraje para acercarme, romper el tapiado, y comprobarlo.

—¿*Bella*? —me llama la atención Nicola, en vista de que me he quedado como si estuviera flotando en una nube.

Vuelve a llamarme *Bella*, por lo que creo que la situación se ha destensado un poco.

—Prueba esto —me anima, acercando a mi boca una cuchara con una salsa espesa de color mostaza que sabe de vicio.

—Mmm… Qué rico.

Nunca he creído en la perfección, pues, quien más, quien menos, tiene sus defectos, pero lo de Nicola es de otro mundo. Mientras me da a probar sus exquisiteces con una delicadeza que me extasía, me pregunto dónde está, qué vida lleva o si es feliz en la realidad que he dejado atrás y en la que no tuve ocasión de conocerlo en persona. No sé qué habría pasado si Nicola hubiera aparecido en mi otra línea temporal, estando casada con Gael. ¿Lo habría ignorado, o habría supuesto un peligro para mi matrimonio? La tercera persona que crea discordia y provoca una separación… En fin, que me mata estar sin Gael, porque los diez años que recuerdo con él no pueden

desaparecer de un plumazo y sigo sin responder a su wasap, asumiendo que no voy a volver a verlo, que él tiene su vida en París, con Valeria… Pero si el castigo que me ha impuesto la bruja de Oturia por mis terribles pecados es estar con alguien como el chef italiano, más castigos así, por favor.

***

Llego a casa a las cinco de la tarde con el estómago a punto de reventar. No voy a poder probar bocado en dos días, pero qué platos… qué carta… Una delicia tras otra, una exquisitez para el paladar. Con razón el restaurante está siempre lleno incluso en temporada baja y entre semana, algo que mi padre nunca llegó a conseguir.

Nicola y yo nos hemos despedido con un abrazo, satisfechos por el trabajo realizado. Aunque empiezo a acostumbrarme a sus labios, se me ha hecho raro que me plantara un beso en plena calle, a la vista de las pocas personas que pasaban en ese momento por ahí. Una parte de mí ha pensado: «Ay, madre, nos están viendo, le irán con el cuento a Gael». Luego, he recordado. Me he ubicado. Y he disfrutado un ratito más entre los brazos del italiano, hasta que nos hemos separado y, con gesto sombrío, me ha soltado lo mismo que anoche, cuando me fui de su casa:

—Aún tenemos que hablar de lo que ya sabes…

Pues no, Nicola, ¡no sé! ¿Hemos pasado seis horas juntos y no has podido sacar a relucir el tema pendiente del que tenemos que hablar? Ya le vale.

Al mediodía, mi madre me ha llamado y me ha dicho que, en vista de lo atareada que estoy con el chef, ella se encarga de ir a

buscar a Pol al colegio, llevarle la merienda, y acercarlo al campo de fútbol, donde hoy tiene entreno hasta las siete. Y que se queda en las gradas con él, que le encanta cotillear con las madres de los otros niños pese al frío que pasan.

Voy a estar dos horas sola en casa. Tengo que pasar a limpio la nueva carta, solo me hace falta encontrar la plantilla en el ordenador del despacho, y enviarla a imprenta. Lo haré después. Ahora hay algo que me urge, algo en lo que llevo horas pensando, y no sé si tendré otro momento tan perfecto como este para hacerlo, si es habitual tener toda la casa para mí sola o no.

Salgo al jardín temblando como un flan, con la mirada fija en el pozo tapiado. En la caseta de herramientas hay un mazo. Lo cojo con determinación, mi mano aprieta con fuerza el mango. Estoy preparada, dispuesta a destapar el pozo, pero, al situarme delante, flaqueo unos instantes y no me veo capaz.

¿Qué es lo que me voy a encontrar ahí dentro?

¿En serio quiero ver los restos de mi hermano?

Después de diez años, ¿qué queda de él?

Nada. Ya no debe de quedar nada.

Empiezo a picar. El excesivo grosor de la capa de cemento hace que tenga que emplear mucha fuerza, lo que me lleva a visualizar la cara machacada de Valeria, la piel cayéndole a tiras, así fue cómo la maté, golpeándola una y otra vez, una y otra vez con la trompa afilada y dura del elefante… Hasta que, diez minutos más tarde, el pozo queda al descubierto y me asomo con miedo, con mucho miedo pero también con curiosidad. Necesito saber qué hay ahí dentro y por qué estaba tapiado como en mi anterior línea temporal.

—No puede ser —digo en una exhalación, cuando mis ojos se enfrentan a la oscuridad.

CAPÍTULO 31

GAEL

Todo lo que Toni me ha estado contando sobre universos paralelos, realidades alternativas, lo especial que es el bosque de Oturia, las almas corruptas que la bruja caza, y otras historias absurdas para no dormir como que he muerto en mi anterior mundo que se supone que es el *mundo raíz* y por eso es el único que recuerdo, me ha parecido un cuento de ciencia ficción. Pero hay algo innegable que no puedo obviar y que me lleva a pensar que algo raro de cojones me ha ocurrido: mi aspecto es distinto. La barba y el pelo no pueden crecer tanto en tan pocas horas. La ropa que llevo puesta no la he visto en mi vida. Mi móvil no es el móvil que reconozco, es otro modelo de iPhone, ni siquiera tengo el mismo número, y, cuando llego a la casa rural de los padres de Valeria, hay luz en la planta de abajo, la chimenea está encendida, y me encuentro con un Mercedes GLC Coupé blanco aparcado en la entrada, en lugar de mi Mercedes Benz E 300 de color negro.

¿A quién voy a encontrar en la casa?

¿Quién me va a recibir?

Si además de saltar de realidad, he retrocedido en el tiempo y hoy es 4 de noviembre, ¿seguirán ahí dentro Carlota, Laia, Sami, Agus, Montse y su novia irlandesa, o habrán vuelto a sus casas? En cualquier caso, ¿en esta realidad también recibimos invitaciones de

los padres de Valeria para homenajearla? ¿Aquí Paula también acabó con la vida de la que yo creía que era su mejor amiga?

Nada de lo que he vivido este último y catastrófico mes ha ocurrido *aquí*. El suicidio de Joaquín. El hallazgo de las pinturas de Manu en el desván. Enterarme de que Paula mató a Valeria a sangre fría, con una crueldad y violencia inimaginables. El suicidio de Sofía, la carta, mi promesa incumplida. Los restos de Valeria en el pozo, que volví a tapiar. El asesinato de Manu en prisión que ordené, con la intención de que el terrible secreto de Paula siguiera a salvo y su nombre no se manchara. Pero, si en ese mundo resulta que yo he muerto, ahora la casa no es de nadie… y encontrarán a Valeria en el pozo. Tarde o temprano darán con sus restos, y ya no estaré ahí para impedirlo. Aunque, con Manu muerto, supongo que sospecharán de él y no de Paula, y eso me tranquiliza un poco.

—Tienes que descubrir esta realidad por ti mismo —me ha dicho Toni, envuelto en una nube densa del humo de su cigarrillo—. No voy a volver a preguntarte qué hiciste mal, qué decisión perversa tomaste para que la bruja de Oturia te haya identificado como alma corrupta y te eligiera cuando te adentraste en su zona del bosque, pero el castigo es aterrizar en otra realidad recordando solo la anterior. Es una especie de reinicio.

Sin embargo, me ha asegurado que Paula vive.

Vive aquí.

Y, si puedo volver a verla, la bruja no me ha castigado ni me ha lanzado un maleficio ni nada por el estilo. Lo que ha ocurrido es un milagro y no recordar haber muerto es un alivio, porque, según Toni, la muerte no existe ni el tiempo es lineal, sino circular y repetitivo.

Manu no me mintió.

Vuelve al bosque.

Volverás a verla.

«¿Cómo lo sabías, Manu? ¿Cómo es posible que te anticiparas a todo? ¿Por qué me lo dijiste, seguramente para echarme un cable, si tenías la seguridad de que yo era el responsable de tu inminente asesinato?».

Aquí, aunque aún no termine de creérmelo, tengo la posibilidad de volver a ver a Paula, y era lo único que me importaba. En la realidad en la que supuestamente he muerto, ya no me quedaba nada que me ilusionara para seguir adelante. Pero no ha ocurrido como imaginaba. Ha resultado ser mejor. Resulta que he tenido que morir para acabar en un mundo en el que Paula sigue viva y en el que los dos podemos empezar de cero y tener una nueva oportunidad. Aunque no tengo ni idea de quién soy aquí. Si hay algún suceso de mi pasado que me atormenta, si mi padre es el mismo déspota que en la realidad que he abandonado, si la única preocupación de mi madre sigue siendo que se le rompa una uña o la peluquera se confunda con el tinte de pelo, si sigo viviendo en París, si regento cuatro cafeterías en las mejores zonas de la ciudad…

¿Quién soy *aquí*?

—En la realidad que recuerdas, Paula y tú habéis dejado de existir. En esta realidad, ambos vivís —ha recalcado Toni, que anteriormente me ha estado contando, aunque hay muchísimo que asimilar, que las decisiones que tomamos son las que suelen dividir nuestro mundo en varias líneas temporales, aun siendo conscientes solo de una. A veces es algo tan simple como elegir izquierda o derecha, pero suele ser más complejo y las malas elecciones son las que normalmente marcan la diferencia de una realidad a otra.

—¿Y dónde está la conciencia que pertenecía a esta realidad? —le he preguntado, metido por completo en el papel.

—Paula también me preguntó por la versión que vivía en este mundo alternativo al vuestro. No tengo una respuesta clara a esa

pregunta, pero te diré lo mismo que le dije a ella. Yo he llegado a la conclusión de que la conciencia es una cosa y el recuerdo es otra; por lo tanto, somos una misma conciencia en distintas líneas temporales con recuerdos que varían según la realidad en la que estés. La conciencia se desdobla, por decirlo de alguna manera, y es posible que se deposite en nuestro «yo original» como un eco que existe pero no domina.

—Joder. Eso es muy difícil de entender.

—Paula dijo lo mismo.

—Es que ella y yo…

«… éramos uno».

He tenido que reprimir las lágrimas.

—Gael, cuantas menos preguntas te hagas, mejor, porque podrías enloquecer. No sé, piensa que Paula está *aquí*… y que tenéis una oportunidad de crear nuevos recuerdos en una realidad distinta a la que conocíais.

Antes de llamar a la puerta de la casa rural de los padres de Valeria, miro por las ventanas de la planta de abajo, pero no veo a nadie en el salón, que está tal y como lo recuerdo. Sigo teniendo frío. Toni, muy amable, una especie de guía en este suceso de locos, me ha ofrecido un paracetamol y el dolor de cabeza es algo más soportable.

Como todavía no me atrevo a entrar, cojo el móvil para echarle un vistazo. Tras un breve reconocimiento facial, abro la aplicación de WhatsApp. El último wasap que envié fue a Paula, así es como la tengo en contactos, «PAULA», pero esto no lo he escrito yo, lo escribió la versión de esta realidad antes de que yo ocupara su lugar.

Jamás debí dejarte sola.

Llevo diez años cargando con la culpa de lo que pasó.

Espero que algún día puedas perdonarme,

porque yo aún no puedo.

Enviado a las tres de la madrugada del lunes día 3 que hace un par de horas ha quedado atrás. El doble *check* está azul, por lo que Paula ha leído el mensaje, pero no ha contestado. ¿Por qué? ¿Y qué es eso de que jamás debió dejarla sola, de que lleva diez años cargando con la culpa de lo que pasó?

¿Qué pasó en esta realidad? ¿Qué culpa?

A lo mejor sí es un castigo y una maldición no recordar nada del mundo alternativo al que la bruja de Oturia nos traslada tras una muerte olvidada.

—¡Gael! ¡Son las dos de la madrugada! ¿Por qué has tardado tanto? ¿Qué haces ahí parado? ¿Has estado bebiendo? ¡Me dijiste que dejarías de beber! ¡Joder, entra ya!

Pasmado, porque no reconozco la voz de mujer que me acaba de gritar desde alguna de las ventanas del segundo piso como si me odiara y yo tuviera problemas con el alcohol, desvío la mirada del móvil hacia arriba, pero me es imposible distinguir sus rasgos. Su rostro está envuelto en penumbra.

—¡Vaaaaaaa! —vuelve a gritarme—. ¡La puerta está abierta!

Cuando abro la puerta, vislumbro unos pies descalzos bajando las escaleras, hasta que se muestra ante mí y me quedo en shock. No puede ser ella. Valeria está muerta, Paula la mató hace diez años, no

puede ser… Recuerdo con total claridad el cuadro que Manu pintó como si lo volviera a tener delante. Manu vio y pintó la versión diez años mayor de la mujer que tengo delante y que me mira con desprecio, como si fuera lo peor que le ha pasado en la vida.

—Vamos a la cama, no puedo más y ya sabes que no me gusta quedarme sola en esta casa, que hay ruidos raros y me acuerdo de… Bah. Además, no puedo ni comer, en cuanto me llevo algo a la boca me entran náuseas. Si todo el embarazo va a ser así, te pido por favor que me mates y acabes con mi sufrimiento.

¿Embarazo?

¿Valeria no solo está viva en esta realidad, sino que está embarazada?

¿De mí?

CAPÍTULO 32

PAULA

Nada. No hay nada en el pozo, aun recordando el ruido sordo que hizo el cuerpo sin vida de Valeria al caer. Pero en esta realidad, pese a estar tapiado, está vacío, no esconde los restos de Manu ni de nadie, no tenemos un fantasma vagando por las estancias de la casa. Y ahora es cuando me pregunto qué le voy a decir a mi madre cuando me pregunte por qué me he cargado el tapiado del pozo.

Si Manu desapareció la noche del 12 de agosto de 2014 y sus restos no están en el pozo, ¿dónde está? ¿Lo maté yo, a saber por qué, o en este universo paralelo al mío no soy una asesina? Entonces ¿qué le pasó? Nadie desaparece así como así, toda desaparición tiene una explicación.

Entro en casa, ha empezado a oscurecer. Mamá me manda fotos de Pol entrenando y también un audio, pero lo ha enviado por error, porque no me dice nada, solo oigo barullo de fondo y a madres hablando de lo bueno que está el entrenador. Leo otra vez el wasap de Gael. Debería contestarle.

Empiezo a escribir:

Hola, Gael.

Vaya. Sigo sin saber qué decirle, pues ignoro qué ocurrió hace diez años, y está claro que es algo distinto a lo que yo recuerdo.

Mis dedos, suspendidos sobre el teclado táctil, no saben qué escribir, así que borro el «Hola, Gael», me recuerdo que en esta vida ha elegido a Valeria aunque me dijera que fui yo quien lo rechazó, y lo dejo para otro momento.

Cuando entro en el despacho y me siento delante del ordenador con la intención de pasar a limpio la nueva carta creada por Nicola que he guardado doblada en dos en el bolso, llaman a la puerta.

Venga, otra tarea que tengo que posponer.

Al abrir, Nicola me mira con ojos traviesos y no me da tiempo ni a saludarle o a preguntarle qué hace aquí. Se abalanza sobre mí, y, como si fuera algo que hacemos cada lunes porque Pol y mi madre no llegan hasta las siete, empieza a besarme apasionadamente antes de arrastrarme a mi habitación, que parece conocer mejor que yo.

A ver, podría pararlo y no llegar hasta el final, porque, aunque mi versión de esta realidad lo conocía y estoy segura de que lo quería, para mí sigue siendo un desconocido pese al hormigueo que siento cada vez que lo tengo cerca. Todo es demasiado reciente, solo llevo dos días *aquí* y aún no sé quién soy ni cómo es esta vida, pero vamos, digo yo que a nadie le amarga un dulce, ¿no? Gael está con Valeria. Sí, tengo que repetírmelo otra vez, como si no lo hubiera hecho suficientes veces. Los visualizo en el sofá de la casa de Oturia metiéndose mano mientras yo, confusa, aún no sabía qué me había pasado en el bosque. Y ya se sabe que solemos cometer más locuras por despecho que por amor, ¿verdad?

***

Vale…

Esta locura por *despecho* la cometería cien veces más. A lo que acaba de pasar entre las sábanas, que ahora huelen a sexo y al agradable perfume masculino que usa Nicola, se le llama la memoria de la piel. La piel nunca olvida las caricias que le aceleran el corazón.

La lástima es que mi madre y Pol volverán en media hora y no sé si Nicola debería seguir en casa. Por cómo mira la hora en el móvil, creo que no, que es algo así como una relación muy discreta, casi secreta, o puede que sea por Pol, que no ve con buenos ojos que *su madre* tenga un ligue. Nicola se levanta de la cama, donde yo me quedo tumbada, desnuda bajo las sábanas, y empieza a vestirse con prisas como si llegara tarde a algún lado.

—Nico, yo… te he hablado muchas veces de la desaparición de mi hermano en Cadaqués, ¿verdad? —tanteo—. De la noche del 12 de agosto de hace diez años…

Nicola me mira con los ojos entrecerrados como si me viera a contraluz, mientras se abrocha los vaqueros. Otra vez esa mirada extraña, y ya he perdido la cuenta… No doy ni una. Parece que lo que acabo de decir no tenga ningún sentido para Nicola.

—Tu hermano no desapareció en Cadaqués, *Bella* —me contradice con ternura, sentándose en el borde de la cama y acariciándome la mejilla donde luzco mi monstruosa cicatriz—. Manu desapareció en Oturia.

CAPÍTULO 33

GAEL

Aturdido, me siento en el borde de la cama, en el otro extremo de donde Valeria está tumbada y mirándome con expresión rara, porque ni siquiera me veo con fuerzas de quitarme el abrigo.

—¿En serio, Gael? ¿Vas a dormir con el abrigo puesto? Apestas a humo y sudor.

Es maja, eh.

Valeria es tan insoportable como la recuerdo.

¿Qué hago con ella? Es decir, ¿por qué mi versión de esta línea temporal acabó casado con ella? No lo entiendo. Paula y yo compartíamos una frase que ahora me resulta de lo más reveladora: «Tú y yo juntos en esta y en todas nuestras vidas».

¿Qué cambió en esta realidad para que mi versión de aquí no acabara con Paula?

En el rato que Valeria y yo hemos compartido en el vestíbulo, antes de subir a la habitación, me he enterado de que está embarazada «de mí», que tengo problemas con el alcohol, y mis salidas nocturnas son habituales. *Aquí* no regentamos cuatro cafeterías, sino seis, y mañana a primera hora regresamos a París.

No puedo. Sabiendo que, según Toni, Paula está en Cadaqués, «su hogar en esta realidad», no puedo volver a París con Valeria como si nada. Esto es más complicado de lo que pensaba, me siento enjaulado. Pese a encontrarme fatal, tenía pensado subirme al coche, aunque no tengo ni idea de dónde están las llaves del Mercedes de este mundo, y conducir hasta Cadaqués para volver a encontrarme con Paula. Solo quiero *volver* a ver a Paula, es en lo único en lo que puedo pensar. Saber que en esta línea temporal está viva y que la muerte, tan real, dolorosa y reciente para mí, no me la arrebató, me emociona y me hace feliz por la posibilidad de volver a estar juntos. El problema no es solo Valeria. El problema es que está embarazada. No puedo dejarla así como así, no quiero volver a sentirme como la peor persona del mundo, como me ocurrió cuando me mandaron aquel mensaje diciéndome que ya estaba hecho, que mis contactos se habían encargado de deshacerse de Manu.

Joder. Me va a dar algo. Lo que ha ocurrido es increíble. Por momentos, pienso que nada de esto es verdad, que estoy soñando y que, al despertar, todo volverá a ser como antes, que tampoco era mejor que esta vida, pero, por lo menos, nadie me gritaba al oído ni me llamaba borracho.

—¡Gael! ¡Gael! ¡Es que no me escuchas, nunca me escuchas!

—¡¿Qué?!

—¡Que te pongas el pijama de una vez!

No me quedan fuerzas ni para discutir. Obedezco y me quito primero el abrigo y después la ropa, tratando de no pensar en el perpetuo escalofrío, como si todo mi cuerpo estuviera envuelto en hielo. Me pongo lo que creo que es mi pijama, pantalón de cuadros y una camiseta de algodón que he encontrado sobre el respaldo de la silla que hay al lado de la ventana, y me tumbo en la cama evitando el contacto físico con Valeria.

Aunque estoy exhausto por el frío, por el dolor de cabeza y por lo insólito de esta situación, soy incapaz de dormir, así que me quedo con la vista clavada en el techo. Mientras tanto, Valeria sigue quejándose sobre no sé qué de los calambres en el vientre, de una camarera del café del distrito XVI que se equivoca al dar el cambio a los pocos clientes que aún pagan en efectivo, sobre la reforma de la cocina y el papel pintado…

—Valeria, por favor, cállate —le suplico, aun sabiendo que necesito tenerla de mi lado para averiguar quién soy, qué somos, qué pasado arrastro, y cómo es esta vida en la que acabo de aterrizar pero que ya quiero abandonar para regresar a los únicos brazos que conozco.

—Desde que has vuelto a ver a Paula, estás insoportable —replica, esforzándose por mostrarme lo indignada que está. Seguidamente, me da la espalda y se calla por fin.

«¿Desde que he visto a Paula? ¿Cuándo?», me pregunto, pensando en el wasap que mi versión de este mundo le envió sin obtener respuesta, mientras giro la cabeza en dirección a la ventana. Los primeros copos de nieve están empezando a caer.

CAPÍTULO 34

PAULA

—Por eso te dije que no era buena idea que volvieras donde empezó todo. Siempre he pensado que esa invitación de Valeria estaba envenenada —dice Nicola, mientras yo, estupefacta, clavo la vista en la pared.

Valeria... Tan cabrona en esta realidad como en la anterior. Manu no desapareció en Cadaqués, sino en Oturia. Pero ¿qué hacíamos en Oturia el verano de 2014? ¿Los padres de Valeria ya tenían la casa rural? ¿Qué cambió ese verano en esta línea temporal para que fuéramos a Oturia en lugar de quedarnos en Cadaqués?

—Está todo en el diario que empezaste a escribir cuando pasó todo. Te lo recomendó tu psicóloga… —añade, mirándome con la misma preocupación con la que me ha mirado esta mañana, cuando me ha visto abatida en el pasillo del restaurante.

Un diario por recomendación de mi psicóloga... ¿Qué psicóloga? Bueno, lo importante es que escribía en un diario que debe de estar en esta habitación, puede que escondido en el zócalo donde, de pequeña, guardaba mis «tesoros». Es lo único que me puede dar una pista fiable sobre lo que le ocurrió a la versión de mí en esta realidad en la que el pozo estaba tapiado, pero no porque ocultara un cadáver. En los diarios lo vomitamos todo, no solemos mentir, no tendría sentido. Si las «Notas» que dejó escritas en el iPhone eran bastante completas, seguro que en el diario no escatimó en detalles.

—Claro —consigo decir—. Manu desapareció en Oturia, no en Cadaqués. No sé dónde tengo la cabeza últimamente —disimulo, aunque, por el gesto que compone Nicola, no cuela.

En el momento en que Nicola se pone el jersey, escuchamos ruido en la planta de abajo. Mi madre y Pol han llegado. Son las siete y diez, se nos ha ido el santo al cielo con lo de la desaparición de mi hermano.

—*Merda* —suelta el italiano en su idioma natal, y yo, de la tensión y los nervios, me da por echarme a reír, mientras me levanto y me pongo lo primero que pillo: unas mallas y una sudadera negra que, en algún momento que no recuerdo, mi versión de este mundo dejó en el sillón que no hace de sillón, sino de percha improvisada.

—¿Qué pasa? ¿Que no pueden verte aquí?

—No lo digo por mí, sino por ti. Siempre dices que Pol es muy celoso, que tenemos que ir con cuidado.

Claro. Cuando anoche salí, el niño se enfadó y se mostró superindignado conmigo, hasta que mi madre lo hizo reír con la cancioncita de «Te buscaré, bandido». Desde el principio supe que lo hizo para que el niño no se tomara tan a pecho mi breve ausencia para ir a casa de Nicola.

—Bueno, tiene nueve años. Algún día tendrá que asumir que su madre folla, ¿no?

Madre mía. Pero qué acabo de decir. No sé cómo interpretar la cara de Nicola. Entre sorprendido, confuso, divertido…

—Lo mejor es actuar con normalidad —lo aliento al salir de la habitación, directos a la planta de abajo, donde Pol, con las mejillas rojas, está sentado en el suelo del vestíbulo quitándose las zapatillas, mientras mi madre cuelga los abrigos y las bufandas en el perchero.

—Ah —se sorprende mi madre—. Nicola, tú por aquí. —Me dedica una mirada pícara. O eso creo. Ha bizqueado un poco. Espero que no me dé la nochecita con la canción del bandido—. ¿Qué tal?

—Muy bien, Sofía. Hola, chaval, ¿qué tal el entreno?

Aunque Nicola intenta ser amable, Pol se lo queda mirando con aire desafiante. Se levanta, me mira con algo parecido a la indignación, y, tras un gruñido para que quede claro que la presencia de Nicola lo incomoda y no le gusta, se esfuma escaleras arriba.

—¿Ha ido bien el entreno? —le pregunto a mi madre.

—Sí, sí, no te preocupes. Cosas de chicos, ya sabes… —le resta importancia, sin dejar de mirar al italiano con una complicidad que me hace pensar que se conocen más de lo que yo pensaba—. Nicola, ¿por qué no te quedas a cenar? No cocino tan bien como tú, pero me las apaño.

—Nicola ya se iba —contesto yo por él, en vista de que a Pol no le ha hecho ninguna gracia encontrárselo en casa. Lo primero, es algo que tengo claro y que me nace desde lo más hondo de mi subconsciente, es el niño.

—Sí, Sofía, me tengo que ir, pero me ha encantado verte —conviene Nicola.

—Lo mismo digo, Nicola, siempre es un placer.

¿Mi madre, aunque educada, ha sonado forzada?

—Hasta mañana, Paula —se despide de mí Nicola, sin su recurrente *Bella* ni guiño de ojo, dándome una distante palmadita en el hombro.

Cuando Nicola sale por la puerta, mi madre se desata al exclamar:

—¡Qué bueno está!

—Mamá…

—Te buscaré, bandido…, te atraparé, bandido… —empieza a cantar de camino a la cocina.

Me sorprende el buen humor que la caracteriza en esta línea temporal marcada por dos tragedias: la desaparición de su hijo y el suicidio de su marido. Cualquiera en su lugar viviría amargada, pero ella no. Es posible que Pol sea el motivo de su aparente felicidad.

Subo las escaleras para hablar con Pol, a quien encuentro en el cuarto de baño.

—Hola, bichito —lo saludo, revolviéndole el pelo, gesto que no parece hacerle ninguna gracia por cómo se aparta—. ¿Te ayudo a ducharte?

—Tengo nueve años —suelta con un tono áspero impropio a su edad, pero qué sabré yo de niños.

—Ah. Claro. Eres muy mayor… Pues…

—No quiero que vuelva.

—¿Eh?

—El italiano. No quiero volver a verlo en casa —dice Pol entre dientes, y, por un momento, pese a lo bajito que es, parece mucho más mayor.

—¿Nicola no te cae bien? —tanteo, sentándome en la taza del retrete, aunque me da que ni el hombre más fantástico del mundo podría caerle bien si se acuesta con su madre.

—Es un falso de mierda.

Vale. Ahora, como buena madre, es cuando debería advertirle que no se habla así. ¿Pero y si tiene razón y no es solo fruto de los celos que está claro que siente hacia Nicola, al pensar que es una amenaza para nuestra relación? ¿Y si Nicola, por muy bien que parezca caerle a mi madre, es realmente un *falso de mierda*? Los niños suelen decir la verdad. Y Pol lleva nueve años en esta línea temporal y yo solo tres días, por lo que diría que me lleva bastante ventaja. Puede que me haya dejado deslumbrar por las atenciones de Nicola y su innegable atractivo físico para superar lo que me ha pasado, y así no estar hundida en la mierda de una línea temporal en la que Gael no forma parte de mi vida.

—Estaré en mi habitación —le digo a Pol, antes de salir del cuarto de baño, de donde enseguida oigo el agua correr.

Vuelvo a mi habitación y voy directa al zócalo que, al menos en mi otra realidad, está suelto desde que tengo uso de razón. No es que en el hueco haya espacio para meter muchas cosas, pero sí tiene la medida justa para poder esconder un diario. Y no hay mejor escondite que el zócalo, eso lo sé yo y estoy convencida de que lo sabía mi versión de esta realidad.

Doy dos golpecitos para desencajarlo y, con la ayuda de un lápiz, consigo despegar el trozo de zócalo de la pared. Introduzco la mano en el hueco polvoriento de donde saco algo de pelusilla y… *Touché*.

El diario.

Pero también un anillo antiguo tipo sello que sale rodando por el suelo y que cazo cuando detiene su recorrido debajo del sillón. Al mirarlo de cerca, me percato de que no me pertenece, pero sé de quién es o, al menos, de quién era en mi otra realidad. Y no tiene ningún sentido que estuviera en mi escondite secreto.

CAPÍTULO 35

GAEL

Llevo cuatro días atrapado en Oturia con Valeria, sin apenas cobertura ni para enviarle un wasap a Paula, sintiéndome el hombre más desgraciado del mundo.

Dicen que este año la nevada se ha adelantado, que las carreteras están cortadas y que por aquí tarda en pasar la quitanieves, así que nos tenemos que apañar como podemos.

Hay que joderse.

Tengo que salir de esta casa a la que he venido durante siete años para homenajear a una muerta que resulta que *aquí* no está muerta, o me voy a volver loco, más de lo que creo que estoy. Por suerte, tenemos comida para pasar unos cuantos días más, y eso que Valeria tiene hambre a todas horas debido al embarazo que no puedo ignorar.

Esta línea temporal no me gusta. No soporto a Valeria, no entiendo qué hago con ella, y no me extraña que mi versión de esta realidad beba más de la cuenta. Las veces que he intentado sonsacarle algo sobre cómo empezó lo nuestro en esta realidad en la que no me entra en la cabeza que no esté con Paula, Valeria se ha ido por las ramas y no me ha aclarado nada. Nos pasamos el día discutiendo. Bueno, ella discute conmigo y yo callo y me armo de

paciencia, porque no sé a cuento de qué me tiene tanta inquina. Por lo visto, le he sido infiel alguna vez y no se fía de mí. Tampoco puedo hacer como que no sé o preguntar más de la cuenta sobre sucesos que en un principio he vivido; me mandaría a un psiquiátrico. Afortunadamente, el frío que se había instalado en mi cuerpo como un inquilino molesto, ha desaparecido. Y el dolor de cabeza, cuatro días después, ha remitido un poco. Apenas necesito medicarme.

Aprovecho que no sé dónde se ha metido Valeria para escabullirme y dar un paseo hasta el centro del pueblo, pese a lo fatigoso que resulta caminar con la nieve llegándote hasta las pantorrillas. Quiero ir al bar de Fina o a la plaza, a ver si con un poco de suerte veo a Toni, que es algo así como el San Pedro de Oturia que recibe a las almas perdidas o castigadas por la bruja del bosque, que viene a ser lo mismo, allanándote el camino con sus retorcidas explicaciones. Lástima que no tenga respuestas para todo.

Cualquiera que me oiga…

Todo es tan surrealista e increíble, que todavía tengo que pellizcarme para asumir que lo que ha ocurrido es real. Digno de una novela de ciencia ficción o de fantasía, pero tan real como el cielo plomizo con el que hemos amanecido hoy.

Al salir por la puerta de casa y enfrentarme al viento y a los incesantes copos de nieve, que me entran en los ojos como balas, mi móvil guardado en el bolsillo del abrigo cobra vida y emite un pitido. Por fin. Ha pillado algo de cobertura, después de horas «Sin servicio». Casi se me sale el corazón del pecho al ver que Paula se ha dignado a contestar el wasap sin sentido que por lo visto le mandé cuando yo no era yo, sino el Gael de esta realidad. Sigo ignorando el motivo por el que se sentía culpable y no podía perdonarse. También podría haberle escrito yo pese a las idas y venidas de esta mala cobertura, pero ¿qué le habría dicho? En mi cabeza lo he ido ensayando, pero no es algo que puedas escribir y

enviar por wasap y quedarte tan ancho, no, es un tema que hay que hablar cara a cara:

«Me ha pasado lo mismo que a ti, Paula. He muerto en nuestra otra realidad. No, no me mires así, sabes perfectamente de lo que te hablo. Ahora, en la realidad que recordamos, ambos estamos muertos. Lo recuerdas tan bien como yo; de hecho, es lo único que recordamos, ¿verdad? Ese mundo en el que estábamos juntos, vivíamos felices en París, teníamos cuatro cafeterías... Tenemos que vernos y volver a estar juntos, solo hay un problema. Valeria está embarazada. Estoy atrapado en una vida que no es la mía, que siento que no he elegido yo, y sé, por Toni, a quien tú también conociste en Oturia, que te pasó lo mismo».

Eso me hace pensar que es posible que el Gael de este mundo, esté donde esté aunque tal y como me contó Toni seamos una misma conciencia, estará contento de haber escapado de aquí y que yo, de alguna forma, haya ocupado su lugar. Me da la sensación de que no soportaba su vida. Por eso bebía. Y fumaba un montón, seguro que tengo los pulmones hechos mierda y muero más joven de lo que podría haber muerto en el mundo que he dejado atrás. He encontrado un par de cajetillas de tabaco que me he apresurado a tirar, no vaya a ser que, a estas alturas, me dé por engancharme.

Leo el wasap de Paula con el corazón en un puño:

PAULA

No fue culpa tuya.

Pero lo mejor será

que no me escribas más.

—¡¿Qué?! ¡No!

Me dispongo a escribirle, cuando, de repente, desaparece la foto del cartel de Casa Costa que Paula tenía en la foto de perfil de la aplicación de WhatsApp.

¿Me ha bloqueado? ¡¿Me acaba de bloquear?!

Marco su número pese a la mala cobertura, pero, directamente, salta el buzón de voz. Pruebo a escribirle. Con un simple «Hola» bastará para comprobar si me ha bloqueado o no. En la pantalla aparece una línea, una en lugar de dos, por lo que constato que *Paula ha bloqueado a Gael*. Solo hay una forma de decirle que soy *yo*, aunque, a estas alturas, ya no sé ni quién soy, y que, al igual que ella, no tengo nada que ver con lo que sea que ocurriera en esta realidad: cuando pueda salir de aquí, tengo que ir a Cadaqués.

Avanzo un par de pasos en dirección a la salida, cuando me detengo en seco al ver a Valeria frente al sauce llorón sin hojas, con las ramas invisibles bajo la nieve. Está próximo a la valla que encierra la propiedad. Valeria está sentada de rodillas, sin que parezca sentir el frío de la nieve traspasando la tela de sus pantalones de algodón. Extrañado, me acerco a ella por si se encuentra mal, sorprendido al ver que está llorando a lágrima viva.

—¿Qué pasa? —le pregunto, hecho un manojo de nervios por lo que pueda descubrir.

Valeria me mira ida, con los ojos anegados en lágrimas.

—Fue aquí, ¿verdad? No recuerdo el lugar exacto, pero juraría que fue aquí donde lo enterramos.

Todo mi cuerpo se tensa y el dolor de cabeza que pensaba que había desaparecido cuatro días después de mi salto a esta línea temporal, regresa con fuerza.

—¿De qué estás hablando, Valeria?

—De lo que hicimos hace diez años, Gael —contesta con exasperación.

Valeria me habla como si fuera evidente. Claro, es que me lo dice como si yo lo supiera, y lo tendría que saber, pero no tengo ni idea de lo que me está hablando ni de lo que hicimos hace diez años. Esta amnesia incomprensible para los pertenecientes al mundo alternativo en el que soy un novato, es el «castigo» de la bruja de Oturia a las almas corruptas como la mía y como la de Paula. Y provoca una angustia terrible. Porque nos aferramos al pasado y a lo que perdimos, en lugar de mirar hacia delante. Pero en mi caso, la cosa cambia. Mi pasado ya no me pertenece, y mis crueles actos han quedado impunes. Nada de lo que hice en mi anterior realidad sucedió *aquí*. Sin embargo, ahora descubro que *aquí* también se ha cometido un crimen, y se me ponen los pelos como escarpias al saber que, bajo la tierra cubierta de nieve que piso, hay un cadáver enterrado.

—Se lo dije a Paula. La invité a Oturia para asegurarme de que continuaría con el pico cerrado, que un secreto como este nos podría destrozar… Prescribirá cuando pasen veinte años, pero solo han pasado diez, y no sabes lo mucho que me cuesta convencerles a mis padres de que no pongan la casa a la venta —continúa hablando Valeria—. Ya me conoces. Supongo que Paula se asustó, que soné amenazante, altiva… Aunque ella está muy rara, ¿no te parece? No tiene nada que ver con la Paula que conocíamos... Lo que pasó le dejó marca, se nota. Ya sabes que esto me ha perseguido toda la vida, y ahora con el embarazo estoy muy sensible, Gael... Demasiado, a veces no me reconozco. ¿Te dijo algo? Cuando os vi hablando, antes de que Paula se fuera… ¿Hablasteis de esto?

Joder, y yo qué sé de lo que «hablamos» si yo no era yo. Por toda respuesta, me encojo de hombros.

—Sé que se lo merecía, que lo que hizo fue… joder, no me arrepiento de haberlo matado, pero a veces creo… Fuimos malos. Fuimos violentos. Y perversos… Tendríamos… tendríamos que haber tomado otra decisión, pero se me fue la cabeza… Se me fue. Y lo más triste de todo es que han pasado diez años y nadie lo ha buscado, Gael… ¡Nadie! ¿Es que no tenía a nadie?

Creo que Valeria ha empezado a delirar y en su estado no es conveniente, me preocupa que se altere más de la cuenta y le pase algo. A fin de cuentas, el bebé que espera es mío, y, aunque no recuerdo haberlo engendrado, porque desde que estoy *aquí* no he tocado a Valeria, seguiría siendo mío, ¿no? Con las ganas que teníamos Paula y yo de formar una familia…

Vaya, espera, que me voy por las ramas.

Sigo sin saber de qué me está hablando Valeria, probablemente con la intención de desahogarse conmigo.

—Valeria, quién… ¿Quién está enterrado ahí? —le pregunto, temiéndole a la respuesta que vaya a darme.

Valeria me mira como si estuviera frente a un completo extraño que debería saber quién está enterrado bajo la tierra cubierta por cuarenta centímetros de nieve. Algo así, como lo que parece estar recordando Valeria, no se olvida. Pero sí, resulta que soy un extraño, un impostor que viene de otra vida y no tiene ni idea de lo que pasó en esta. Sin embargo, necesito respuestas para saber a qué atenerme.

CAPÍTULO 36

PAULA

No me ha dado tiempo ni de abrir el diario cuando oigo a mi madre llamarme desde la cocina, mientras Pol sigue duchándose. Dejo el anillo encima del escritorio. Sigo preguntándome qué hace ahí… No, no tiene ningún sentido y, si lo tiene, no lo encuentro. La respuesta tiene que estar en el diario, pero le tengo tanto miedo, que estoy a punto de volver a guardarlo y olvidarlo. Porque yo mejor que nadie debería saber las consecuencias que tiene destapar ciertos secretos del pasado… ¿Qué habría ocurrido en mi anterior realidad si Gael hubiera descubierto los restos de Valeria en el pozo tapiado? ¿Con qué ojos me habría mirado? Me habría dejado de querer en el acto, lo sé. Me habría repudiado y eso, a su vez, me habría dejado destrozada. Aunque creo que siempre sospechó que detrás de la desaparición de Valeria había algo que yo le ocultaba, es muy distinto tener la certeza y los detalles de lo que realmente sucedió.

Antes de bajar, abro la puerta del cuarto de baño para asegurarme de que Pol está bien.

—¿Todo bien, bichito?

—¡Sí, ya salgo!

—¿Tienes el pijama?

—¡No! ¡Tráemelo, por fi!

Entro en la habitación de Pol. Sé dónde buscar. Debajo de la almohada, donde mi madre nos decía siempre que dejáramos el pijama «bien dobladito». Hay cosas que no cambian de una línea temporal a otra, como la foto en la playa con mi padre, cómo tengo el contacto de mi madre guardado en el móvil, el zócalo donde escondo mis «tesoros»... En el fondo, somos los mismos, y eso me preocupa, porque ¿aquí también sería capaz de matar a alguien? De hecho, ¿lo hice? ¿Maté a alguien? Está claro que a Valeria no, y puede que a Manu tampoco, pero entonces ¿dónde está Manu? Y ese anillo… si estaba oculto en el zócalo, es porque *algo pasó* o *hice algo*. Mientras cojo el pijama y entro en el cuarto de baño para dejárselo a Pol, vuelvo a recordar las angustiosas palabras de Valeria cuando yo aún no entendía nada: «Espero que sigas con la boca cerrada. Nadie puede enterarse de lo que hicimos».

¿Significa que el propietario del anillo está muerto? ¿Lo matamos? ¿En Oturia? ¿Por qué? ¿Qué demonios hacíamos en Oturia el verano de 2014?

Cuando entro en la cocina, mi madre está metiendo una bandeja de alitas de pollo en el horno. Se gira y me mira con severidad.

—¿Qué has hecho en el pozo?

—Ah, el pozo…

—Lo tapiamos por la seguridad de Pol, Paula. ¿Qué te pasa?

Por la seguridad de Pol. Claro, eso tiene más sentido que ocultar un cadáver.

—Ya… lo siento, perdona. Volveré a tapiarlo.

—Desde que has venido de Oturia estás… diferente.

¡No me digas!

—Oye, mamá, eh… me gustaría entrar en la habitación de Manu.

—Para qué —replica con tono cortante.

Eso, Paula, ¿para qué?

—Me sorprende lo fuerte que eres —empiezo a decir, sin que mi madre refleje emoción alguna—. La desaparición de Manu en Oturia tuvo que ser…

—Jamás debisteis ir a ese pueblo —me interrumpe, aunque no tiene ni idea de lo que habría pasado si Manu no hubiera desaparecido. Imagino que también estaría en prisión por haber matado a tres jóvenes inocentes. Era un monstruo. Y está mejor fuera de nuestras vidas.

—… el suicidio de papá —continúo, aunque deduzco que es un tema muy doloroso. A veces, es mejor quedarse con la duda que abrir ciertas heridas, y lo compruebo cuando mi madre, nerviosa, empieza a hablar de malas formas:

—Pero ¿tú sabes lo que me hizo tu padre? Lo que nos hizo. Claro que lo sabes. Por eso no quería que volvieras a Oturia, porque Valeria se ha reído de nosotras todo este tiempo. ¡Y de ti! ¡También se rio de ti! Y aun así, te parecía más divertido llevarme la contraria y decidiste ir, hasta me dijiste que tenías ganas de verlos a todos. ¡Pero si fueron malos contigo, Paula! ¡Te dieron la espalda! Nunca lo has entendido y nunca lo entenderás, pero yo te lo conté. Sabes lo difícil que fue para mí pillar a tu padre con esa… Es que no sé cómo pudo. No lo entiendo… La conocía desde que era una niña. Tu padre era un enfermo, un degenerado, esa es la verdad, por mucho que tú lo sigas negando. Durante años aguanté sus infidelidades, que si una camarera, que si la encargada, que si su historia con la cocinera… pero lo de Valeria fue el colmo. ¡Me destrozó! No tendría que haber aguantado tanto y su muerte… sé que es horrible lo que

voy a decir, pero me liberó, Paula. La muerte de tu padre me liberó.

Mi madre, que hasta hace media hora yo pensaba que era una mujer feliz pese a los duros golpes de esta línea temporal, se lleva la mano a la boca y se derrumba. Estoy tan aturdida por lo que me ha dicho y por el tono brusco que ha empleado, que ni se me ocurre dar un paso hacia delante para abrazarla y consolarla. ¿Que la muerte de mi padre la liberó? ¿Cómo ha podido decir algo así? Entiendo que la visión que aún hoy me atormenta, la de mi padre con Valeria en el despacho del restaurante, no existió para mi versión de esta realidad. Puede que aquí, en esta vida, fuera mi madre quien los descubriera y no yo. Eso explicaría que Valeria se librara de que yo la asesinara en un arranque de ira o un ataque de locura, que viene a ser lo mismo. Por eso escapamos de Cadaqués y nos fuimos a pasar unos días en Oturia, seguramente arrastrados por Valeria, con el fin de apaciguar las aguas revueltas de su aventura con mi padre. Y ahí, en Oturia, fue donde Manu desapareció, pues me seguía a todas partes y mis padres lo animaban a que lo hiciera porque era la manera que tenía de salir de casa. Encaja, ¿no? El puzle empieza a encajar, aunque todavía me faltan unas cuantas piezas. Respecto a lo de que mi madre aguantó durante años las infidelidades de mi padre… No tenía ni idea, la verdad, y sospecho que fue así en esta realidad y en la anterior.

—Y después tú, embarazada a los dieciocho… Nunca me quisiste contar qué pasó en Oturia, de quién es el niño, que resultó ser una bendición… —continúa—. Si no fuera por Pol, yo ya estaría muerta, mira lo que te digo. Habría engullido un montón de pastillas para irme al otro barrio y...

Mi madre se calla de golpe al ver a Pol entrando en la cocina con su pijama de *Minecraft*, descalzo y con el pelo rubio mojado y alborotado.

—¡Ay, Pol! ¡Que te me vas a resfriar, hijo! Vamos arriba, que te seco el pelo y te pongo unos calcetines bien calentitos que compré el otro día en el mercadillo —le dice mi madre a Pol, acercándose a él con la esperanza de que no haya escuchado lo que acaba de decir. Antes de subir, se dirige a mí con frialdad y, sin mirarme, me ordena —: Paula, vigila el horno.

Dirijo la mirada al horno, donde las alitas de pollo se están empezando a dorar. Inevitablemente, el tono anaranjado que se vislumbra a través del cristal me transporta al cálido verano de 2014 de mi otra realidad. Concretamente, a la mañana de mucho sol y mucho calor en el chiringuito de la playa donde trabajaba Sami, a quien conocimos ese verano en Cadaqués. Según nos dijo, vino a buscarse la vida. Sami, a quien no conocimos o no llegó a salir con nosotros en esta línea temporal, lucía en el dedo anular de su mano izquierda el anillo tipo sello que he encontrado oculto en el zócalo de mi habitación. Lo recuerdo perfectamente porque el mismo día que lo conocimos le pregunté por el anillo que tanto me había llamado la atención. Y diez años después, seguía llevándolo, no se lo quitaba ni para ducharse. De ahí a que no tenga ningún sentido que ese anillo esté en casa, porque Sami no parece encajar en esta realidad en la que ni siquiera Carlota lo recuerda, y, en lugar de estar con él desde hace diez años, está con Agus, robándole esa posibilidad a Laia.

***

Cadaqués, verano de 2014 de mi anterior realidad

Cuando conocimos a Sami y se nos unió a la fiesta

—Ey, tío, ¿nos pones siete Fantas de naranja? —pidió Agus, apoyando los codos encima de la barra.

—Empezáis fuerte, eh —bromeó Sami tras la barra, y ese comentario le hizo gracia a Agus, que cuando tuvo servidas las siete Fantas, le preguntó por su nombre—. Sami.

—Yo soy Agus, esta borde de aquí es Laia, la guapa es Carlota, esas de ahí son Valeria y Paula, Gael y Montse… ¿Dónde coño se ha metido Montse?

Montse había desaparecido con una chica a la que había conocido la noche anterior. Laia resopló ante *el cumplido* de Agus, y es que aún no se sospechaba que cuando acabara el verano estarían liados. Carlota estaba al lado de Gael y Valeria y yo… bueno, yo era incapaz de sacarme de encima a Valeria, controlando como siempre que Gael no se acercara a mí ni yo a él. Todavía no sabía que llevaba un año liada con mi padre, así que nada hacía presagiar su «desaparición». Sami nos sonrió desde detrás de la barra. No había mucho trabajo en ese momento y nos preguntó qué teníamos pensado hacer esa noche. Agus lo invitó a la fiesta de la playa y él, contento, se apuntó.

—¡Genial! Porque casi no conozco a nadie. Vivo en Barcelona, he venido a Cadaqués a buscarme la vida. Aquí en verano hay bastante trabajo de camarero —nos contó.

—Somos buena gente, con nosotros te lo pasarás bien —le aseguró Agus.

—Me lo creo —rio Sami.

—¿Estudias? —se interesó Carlota, que no le quitaba el ojo de encima. Tan rubio, con el pelo cortado a capas, la piel bronceada y los ojos claros… La verdad es que Sami llamaba bastante la atención.

—Eh… no… —negó, como si le avergonzara haber dejado los estudios—. Digamos que todavía estoy decidiendo qué hacer con mi vida.

—Oye, el anillo que llevas mola —le dije por decir algo, señalando el anillo tipo sello que lucía en el dedo anular de la mano izquierda. Me fijé porque parecía muy antiguo.

—Ah, el anillo… —Sami se quedó parado, mirando el anillo con la mente en otra parte—. Sí, me recuerda a mi padre… era de él.

—Vaya… ¿Ya no está? —continué.

—No. Ya no está —contestó con amargura, y Agus enseguida cambió de tema y animó el ambiente y, bueno, el resto es historia…

A partir de ese día, Sami empezó a salir con nosotros siempre que no tenía que trabajar. Se alojaba en un pequeño apartamento cerca de la playa que era de su jefe, el propietario del chiringuito, un alemán rico que apenas prestaba atención a su negocio, uno de tantos. Por el apartamento donde se alojaba Sami pasaron un montón de chicas, hasta que lo suyo con Carlota se puso más serio y sentó cabeza hasta tal punto, que llevaban diez años juntos. Como Laia y Agus. Como Gael y yo.

***

Ahora

Pero *aquí* nada de eso existe.

No ocurrió.

Me acuerdo de Carlota y del momento en que, contrariada ante mi extraño comportamiento, me preguntó: «¿Quién es Sami?».

—¡Paula! ¡Las alitas de pollo! ¡Que se queman! —grita mi madre viniendo a toda prisa y apartándome para abrir el horno, del que sale una gran cantidad de humo negro—. ¡Halaaaaaa, vengaaaaaa! Alitas tostadas.

Enseguida oigo la risa de Pol y los hombros se me destensan un poco. Porque si Pol ríe, mi madre ríe, y viceversa. Es así. Es algo que he aprendido en solo tres días. Y lo que me queda por aprender y por saber y entender en este mundo nuevo en el que empiezo a vislumbrar cierta oscuridad en mi madre que no reconozco de mi anterior realidad.

CAPÍTULO 37

GAEL

—Pero ¿cómo es posible que no te acuerdes? Es que no tiene ningún sentido que me hagas esa pregunta, Gael —me dice Valeria con exasperación. Por lo visto, siempre se dirige *a mí* así, como si fuera el culpable de su carácter avinagrado.

Acto seguido, me tiende la mano para que la ayude a levantarse. Ya de pie, frente a frente y con la cara a escasos centímetros de la mía, resuelve mi angustiante duda respecto a un nombre que provoca que me explote la cabeza:

—Samuel. Aquel chico al que conocimos aquel verano, hace diez años… —se explaya Valeria, aun pareciéndole ilógico tener que estar refrescándome la memoria. Estuve con Sami hace un mes. Pero en mi otra realidad, claro, no en esta. Sami, Samuel… tampoco estoy seguro de que estemos hablando de la misma persona hasta que continúa y, entonces sí, me queda claro que Samuel es Sami—: El que trabajaba de camarero en el chiringuito. Nunca tuvimos que invitarlo. A fin de cuentas, no lo conocíamos bien, lo que pasa es que Agus hablaba con cualquiera y yo no supe decir que no. Era un desconocido, era… era un salvaje, eso es lo que era. Un salvaje que odiaba a las mujeres y que le hizo lo peor que se le puede hacer a una. A Paula… le tocó a *tu Paula*… —espeta entre dientes—. No sé qué te pasa, Gael, a ver si vas a tener alzhéimer precoz o algo. Sé de una mujer que empezó a perder la memoria a los treinta y cinco. Estás ahí ahí, eh…

¿En serio me está hablando de Samuel? ¿Valeria se refiere a Sami? ¿Al mismo Sami que bebía los vientos por Carlota desde que la conoció y con la que lleva diez años de feliz relación?

—Pero Sami… Sami está con Carlota…

—¿Qué dices, Gael? Anda, acuéstate un rato, que con este día poco se puede hacer.

—La verdad es que pensaba salir…

—¿A qué? ¿Al bar? ¿A beber? Vamos dentro, no puedes dejarme sola con el disgusto tan grande que tengo.

Valeria me da la espalda y emprende el camino de regreso al interior de casa. Yo me quedo un rato más donde Valeria me acaba de decir que Samuel, que deduzco que es Sami, joder, mi amigo Sami, a quien conocimos hace diez años en Cadaqués, está enterrado. Pero no me lo puedo creer. No tiene sentido. Es imposible.

¿Más imposible que saltar a un universo paralelo distinto al que recuerdas, Gael? ¿En serio?

Ya. A estas alturas, parece que nada es imposible. Lo último que recuerdo de Sami es haber estado con él en esta misma casa por séptimo año consecutivo. Charlamos, bebimos vino, jugamos a juegos de mesa… Y estaba vivo. Vivo y feliz con Carlota y con la empresa de tecnología que había abierto hacía unos meses, no enterrado desde hace... ¿Diez años? ¿Y qué hacíamos hace diez años aquí, en Oturia, en lugar de quedarnos como siempre en Cadaqués?

Me acuerdo como si hubiera ocurrido hace unas horas del agobio que sentí al ver que Paula se retrasaba de su paseo por el bosque. Ya entonces sabía que algo malo le había pasado. Agus y Sami vinieron conmigo. Primero fuimos al bar de Fina, donde conocimos a

Fermín, el hombre que conoce el bosque como nadie. Antes de encontrar el cadáver de Paula, Sami y Agus, acojonados por lo siniestro del escenario, bromearon un poco entre ellos, tengo ese recuerdo nítido en la memoria:

«Agus, con la cara desencajada de puro terror, lamentó no haber traído un cuchillo, algo con lo que defenderse, porque…:

—Aquí nos sale un Jack el Destripador mínimo, tíos.

—Calla, tío, qué cague —le dio un codazo Sami».

Tengo que esforzarme en recordar, por muy surrealista que resulte, que ese breve instante no ocurrió. Pertenece a otra línea temporal, es pasado, un pasado que, como tantas otras cosas, aquí no tiene cabida porque no existió. Y que, según Valeria, quien murió, deduzco que «asesinado» en 2014, no fue ella misma a manos de Paula, sino Sami. ¿Pero por qué? ¿Qué hizo Sami o Samuel, como por lo visto lo conocimos en esta realidad, para merecer que lo mataran? O peor aún… que lo matáramos. Joder. ¿Qué pasó en esta realidad alternativa a la mía para que el verano de 2014 fuera tan distinto?

Ignoro lo que me acaba de decir Valeria, lo de volver a casa. Pese a la bronca que me va a caer, la desobedezco en un ataque de rebeldía y emprendo el camino a través de la nieve hasta llegar al bar de Fina. En esta realidad la mujer no me conoce de nada y es bastante borde, pero le doy las buenas tardes y pregunto por Fermín.

—Estará en casa.

—Ah. ¿Y dónde vive? —pregunto con urgencia.

—Pasando la plaza, la única casa que veas con las luces encendidas. Oye, ¿para qué estás buscando al bueno de Fermín?

La pregunta de Fina llega tarde, cuando ya estoy saliendo por la puerta, aunque a paso de tortuga debido a la nieve. Noto las piernas cansadas y entumecidas. El cielo está de color lila y las calles, nevadas, arrojan un fulgor surreal, lunar. Dejo atrás la plaza y, siguiendo las indicaciones de Fina, llamo a la puerta de la única casa que tiene las luces encendidas. Fermín, confuso, me abre la puerta.

—Buenas… —saludo—. No me reconoces, ¿verdad?

—¿Debería?

—No. Claro, *aquí* no… —caigo en la cuenta pensando en Toni, *el San Pedro de Oturia*. Toni solo existe en esta realidad, porque no pertenece a este pueblo. Por el contrario, Fina y Fermín deben de estar en Oturia en todas las realidades existentes, pues ambos nacieron aquí.

He despertado la curiosidad de Fermín. Se nota que mi imprevisible visita lo tiene intrigado. Seguidamente, compone un gesto que vi mucho en Toni, el asentimiento de cabeza, como si comprendiera y creyera, aunque hay que dar un enorme salto de fe para creer en lo que, a simple vista, parece una locura imposible. Fermín, el que mejor conoce el bosque de Oturia, debe creer en lo que se oculta en las profundidades. En la bruja. En la maldición que lanza a las almas malas como la mía que se adentran en su territorio. La bruja es una puerta. Una puerta a otra línea temporal. A lo que pudo haber sido, pero que, debido a un cambio de decisiones o circunstancias, tomó otro desvío.

—Así que esto es lo que pasa… —musita, mirándome como si estuviera frente a un milagro—. ¿Es un salto?

—Líneas temporales, realidades distintas, universos paralelos, mundos alternativos… como lo quieras llamar.

—Vaya. Un salto, sí. Es un salto a lo que pudo haber sido —llega a su propia conclusión, apartándose de la puerta e invitándome a

entrar. Cruzamos un pequeño vestíbulo y pasamos al salón, donde Fermín señala un sillón orejero de piel marrón, que es donde me acomodo—. ¿Café? Está recién hecho.

—Sí, por favor. Gracias.

Fermín se retira un momento a la cocina, de donde regresa con una bandeja con dos tazas de café humeante, una lechera de porcelana y varios terrones de azúcar servidos en un platito.

—Sírvete tú mismo...

—Gael.

—Gael —repite pensativo.

Vuelvo a darle las gracias, fijándome en cómo me mira. Con curiosidad, pero también con cierto recelo, como si yo fuera un bicho raro. Supongo que eso es lo que soy: un bicho raro.

—¿Nos conocíamos? Es decir…, ¿en tu otra realidad nos conocimos? Doy por hecho que sí, porque me miras como si me conocieras.

—Sí, coincidimos —confirmo, pero no estoy aquí para hablar de líneas temporales como hice con Toni, quien me contó todo lo que debía saber, regalándome un poco de claridad a lo que me había sucedido en un momento que fue muy confuso para mí—. El caso es que estoy en una línea temporal muy distinta a la que conocía. En otra realidad.

—Entiendo. ¿Y yo soy igual a la realidad en la que nos conocimos, Gael? —me pregunta con curiosidad.

—Sí, Fermín, prácticamente el mismo.

—Entiendo —repite, haciendo un amago de sonrisa. La situación parece divertirle, mientras a mí me llena de angustia—. Pero el hecho de que yo en mi otra línea temporal te conozca y en esta no, ya cambia algo, ¿no?

—Supongo que sí. El caso es que necesito obtener respuestas del verano de 2014, Fermín. Verano de 2014 de este mundo que no conozco.

—¿Verano de 2014? Hijo, lo siento, pero no me acuerdo ni de lo que comí ayer…

—La casa rural de Oturia —atajo.

—El Refugio de Valeria, sí.

Fermín comprime los labios, me presta atención mientras introduce un terrón de azúcar en su café y le da un par de vueltas con la cucharilla.

—¿Recuerdas si hace diez años vinieron un montón de críos a la casa rural?

—¿Críos?

—Bueno, no tan críos… Digamos que jóvenes. Jóvenes de entre dieciocho y veintipocos años.

—Vaya, de eso sí me acuerdo, porque en Oturia la juventud brilla por su ausencia. Hubo uno que cabreó mucho a Fina, aunque también te digo que ella salta por cualquier cosa. Cuando repartieron la paciencia, Fina estaba de vacaciones. Si la memoria no me falla, era un chaval de veintipocos años. Rubito, alto, delgado… con pinta de macarra.

Sami. Ese tiene que ser Sami.

—¿Y qué pasó?

—Que tenía muy mal beber, eso es lo que pasó. Y que algo de droga, con lo mala que es la droga, le correría por las venas. Rompió un par de taburetes del bar, le dio por estamparlos contra la vitrina de cristal, y Fina le tenía un cariño a esa vitrina... Luego no vino más.

En Sami, ese comportamiento violento no me encaja, no en mi otra línea temporal, pero tengo que asumir que *aquí* todo es diferente. Mi versión de aquí, sin ir más lejos, fumaba como un carretero y tenía un grave problema con el alcohol. Todo lo contrario a mí.

—¿Cuántos chicos eran? ¿Lo recuerdas?

—Uf, pues de eso igual se acuerda mejor Fina, pero eran unos cuantos, eh. ¿No me digas que tú eras uno de esos chavales?

Me encojo de hombros. Sí, puede ser.

—Ya… eras tú, pero no lo recuerdas porque solo recuerdas tu otra línea temporal en la que esto que me cuentas no pasó.

Ahora soy yo el que asiente.

—Bien, majo, pues dame un segundo, que llamo a Fina a ver si se acuerda, y salimos de dudas.

Fermín vuelve a retirarse, mientras yo le doy un sorbo largo al café, un poco amargo para mi gusto. Apenas lo oigo hablar, por lo que es Fina quien parece llevar la voz cantante. Sin embargo, cuando Fermín regresa, lo hace con gesto apagado, como si Fina le hubiera hablado de un episodio triste y complicado.

—Vaya, vaya... Telita con el verano de 2014… Según me ha dicho Fina, eran cuatro chicos y tres chicas. Y desapareció un chaval, un

tal Manu.

¿Manu? ¿Manu, el hermano de Paula, estuvo aquí en Oturia hace diez años y desapareció?

Debería preguntarle a Fermín si tiene whisky en lugar de café. El alcohol podría ser un buen amortiguador entre mi psique y la madriguera en la que he caído. Puede que sí tenga un problema grave de adicción en esta realidad, porque mi cuerpo me pide a gritos un trago.

Me aclaro la garganta. Intento recomponerme un poco antes de preguntar: —¿Seguro que fue el verano de 2014?

—Sí, sí, hace diez años.

—Y solo… ¿Solo desapareció uno?

Fermín me mira como si mi pregunta tuviera aún menos sentido que mi salto a otra línea temporal.

—Eh… sí. Que yo sepa, solo uno. Fina me ha dicho que eran muy escandalosos y lo que te digo, que tenían muy mal beber, sobre todo el rubio. ¿Manu era el rubio?

—No, el rubio no era Manu. Manu era moreno.

—Pues resulta que el tal Manu fue a dar un paseo por el bosque de Oturia y nunca más volvió. Se le buscó durante semanas, como se ha hecho con todos los que han desaparecido, que no han sido pocos, ya te digo yo que no, pero el bosque es conocido desde hace siglos por sucesos… digamos que extraordinarios, insólitos… muertes, desapariciones, suicidios… Ha habido de todo y nada bueno, me temo, y ahora con las redes sociales viene gente muy rara.

Me quedo en silencio, perturbado ante esta nueva información. Manu desapareció cuando salió a dar un paseo por el bosque de Oturia.

«Desaparecido, no muerto. No llegaron a encontrar su cuerpo».

Y Sami —o Samuel— enterrado en el jardín de la casa rural. Eso me tiene desquiciado y con cientos de preguntas sin responder.

¿Quién de nosotros lo mató?

¿Fue Paula? ¿Valeria? ¿Todos?

Y si en esta línea temporal Manu desapareció el verano de 2014, en 2018 no asesinó a aquellas tres chicas y él no acabó sus días en prisión.

Todo esto me tiene muy descolocado. Son realidades tan distintas, que me da la sensación de que mi cabeza no puede asimilar más información, que suficiente tengo con lo que he vivido, especialmente este último mes: la muerte de Paula. El suicidio de Joaquín, luego el de Sofía, y el encargo de que mataran a Manu en prisión. Esa fue mi mala acción, la peor, la que provocó que fuera uno de los elegidos por la bruja del bosque, y la culpa fue mía por atreverme a pisar su territorio.

Pero claro, yo qué iba a saber.

Y qué iba a saber Paula cuando también se adentró en esa zona.

Solo me dejé deslumbrar por la promesa clarividente de Manu:

Vuelve al bosque.

Volverás a verla.

«No ha ocurrido. Eres inocente y nada de eso que estás pensando ha ocurrido *aquí*», necesito decirme para calmarme un poco y frenar la ansiedad, preguntándome si Joaquín y Sofía están bien en esta línea temporal.

Ahora, más que nunca, necesito saber qué más ocurrió. Y hablar con Paula, aunque no sé cómo, porque me ha bloqueado. Tengo que ir a Cadaqués lo antes posible y verla. A ver si para de nevar o la quitanieves se digna a venir a este rincón demasiado recóndito como para que a alguien le importe. Quiero pensar que Paula y yo nos reconoceremos con solo una mirada y sin necesidad de palabras. Fantaseo a todas horas con eso. Tenemos que intentar arreglar este desaguisado como hacíamos en nuestra vida anterior, una vida de la que nos hemos esfumado trágicamente, «ambos muertos en el bosque de Oturia». Juntos, siempre juntos contra el mundo, eso era lo que nos decíamos para superar cada bache. Solo con Paula puedo seguir a pesar de saber lo que le hizo a Valeria, algo que soy incapaz de obviar, aunque ese crimen tampoco forme parte de *esta realidad*.

CAPÍTULO 38

PAULA

Se cumplen cinco días desde que estoy en esta línea temporal. Se me hace raro medir el tiempo de esta forma.

Son las seis y media de la tarde de este jueves de noviembre frío y gris, cuando llego a casa después de una jornada agotadora en el restaurante. El éxito es de Nicola y sus deliciosos platos. ¿Qué haría sin él? Tenemos la lista de reservas cerrada hasta marzo del año que viene, y las Navidades se presentan moviditas. Se rumorea que Casa Costa podría llegar a alcanzar una preciada estrella Michelin. Cada comensal que viene solo y degusta entre seis y ocho platos como ha ocurrido hoy mismo, podría tratarse de un inspector, pero prefiero no crearme expectativas ni pensar demasiado en el tema.

La casa está vacía. Hoy Pol tiene entreno de fútbol, mi madre ha ido con él, y no llegarán hasta pasadas las siete.

Anoche terminé de leer el diario. Lloré durante horas. Estoy agotada de tanto llorar. Espero que a Nicola no se le ocurra venir por sorpresa como hizo el lunes, supongo que no, pues hoy se ha mostrado algo distante después de repetirme aquello de que tenemos una conversación pendiente.

Sinceramente, no doy para más.

He estado meditando cada suceso del pasado en esta línea temporal. Aquí también hay miedo, culpa y dolor, mucho dolor. Un asesinato, una desaparición, el suicidio de mi padre… y una violación, he constatado con horror. Y todo narrado por una niña de dieciocho años con la que he empatizado, pues esa niña, en cierto modo, fui yo. Una versión de mí que me cuesta reconocer. Estaba muy asustada y cabreada. Además de las notas más recientes en el iPhone a modo de recordatorios de toda una vida marcada por la tragedia, lo vomitó todo en un diario por recomendación de la psicóloga a la que tuvo que ir para superar el trauma, hasta que, seis meses más tarde, detuvo las sesiones, porque se hartó. Toda esa frustración se nota en la letra grande y apresurada con la que escribió, con partes en las que la tinta negra se emborronó por las lágrimas que, seguramente, le caían a borbotones por las mejillas. Además, presionó con tanta fuerza la punta del boli sobre el papel, que faltó muy poco para que en alguna ocasión lo traspasara. Casi puedo ver a esa niña de dieciocho años tumbada en la cama, soltando un montón de palabras como si así pudiera deshacerse del daño que le hicieron. Me ha dolido su soledad, que no es la que yo sentí a su edad, pues estaba emocionada con mi relación con Gael, la confusión que debió de sentir y, especialmente, el miedo que, según escribió, le atenazaba la garganta. Pero al fin entendí por qué tenía el anillo tipo sello de Sami oculto en el zócalo junto al diario, y, sobre todo, he podido darle sentido al wasap que me mandó Gael, un Gael muy distinto al que mi mente y mi corazón se niegan a olvidar:

GAEL

Jamás debí dejarte sola.

Llevo diez años cargando con la culpa de lo que pasó.

Espero que algún día puedas perdonarme,

porque yo aún no puedo.

Me descalzo en el vestíbulo, dejo las Converse en el zapatero, al lado de unas botas de agua de Pol, cuelgo el chaquetón en el perchero, donde también dejo la bufanda con la que me he refugiado del intenso frío, y cojo el móvil.

Releo el wasap de Gael enviado a las tres de la madrugada del lunes hasta aprendérmelo de memoria.

Con la vista clavada en la pantalla, al fin me digno a escribirle la respuesta que ha estado rondando por mi cabeza desde el momento en que leí la última página del diario:

PAULA

No fue culpa tuya.

Pero lo mejor será

que no me escribas más.

Acto seguido y con decisión, bloqueo su número. También lo bloqueo de Instagram, donde nos seguíamos pero apenas interactuábamos.

Ya está, para qué seguir fustigándome por algo que *aquí* no ocurrió ni ocurrirá. Hasta puede que no me guste el Gael de esta línea temporal ni tengamos nada que ver. Ni aspiraciones similares, ni la manera de ver el mundo, ni conversaciones interesantes… No es *mi Gael*, no lo es, puede que hace diez años lo fuera, pero ya no, y de nada sirve destapar un pasado tan turbio, más de lo que podría

haber imaginado. En esta realidad Gael es una persona distinta, tan distinta como lo empiezo a ser yo al conocer todos los traumas que mi versión de este mundo tuvo que atravesar hasta llegar a un presente que parece más amable.

Tengo un hijo maravilloso al que, extrañamente, quise desde el primer momento en que lo vi, como si a pesar de no recordar fuera capaz de sentir el hilo invisible que nos conecta. Trato de ignorar lo que la Paula de este mundo escribió. No creo que volviera a sentir nada negativo hacia Pol cuando le vio la carita por primera vez. Puedo llegar a entenderla, aunque no es lo mismo experimentarlo que leerlo: el niño es un recuerdo diario de la marca, del trauma que vivió en Oturia, y aun así, estoy convencida de que ambas, la versión perteneciente a este mundo y yo, que vengo de otra línea temporal en la que no llegué a saber qué se siente al ser madre, daríamos nuestra vida por él.

Mi madre, aunque me da la sensación de que todavía me queda mucho por conocer de su versión de esta realidad, tiene salud, parece feliz, y me ayuda muchísimo con Pol, a quien quiere con locura.

Me gusta el lugar en el que vivo. Adoro la gran casa familiar que es tan vieja que siempre está pidiendo a gritos arreglos y reformas y es un pozo sin fondo, pero es y siempre será nuestro hogar. Cada rincón habla de nosotros, de lo bueno y de lo malo, de nuestra familia en este mundo y en otros posibles mundos alternativos. Esta casa es nuestra historia.

Además, mi padre estaría orgulloso al ver que Casa Costa va viento en popa, aunque no sea gracias a mí, sino a Nicola, de quien dependo más de lo que pensaba y mi historia con él es… pasional, efervescente, una aventura, supongo. Justo lo que, después de diez años de noviazgo y siete meses de matrimonio, reconozco que me empezaba a faltar con Gael. No quiero que se me malinterprete. Gael era el amor de mi vida. *Era*… Tengo que recordarme que aquí

no lo es, nunca lo ha sido, no llegó a formar parte de mi vida. En los últimos años de mi línea temporal anterior, fuimos felices, aunque nos centramos más en las cafeterías que en nuestra relación, por lo que hacía bastante tiempo que dejé de sentir ese vertiginoso amor efervescente en la boca del estómago al que llaman «mariposas», que es el que provoca que el mundo gire de manera espectacular. Aun así, me pregunto cuándo dejará de doler su ausencia, y si esta especie de duelo que siento pasará algún día.

***

Fragmento del diario secreto de Paula,

escrito en febrero de 2015

Parte I

Valeria propuso al grupo ir a Oturia unos días, a una casa rural reformada que sus padres habían comprado hacía unos meses y de la que se sentían muy orgullosos. La casa era grande; estaríamos solos, a nuestra bola y sin horarios. Podríamos beber, fumar, quedarnos despiertos hasta las tantas…

El entusiasmo de Valeria nos convenció a todos, aunque…:

—¿Oturia? ¿Dónde queda eso?

A nadie le sonaba el nombre de ese pueblo perdido entre montañas.

Al principio me pareció raro que, con lo estrictos que son los padres de Valeria, le dieran esa libertad. A la mínima que se retrasaba un poco, la estaban llamando por teléfono para saber dónde estaba. Pero les gustaba más aparentar que controlar a su única hija. Presumir de casa en un pueblo de montaña. A mí Valeria me dijo en confianza que se había metido en un lío gordo, que tenía que largarse unos días de Cadaqués, al menos *hasta que las aguas volvieran a su cauce*, una expresión que no le pegaba nada. Yo pensé que era por el tío que le regalaba bolsos caros. Que seguro que era más mayor que ella debido a su alto nivel adquisitivo o que estaba casado y resultó que… bueno, ahora que sé «quién era ese tío», entiendo que nuestros planes cambiaran de la noche a la mañana y por qué Valeria propuso al grupo salir unos días de Cadaqués, cambiar de aires, y respirar «aire puro de montaña». Ojalá lo hubiera sabido antes, porque la hubiera mandado a la mierda o algo peor… Siento una rabia dentro…

Si pudiera, la mataría.

El caso es que todos se animaron rápido.

¿Unos días en un pueblo, que por lo visto estaba perdido en el Pirineo Aragonés, y en una casa solo para nosotros? ¿Dónde hay que firmar?

Gael, joder lo que me llegó a gustar Gael…, obviamente Valeria, Agus, Laia, Carlota, Samuel, el chico del chiringuito, y yo. Montse no fue porque, intensa como es ella, nos dijo que había conocido al amor de su vida, que seguro que habían estado juntas en otras reencarnaciones, pues raras veces surge una conexión como la que habían tenido desde el principio. Mi madre, ahora también sé por qué estaba tan rara, tan amargada y tan borde, le dijo a Manu que fuera con nosotros, que así salía un poco, cambiaba de aires y se relacionaba con gente, que falta le hacía. Esto último, lo de que se relacionara con gente, que falta le hacía, se lo soltó con mucho desprecio. Así que Manu también se unió. Y a Samuel, a quien

conocimos detrás de la barra del chiringuito de la playa, lo invitó Agus y a Valeria no le pareció mal. Cuantos más, mejor. Samuel se tomó cuatro días libres, así que lo de venir a Cadaqués a buscarse la vida, parecía una excusa. Lo único que quería era pasárselo bien. Beber. Drogarse. Enrollarse con cualquiera… Carlota le hacía ojitos, él parecía interesado, pero… escribiré sobre eso más tarde.

Fuimos a Oturia en dos coches. Llegamos el 12 de agosto con ganas de fiesta y diversión. La casa de los padres de Valeria era tan grande que te perdías. El entorno era bonito. Tranquilo y solitario, nada que ver con Cadaqués, y verde, muy verde.

Yo quería acercarme a Gael. Me gustaba, y creo que yo también le gustaba a él, porque me miraba un montón, pero Valeria siempre se metía por medio… Hacía unos días yo le había dicho que tenía vía libre, que tampoco me gustaba tanto… Niñata caprichosa.

Nada más llegar, todos empezaron a beber. Samuel, para sorpresa de todos, trajo coca. ¿De dónde había sacado tanta coca? Bueno, Agus y Valeria se animaron rápido y se lanzaron a la coca como hienas… Laia y Carlota se quedaron en un segundo plano, con sus ron con Cola. Manu siempre silencioso y distante, alejado de todos, como si quisiera hacerse invisible. Y Gael y yo, en lugar de acercarnos, charlar… nos quedamos mirando como todos hacían el idiota, sobre todo Samuel, que resultó ser un follonero. Entre gritos, mandó a la mierda a su madre, empezó a decir que su padre estaba muerto por su culpa, que odiaba a las mujeres, en fin, unas burradas… y en esas que Samuel clavó la vista en mí, como si hubiera reparado en mi presencia, y ojalá alguien más se hubiera dado cuenta, porque fue lo peor que me pudo pasar.

***

Ahora

Empiezo a creer que el asesinato que cometí en mi anterior línea temporal el 12 de agosto de 2014 no fue lo que fragmentó mi mundo en dos. O sí, no lo sé, no soy una experta en universos paralelos. Lo que está claro es que hubo varios factores que hicieron que el verano de 2014 fuera muy distinto de una línea temporal a otra.

En la realidad que recuerdo, yo pillé a mi padre con Valeria, lo que me provocó una ira irracional que me empujó a cometer un crimen terrible que sigue muy vivo en mi memoria, aunque donde me encuentro no sucediera.

En esta realidad que poco a poco voy conociendo, los pilló mi madre, y eso cambió el transcurso de ese verano. Valeria propuso ir unos días a Oturia para escapar del «lío gordo» en el que se había metido. Si mi madre y Valeria llegaron a intercambiar unas palabras, algo que ignoro, no creo que se atreviera a decirle lo que me dijo a mí en la playa, horas antes de que yo acabara con su vida en la habitación de mi hermano.

Pero el cambio más significativo y la clave en todo esto es Sami, Samuel. ¿Quién me lo iba a decir cuando Carlota me preguntó quién era Sami?

En la realidad que he abandonado, Sami era un tipo que, pese a las adversidades, logró salir adelante, siempre tuvo una actitud serena y positiva ante la vida, y quería a Carlota, la quiso desde que la vio cuando trabajaba en el chiringuito de la playa. Su padre había fallecido de un infarto siete meses antes de que él viniera a buscarse la vida a Cadaqués y nos conociera. Su madre los abandonó cuando él tenía diez años, o eso fue lo que nos contó, y le marcó de por vida. Sin embargo, en el mundo en el que me encuentro ahora, asumo que Samuel, como se hacía llamar aquí en lugar de Sami,

está muerto. Y que en esta línea temporal no era el buen tío que yo recuerdo, sino todo lo contrario. Era una mala persona. Una mala persona que me hizo algo horrible.

¿Tanto podemos cambiar de un mundo a otro aunque nuestro pasado sea el mismo? Somos lo que elegimos ser ante los golpes de la vida. Y esa es la elección que marca la diferencia, incluso más que nuestras acciones.

CAPÍTULO 39

GAEL

Al fin podemos largarnos de Oturia, pero Cadaqués va a tener que esperar un poco más. Valeria no me está poniendo las cosas fáciles. Me grita a todas horas, me repite una y otra vez lo inútil y lo cabrón que soy, como si me odiara o fuera lo peor que le ha pasado en la vida. Y, bueno, sí, debo de ser un cabrón, en eso tiene razón, porque, durante estos días, cuando he conseguido un poco de cobertura, he recibido tres wasaps escritos en francés de tres mujeres distintas con las que, por lo visto, tengo una aventura.

Regresamos a París.

No sé dónde vivimos ni tampoco dónde están ubicadas las seis cafeterías que Valeria y yo regentamos. ¿Cuatro de ellas son las mismas que tenía con Paula? El lunes a primera hora tenemos una cita en ginecología. Pero yo no tengo ilusión alguna por escuchar el latido de un bebé que no recuerdo haber fecundado. Mi plan es dejar a Valeria en París y desaparecer. ¿Pero cómo voy a hacer algo así con un bebé en camino?

Joder. Joder. Joder.

Lo de que Sami, Samuel en esta línea temporal, está enterrado en el jardín de la casa rural de los padres de Valeria, me sobrepasó. Desconozco qué hizo para acabar bajo tierra, ni siquiera sé quién lo mató. Nadie buscó a Sami. Nadie denunció su desaparición. Y es

que, en la realidad de la que yo provengo, Sami no tenía a nadie. Su única familia era Carlota. Su padre falleció hace años, meses antes de que él fuera a trabajar a Cadaqués, y su madre los abandonó cuando era un crío. Si su pasado era el mismo en esta línea temporal en la que sigo sin saber qué hacíamos en Oturia el verano de 2014 en lugar de estar en Cadaqués como mi memoria se empeña en recordar, no me extraña que nadie se interesara por su desaparición. Es como si Sami o Samuel jamás hubiera existido en esta realidad.

Busqué información sobre Manu. Transcurridos diez años, la noticia de su desaparición ha sido relegada a un plano casi invisible, pero algo he encontrado:

Otro joven desaparecido en las profundidades del misterioso bosque de Oturia del que circulan tantas leyendas, especialmente en estos últimos tiempos a través de redes sociales. M. C. T., de veintidós años y natural de Cadaqués, desapareció durante noche del 12 de agosto de 2014 sin dejar rastro.

Respecto a Joaquín y Sofía y al restaurante Casa Costa, también he conseguido recabar algo de información, lo poco que la pésima cobertura en Oturia me ha permitido: Joaquín falleció el 12 de agosto de 2014. Diez años antes que en mi otra realidad. Diez años exactos. ¿Casualidad? ¿Destino? Desconozco qué le ocurrió. Encontré su esquela y una sentida nota en el periódico de Gerona, en la que, además, informaron que su su viuda, Sofía Torregrosa, y su hija, Paula Costa, tomarían las riendas del popular restaurante Casa Costa de Cadaqués. No sé si fue muerte natural o suicidio, no lo especifica en ninguna parte, pero en mi memoria la muerte de Joaquín ocurrió hace escasas tres semanas y fue espantosa, sobre todo para Sofía, que fue quien descubrió su cadáver.

Casa Costa, en esta realidad, tiene mucho éxito. No solo funciona en temporada alta, sino durante todo el año, y cuesta mucho reservar mesa. Su propietaria en esta línea temporal es Paula, pero es Nicola Galli, un reputado chef italiano, quien se lleva todos los méritos. Tiene un montón de seguidores en sus redes sociales, donde no solo presume de su talento culinario, sino también de encanto, sonrisa perfecta y de músculos, que de eso va incluso más sobrado…

Si es cierto que Paula también despertó en esta línea temporal y la Paula que es propietaria de Casa Costa sigue siendo *mi Paula*, lo habrá visto todo tan cambiado que habrá entrado en *shock*. Por lo tanto, me necesita. Yo sé que me necesita. Y esta vez no le voy a fallar.

CAPÍTULO 40

PAULA

Fragmento del diario secreto de Paula,

escrito en febrero de 2015

Parte II

Fuimos al bar de Oturia. La mujer que había detrás de la barra nos miró fatal desde que entramos, como si ya entonces presagiara que nuestra presencia iba a ser incómoda y problemática.

Samuel, que iba muy puesto de coca, la empezó a liar. Se puso violento, y hasta rompió dos taburetes que lanzó contra una vitrina de cristal que hizo añicos… vinieron dos hombres, vecinos del pueblo, y nos sacaron a patadas del bar. Nos largamos sin pagar. Según me he enterado hace poco, los padres de Valeria pagaron la cuenta y el estropicio provocado por Samuel.

Cuando llegamos a la casa rural, el ambiente estaba enrarecido.

Era tarde. Noche del 12 de agosto. Tengo la fecha grabada a fuego.

Agus, Laia y Carlota subieron a las habitaciones, supongo que se fueron a dormir. Agus se encontraba fatal, decía que las fosas nasales le ardían. Gael, muy enfadado, le dijo que con la droga no se juega, que se había estado comportando como un imbécil. ¿Y todo para qué, eh, Agus? ¿Para deslumbrar a Samuel? ¿Para seguirle la corriente? Parecía que Agus quería caerle bien a Samuel a toda costa, era como si fuera todo lo que a él le gustaría ser. De Manu no tengo ningún recuerdo. Apenas le hacía caso, para mí era un coñazo que mi hermano mayor estuviera ahí, con mis amigos. No pintaba nada, apenas nos hablaba y nosotros tampoco le hacíamos caso. ¿Por qué no se buscaba una vida y me dejaba en paz?

Gael y Valeria desaparecieron. Los dos solos en algún rincón íntimo del inmenso jardín. Me entraron unas ganas terribles de llorar al imaginarlos juntos, besándose… Y me dio mucha rabia haberle dicho a Valeria que tenía vía libre, que total, a mí Gael no me gustaba tanto… cuando la verdad es que me gustaba mucho, y todo para que Valeria no se enfadara conmigo, con lo mal que me estaba empezando a caer.

No sé, ni yo me entiendo.

Salí al jardín. Se estaba bien. Ni frío ni calor, la temperatura era agradable. Me tumbé en el césped a contemplar las estrellas. El cielo estaba plagado de estrellas, se veían muchas más que en Cadaqués.

Estaba un poco mareada. No había bebido mucho, pero estaba claro que el ron con Cola me había afectado un poco.

Y entonces… cuando cerré los ojos, del todo relajada por el zumbido entrecortado de las cigarras sonando cerca de mí, sentí el peso de un cuerpo cayendo con violencia sobre el mío.

Era Samuel, pero no parecía el mismo chico dicharachero que habíamos conocido en la playa, era… era el demonio. Tenía la boca descolgada, los orificios de la nariz rojos, con restos blancos del

polvillo de la coca, y las pupilas tan dilatadas que apenas se veía el verde de sus ojos.

—Qué… ¡¿Qué haces?! —logré balbucear, segundos antes de que me aprisionara las muñecas con una mano y con la otra me desabrochara el botón de los tejanos y me los bajara hasta las rodillas.

—Calla la puta boca y déjame hacer, que sé que te mueres de ganas —dijo entre dientes, acercando su boca a la mía y pringándome de baba.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡No! —grité con toda la fuerza de la que fui capaz, con la esperanza de que alguien viniera y detuviera lo que estaba claro que Samuel pretendía hacer.

Pero no vino nadie.

Estaba sola.

Al principio pataleé, me resistí, grité, seguí gritando, le insulté e intenté deshacerme de esas manos que eran como garras, hasta que sacó una navaja que dirigió a mi cara y sentí que me partía la mejilla izquierda en dos. Después me agarró de la cabeza. Parecía un títere roto a su merced. Recuerdo el cráneo impactando contra una piedra. La sangre manando sin control por mi cara. El mareo, la visión doble… Y el dolor desapareció. No quedé inconsciente, pero casi. Samuel entró dentro de mí y empezó a embestirme con furia. Se me cerró la garganta, todo mi cuerpo se quedó paralizado, dormido, la cabeza me empezó a dar vueltas, las estrellas se multiplicaron, las cigarras callaron o quizá yo me quedé sorda, no lo sé.

Samuel aún me estaba embistiendo con violencia cuando, de repente, oí un golpe muy fuerte y luego su cuerpo se desplomó hacia un lado, liberándome al fin de la fuerza que había estado ejerciendo contra mí. Me sentí ligera, liberada. Pensaba que la

pesadilla había llegado a su fin. Pero la pesadilla no había hecho más que empezar.

***

Ahora

En el campo de fútbol, tengo prohibido llamar «bichito» a Pol, y lo veo lógico, así que me contengo todo lo que puedo y lo animo desde las gradas junto a otros padres a los que debería conocer y, de hecho, me saludan como si fuéramos amigos, pero sus caras no me suenan de nada.

—¡Vamos, Pol, vamos!

A lo lejos, veo a Nicola. Está en las gradas del otro lado del campo con el móvil en la mano. No pinta nada aquí. Levanta la mirada de la pantalla del móvil y me sonríe y me guiña un ojo que me provoca un rechazo inimaginable hace solo unos días. Todo mi cuerpo se tensa de repente. Me pregunto cómo es posible que la percepción que tienes de alguien pueda cambiar tanto de un día para otro.

Es domingo, 1 de diciembre. Hoy se cumple un mes desde que morí en mi anterior realidad, en la que, a lo mejor, siguen llorándome, y que tan presente sigue en mí, aunque ya no me pertenezca desde que desperté en esta línea temporal a la que todavía me estoy adaptando. Hablo de esto con total normalidad, como quien habla del tiempo, pero la verdad es que sigo sin asumir que algo tan extraño pueda suceder.

En un par de horas abrimos el restaurante; hoy, como todos los días, está lleno, y la nueva carta ha sido acogida con mucho

entusiasmo. Parece que todo lo que Nicola toca lo convierte en oro, pero me enfrento a un dilema importante. Nicola y yo por fin tuvimos «esa conversación pendiente». Y no tenía nada que ver con formalizar nuestra relación, como llegué a pensar en un principio. Es algo relacionado con Casa Costa que me hizo ver que Nicola tiene una cara oculta muy desagradable. No puedo tomar una decisión así en caliente, aunque parece que mi versión de este mundo tenía bastante claro lo que tenía que hacer. Es posible que el amor la cegara. A mí, sin embargo, no. Me lo he pasado bien con Nicola. Es un hombre muy pasional, besa bien, y mi cuerpo lo acogía con total naturalidad. No me resultaba incómodo o extraño, supongo que debido al subconsciente o al residuo que puede que aún quede de mi versión perteneciente a esta realidad. Pero nada más. No estoy enamorada de él, y eso hace que pueda pensar fríamente y con claridad, no desde el corazón que, perdón por la expresión, casi siempre la caga.

Ahora, mientras Nicola se lleva el móvil a la oreja y parece que está manteniendo una conversación seria con alguien, rememoro el tenso momento que vivimos hace cuatro días en la cocina del restaurante.

***

Cuatro días antes

Nicola y yo siempre somos los últimos en salir de Casa Costa. Hacía media hora que los siete camareros y los cuatro ayudantes de cocina se habían ido después de dejarlo todo recogido. Mi trabajo consistía en recibir a los clientes, asegurarme de que todo marchara bien, e ir a buscar al popular chef Nicola Galli cada vez que alguien quería elevarlo hasta el cielo. Lejos de mostrarse arrogante, si algo

admiraba de Nicola era la humildad con la que recibía los constantes halagos.

Esa tarde, me encerré en el despacho. ¿Cómo obviar que era el escenario que me destrozó la vida en la realidad que había abandonado? Sin embargo, en esta línea temporal el despacho que había pertenecido a mi padre me hacía pasar muy buenos ratos con Nicola… Dos días antes, sin ir más lejos. Misma hora. Mismos papeles esparcidos sobre el escritorio que acabaron en el suelo. Y yo, deseosa de dejar atrás el estrés del día, me dejé llevar… como casi siempre que tenía delante al italiano.

—¿Se puede? —preguntó antes de cruzar la puerta.

—Claro —contesté.

Nada más levantar la cabeza, supe que las intenciones de Nicola no eran las de siempre. Llevaba una carpeta negra que parecía muy pequeña entre sus manos. No había picardía en su mirada ni ganas de volver a desordenar el escritorio para un polvo rápido y morboso, sino una seriedad extrema.

Parecía que, antes de mi aterrizaje a esta realidad, la «Paula de aquí» había retrasado esa cuestión que a Nicola tanto le estaba costando iniciar, aunque estaba claro que le interesaba. A menudo me había recordado de pasada lo de la «conversación pendiente» y supe, por cómo se acomodó en una de las sillas, que había llegado el momento.

Dejó la carpeta encima del escritorio y empezó a hablar:

—Sabes que hace tiempo que tenemos pendiente…

—Sí, ya, dispara —dije, tratando de ocultar los nervios, pues pensaba que era algo más personal y que no tenía nada que ver con el restaurante.

—Es difícil para mí, Paula…

Ay, Dios. ¿Se iba? ¿Volvía a Italia? ¿Le habían ofrecido un trabajo mejor?

Impaciente, miré la hora en el móvil.

—¿Tienes prisa? —me preguntó—. Si quieres lo dejamos para otro día…

¡No! No tenía otro día. Me urgía saber de qué iba el tema y qué había dentro de la misteriosa carpeta negra.

—No, qué va, tengo tiempo. Continúa, Nico.

—Me dijiste que harías cualquier cosa para que no me fuera, *Bella* —continuó, empleando un tono suave, zalamero.

¿Eso le dije? ¿*Cualquier cosa* para que no se fuera?

Comprimí los labios y asentí con incomodidad, revolviéndome en la silla.

—Pero luego salió lo de ir a Oturia y no volvimos a hablar del tema, porque sé que es difícil para ti… —remoloneó, bajando la mirada a algún punto indeterminado entre la mesa y sus rodillas. Me estaba poniendo nerviosa. Seguidamente, cuando pensaba que iba a sorprenderme con un anillo de compromiso, abrió la carpeta y extrajo cuatro folios impresos por las dos caras y unidos con una grapa—. Después de lo que hablamos hace dos meses, ya lo he preparado todo. Léelo con calma. Mis condiciones para seguir trabajando en Casa Costa es quedarme con el cincuenta por ciento del negocio y hay algunas cláusulas.

¡¿Qué?!

Atónita, clavé la vista en lo que parecía una especie de contrato con mis datos, los datos de Nicola… y, efectivamente, un montón de cláusulas. Mi primer impulso fue negar repetidas veces con la cabeza.

No. No. No. No.

Casa Costa pertenecía a la familia. Por nada del mundo podíamos cederle la mitad del negocio a un forastero. ¿En qué estaba pensando mi versión de aquí?

Mi cuerpo, en tensión, estaba gritando lo que mi voz no podía.

Ahí estaba el error. Delante de mí. La vida no podía ser tan bonita, tan perfecta. Nicola no era más que un engaño. Una trampa que mi versión de esta línea temporal no supo ver. Pensé en mi padre, como si estuviera a mi lado susurrándome que no me dejara embaucar, que Nicola, todo él, era una estafa. Mi padre jamás habría aceptado compartir la mitad de su restaurante con nadie, y mucho menos bajo la amenaza velada de un chef, por muy bueno y famoso que fuera. ¿Que la mayoría de clientes venían por Nicola? Sí. ¿Que los ingresos del restaurante se verían mermados si se marchaba? No lo sé, puede que sí. Tenía que echarle un vistazo a las cuentas anteriores a su contratación, hacía ya tres años. Pero cederle un cincuenta por ciento del negocio solo para que no se largara, me parecía una locura.

—*Ti sei trovata senza parole* —rio Nicola.

—¿Qué?

—Que te has quedado sin habla, *Bella*. No entiendo… habías aprendido a hablar italiano con bastante fluidez. Hasta mantuvimos conversaciones en italiano. Y, de un día para otro, no entiendes una mísera frase —comentó con desagrado, aunque no me pareció que hubiera malicia en su tono.

—Eso… ya, bueno… —solté, sin saber qué otra cosa podía decir respecto al idioma. Tampoco era capaz de despegar los ojos del contrato—. Nicola, eh… Nico, esto no es posible.

—Ah. Pensaba que querías compartir Casa Costa conmigo. La última vez que hablamos, así me lo pareció.

—¿Compartir?

«La Paula de esta realidad, enamorada hasta las trancas y quizá traumatizada por un suceso espantoso de su pasado, habría hecho cualquier cosa por ti o por retenerte a su lado, incluso cometer la estupidez de cederte la mitad del negocio que tanto luchó su (mi) padre. Pero yo no soy esa Paula, Nicola… La Paula que regresó del fin de semana de Oturia no es la misma que la que se fue. Y puede que tuviera que venir yo para que la anterior Paula no cometiera el mayor error de su vida. Yo vengo de otra realidad en la que nunca nos conocimos y en la que no significabas nada para mí. ¿Que me lo paso bien contigo? Sí, me lo paso en grande, la verdad, y al principio me dejé deslumbrar por tu fachada, por lo adictas que son tus caricias, por la familiaridad con la que me miras y me hablas, pero está claro que mi corazón nunca va a ser tuyo. Y no sé hablar italiano. Tampoco lo entiendo. Nunca estudié el idioma o no lo recuerdo, porque lo hizo mi otra conciencia, la que pertenece a esta línea temporal en la que estoy aprendiendo a vivir porque, a ver, no me queda otra, ¿no?».

—¿*Bella*? —me llamó la atención Nicola, en vista de que me había quedado muda, con una explicación irreal y poco convincente atascada en mi cabeza—. Casa Costa Galli. *Suona bene*…

¿Que suena bien, dijo el muy imbécil?

Disimulé como pude el enfado, la frustración. Sentía las entrañas arder casi tanto como cuando pillé a Valeria con mi padre, lo cual era peligroso, porque, por un momento, me creí capaz de matar al hombre que tenía delante a cuchillazos hasta dejarlo irreconocible. Y dudé. Dudé de mí misma. Ya no tenía tan claro que no fuera una mala persona. Había y hay una violencia en mí imposible de reprimir. Pero me conformé con visualizar la manera en que me desharía de Nicola, en lugar de llevarla a cabo.

—Leeré el contrato —contesté secamente, solo para alargar lo que al final será inevitable: Nicola se enfadará porque me niego a cederle la mitad del restaurante, romperemos lo que sea que tengamos, se irá a trabajar a otro lugar, y, sí, puede que el negocio se vea resentido, pero, gracias al prestigio que tiene, puedo encontrar a otro chef incluso mejor, con mayor fama y sin segundas intenciones—. No prometo nada —añadí, torciendo el gesto como solía hacer Pol cada vez que veía a Nicola. Empezaba a entender por qué. Los niños son capaces de ver más allá, como si tuvieran un poder especial que perdemos con los años.

—Entonces, si no prometes nada, yo tampoco puedo prometer nada, Paula —se plantó, ya sin el dulce *Bella* bailando en sus labios. Me retó con la mirada, como si todo el cariño que me había demostrado hasta ese momento no hubiera sido más que una mentira. Y así fue como conocí la auténtica cara de Nicola Galli—: Te doy una semana. Si en una semana no tengo este contrato firmado, hasta aquí hemos llegado.

***

Ahora

Me quedan tres días para devolverle el contrato a Nicola. Sin mi firma, claro está. Aunque no estoy segura al cien por cien y temo equivocarme. Antes, me gustaría hablar con mi madre. Me he visto incapaz de sacar a relucir el tema de la propuesta de Nicola con ella y, por lo tanto, ignoro qué pensaría al respecto; supongo que me diría que no lo acepte, que es una locura. Pero he estado revisando las cuentas y, antes de su llegada, el restaurante estaba en quiebra. Solo funcionaba los meses de verano, y, debido a la competencia de la zona, Casa Costa no era la primera opción. En invierno era un local muerto que no daba ni para cubrir gastos. Con Nicola, Casa Costa es el restaurante con más éxito de la zona y funciona a las mil maravillas durante todos los meses del año.

Lo que me jode es que Nicola haya jugado conmigo. Bueno, conmigo no, con la versión de esta realidad. Yo me he limitado a seguir el juego. Ahora intuyo que Nicola solo *me conquistó* para conseguir su objetivo, que no es otro que el de convertirse en copropietario de Casa Costa. ¿Pero por qué? ¿Por qué ese empeño en mi restaurante? Con la fama que tiene, podría montárselo por su cuenta. Lo peor de todo, es que en el contrato indica que, si me pasa algo, mi parte pasaría a ser, automáticamente, suya. Muerte natural, por accidente… da igual cómo ocurra. Dados mis antecedentes criminales y mi mente cruel y retorcida, propia de un mal bicho, sospecho que, si le devuelvo a Nicola el contrato firmado, tal y como él quiere, y le cedo la mitad del negocio, solo para no perderlo como chef, mi cadáver no tardará en aparecer en la cuneta de alguna carretera con claros signos de violencia.

He estado buscando en profundidad a Nicola Galli, por si no es la primera vez que actúa así o ha engañado a otras mujeres, pero no he encontrado nada, ni una sola denuncia. Solo sé que vino de vacaciones a Cadaqués el verano de 2021, entró a comer en el restaurante, mi versión de aquí lo reconoció de Instagram, le propuso quedarse a trabajar, y el resto es historia. Así de «fácil», aunque a Carlota parecía extrañarle que hubiera conseguido a un chef tan afamado como Nicola, y yo empiezo a sospechar que,

detrás de su contratación, hay algo que ni siquiera sabía la versión de mí de este mundo.

—¡Goooooooooool! ¡Goooooooool! —grita eufórico el padre que está sentado a mi lado, permitiéndose la confianza de darme un codazo.

—¡Han ganado! ¡Han ganado!

—¡Oeeeeee, oe, oe, oeeeeeee!

¡Madre mía, que mi cabeza se ha ido a otra parte y no me he dado cuenta del gol que acaban de marcar y que han llevado al equipo en el que juega mi hijo a la victoria!

Me levanto, aplaudo, silbo, y me uno a los entusiastas «Oeeeee, oe, oe, oeeeee, ¡GANADORES, GANADORES!», como si fuera lo mejor que nos ha pasado en mucho tiempo. Un pelín exagerado, pero todo sea por los chicos, que se lo han currado de lo lindo.

Pol, que corre a través del campo abrazado a un amigo, me mira y me dedica una sonrisa enorme y luminosa que yo correspondo, hasta que todo el barullo que hay a mi alrededor se desvanece cuando vislumbro a Gael en las gradas de enfrente, muy cerca de donde se encuentra Nicola, que sigue con la oreja pegada al teléfono.

CAPÍTULO 41

GAEL

Llegar a este momento y encontrarme aquí, en el campo de futbol de Cadaqués, ha sido toda una odisea. Me da la sensación de que ha pasado una vida entera, cuando en realidad solo han transcurrido unas pocas semanas en las que he tenido que armarme de paciencia.

Hace tres semanas conduje desde Oturia hasta París como un autómata. Me encontré con una vida similar a la mía, pero con una insoportable Valeria a mi lado en lugar de Paula, y un fondo de armario muy distinto, más elegante y sobrio. Seis cafeterías, demasiado estrés, un minibar con mucho alcohol en un piso Haussmann cerca de la estación de metro Trocadéro con vistas a la Torre Eiffel, por el que pagamos una cifra astronómica cada mes, y mi alma tan vacía como sus estancias minimalistas de «mírame y no me toques».

¿Cómo pensaba Valeria criar a un bebé en ese piso inmaculado, si a mí me gritaba por ensuciar la encimera de mármol veteada de la cocina con un grano de café apenas perceptible?

La noche antes de la primera ecografía, me quedé mirando a Valeria. Me parecía imposible que el Gael al que había suplantado, por así decirlo, se hubiera casado con ella, aun siendo un infeliz. No podía dejar de pensar en mi anterior línea temporal y en el momento

en que descubrí los restos de la mujer que tenía al lado, aunque en realidad eran los restos de una versión diez años más joven, en el pozo del jardín de la casa de Cadaqués de los padres de Paula. Al igual que hizo Joaquín diez años atrás, lo volví a tapiar, ocultando así una desaparición que aquí, en este mundo, no ocurrió. El tema me obsesionaba casi tanto como mi muerte en mi otra realidad. Puede que Toni, el San Pedro de Oturia, tuviera razón y la muerte no exista. Solo es un cambio. Un salto. No creo que sea algo infinito, nada lo es, y llegará un momento en que tendremos que enfrentarnos a la oscuridad, *a no más realidades alternativas, no más vida*. Pero mientras tanto… bueno, aquí estamos por obra y milagro de la bruja de Oturia.

Intenté volver a hablar con Valeria sobre el cadáver enterrado en el jardín de la casa de Oturia. Sami. Samuel. En este mundo alternativo, no existe. Lo matamos hace diez años. La madrugada del 12 de agosto, por lo visto. Siempre el 12 de agosto…, como si hubiera días destinados a marcar la diferencia de toda una vida. Hace unos días, no tenía ni idea de qué hacíamos en Oturia en lugar de veranear, como siempre, en Cadaqués.

¿Por qué en esta realidad no nos quedamos en Cadaqués?

¿Qué cambió en este mundo?

¿Algún día llegaré a tener las respuestas a todas mis preguntas?

¿Me adaptaré tanto a esta línea temporal que será como si la realidad que he abandonado jamás hubiera existido?

Valeria no estaba por la labor de volver a hablar de ese tema.

«Demasiado escabroso. Fue una noche horrible. Ojalá nadie descubra lo que hicimos. Los tres, fuimos los tres, pero Samuel se lo buscó. Espero que Paula no se vaya de la lengua. Que su hijo no se entere nunca de nada ni empiece a hacer preguntas que Paula no pueda o no quiera evitar».

—Espera, ¿qué? ¿Su hijo? ¿Paula tiene un hijo? —se me escapó, y entonces, como es algo que yo tendría que saber, Valeria volvió a mirarme como si tuviera algún tipo de enfermedad mental, sacudió la cabeza en plan «no tienes arreglo», y se fue al cuarto de baño, porque, con el embarazo, aunque estaba de muy pocas semanas, meaba a todas horas.

No podía investigar nada sobre Paula. También me había bloqueado en Instagram, aunque no es una red social que yo usara demasiado, ni en mi anterior vida ni, por lo visto, en esta. Lo último que la versión de mí de este mundo publicó, fue una foto de la sexta y última cafetería que Valeria y yo abrimos en el distrito XVI hacía dos años. Resulta que, *aquí*, tenemos un equipo que nos lleva la cuenta en redes sociales de la cadena de cafeterías Val & Gal, que, para ser sinceros, es más comercial que *Le café de Paula* (El café de Paula en francés).

Deduzco que, cuando Paula, *la Paula de mi mundo*, saltó a esta realidad y descubrió que tiene un hijo, sumado al follón de ver que otra versión de mí estaba casado con Valeria y no con ella, no me extraña nada que me negara la palabra. Tuvo que ser devastador. Y, al ver a Valeria con vida, aun recordando que la había matado, Paula, *mi Paula*, debió de volverse casi tan loca como yo.

A lo largo de estos últimos días en París, solo pensaba en escapar de esta vida que no siento mía y conducir hasta Cadaqués. Encontrar a Paula. Sería fácil dar con ella; el restaurante Casa Costa es de su propiedad. Hablar largo y tendido de lo surrealista de la situación que ambos hemos atravesado con un mes de diferencia, aunque acabáramos en un mismo tiempo y espacio, como si la bruja de Oturia hubiera sentido algo de compasión por los dos, pese a los pecados imperdonables que cometimos.

Y volver, volver a estar juntos.

Podríamos haber aterrizado en una línea temporal en la que alguno de los dos no existe, y habría sido un castigo cruel por parte de la bruja, pero no ha sido así. Si algo he aprendido de esto, es que todas las decisiones que he tomado o que no he tomado, y las acciones de los demás, me han afectado y han dado lugar a varias ramas, puede que a un número infinito de *Gaeles* que viven en mundos paralelos de los que nunca sabré nada, algunos similares a los que podría considerar hogar y otros, más o menos como este en el que me encuentro, totalmente diferentes.

Tampoco me olvido de Manu. Muerto en la otra realidad porque yo lo encargué, algo que Paula no tiene por qué saber, y desaparecido desde hace diez años en esta línea temporal. El caso es que Manu lo sabía, sabía que, si yo iba al bosque de Oturia, volvería a ver a Paula. Tuvo el detalle de decírmelo, pese a saber que estaba a punto de morir por mi culpa. Y me prometí que así sería, que la volvería a ver, aunque no sabía cómo ni cuándo, en el momento en que, guiado por una Valeria histérica y cabreada conmigo por mi supuesto despiste, me encontraba conduciendo hacia la clínica privada donde teníamos cita para la primera ecografía de *nuestro* bebé.

Pero…

… no había latido.

Valeria se echó a llorar con una tristeza que no creí posible en alguien tan frío y déspota como ella.

Y yo me sentí un mierda y un miserable, culpable de que el feto que crecía en su interior no hubiera seguido adelante, porque entonces ya nada me ataba a Valeria, y, claro, ¿acaso no era lo que más había deseado? Llevaba días pensando en cómo librarme de ella.

No obstante, decidí quedarme en París un tiempo más, aunque de poco me sirviera para descubrir no esta vida, el presente no me interesaba, sino el pasado. Qué hice en el pasado. Para atenerme a

las consecuencias, en caso de haberlas. Y porque Valeria, una versión de Valeria que no llegó a existir en mi vida anterior, me daba pena. Hasta que una noche y por sorpresa, se tumbó en su lado de la cama y me allanó el camino con una calma y una dulzura que solo había visto en ella cuando la ginecóloga le dijo que no había latido y que tenían que hacerle un legrado. Habían transcurrido dos semanas de ese fatídico día, y Valeria parecía estar un poco mejor.

—Hoy he estado recordando cómo empezó lo nuestro.

—¿Ah, sí?

Seguí leyendo *Todos nuestros presentes equivocados*, de Elan Mastai, lectura que había elegido porque la trama central iba de una de mis obsesiones más recientes: viajes en el tiempo, mundos alternativos, distintas versiones de nosotros mismos… No pensaba que la conversación que Valeria había iniciado fuera a conducirnos a nada importante ni a darme tantas respuestas, pero me equivoqué y no tardé en dejar el libro encima de la mesita de noche.

—Sí, y siento que ninguno de los dos merecemos ser tan infelices, Gael. Me da la sensación de que nos hemos forzado a vivir una vida que no nos llena ni nos corresponde. Y ha sido muy triste y lo he pasado fatal, pero todo pasa por algo, y puede que perder el bebé haya sido lo mejor para decidirnos a tomar caminos separados, algo que deberíamos haber hecho hace mucho tiempo.

Ahí fue cuando, intrigado por lo que fuera a decirme, aparqué el libro.

—A ver, la verdad… yo me lie contigo porque quería joder a Paula, aunque me gustabas, y, bueno, te quise. A mi manera. Nadie está diez años con alguien a quien no quiere, ¿no? Yo no, tú no sé…, porque los últimos años te los has pasado ebrio y en las camas de otras mujeres, así que… Pero, en tu caso, fue distinto, ¿verdad? Me di cuenta en Oturia, cuando volviste a ver a Paula. Tú te liaste conmigo porque ella te rechazó. Claro, es que fuiste a elegir un

momento, Gael… después de lo que le pasó, ¿qué pensabas? ¿Que se iba a echar a tus brazos? Normal que estuviera cabreada con el mundo y quisiera estar sola, y nosotros tampoco insistimos mucho. No la apoyamos. En casos así, lo fácil es mirar hacia otro lado, y eso fue lo que hicimos.

«Joder… ¿Qué le pasó?».

Tuve que morderme la lengua para no formular la pregunta.

Miré a Valeria expectante, deseoso de que acabara con todo de una vez.

Y me dejara ir. A mí. Y también al Gael infeliz que malgastó una década de su vida con ella, aun queriendo a Paula. Porque estoy convencido de que la quería, y fantaseé con que, en todos los universos paralelos que puedan existir, Gael y Paula se quieren, aunque no siempre hayan podido terminar juntos.

—Aún la quieres, ¿no? —me preguntó Valeria, esbozando una media sonrisa que me venía a decir: «Te he pillado»—. Han pasado diez años, pero da igual, el primer amor no se olvida —añadió con aire soñador—. En Oturia estabas… no podías dejar de mirarla, Gael. Aún te hipnotiza. El caso es que… ¿qué hacemos con las cafeterías? Aunque nos separemos, seguimos igual, ¿no? ¿O repartimos? ¿Tres para ti y tres para mí?

—¿Por qué fuimos a Oturia? —se me ocurrió preguntar.

—¿Cómo?

—¿Por qué, el verano de 2014, fuimos a Oturia en lugar de quedarnos en Cadaqués?

Cuando pensaba que Valeria me miraría una vez más como si tuviera demencia, porque también debería conocer la respuesta a

esa pregunta, inspiró hondo, recostó la cabeza en el cabezal de la cama, y, con la mirada dirigida al techo, empezó a hablar:

—Nunca se lo he contado a nadie, Gael, y espero que seas discreto. Paula se enteró más tarde, aunque no por mí, y nunca llegamos a hablar del tema. Habría sido demasiado incómodo. El caso es que… bueno, fuimos a Oturia porque yo estaba liada con el padre de Paula. Con Joaquín, no sé si llegaste a conocerlo. Llevábamos un año viéndonos a escondidas. Y una noche, Sofía nos pilló en el despacho del restaurante. Lo pasé fatal… Sofía se volvió loca, hasta el punto de amenazarme de muerte. Si Joaquín no hubiera estado ahí… en fin, yo creo que Sofía me habría matado.

Me quedé atónito. Por un momento, pensé que esa situación podía haber desencadenado realidades distintas. En este mundo, fue la madre de Paula quien descubrió la aventura que había entre Joaquín y Valeria, vale, pero ¿y si en la realidad de la que yo vengo, fue Paula quien los pilló in fraganti? ¿Fue ese el motivo que empujó a Paula a acabar con la vida de Valeria en un arrebato de ira? ¿Pero cómo era posible que Manu, con su supuesto don de clarividencia, no lo supiera? Al menos, no me lo dijo, y recordé que me aclaró que sus visiones eran selectivas, que no lo sabía *todo todo*. No me pareció que Manu supiera nada sobre la aventura entre Joaquín y Valeria que seguro que también existía en mi anterior realidad. En ese momento en el que Valeria y yo nos quedamos en silencio, pensé que me estaba volviendo un experto en mundos paralelos, pero es un tema tan complejo, que es muy probable que estuviera pasando por alto algo importante.

—Entonces… —traté de decir, pero no me salían las palabras. Lo mejor era callarme y dejar que Valeria hablara.

—Estaba metida en un buen lío —continuó—. Como te digo, Sofía me amenazó. Al principio de muerte… en plan loca total: «¡Te voy a matar, zorra!». Muy de culebrón, ¿sabes? Luego, cuando se calmó un poco, me dijo que, o me iba de Cadaqués, o me destrozaría la

vida. Todo el mundo, mis padres incluidos, se enterarían de que era una puta, así me llamó, puta… Por eso organicé esa escapada improvisada y precipitada a Oturia. Tenía la esperanza de que todo se calmara, de que Sofía me perdonara y olvidara el desliz de su marido, pero fue peor… Agus se tomó la libertad de invitar a Samuel, aquel capullo engreído al que apenas conocíamos, violó a Paula, la dejó embarazada, ella decidió tener al niño y… y Manu desapareció. Lleva diez años desaparecido.

—Por eso lo matamos… —caí en la cuenta, consternado por la información. Samuel, bueno, el Sami al que yo conocía, era incapaz de matar a una mosca, pero ¿por qué actuó así en esta realidad? ¿Por qué le hizo daño a Paula? Sami, al contrario que todos nosotros, no tuvo una vida fácil. Al principio, debió de pensar que éramos unos consentidos. Está claro que su manera de gestionar las difíciles situaciones que vivió, fue distinta de una línea temporal a otra, pero ¿tanto? ¿Aunque nos enfrentemos a los mismos desafíos, podemos convertirnos en personas totalmente contrarias de una realidad a otra? Vuelvo a repetirme, pero yo también soy un ejemplo de lo distintas que pueden ser dos versiones de nosotros mismos, dependiendo de hacia dónde nos conduzca la vida. Nunca le fui infiel a Paula. Pero en esta realidad sí le he sido infiel a Valeria y no una ni dos veces, no, sino varias. Y era alcohólico y fumaba un montón. En serio, creo que tenía un grave problema con la bebida. ¿Mi versión de *aquí* llegó a ser agresivo? ¿Déspota? ¿Una mala persona que trata mal a los demás?

Entonces, el hijo que Paula decidió tener era hijo de Sami al que en este mundo conocimos como Samuel, y era fruto de una violación. Enterarme de eso me destrozó.

—Por eso lo maté, sí —me corrigió Valeria al cabo de un rato, tan pensativa y consternada como lo estaba yo, con la diferencia de que ella podía revivir ese terrible momento, mientras yo no tenía ningún recuerdo de lo sucedido. Solo podía imaginarlo, y aun así, me resultaba insoportable—. Y aunque ya sabes que vivo aterrorizada

de que descubran lo que hice, lo que hicimos… lo volvería a hacer mil veces. Ese tío no merecía vivir después de lo que le hizo a Paula.

«¿Si Valeria hubiera sabido que Paula la asesinó a ella a sangre fría en un mundo alternativo, volvería a matar a alguien para defenderla?», me pregunté.

—El caso es que, cuando Manu desapareció, Sofía volvió a la carga. No le había importado que sus hijos se animaran a venir a Oturia con tal de que yo desapareciera del mapa, pero me convertí en la culpable de todas sus desgracias. Volvió a amenazarme. Me dijo que no volviera a Cadaqués en mi puta vida, como si el pueblo le perteneciera —confesó Valeria—. Y otra vez amenazas de muerte, Gael, como si fuera el capo de una mafia. Siempre he pensado que esa mujer está loca, que es capaz de hacer cualquier cosa. Por eso volvimos a Cadaqués solo una vez y hace años, y yo tuve mucho cuidado de no encontrarme con Sofía. Acuérdate. No quería pasar cerca de Casa Costa para no coincidir con ella. Y sobre Joaquín… siempre he pensado que Sofía lo mató. O lo incitó a que se matara, porque no hubo indicios de que fuera provocado, pero… No sé.

—Con la pistola, una reliquia familiar, en el despacho de su casa… —tanteé.

La imagen que Valeria me estaba dando de Sofía no era la de la Sofía de mi recuerdo, de mi anterior realidad. Pero quién sabe lo que se nos pasa por la cabeza cuando presenciamos algo que nos altera y nos causa un dolor inaguantable.

¿Qué pasa cuando las buenas personas toman malas decisiones?

¿Qué tipo de situaciones pueden llevarnos al límite y convertirnos en monstruos?

Pensé que, si estaba en lo cierto y en nuestra anterior línea temporal fue Paula quien vio a su padre con Valeria en lugar de Sofía, cumplió con lo que cualquiera podría llegar a pensar en

caliente: «La mataría con mis propias manos». Y eso hizo, mató a Valeria, aunque no *aquí*, porque en lugar de Paula, algo cambió para que fuera Sofía quien descubriera la infidelidad de su marido con la mejor amiga de su hija. Que se dice pronto, eh, pero a cualquiera le repugnaría ver o enterarse de algo así.

—Sí… Sí, sí, horrible todo… —confirmó Valeria apesadumbrada, como si el suicidio de Joaquín todavía le doliera pese al tiempo transcurrido, como si… ¿cómo si lo hubiera querido? ¿Fue Joaquín *el primer amor que no se olvida* de Valeria?

—¿Querías a Joaquín? —me atreví a preguntar fingiendo una calma que estaba lejos de sentir, en lugar de echarle en cara que se acostara con el padre de «su mejor amiga», con un hombre mayor que ella y, además, casado. ¿Es que nunca había tenido respeto por nada ni por nadie?

Valeria no contestó a mi pregunta de si había querido a Joaquín. Bueno, quien calla otorga, así que entendí que sí, que Valeria había querido al padre de Paula de verdad, de corazón, y que, de haber podido, lo habría elegido a él. En esta y en mil vidas. Como yo a Paula. Pero la historia entre Valeria y Joaquín era demasiado complicada como para siquiera planteársela.

Al final, Valeria me abrazó como si fuera la última vez. Y supongo que lo era, y está bien ser consciente de las últimas veces. Te preparas, duele menos, aunque mi despedida de Valeria no doliera en absoluto, no, todo lo contrario. Era un alivio. Y de los grandes. Ese abrazo me estaba otorgando la libertad de hacer con esta nueva vida lo que se me antojara.

—Ojalá habernos querido mejor —me dijo Valeria a modo de despedida, antes de ordenarme, autoritaria, que cogiera un par de mantas del armario y me fuera a dormir al sofá.

***

Ahora

Veo a Paula emocionada por la victoria del equipo en el que juega *su hijo*. Un chaval rubio que cruza el campo abrazado a un compañero, la saluda con la mano, y ella le sonríe. Parece feliz.

«¿Es feliz en esta realidad *sin mí*?», me pregunto, emocionado al verla viva, sigue viva y está aquí, en el momento en que desvía la mirada del campo y la dirige hacia la grada que queda frente a la suya, que es donde estoy yo, y me ve. La sonrisa que le ha dedicado al niño, tan radiante y luminosa, se desvanece como si mi presencia la hubiera dejado en shock.

A mi lado, un hombre con un fuerte acento italiano que lleva un buen rato hablando por teléfono, empieza a gritar hasta que se percata de que lo estoy mirando. Baja la voz, me da la espalda y se aleja un poco.

Una hora antes, cuando me he plantado frente a la casa de los padres de Paula, y Sofía me ha abierto la puerta, me he quedado mudo. Ha sido un momento tan impactante como estar ahora a pocos metros de Paula. Y es que, para mí, Sofía también está muerta… sigue muerta en el mundo que dejé atrás. ¿Cuántas versiones de ella han fallecido? ¿Cuántas siguen con vida, como *aquí*? ¿Y Joaquín? ¿Y Manu? ¿Y Paula y yo?

Aún recuerdo a Sofía tendida en la cama. Tenía la piel fría y el rostro sereno de quien ha muerto en paz o con la esperanza de reencontrarse con sus seres queridos. He tenido que contener la impresión que me ha causado volver a verla con vida, y apartar de mi pensamiento lo que Valeria me dijo tres noches atrás. Sofía, *aquí*,

no es una buena persona. Puede que matara a Joaquín o lo incitara a suicidarse, tres meses después de la desaparición de Manu.

—¿Gael? —me ha preguntado Sofía al abrir la puerta, reconociéndome en el acto, pero como si no nos hubiéramos visto en muchos años. Mi visita le ha resultado de lo más extraña.

—Hola, Sofía, ¿qué tal?

Dadas las circunstancias, creo que mi comportamiento ha sido bastante normal, pese a mi lucha interna por disipar una ansiedad silenciosa y persistente.

—Muy bien, como siempre. ¿Y tus padres?

Eh… buena pregunta.

¿Y mis padres?

Por lo visto, en esta realidad tengo aún menos contacto con ellos que en la anterior. Ni una sola llamada en todo este tiempo, ni un mísero wasap… Nada.

—Bien, todo bien. ¿Está Paula en casa?

—No, está en el campo de fútbol. Pol, su hijo, tiene partido.

—Ah.

—Ve, allí la encontrarás —me ha animado, sonriente y con su porte de siempre. Agradable, distinguida pero sencilla… una mujer familiar que acoge a todo el mundo con los brazos abiertos y en cuyo corazón no parece haber ni una pizca de maldad. Pero puede que solo se trate de una máscara con la que proteger su verdadera identidad y sea, como dijo Valeria, un monstruo, un lobo disfrazado de cordero.

—Genial, gracias.

—Y, cuando quieras, vuelve y nos ponemos al día. He oído que te va muy bien en París, con Valeria. ¿Cuántas cafeterías habéis abierto?

—Eh… seis.

—¡Qué maravilla! A Paula le va muy bien en Casa Costa —me ha contado con orgullo—. Lo tienen todo reservado hasta marzo, ¿te lo puedes creer? Cuando ya sabes que aquí en invierno se trabaja poco. Pero hace tres años tuvo visión al contratar a Nicola Galli, no sé si te suena. Es un chef italiano buenísimo y muy famoso, con miles de seguidores en redes sociales. La gente va al restaurante solo por él.

Miro de reojo al italiano que, algo más calmado, sigue hablando por teléfono con expresión seria y preocupada. Lo he reconocido en el acto. Estuve buscando información sobre él. Es Nicola Galli, el chef de Casa Costa.

Con disimulo, acorto los pocos metros que me separan de él sin que se dé cuenta, alcanzando a escuchar las últimas palabras que le dedica a la persona que está al otro lado de la línea:

—Pase lo que pase, tanto si firma como si no, Paula está muerta.

CAPÍTULO 42

PAULA

Hace rato que he perdido de vista a Gael, como si su presencia en las gradas hubiera sido un espejismo. No tenía mucho sentido que, estando con Valeria y disfrutando de una acomodada vida en París, estuviera aquí. Al fin y al cabo, en esta realidad hacía años que no nos veíamos y el fin de semana en Oturia fue… raro. Una trampa de Valeria. Un caramelo envenenado. No sé para qué, deduzco que para asegurarse de que continuara manteniendo *nuestro secreto* a salvo. El asesinato de Samuel. Su cuerpo enterrado en el jardín de la casa de Oturia, debajo del sauce llorón que está cerca de la entrada.

Espero fuera a que Pol salga de los vestuarios. Tardan bastante, seguro que están celebrando la victoria. Me mantengo alejada del corrillo que han formado los orgullosos padres, cuando Nicola, tan aparentemente encantador y seductor como siempre, se acerca a mí. Al intentar darme un beso como si hace cuatro días no me hubiera amenazado con marcharse si no le cedía la mitad de Casa Costa, me aparto bruscamente.

—¿Qué pensabas hacer? —le pregunto, cruzándome de brazos en actitud desafiante. A lo largo de estos días, hemos mantenido la distancia y una actitud meramente profesional, aunque algo incómoda.

Con aire arrogante, Nicola me recuerda:

—Tres días. Voy yendo al restaurante, que hay mucho por hacer. Mis platos no se preparan solos.

Ha recalcado «mis platos». Sus recetas únicas y secretas, aunque en sus *reels* de Instagram parece que desvele las recetas de su *nonna* sin misterios y sin nada que ocultar, mostrando hasta el último ingrediente para que todo el mundo pueda hacerlo en sus casas.

Farsante.

En un arrebato de ira, agarro a Nicola del brazo haciendo que se detenga en seco. Sorprendido, porque apuesto a que no pensaba que yo tuviera tanta fuerza, se gira hacia mí con las cejas arqueadas, esperando a que diga algo.

¿El qué?

Ni yo misma lo sé.

No reconozco mi voz cuando hablo con una contundencia que no creía posible debido a los nervios:

—No voy a firmar esos papeles, Nicola. Es más, cuando llegue a casa, lo primero que voy a hacer es prenderles fuego. No voy a cederte la mitad del restaurante. Jamás, ni en sueños. Puedes irte hoy mismo, no te quiero en *mi* cocina.

Nicola inspira hondo, aprieta la mandíbula y cierra los puños como si quisiera golpearme… Me pregunto qué haría si a nuestro alrededor no hubiera tanta gente. ¿Dónde está el Nicola dulce y atento que me llamaba *Bella*? Todo fue una mentira que mi inocente versión de aquí se creyó y yo también, al principio, aunque he jugado con ventaja al no sentir absolutamente nada por él. Tras unos segundos en los que en su gesto reconozco la misma rabia que a mí me corroe por dentro, inquiere:

—¿Estás segura?

—No he estado tan segura de algo en mi puta vida.

Nicola me mira como si me estuviera perdonando la vida.

Me da por pensar que no iba muy desencaminada con mi hipótesis de que, si hubiera firmado el contrato, habría acabado muerta en una cuneta para que Casa Costa pasara a ser exclusivamente de Nicola. Por algo estaba la cláusula de que, si me pasaba algo, mi mitad sería automáticamente suya, y Casa Costa desaparecería para dar paso a Casa Galli. Como si lo estuviera viendo. Ya no sabré qué opina mi madre sobre la propuesta de Nicola, que acabo de rechazar rotundamente. No he llegado a hablar con ella al respecto.

Sin embargo, un mal presentimiento me asalta cuando Nicola se aleja de mí.

«Paula… Paula, joder… Tres años trabajando con este tipo que te engatusó, cegándote por completo, y no te diste cuenta de que es un cabrón?», le reprendo a mi versión de este mundo alternativo que no es tan confortable ni seguro como quise creer al principio.

Soy consciente de que, sin Nicola Galli, Casa Costa morirá. Encontrar a un chef de su talla a estas alturas en un pueblo que solo florece cuando hace buen tiempo, es como buscar una aguja en un pajar. Llegué a pensar que, debido al prestigio de Casa Costa, sería coser y cantar, pero ahora mismo no lo tengo tan claro. No obstante, no quiero volver a ver a Nicola ni en pintura. Es que le he cogido un asco… le tengo tanta manía, que lamento cada uno de los besos que permití que me diera, aun sin conocerlo de nada. ¿Cómo pude dejarme llevar por un instinto tan primario como el del deseo? Mi cuerpo reaccionaba a él con tanta naturalidad, como si estuviéramos hechos el uno para el otro, que decidí seguir con el juego para no levantar sospechas, aunque, ¿qué sospechas podía levantar, si a cualquiera que se le diga que vengo de otra realidad y he saltado a esta por culpa de una bruja, me mandaría a un centro psiquiátrico?

Ver a Gael casado con Valeria en lugar de conmigo y tan acaramelados en Oturia, me trastornó, aunque no tanto como ver a Valeria viva, cuando yo recordaba haberla matado. El caso es que me hizo desear una relación especial que creí tener con Nicola. Y resulta que Nicola nunca *me* quiso bien. Nunca quiso a la Paula de esta realidad, y me compadezco de ella y ahora de mí, que no soy más que una simple sustituta aprendiendo a vivir, a la que le ha tocado recibir el golpe. A mi versión de *aquí* le habría dolido, aunque estoy segura de que ella habría firmado ese maldito contrato con una cláusula que, probablemente, la habría llevado a «desaparecer». A mí no me duele lo más mínimo, pero detesto el juego sucio.

Otra vez ese fuego consumiéndome por dentro… esa rabia, ese impulso de hacer lo peor… es posible que lleve dentro a una asesina. Ya lo hice una vez, ¿no? Y en este mundo también oculté un asesinato. Por eso la bruja de Oturia me eligió.

Vamos, asúmelo ya y deja de engañarte a ti misma.

No soy y nunca seré una buena persona. Ni en esta realidad alternativa ni en la anterior ni en todas las que pueda haber.

***

Fragmento del diario secreto de Paula,

escrito en febrero de 2015

Parte III

Samuel cayó al suelo. Le empezó a salir sangre de la cabeza, casi tanta sangre como a mí de la cara que no me atreví a tocar porque sentía la mejilla partida en dos, un desgarro que dolía, dolía horrores... Hasta que se me durmió.

Todavía tendida sobre el césped, que notaba helado en la piel, vi a Valeria sosteniendo una piedra enorme y, a su lado, a Gael con la cara desencajada. Su palidez me habría preocupado si yo hubiera estado en una situación más favorable.

Pero estaba mal. Estaba fatal…

Intenté levantarme, pero me fue imposible.

Cuando pensé que todo había terminado y que el siguiente paso era llamar a la policía y entregar a Samuel por lo que me había hecho, Valeria se sentó a horcajadas encima de él. Levantó la piedra y empezó a golpearlo en la cara una, dos, tres veces… perdí la cuenta.

Me quedé ciega. Sorda. Muda.

Sé que Samuel gimió e hizo un amago de gritar, pero tampoco estoy muy segura de que eso ocurriera. Mientras tanto, Gael, no sé cómo, se espabiló un poco para ayudarme. Lloraba. Me miraba y lloraba y me pedía perdón, y yo le susurré, balbuceante:

—¿Es grave? Mi cara… no siento la… la mejilla… me dolió, pero ahora… ahora ya no.

Gael no contestó, solo... solo se derrumbó e impidió que me llevara la mano a la cara. Con vergüenza, me ayudó a subirme las bragas y los tejanos, mientras Valeria, colérica, seguía encima de Samuel, pero estaba quieta, ya sin la piedra entre las manos ensangrentadas, observando el horror de lo que había hecho.

—Gael… —lo llamó Valeria, con una voz tan rota que no parecía la suya—. Entra en casa, coge toallas, hay varias en el armario del pasillo que está al lado del cuarto de baño. Hay que impedir que le siga saliendo más sangre de la cara… En cuanto acabemos con esto, la llevo al hospital.

¿Tan grave era? Estaba tan aturdida y asustada, que no podía moverme. Era incapaz de levantarme.

Gael obedeció y desapareció a toda prisa por el camino de baldosas hacia el interior de la casa.

Valeria se puso en pie. Me tendió la mano que yo, aturdida, acepté, y me ayudó a levantarme. Entonces vi lo que había hecho. Había matado a Samuel. Pero no de cualquier manera, no, lo había destrozado… su cara era… no era una cara, era un amasijo deforme en la que ya no había ojos ni boca ni nariz… le había abierto la cabeza y los sesos se habían desparramado por el césped teñido de rojo, un rojo intenso que brillaba con el resplandor de la Luna, que parecía un foco dirigido a una escena gore de terror.

—Valeria…

—Igual me he pasado un poco… —murmuró.

Gael regresó con un total de cinco toallas que fue colocando torpemente y con mucho cuidado en mi mejilla izquierda desgarrada.

—Aguántalas encima de la mejilla… —me dijo, con el horror reflejado en el rostro al ver el cadáver de Samuel. Su cabeza era poco más que un amasijo de hueso y carne bañada en sangre. Dolía verlo—. Joder, Valeria… ¿No podríamos haber llamado a la policía?

Era lo que yo había pensado. Dejarlo noqueado, denunciar lo que me había hecho… Pero Valeria había tomado la drástica decisión de acabar con su vida. Ya estaba hecho y no había vuelta atrás.

¿Valeria estaba drogada? ¿Borracha?

Había esnifado algo de la coca que trajo Samuel, pero ¿hasta qué punto la droga la había empujado a cometer un asesinato tan atroz?

Se mostraba ida y nerviosa y a ratos su comportamiento era errático, pero no parecía arrepentida. A esas alturas, no nos quedaba otra que ocultar lo que había pasado y librarnos de la cárcel, que es donde habríamos acabado si alguien nos llega a descubrir o si Samuel hubiera tenido a alguien que se preocupara por él. Adelanto que, de momento, nadie ha denunciado su desaparición. Parece que no tenía amigos íntimos, tampoco familia… es triste no importarle a nadie, y supongo que de ahí venía su rabia, su maldad… Creo que la droga y el alcohol también influyeron en él. Al igual que Valeria, iba muy puesto de coca. El caso es que tengo que repetirme a diario que Samuel era una mala persona que me había agredido y que está mejor pudriéndose bajo tierra.

Valeria, fría como un témpano de hielo, soltó sin mirarnos:

—Esto es lo que merecía este cabrón.

Aunque le temblaba un poco la voz, pasados unos minutos seguía sin haber ni pizca de remordimiento en su actitud. El efecto de la droga que había influido tanto en Valeria fue disipándose, como si hubiera desaparecido de su organismo como por arte de magia. Y, al cabo de un rato, Valeria y Gael empezaron a cavar un hoyo profundo bajo un sauce llorón.

Parecía que me encontraba dentro de un mal sueño. El tiempo empezó a funcionar de una manera distinta, más rápido o más lento, no sé, a momentos me daba la sensación de que el tiempo se había estancado. Como yo estaba sin fuerzas y en shock, pues cada vez me sentía más mareada debido a toda la sangre que había perdido y que había podido detener un poco gracias a las toallas que Gael me había dado, Valeria me pidió que vigilara. Si Agus, Laia o Carlota se despertaban y bajaban, dándose de bruces con el percal, estábamos

jodidos. Tres ya son multitud para guardar un secreto de esa magnitud, imagina si se suman más personas.

¿Y mi hermano? ¿Dónde estaba Manu? Nadie lo sabía. En ese momento, poco nos importaba, aunque yo esperaba que estuviera durmiendo.

Enterrar a Samuel, regar el césped para limpiar toda la sangre derramada, y dar con una mentira convincente que contar en el hospital sobre cómo me había desgarrado la mejilla de una manera tan bestia, nos llevó un total de tres horas, pero el trauma, yo estaba convencida de ello, duraría toda la vida. Y ahora también tendré que convivir con la horrible cicatriz que Samuel me provocó en la mejilla izquierda, un recuerdo del infierno que viví, una pesadilla que duró unos pocos minutos, pero que seguirá dentro de mi cabeza hasta que me muera.

CAPÍTULO 43

GAEL

«Pase lo que pase, tanto si firma como si no, Paula está muerta».

¿De qué va ese tío? ¿Quién es en realidad el chef que Paula tiene contratado? Parecía un asesino a sueldo más que un cocinero, joder.

«Paula está muerta».

Nadie vaticina algo así si no tiene pensado actuar de la peor de las maneras.

Muy a mi pesar, mi encuentro con Paula va a tener que esperar.

El italiano, el tal Nicola Galli, sale de las gradas y se acerca a Paula, quien lo recibe con rechazo. Sigo observando a suficiente distancia para que ninguno de los dos repare en mi presencia. Cerca de ellos, hay varios padres hablando en corrillo. Paula le habla al italiano cabreada. Parece furiosa, nada que ver con la sonrisa feliz y relajada que le ha dedicado al niño que la ha saludado en el campo. Conozco esa expresión, la rigidez que domina su cuerpo en momentos de tensión. Lo que no entiendo, es por qué en esta línea temporal Paula tiene una cicatriz en la mejilla izquierda. Aunque la intenta disimular con el cabello, se le nota bastante, soy capaz de distinguirla, aun estando un poco lejos. Es *mi Paula*, eso está claro, pero, al mismo tiempo, es distinta. Y entonces, pienso en lo que

ocurrió en este mundo la noche del 12 de agosto de 2014. ¿La cicatriz se la provocó Samuel?

Cuando al cabo de un rato veo a Nicola alejándose de Paula, salgo del campo sin que ella me vea. El tipo se detiene frente a una moto roja de gran cilindrada. En lo que tarda en abrir el portaequipajes para coger el casco y colocárselo en la cabeza, yo me subo a mi coche, que he dejado aparcado en un hueco que he encontrado un poco más abajo. Cuando arranca, emprendo la marcha. No me cuesta seguirlo, cada vez más extrañado por la trayectoria que está tomando. Va directo a la casa de Sofía, subiendo a toda velocidad por las cuestas y tomando las curvas de forma temeraria. Aparco a unos precavidos metros de distancia y salgo del coche. Me escondo detrás de un árbol. Nicola ha dejado la moto en el camino de acceso de la casa, ha llamado al timbre, y está manteniendo una conversación acalorada con Sofía. ¿Era con ella con quien hablaba por teléfono? ¿Era a Sofía a quien le ha dicho, con una seguridad apabullante que me ha helado la sangre, que, *pase lo que pase, tanto si firma como si no, Paula está muerta*?

Vuelvo a pensar que Valeria tenía razón. Es una Sofía muy distinta a la que yo recuerdo, posiblemente por los palos que ha recibido en esta realidad, aunque en la anterior no se quedara corta de desgracias. Ahora es ella quien le habla al italiano con el rostro crispado. Amenazadora, levanta el dedo índice en dirección al tipo, que da un paso hacia atrás como si la temiera.

Acto seguido, Nicola le da la espalda y baja las escalinatas con la cara roja de ira. Está hecho una furia. Sofía no se mueve del quicio de la puerta hasta que no lo ve marcharse con la moto.

Me vuelvo a subir al coche. Arranco con decisión y asciendo a diez por hora la poca distancia que me separa del camino de acceso de la casa de Sofía, donde tan solo un par de minutos antes el italiano ha dejado la moto.

Llamo al timbre, y Sofía no tarda en abrirme la puerta con cara de pocos amigos, cambiando el gesto al verme a mí y no al chef, con el que está claro que acaba de tener un enfrentamiento.

—Perdona, Sofía, ¿molesto?

—No, no, para nada. —Pese a su respuesta, parece extrañada de volver a verme, y es que yo, o mi versión de este mundo, probablemente no debería haber regresado a Cadaqués—. ¿Has visto a Paula? —me pregunta, tensa y con un tono de voz duro y frío que dista mucho de la Sofía que yo conocí, tan rota y débil durante sus últimos días de vida.

—Sí, pero había un montón de gente y no he podido acercarme. ¿Te importa si la espero aquí?

Sofía se me queda mirando como si desconfiara de mí o mi visita supusiera un engorro. Pero, acto seguido, asiente con la cabeza forzando una sonrisa, y me invita a pasar. Servicial como la recuerdo de la realidad de la que provengo, aunque aquí me da la impresión de que es más dura, me ofrece café, té, una cerveza, lo que me apetezca, tiene de todo, «¿O quizá unas magdalenas que acabo de hacer?».

—Solo café, gracias. Por cierto… ¿Quién era el hombre con el que estabas hablando?

—Nadie —contesta, esquiva y sin mirarme.

CAPÍTULO 44

SOFÍA

La culpa es mía. Solo mía.

Fui yo quien trajo a Nicola. Lo metí en la vida de mi hija para que Casa Costa no muriera, haciéndole creer que había sido ella quien había conseguido al mejor chef para remontar, y ahora, aún no sé cómo, lo voy a hacer desaparecer.

Me he cansado de sus chantajes, propios de la mafia de la que proviene y de la que me dijo, con cara de cordero degollado, que había huido, *«porque él no es así, como las personas que lo habían criado».*

Y una mierda. Nicola es peor. Es un monstruo sin alma.

Estoy harta de darle dinero cada vez que me lo pide, no contento con el elevado sueldo que Paula le paga cada mes por su encomiable trabajo. Una cosa no quita la otra; es el mejor chef que Casa Costa ha tenido jamás. He disimulado, haciendo ver, y además con bastante guasa, que era el hombre perfecto para mi hija, que tardó dos años y medio en sucumbir a sus encantos, aunque era algo que se veía venir. Pero lo que ahora Nicola está reclamando con una urgencia que no logro entender y que no me gusta un pelo, se pasa de castaño oscuro. La mitad del restaurante. Con una cláusula muy específica que enseguida me hizo sospechar que cuando Paula,

cegada de amor, firmara el contrato, Nicola se desharía de ella para quedarse con todo.

Es perverso.

Lo más extraño de todo, es que, a lo largo de estos días, Paula no me ha comentado nada sobre la propuesta que Nicola, ya con el contrato preparado, le tendió sobre la mesa. Es como si mi propia hija no confiara en mí o no tuviera en cuenta mi opinión. Y es normal, porque en los tres años que Nicola lleva trabajando en Casa Costa, no he sido sincera. Me he guardado muchas cosas para mí. Demasiadas. Y ahora me van a explotar en la cara. He esperado pacientemente, incluso llegué a preguntarle a Paula, al verla sumida en sus pensamientos con gesto preocupado, si tenía algo que decirme, y ella se limitaba a negar con la cabeza.

Lo único que a Nicola le ha interesado siempre es el restaurante, una mina de oro desde que llegó y que puede incluso aumentar sus frutos siendo de su propiedad, gracias a la fama que se ha granjeado en redes sociales. Siendo como es y proviniendo de donde proviene, me extraña que Nicola se haya expuesto tanto, pero no seré yo, y menos ahora, quien le diga qué es lo que tiene que hacer y lo que no.

Desde el principio, Nicola se propuso conquistar a Paula como si de un reto personal se tratara. Cegarla por completo hasta que la tuviera comiendo de su mano y le dijera a todo que sí. Había perseverado con una paciencia admirable, debido a los traumas que mi hija arrastra. Y al fin, Nicola lo había conseguido. O eso parecía hace unas semanas. Ahora que Paula se niega a firmar, su vida corre peligro de manera inminente. Y es que Paula no parece la misma Paula que se fue a Oturia hace un mes enamoradísima de Nicola. En estos seis meses que llevaban juntos, no la he visto tan indiferente a los encantos del italiano como en este último mes.

Nicola ni siquiera intenta disimular. Está muy cabreado. Necesita tener el control de todo, y ahora que se ha dado cuenta de que no lo tiene, no le importa lo más mínimo mostrar su verdadera cara. Una muy fea y agresiva que lo domina y que lo va a empujar a hacer lo peor… Y eso no nos conviene, ¿verdad? Sus planes no han salido como él esperaba. Para más inri, y ahí tengo la prueba de lo mucho que ha cambiado mi hija en solo un mes, lo acaba de despedir, y ha ocurrido poco después de que Nicola cortara nuestra acalorada conversación por teléfono en la que le he pedido que se marchara de Cadaqués y saliera de nuestras vidas para siempre. A lo mejor he pecado de sonar un poquitín desesperada.

—O si no, ¿qué, Sofía? ¿Qué vas a hacer? Sabías de dónde venía, lo sabías y te dio igual con tal de resucitar un local que estaba muerto antes de mi llegada. Ya es tarde. Paula no ha cumplido con lo que me dijo hace unas semanas, y estoy convencido de que no te ha comentado nada, ¿verdad? —ha escupido entre dientes, para acabar diciéndome el muy malnacido—: He esperado tres años, Sofía. He tenido mucha paciencia… demasiada. Y ahora, por culpa de tu hija y sus malas decisiones, todo ha tenido que precipitarse. Cuánto lo siento… Pase lo que pase, tanto si firma como si no, Paula está muerta.

Hay personas que solo saben sembrar el mal en este mundo.

Personas tóxicas que corrompen todo lo que tocan.

Y esas personas, que te embaucan con su falsedad disfrazada de encanto, merecen un buen escarmiento.

Pero ¿cómo va a abrir Paula el restaurante en hora y media si se ha quedado sin chef?

Nicola es capaz de hacer cualquier cosa para conseguir su propósito. La avaricia lo tiraniza, lleva la maldad en la sangre, lo acabo de ver con mis propios ojos en la manera en que se ha atrevido a hablarme en la puerta de mi casa. Lo que no sabe, es que

yo también soy capaz de hacer cualquier cosa por mi familia. Ya lo hice una vez, diez años atrás, deshaciéndome de Joaquín. Nadie sospechó que no fue él quien apretó el gatillo, y lo de ser una viuda afligida se me da muy bien. Y es que, el muy cabrón, tras la inexplicable desaparición de Manu y el embarazo no deseado de Paula con solo dieciocho años, quería dejarme, tirarlo todo por la borda, hacer volar nuestra vida por los aires y fugarse con su joven amante. Afortunadamente, Valeria acabó con Gael y emprendieron una nueva vida en París. La muy idiota me tenía miedo. Creo que es la única que sospechó que, detrás de la muerte de Joaquín, estaba mi mano. Por suerte, apenas ha vuelto a Cadaqués y, si lo ha hecho, no se ha dejado ver. Niñata estúpida… ¿Qué habrían dicho de nosotros si Joaquín y Valeria hubieran terminado juntos? Joaquín era un caprichoso desvergonzado y sin cabeza… ¡Y ella era una cría! ¡Solo tenía diecinueve años! Mayor de edad, sí, pero una cría consentida que ansiaba lo que no le pertenecía. Mi marido acabó como merecía. Yo solo hice lo que tenía que hacer. La sorpresa reflejada en su rostro a veces se me presenta en sueños. Nada me habría aterrorizado más que quedar como la imbécil que no se entera de que su marido le es infiel con la amiga de su hija, la culpable de haberlos arrastrado a todos a Oturia aquel maldito verano y de que mi hijo desapareciera.

Y ahora… bueno, ahora toca volver a hacer de tripas corazón y armarme de paciencia.

Gael, que no sé a qué ha venido, está en mi cocina, mirándome mientras preparo café como si escondiera algo, después de preguntarme con interés quién es el tipo con el que estaba hablando. Vamos, seguro que ha reconocido a Nicola, ¿por qué disimula?

«Nadie», me he limitado a contestar. Y así será. Ahora es un problema por resolver, pero dentro de poco, Nicola no será «nadie», y pensarlo me alivia un poco.

Paula y Pol llegarán en pocos minutos.

Solo necesito mantenerlos alejados de aquí y empezar a urdir un plan que arruine el destino que Nicola Galli ha empezado a escribir con tinta de sangre.

CAPÍTULO 45

PAULA

Cuando Pol y yo llegamos a casa y veo a Gael sentado en el sofá del salón, casi se me para el corazón.

No he sufrido una alucinación en el campo de fútbol. Gael estaba allí. Ha estado allí de verdad, era real. ¿Pero por qué no se ha acercado a saludarme? ¿Por qué no lo he visto al salir?

Dejo la bolsa de deporte de Pol en el suelo del vestíbulo.

Me tiemblan las manos.

—¿Cómo ha ido el partido? —se apresura a preguntar mi madre, antes de que a Pol le dé por mirar mal a Gael, que se acaba de levantar para recibirnos—. Pol, te presento a Gael. Es un amigo de tu madre de hace años, de cuando eran jóvenes. Que aún son muy jóvenes, eh —añade con humor—. Pero ya sabes, de más jóvenes — se ríe, barriendo el aire con la mano.

Pol, al contrario de lo que pensaba debido a las malas caras que le ha puesto a Nicola cada vez que lo ha visto, le sonríe a Gael y extiende el brazo para estrecharle la mano. El problema, acabo de deducir, no es que vengan a casa «amigos de mamá», el problema era Nicola. Pol se muestra simpático y extrovertido con Gael al preguntarle:

—¿Mi madre siempre ha sido tan guay?

«Vale. ¿Pol acaba de decir *guay*? Está bien que piense que soy *guay*».

En otras circunstancias, se me habría escapado la risa. Pero ahora estoy nerviosa. Nerviosa y muy confusa. ¿Qué hace Gael aquí? ¿Y Valeria?

Gael, un poco cortado, me mira y me sonríe. Se ha afeitado. Está tal y como lo recuerdo de mi anterior realidad. Yo apenas puedo moverme. Dirige una mirada rápida a la cicatriz de mi cara que yo, como por instinto, trato de ocultar con el cabello. Hoy no he tenido tiempo de ponerme mil capas de base de maquillaje para hacerla casi desaparecer como hago cuando voy a trabajar al restaurante, donde tengo que estar presentable para recibir a los clientes. Sin embargo, Gael no me mira con disgusto como me miró en Oturia, sino con algo que se le acerca al cariño… al amor. Es como si volviéramos a ser… nosotros. Los de siempre. Los de antes. Es una sensación extraña, aunque «extraña» es la palabra que define mi vida desde que morí en mi anterior realidad y salté a esta. Un cosquilleo me recorre todo el cuerpo y los nervios se disipan un poco al mirar a Gael a los ojos. Es como si en ellos estuviera mi hogar. El de verdad. O puede que solo sea una ilusión, como lo fue Nicola al principio de esta vida, por las ganas que tenía de superar las dolorosas horas en Oturia hace poco más de un mes, y hoy me haya visto obligada a cerrar el restaurante y a pedirle a la encargada que anule todas las reservas que había.

—Tu madre siempre ha sido muy guay, Pol —contesta Gael sin dejar de mirarme con fascinación, y yo trato de decir algo, lo que sea, pero solo me sale un distante:

—¿Qué haces aquí?

—Bueno —interviene mi madre—. Pol, vamos arriba, que tienes que darte una ducha y Gael y tu madre querrán hablar a solas.

Pol, chico listo, capta la directa. Le guiña un ojo a Gael y, sin protestar ni poner malas caras, sube con mi madre al piso de arriba a darse una ducha. Normalmente no es tan obediente, pero Gael, por motivos que desconozco, le ha caído bien.

Al fin, Gael y yo nos quedamos a solas. Soy yo la que rompe el silencio:

—Te mandé un wasap. Te dije que lo mejor era que no volviéramos a hablar… —Me callo que esto fue después de descubrir el diario y saber lo que hicimos, lo que ocurrió en esta realidad—. Te bloqueé.

—Y por eso he tenido que venir, porque tenemos que hablar. Paula, es increíble volver a verte porque… soy yo.

—¿Qué?

—Sé lo del bosque de Oturia, lo de la leyenda de la bruja que ha resultado ser cierta… porque yo… yo también salté, Paula. Soy yo —repite con la voz entrecortada.

Me quedo bloqueada. Sé lo que está tratándome de decir, algo tan extraño que, aun teniendo la seguridad de que le voy a creer porque vengo del mismo lugar que él, no sabe ni cómo poner en orden las palabras. Pero no le veo sentido. ¿Por qué le ha pasado también a él? ¿Qué hizo Gael para que la bruja lo eligiera? Yo maté a Valeria. ¿Y él? ¿Qué mal provocó Gael para morir en nuestra anterior realidad y saltar a esta, precisamente a esta, que también es el lugar donde yo he acabado y lo recuerdo y lo sigo queriendo?

—Paula… soy yo —insiste—. El que vivía contigo en París. Pero moriste en el bosque sin llegar a decirme que estabas embarazada. ¿Habría cambiado algo? No lo sé. Tú… tú moriste y todo se fue a la mierda. No me perdoné haberte dejado salir sola. O debería haberte hecho caso y no ir a Oturia, ya no, porque, ¿qué sentido tenía seguir yendo en honor a Valeria, diez años después de su desaparición?

—Eres tú… —murmuro, mirándolo fijamente a los ojos.

Soy incapaz de contener por más tiempo las ganas que tengo de abrazarlo, dejando para después o quizá para nunca, la pregunta que me está empezando a inquietar: ¿Qué horrible pecado cometió Gael para que la bruja de Oturia también lo eligiera, matándolo en nuestra anterior realidad y haciéndolo saltar a esta?

CAPÍTULO 46

GAEL

Después de un abrazo que ha durado una eternidad, Paula y yo hemos subido al piso de arriba y nos hemos encerrado en su habitación.

¿Podemos perdonárselo todo al amor de nuestra vida?

¿Todo, absolutamente todo, incluso si descubrimos que ha matado a alguien y se ha pasado diez años guardando un secreto tan terrible?

Después de besarnos como si hiciera años que hubiéramos estado esperando este reencuentro, le cuento todo lo que ocurrió durante el mes que estuve en nuestra otra realidad sin ella, y también lo que pensaba evitar: que encargué el asesinato de Manu en prisión. Por eso la bruja también me eligió, haciéndome saltar a este mundo alternativo y demostrándome un poco de compasión al volver a encontrarme con ella, algo que Manu predijo, diciéndome que volviera al bosque, que volvería a verla.

Respecto a por qué encargué su asesinato, he intentado expresarme lo mejor que he sabido, con la verdad por delante porque no quiero que haya más secretos entre nosotros, por muy turbios que sean:

—No podía arriesgarme a que revelara tu secreto como me lo reveló a mí. Que mataste a Valeria con una violencia desmedida. Que sus restos están… estaban en el pozo.

—El pozo… —murmura ella, con los ojos anegados en lágrimas. No ha parado de llorar desde que le he dicho que, tras su muerte, su padre se suicidó, curiosamente el 12 de noviembre, misma fecha que en esta línea temporal, aunque con diez años de diferencia—. ¿Qué habrá sido del mundo que abandonamos, Gael? El mundo en el que, para todos, estamos muertos y la casa… esta misma casa, está abandonada. Puede que encuentren los restos de Valeria. Que descubran lo que hice…

—¿Qué importa? Ya no importa, Paula, no pertenecemos a ese mundo y no volveremos a saber nada de él, aunque imagino que nadie podría sospechar de ti. Seguramente, si descubren los restos de Valeria en el pozo, piensen que fue Manu. Por lo que hizo cuatro años después. El caso es que ahora estamos *aquí*, en esta realidad del todo distinta, y es lo único que cuenta. Y que volvemos a estar juntos y tenemos una nueva oportunidad. ¿Me perdonas por lo que hice? —le pregunto, con miedo a su respuesta.

Paula se encoge de hombros.

—Técnicamente, no ha pasado. No *aquí*, donde Manu lleva diez años en paradero desconocido y, sinceramente, es un alivio. Fue un alivio desde el principio. Aunque mi madre tenga que vivir el resto de su vida preguntándose dónde está, nunca mató a esas tres chicas. Es duro decirlo, pero… estamos mejor sin él. Y tú… ¿me perdonas?

—¿Yo? ¿Por qué? —me sorprendo.

—Por haberte ocultado durante diez años que maté a Valeria. Te juro que odiaba guardarme para mí un secreto tan grande, no poder compartirlo contigo… Supongo que ahora me ves como un monstruo, que es lo que soy, Gael, no soy una buena persona… Pero

perdí los papeles y… primero la pillé con mi padre. Al día siguiente, en la playa, en lugar de pedirme perdón, me vaciló. Y la noche en que la maté, me la encontré en la habitación de Manu empujándolo, tratándolo mal, pegándolo e insultándolo, y yo… estallé.

—Eso no… —dudo—. Eso no pasó.

—No *aquí* —repite—. Pero para mí sí pasó, sigo regresando a ese momento una y otra vez... Aunque Valeria esté viva, sigo sintiendo que la maté hace diez años, como tú sigues sintiendo que encargaste el asesinato de Manu en prisión. Y eso nos hace sentir mal con nosotros mismos.

—Ya…

—Gael, si estamos aquí, en este mundo alternativo donde tomamos otras decisiones o hubo otras situaciones que cambiaron nuestro rumbo, es porque no somos unas buenas personas. Hay que aceptarlo. No lo somos ni *aquí*, ni en el mundo que dejamos, y tampoco lo son todas las versiones de nosotros mismos que haya pululando en el multiverso con sus propias historias.

—La vida *aquí* es distinta, sí. *Aquí* no fuiste tú quien descubrió a tu padre con Valeria. —Paula me mira interrogante. ¿No lo sabe?—. Aquí fue tu madre quien los pilló. Valeria me dijo que Sofía la amenazó, por eso ese verano nos escapamos unos días a Oturia en lugar de quedarnos en Cadaqués. Valeria quería que las aguas se calmaran y…

—Sí, sé que *aquí* fue mi madre quien los pilló. Y se puso hecha una furia al recordarlo. Nunca la había visto así… con tanta rabia acumulada.

—Por lo poco que he podido ver, tu madre no es la misma en esta realidad.

—Aquí no tuvo cáncer de pecho —me cuenta—. Se desvive por Pol. Su nieto es toda su vida, está dedicada por completo a él… Y me dijo algo que me inquietó: que la muerte de mi padre la liberó.

—No debería decírtelo, pero Valeria insinuó que, detrás del aparente suicidio de tu padre, podía estar la mano de tu madre.

—No… no puede ser —niega Paula con contundencia—. Mi madre no podría… no es… no es como yo. Además, mi madre me dijo que nunca deberíamos haber ido a Oturia, por lo que entiendo que sienta cierta inquina hacia Valeria, no solo por haberse acostado con mi padre, en esta realidad y en la anterior en la que posiblemente no se enteró, sino por la desaparición de Manu. Es posible que mi madre, internamente, haya culpado a Valeria de todas sus desgracias. Pero de Valeria no me creo nada, Gael.

—Pues si en esta realidad fuimos a Oturia, fue porque tu madre amenazó a Valeria —recalco, callándome que de veras parecía que Valeria había querido a Joaquín y que yo solo fui un reemplazo como Valeria lo fue para mí tras el rechazo de Paula—. En fin… todo esto me lo ha contado Valeria antes de romper conmigo.

—¿Que Valeria ha roto contigo? O sea que… ¿no has sido tú?

Parece decepcionada al saber que no he sido yo quien ha roto la relación.

—A ver… fue complicado… estaba esperando un bebé del otro Gael, que, por lo que he podido ver en WhatsApp, le era infiel con varias mujeres y bebía mucho… Ah, y fumaba. Y ya sabes que yo detesto el tabaco.

—Vaya.

—Sí. Seguro que tengo los pulmones hechos mierda. Y no quiero pensar en cómo tengo el hígado. Cortesía de mi versión de esta línea temporal. Total, que me he quedado en París más tiempo del

que habría querido por el tema del bebé que esperaba Valeria, además de los días que estuvimos atrapados en Oturia por una fuerte nevada, que fue cuando recibí tu wasap y después me bloqueaste... Me sabía mal dejar a Valeria en un momento tan delicado para ella, aunque siempre me estaba echando bronca por todo.

—Típico de Valeria —sonríe con nostalgia.

—Conservaremos las seis cafeterías de París…

—Dos más que nosotros —me recuerda con tristeza. Y es que las cafeterías que regentábamos en nuestra otra realidad lo eran todo para Paula.

—Sí, dos más. Pero por lo demás… ya no estoy atado a ella de una manera íntima. Soy libre. Y podemos volver a estar juntos.

—Es todo tan raro, Gael… el pasado de esta realidad, tan distinto al que recordamos, es un vacío. Me da la sensación de que aún nos quedan mil cosas por descubrir, aunque intentemos vivir el presente y no enloquecer haciéndonos tantas preguntas, como me recomendó Toni.

—Toni, el San Pedro de Oturia.

—¿Así lo llamas? Toni, el San Pedro de Oturia —repite reflexiva—. Tiene sentido. Me gustaría contarle qué tal ha ido todo. Hablarle de este encuentro… Toni me ayudó mucho a comprender lo que me había pasado. Imagínate el shock, Gael. Ver a Valeria viva… y contigo…

—Puedo imaginármelo.

—Y cuando descubrí la cicatriz de mi cara…

—Yo te veo tan guapa como siempre —le digo, levantando la mano con la intención de acariciarle la mejilla donde tiene la cicatriz que le provocó la versión de Sami de esta línea temporal, pero ella se aparta y se pone tensa.

—Pol… mi hijo… ¿sabes quién es el padre? —Yo asiento y todo el rostro de Paula se ensombrece al preguntar—: ¿Sabes lo que pasó la noche del 12 de agosto de hace diez años *aquí*, en esta realidad, cuando fuimos a Oturia, sin saber que Valeria estaba huyendo de mi madre por el lío que había tenido con mi padre? —Vuelvo a asentir con un dolor punzante en el pecho, porque sé que mi versión de este mundo nunca pudo perdonarse lo que le pasó a Paula, mientras ella se levanta de la cama. Se pone en cuclillas frente a la pared, y desencaja un trozo de zócalo, de donde saca un cuaderno—. Todo está en este diario escrito por la versión de mí que vivió ese infierno. Lo que me sorprende es que Sami fuera tan distinto *aquí* a como lo conocimos en nuestra anterior realidad, aunque supongo que la droga que tomó ese día influyó en lo que me hizo. Por lo visto, tu versión de esta realidad siempre se sintió culpable.

—Lo sé.

—Y lo rechacé. Lo rechacé porque no podía con tanto dolor y ¿sabes qué hizo? Irse con Valeria. En lugar de luchar, él…

—… se rindió y fue a lo fácil —termino por ella, sin llegar a comprender la decisión que tomó el Gael de este mundo que, en cierto modo, también soy yo. Por eso, sueno convincente cuando añado—: Y tengo la seguridad de que se arrepintió de esa decisión durante toda su vida, Paula.

«Una vida que ahora yo he suplantado y voy a reconducir», me callo.

CAPÍTULO 47

PAULA

Fragmento del diario secreto de Paula,

escrito en marzo de 2015

Parte IV

Valeria se quedó conmigo durante las interminables doce horas que pasé en el hospital, sin sospechar que en Oturia se había desatado otra pesadilla de la que mis padres, en Cadaqués, todavía no sabían nada, pero marcaría un antes y un después en nuestras vidas, últimamente tan desequilibradas, tristes y gafadas… Como si Samuel, desde la tumba que Valeria y Gael cavaron para él, nos hubiera lanzado una maldición.

En el hospital, me llevaron directamente a quirófano sin hacer preguntas. Me sedaron y me reconstruyeron la mejilla izquierda. Cuando desperté, tenía la mejilla vendada. Me dijeron que sería conveniente regresar dentro de dos o tres días para ver cómo evolucionaba. Me dieron antibióticos y me explicaron cómo hacer las curas, qué cremas tenía que aplicarme para mejorar la cicatrización… Un rollo. Los primeros días notaba la mejilla ardiendo, hasta el punto de temer que la herida, aun estando cerrada, se me

hubiera infectado. La tenía muy inflamada y amoratada, cualquier roce me dolía, y, tras el alta, me advirtieron que quedaría cicatriz, que el corte había sido muy profundo. La operación había sido un éxito y yo me encontraba más o menos bien pese al trauma, pero es posible que necesite cirugía estética en el futuro si quiero que la cicatriz se me note menos. Físicamente estoy bien, pero mi cabeza no para de darle vueltas a lo que pasó. A cada momento se me presentan imágenes monstruosas que me gustaría hacer desaparecer de un plumazo. Pero no puedo. No puedo… Ahora mismo acaricio esta monstruosidad extraña en mi cara y me entran ganas de llorar… lloro todo el rato por cualquier cosa.

Porque mi padre se suicidó hace cuatro meses.

Porque hace siete meses que mi hermano desapareció en Oturia, la búsqueda fue un fracaso, y la policía se ha quedado sin hilos de los que tirar. Es como si la tierra se lo hubiera tragado, expresión que mis padres se tomaron fatal.

Porque mi madre apenas me habla y se pasa horas encerrada en la habitación de Manu donde a mí no me deja entrar. Siempre cierra la puerta con llave.

Y porque la cicatriz en la cara no es lo único que me recuerda aquella horrible noche en Oturia en la que Samuel me violó. Estoy embarazada. Para cuando me enteré, abortar ya no era una opción. Faltan solo dos meses para verle la carita. Cuando me hacen una eco y oigo los latidos de su corazón, se me saltan las lágrimas y se me escapa una sonrisa. Me olvido de que fue concebido de una manera espantosa. En serio, no sé cómo lo hago, pero consigo olvidarlo. Y también le ordeno a mi cerebro que no recuerde de quién es hijo. Tengo ganas de conocerlo. De quererlo. Porque qué culpa tiene el bebé de lo que me pasó, de cómo fue engendrado. Quiero darle una buena vida, aunque mi madre me diga que he echado la mía a perder. Ni siquiera me di cuenta de que Samuel acabó dentro de mí, antes de que Valeria le golpeara fuerte en la

cabeza con una piedra. Mi madre no sabe quién es el padre y yo no puedo decírselo, porque eso implicaría hablar del asesinato que Valeria cometió. Tampoco tiene ni idea de que su nieto es fruto de una violación terrible ni de lo que sucedió después: que Valeria mató a Samuel y acabó enterrado en el jardín de la casa rural que sus padres tienen en Oturia. Y que es un secreto que, como tantas otras cosas, me está consumiendo. Mi madre ha dejado de hacer preguntas. A veces creo que soy invisible para ella. Que lo único que le importa es Manu, que, aun estando desaparecido, parece estar más presente que nunca. Yo creo que está muerto. Y siento celos. Celos de que mi madre lo tenga más presente que a mí. Y celos porque él está muerto y ha dejado de sentir y de sufrir y yo sigo entre los vivos haciéndome la fuerte.

Siento que he madurado de golpe. No me ha quedado más remedio. No soy y nunca seré la misma que pensó que el verano de 2014 sería el mejor de su vida. Gael parecía estar interesado en mí después de muchos veranos conformándome con mirarlo desde lejos con otros grupos de amigos o con sus padres. Al fin había conseguido que nos presentaran formalmente y estar cerca de él.

Cuando después de muchas horas me dieron el alta en el hospital y volvimos a Oturia, Valeria me detuvo. Tardamos un rato en salir del coche.

—No, espera. Todavía no.

Sacó un anillo del bolsillo de los tejanos y me dijo que quería que lo tuviera yo.

—Es de…

—Sí. Es el anillo de ese cabrón —confirmó.

—¿Cuándo se lo sacaste?

—Antes de enterrarlo. Quiero que lo tengas tú.

Acepté el anillo. No porque quisiera tenerlo, pues me parecía retorcido quedarme con algo que era de Samuel, como esos asesinos en serie que coleccionan objetos de sus víctimas a modo de trofeo. Me quedé con el anillo por las pocas ganas que tenía de hablar o de llevarle la contraria a Valeria. Nada más llegar a casa, escondí el anillo de Samuel en mi rincón secreto: el hueco del zócalo. Creo que ahí también acabará este diario que la psicóloga a la que voy desde que mi padre se suicidó me aconsejó escribir y que espero que nadie encuentre nunca. A lo mejor lo arrojo a la chimenea y que arda, que arda todo. Ya veré. Hay demasiados secretos aquí dentro como para que alguien lo descubra.

Volvimos a la casa rural donde Gael, Laia, Agus y Carlota nos esperaban. Lo primero que me dijeron fue que Gael les había puesto al día. Joder, vaya caída, ¿estás bien? También ha sido mala suerte que una de las puntas de la valla, con lo afiladas que son, te alcanzara en la cara. ¿Te va a quedar mucha marca? La venda me cubría la mejilla izquierda, por lo que no pudieron ver la magnitud de la herida. Gael también les había dicho que Samuel se había largado en plena noche, porque un amigo lo había llamado con una oferta de trabajo increíble en Barcelona, y él lo había acercado hasta la estación de tren más próxima, que estaba a hora y media en coche. Se lo tragaron todo. No hicieron preguntas. Nunca sospecharon que Samuel jamás llegó a salir de Oturia. Pero había algo más… Manu no había dormido en casa. O sí, pero había salido, nadie sabía cuándo, y llevaban demasiadas horas sin saber nada de él. Fue Agus quien propuso salir a dar una vuelta por el pueblo a ver si lo encontrábamos. Parecían más preocupados que yo, y eso que estábamos hablando de la «desaparición» de mi propio hermano.

—¿Tienes una foto? —me preguntó Agus.

—¿De Manu? ¿Para qué?

—Para enseñarla. A la gente con la que nos crucemos por la calle… por si lo han visto.

Le eché un vistazo a la galería de mi móvil. No tenía ni una foto de mi hermano. Solo aparecía en una grupal que nos habíamos hecho hacía unas semanas en la playa, y se le veía un poco mal. De lejos y de perfil. No posaba para la foto como el resto; Manu, simplemente, pasaba por ahí.

—Bueno… puede valer —opinó Agus sin estar convencido—. Pásamela y yo me encargo.

Apenas había gente en el pueblo. En la plaza nos topamos con un hombre sentado en el banco que achinó los ojos al mirar la foto y sacudió la cabeza a modo de negación. No nos atrevimos a entrar en el bar después de la que Samuel había liado, pero echamos un vistazo a través del cristal por si Manu estaba ahí dentro. Nada. Y ya se había hecho de noche. Era muy tarde. Otra opción era llamar a la puerta de las pocas casas habitadas que había en Oturia. El móvil de Manu no daba señal. Apagado o fuera de cobertura. Yo ya me estaba empezando a cabrear y a desesperar, así que llamé a mis padres. Fue entonces cuando se desató toda la locura. Gael, Valeria y yo estábamos más nerviosos que el resto, claro. Dos agentes de la Guardia Civil vinieron a casa y cruzaron el jardín donde Samuel llevaba poco más de veinticuatro horas enterrado. Pero, por suerte, nadie lo mencionó, como si Samuel nunca hubiera estado en Oturia. Todo el mundo estaba tan centrado en la desaparición de mi hermano, que lo ocurrido la noche anterior fue un hecho aislado que pasó desapercibido y que solo sabíamos Valeria, Gael y yo. Y a los tres nos interesaba (nos interesará siempre) mantener el pico cerrado.

Pasaron los días… y las semanas.

(Repito: han pasado siete meses).

Y ni rastro de Manu.

Su móvil nunca dio señal. Fue imposible localizarlo.

Volvimos a Cadaqués.

Resignados. Abatidos. Tristes. Desubicados.

Una noche, hacia el final del verano, Gael se presentó en mi casa. Salimos al jardín ante la curiosa mirada de mi madre, que nos estuvo espiando desde la ventana del salón. En el cielo había un montón de estrellas.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—¿Cómo crees que estoy?

Me toqué la cara, ya descubierta, con los hilos aún visibles.

—Siento lo de tu hermano. Siento… siento mucho lo que te pasó aquella noche.

—Desapareciste. Con Valeria. Me acuerdo perfectamente de que os fuisteis solos a un rincón antes de que él… —De la rabia que sentía, me mordí el labio con tanta fuerza que me hice sangre. A duras penas pude continuar hablando, no sé de dónde saqué fuerzas —: Si no te hubieras ido con ella, no me habría pasado nada.

—Ella no significa nada para mí, ¿es que no lo ves? Eres tú… siempre has sido tú. Y este verano tenía que ser perfecto. Hace años que me fijé en ti. Y ahora que por fin…

—No quiero nada contigo, Gael. Conmigo no tienes ninguna posibilidad. Ya no.

Mentira. Lo quería todo con él. Pero Valeria había matado a Samuel por mí. Me había quitado a ese indeseable de encima y le había dado su merecido. La muerte. Qué menos que allanarle el camino, después de haber estado tiempo con la retahíla de que Gael le gustaba bastante y que, «ojalá», él estuviera por la labor. Si hubiera sabido entonces que la muy… se acostaba con mi padre…

—Pensaba… —balbuceó.

—No pienses tanto —lo corté—. Y vete. Vuelve a Barcelona, Valeria ya anda por allí. Ve con ella, sal con ella, cásate con ella…

Herí su orgullo. Lo vi en la manera en que emitió un sonoro suspiro y apartó la mirada de mí. Lo alejé para siempre, a Gael y a todos, y en lugar de insistir, entendiendo que era normal que estuviera así de idiota por el mal momento que estaba atravesando, me dieron la espalda.

No he vuelto a ver a Gael desde entonces. A lo mejor no lo vuelvo a ver y duele, ahora mismo siento que dolerá toda la vida, aunque siempre he tendido a magnificar las emociones. Qué quieres. Solo tengo dieciocho años. Dieciocho años y un bebé en camino. Es muy fuerte. A lo mejor mi madre tiene razón y sí he echado mi vida a perder. El caso es que Valeria y Gael han empezado a salir. Tienen una vida increíble por delante si consiguen olvidar lo que pasó. Yo, por mi parte, llevo dentro al niño que me va a recordar a diario lo que pasó aquella noche y lo que hicimos. Pero tengo la esperanza de que, a pesar de todo, voy a conseguir ser feliz. No pierdo nada por intentarlo, ¿no?

***

Ahora

—Espera… —Con suma concentración, Gael retrocede unas páginas y relee un párrafo del diario que le ha llamado la atención—: *Porque mi madre apenas me habla y se pasa horas encerrada en la habitación de Manu donde a mí no me deja entrar. Siempre cierra la puerta con llave.*

—La puerta sigue cerrada con llave —le digo.

Gael despega los ojos del diario con sorpresa, como si estuviera teniendo una revelación o hubiera caído en la cuenta de algo importante que yo ignoro. Mi madre y Pol llevan un buen rato abajo, sus voces me llegan hasta aquí. Aseguraría que, por el olor a guiso que flota en el aire, están comiendo, pero no han llamado a la puerta, supongo que porque no quieren interrumpir y a mí me da igual que a mi madre se le desate la imaginación tanto como se le ha desatado cada vez que ha visto a Nicola.

—Tu hermano tenía visiones… visiones de lo que ocurriría.

—Eran tonterías para llamar la atención, Gael…

—No, no lo eran, Paula, créeme —rebate, con un convencimiento que me provoca un escalofrío—. Sus visiones eran reales. Tenía un don. Veía el futuro. No lo veía *todo todo*, pero sabía cosas que ni tú ni yo podríamos prever. Si estoy aquí es por él, porque antes de morir y aun sabiendo que había sido yo quien había encargado su asesinato, me dijo que volviera al bosque de Oturia, que te volvería a ver. Y, por alguna extraña razón, creí en lo imposible. Le hice caso y aquí estoy, otra vez contigo, aunque de la forma más inesperada.

»En nuestra anterior realidad, dos días después del suicidio de tu padre, tu madre subió al desván. Manu me contó que mataste a Valeria la misma noche de su desaparición, el 12 de agosto, y pensé que sus restos estaban ahí, en el desván. Manu me dijo que no abriera esa puerta, que si la abría no habría vuelta atrás. Y bueno… no, el cadáver de Valeria no estaba en el desván como había sospechado, pero Manu tenía razón en lo de que si abría esa puerta no habría vuelta atrás. Tu madre se puso histérica al descubrir, ocultos en el desván, cuatro lienzos enormes pintados por Manu que eran bastante premonitorios.

Empieza a describírmelos con todo detalle. No salgo de mi asombro.

Nuestra familia, completamente destruida en esta realidad y en la anterior. A mi madre rota en pedazos con lágrimas de sangre saliéndole por los ojos. A mi padre con la cabeza reventada, así fue como lo encontraron en su despacho en esta línea temporal y en la anterior en la que yo no tuve que padecer su muerte. Y a mí como a un monstruo con dos caras desfiguradas, magnífica alegoría, y curioso que me dibujara con la cicatriz en la mejilla, inexistente en la vida que dejé atrás. Sin embargo, y según me ha dicho Gael, la caída contra la piedra que me mató, me provocó una marca muy parecida a la que tengo que sufrir aquí.

En otro lienzo, Manu dibujó a tres chicas desnudas con los ojos cerrados, tumbadas sobre la arena de una playa. Eran las tres chicas a las que Manu terminó matando en 2018, y cuya desaparición en este mundo evitó que ocurriera. O a lo mejor era verdad que se le metió el demonio dentro cuando me vio a mí matando a sangre fría a Valeria, algo que no hice en este mundo. Manu siempre me culpó. Decía que yo llevaba el demonio dentro, que por eso maté a Valeria, y después mi demonio se le metió a él. Qué locura. Estaba loco. Entonces, si en esta línea temporal Manu no hubiera desaparecido y hubiera cometido igualmente esas atrocidades, ¿a quién le habría echado la culpa? El caso es que, según Gael, pintó a las tres chicas antes de matarlas en nuestra anterior línea temporal.

Valeria. La Valeria adulta, tal y como es en este mundo, idéntica a como la vi en Oturia como si estuviera viendo un fantasma.

Y el bosque…

—Manu dibujó un bosque engullido por la niebla con una cabaña abandonada a orillas del río y la silueta de una mujer a la que no se le ve el rostro —me cuenta Gael—. El bosque de Oturia. La cabaña, el río… y la piedra. La piedra sobre la que caíste y moriste. Como yo.

—¿Y qué crees? ¿Que en esta realidad Manu escondió lienzos o pinturas en su habitación que mi madre no quiere que vea? ¿Que

pueden ser premoniciones y que aquí también las pintó?

—Eso creo. O podemos probar en el desván. A lo mejor *aquí* también ocultó sus obras ahí. Pero seguro que hay algo, que Manu dejó algo aquí.

—Lo recuerdo tan reservado… tan suyo… —murmuro, aunque es posible que la imagen que tenga de Manu no se acerque a lo que era en este mundo alternativo al que recuerdo. *Aquí* todos, incluida yo, no somos iguales debido a situaciones y decisiones ligeramente distintas—. Necesitamos la casa para nosotros solos e indagar sobre esto, Gael, pero mi madre no tiene planes y Pol tampoco… No creo que hoy les dé por salir. Además, también está el tema del restaurante. Hoy no he podido abrir. No tengo chef, lo he despedido —le recuerdo—. Hemos tenido que anular todas las reservas, y mañana… mañana sigo sin chef y es domingo, hay mucho trabajo… Anular las reservas de hoy ha sido caótico, no puedo seguir anulando reservas que están hechas desde hace meses.

—Ey, tranquila. Mañana abrimos el restaurante. Yo cocino, ya sabes que se me da de lujo. Respecto a lo del chef… —empieza a decir, dubitativo—. Hay algo que tengo que decirte. Por eso he salido del campo con prisas y sin saludarte, porque he seguido a ese tío, el italiano…

—¿A Nicola? Cómo sabías…

—Iba en moto —ataja—. Vino aquí, llamó a la puerta, tu madre y él tuvieron una breve conversación bastante acalorada…

—Espera, espera… ¿Nicola ha estado aquí hablando con mi madre? ¿Después de despedirlo? —trato de comprender.

Mi madre no sabía nada del contrato que Nicola me propuso para quedarse con la mitad de Casa Costa, al menos no por mí, que no he encontrado el momento adecuado para sacar a relucir este tema.

—En el campo estaba hablando por teléfono. —Asiento. Sí, exacto, Nicola estaba hablando por teléfono—. Al tener un marcado acento italiano y saber que tu chef era italiano, me he fijado en él y lo he reconocido. Yo estaba a su lado, observándolo, porque no me ha dado buena espina. Lo último que le ha dicho a la persona con la que estaba hablando ha sido: «Pase lo que pase, tanto si firma como si no, Paula está muerta».

Mierda.

Tal y como me temía.

CAPÍTULO 48

GAEL

Mierda.

Si lo sé no le digo nada.

Paula se queda paralizada, con la cara pálida e inexpresiva y los ojos vidriosos y opacos.

—Eh… a ver, no tiene por qué ser literal, ¿no? No tiene sentido que el chef que ha estado trabajando contigo o con la otra versión de ti durante…

—… tres años —me informa.

—¿Tres? Bueno, pues eso, no tiene sentido que ahora quiera matarte. A ver, es de locos, ¿no?

—No, no tiene sentido, pero sí, es literal. Quiere matarme. Ese tío… ha cambiado de la noche a la mañana, aunque supongo que llevaba tiempo planeándolo todo y yo me lo he encontrado de sopetón, sin las… —Paula cierra los ojos apretando los párpados con fuerza como si quisiera quitarse de encima algún recuerdo—… sin las experiencias previas a toda esta locura, por decirlo de alguna manera. El caso es que… cuando salté a esta realidad, estuve con él. O sea, mi versión de aquí estaba con él, así que yo… me avergüenza

decirlo, Gael, pero me dejé llevar y le seguí el juego. Todo era emocionante y nuevo, es un tío guapo, era encantador, me cameló, y he sido una imbécil, porque nada ni nadie es nunca tan perfecto y ha resultado ser de los malos —zanja con rabia.

A continuación, Paula me cuenta que en el contrato que el italiano quería que firmara para convertirse en copropietario de Casa Costa, algo que la versión de esta realidad le había prometido porque estaba enamorada hasta las trancas de él, había una cláusula muy específica: si a ella le pasaba algo, Nicola pasaría a ser el único propietario del restaurante.

—Supongo que es lo que siempre ha querido, desde que hace tres años empezó a trabajar como chef. Está muy cabreado —continúa—. Y ahora más, que lo acabo de despedir, por lo que he herido lo más preciado que tiene: su ego. Lo único que le ha interesado siempre es Casa Costa, hasta el punto de ser capaz de matar para conseguir convertirse en el flamante propietario. Y es posible que él haya levantado el negocio, porque antes de su llegada estábamos en números rojos, pero aun así… es muy descabellado.

—Y… entonces… ¿Te liaste con él? O sea, tú, como tú… ahora… ¿te has enrollado con el italiano?

—A ver… técnicamente no ha sido una infidelidad, ¿no? Además, tu versión de aquí estaba con Valeria y ya sabes que el despecho nos hace cometer locuras —intenta arreglar. Sonrío para hacerle saber que no pasa nada, que no se lo tengo en cuenta—. Pero nosotros tampoco somos buenos, ¿verdad, Gael?

—¿Qué quieres decir?

Paula sacude la cabeza, como si lo que ha acabado de decir fuera una tontería. Pero no. No es ninguna tontería. Por algo fuimos elegidos por la bruja de Oturia y acabamos aquí. Porque somos o fuimos unos asesinos. Unas malas personas. No, no somos buenos.

—Nada, olvídalo. Entonces ¿mañana abrimos el restaurante?

—Cuenta conmigo para todo.

—Eres un gran chef —me halaga—. Aunque la carta es complicada, hay muchos ingredientes secretos…

—Tenemos toda la tarde para preparar una nueva carta al más puro estilo Gael. Pero no olvides subir al desván. O intentar entrar en la habitación de Manu.

—Vale, sí.

—Estaré en casa de mis padres. Desbloquea mi número, anda.

Paula coge su móvil y desbloquea mi número en el acto.

—Hecho. Deberíamos bajar, no quiero que mi madre piense que… yo qué sé. Tiene una mente calenturienta, pero es como si… como si no la conociera.

Asiento, entendiendo lo que dice. Lo diferentes que podemos llegar a ser de un mundo a otro, aunque, en apariencia, parezcamos los mismos.

—Una última cosa —la detengo—. ¿Crees que eres feliz aquí? ¿Que tu versión de aquí consiguió ser feliz?

Tras unos segundos en silencio, meditando la respuesta, Paula contesta:

—Creo que ahora, contigo, puedo empezar a ser un poco más feliz. Pero ese niño… desde el primer momento lo quise, aunque fue un shock enterarme de que era madre y lo peor vino después de leer ese diario y saber cómo pasó. A pesar de todo, desde que llegué… *aquí*, a esta realidad, quise ser la mejor versión de su madre para él, por lo que creo que en nosotros queda algo de la conciencia

de quienes éramos en esta realidad. Y es Pol quien creo que hizo feliz a la versión que vivía aquí y lamento mucho haber ocupado su lugar. Me siento una impostora, una suplente… una farsante ocupando una vida que no recuerdo ni me pertenece.

—Ya… ese es otro tema. ¿Adónde han ido nuestras versiones de aquí? ¿Dónde están sus conciencias?

—Como dijo Toni, es imposible tener todas las respuestas, pero, como te digo, creo que una parte de sus sentimientos se quedan aquí. Siguen en nosotros, como… como una especie de residuo... De alguna forma, siguen en nuestro corazón y en nuestra mente, donde puede que estén atrapados, luchando por echarnos fuera y emerger. ¿Te imaginas? No sé… Puede que lo que yo sintiera por Pol desde el principio perteneciera a mi otra versión y se quedara como un residuo en mí, como para allanarme un poco el camino. Pero está claro que los recuerdos son distintos. La vida, a partir de cierto punto, fue distinta, por lo que es imposible que pensemos de la misma forma que cualquiera de nuestras otras versiones.

—Toni también dijo que, si nos hacíamos demasiadas preguntas, acabaríamos locos —añado.

Paula esboza una sonrisa seca y triste y, con la mirada perdida, reflexiona con voz queda:

—¿Y acaso no estamos un poco locos ya, Gael?

CAPÍTULO 49

PAULA

Mi madre, sentada al lado de Pol a la mesa de la cocina, le propone a Gael que se quede a comer. Él me mira, como pidiéndome permiso, y yo le sonrío y asiento.

«Claro, es tu casa. Esta siempre ha sido y será tu casa, Gael…».

Cuando Gael y yo nos sentamos a la mesa y empezamos a comer, le cuento a mi madre que he despedido a Nicola por «diferencias irreconciliables». No doy más detalles. Ella no pregunta, solo dice con fingido aire indiferente:

—Bueno, si crees que es lo mejor…

Ahora me da más apuro contarle que Nicola quería quedarse con la mitad de Casa Costa. ¿De qué serviría? Sigo creyendo que mi madre, que se esfuerza en poner cara de póker, siempre ha sabido más de lo que ha dicho. Imposible saber qué piensa. Pol, por su parte, sonríe al saber que he despedido a Nicola. Que, posiblemente, no lo va a ver más. Parece estar conforme con mi decisión. Gael participa en la conversación. Animado, dice que mañana se meterá en la cocina y que tenemos toda la tarde para preparar una nueva carta. Sé que a mi madre la presencia de Gael le parece ilógica, debido a que hace diez años que salió de la vida de mi versión de esta línea temporal. Si ella supiera… Pero en lugar de centrarse en

Gael o en mí, mira a Pol con aire travieso y le propone ir al cine para que podamos trabajar con tranquilidad.

—¡Sí! ¡Me pido un cubo de palomitas extragrandes! —exclama Pol con voz cantarina.

—Pero nada de bebidas con gas —me veo diciendo, y me percato de que Gael me está mirando de reojo, entre divertido y triste. Lo conozco. Y también reconozco esa pena. Ese «y si…» que tanto ha bailado en mi mente. Sé que está pensando en el bebé que no tuvo tiempo de venir al mundo en la realidad que abandonamos, cuando tuve la mala idea de adentrarme en el bosque de Oturia, sin sospechar que pondría fin a la vida que conocíamos. Es posible que se esté preguntando, como me lo pregunté yo al principio, si el bebé que íbamos a tener se habría parecido un poco a Pol, aunque no tenga su misma sangre.

***

Gael se está tomando un café con aire pensativo en el jardín y Pol ha subido a su habitación a cambiarse de ropa. La verdad es que le tengo miedo a Nicola. Me preocupa que mi madre y el niño salgan, aunque me interese tener la casa libre para subir al desván o intentar abrir la puerta cerrada de la habitación de Manu. Pero ¿y si a Nicola, lleno de rabia hacia mí, se le ocurre hacerles algo? Por mi mente pasan un sinfín de escenas catastróficas.

Pillo a mi madre a solas.

Está mirándose en el espejo del vestíbulo, colocándose los pendientes.

—Oye, mamá…

—Dime.

—Lo de Nicola…

—Ajá…

Me cuesta encontrar las palabras.

—No ha sido una despedida amistosa.

—Entiendo —murmura, mirándome a través del espejo—. ¿La repentina visita de Gael ha tenido algo que ver?

—No.

—Vale… ¿Y se puede saber qué hace Gael aquí, después de tantos años?

—Es… es una larga historia.

«Larga e increíble, tan surrealista que no hay por dónde cogerla. Jamás podré contártela, mamá. Jamás podré decirte que no soy la misma persona que se fue a Oturia a pasar un fin de semana para reencontrarse con unos *viejos amigos*».

—Pero estaba hablándote de Nicola, mamá. Él… —Me aclaro la garganta, mi madre parece ajena a mi angustia cuando añado—: Nicola no ha resultado ser una buena persona.

—¿Qué me quieres decir con eso, Paula? Se os veía tan bien…

Ha sonado falsa. Impertinente. Cuando se trata de Nicola, presiento que mi madre sabe más de lo que se empeña en aparentar. No es la primera vez que me percato de que mi madre, la

de *aquí*, es distinta a la de mi otra realidad, como si el mal fondo que reconozco que yo tengo lo hubiera heredado de ella, y oye, sería un alivio, porque así sé de dónde me nace la maldad y todos estos pensamientos intrusivos que se me cuelan en la mente. Y no, el arrepentimiento que siempre sentí no me hace mejor.

—¿Qué hacía Nicola en casa? —tanteo—. Gael os ha visto hablar en la puerta.

—Nada —contesta con despreocupación. Ya se ha puesto los pendientes, ahora le da la espalda al espejo y se anuda el fular que se ha colocado alrededor del cuello—. Solo ha venido a decirme, bastante afectado, por cierto, que lo habías despedido, y que si yo podía hacer algo al respecto. Le he dicho que las decisiones las tomas tú.

—Ah, así que ya sabías lo del despido… —Me fijo en cómo me mira, con los ojos entrecerrados, pensativa. Sí, sabía lo del despido. Y también lo del contrato, estoy segura, aunque yo no llegara a decirle nada—. El caso es que me da miedo que pueda…

Mi madre se echa a reír.

—¿Que pueda qué, cariño?

—Es que él…

«Me quiere ver muerta», pienso para mis adentros, porque sé que decirlo en voz alta es una locura.

—Él nada, Paula. Trabajo no le va a faltar, es un chef famoso.

—Ya, bueno… aun así, ten cuidado.

—Tendré ojos en la espalda —me dice con aire jocoso, sin tomarse en serio mi advertencia sobre Nicola para, a continuación, llamar a

Pol, porque, si quieren llegar a la sesión de las cinco, tienen que salir ya.

***

En el desván no hay nada.

Los lienzos pintados por mi hermano de los que Gael tan bien se acuerda «como si los hubiera visto ayer», y que tanto perturbaron a mi madre, *a mi otra madre*, a la que más recuerdo y quiero, no existen.

No *aquí*.

—Tenemos que entrar en la habitación de Manu —me dice con urgencia.

—¿Tú sabes abrir puertas cerradas con llave? Porque yo no, y no tengo ni idea de dónde esconde la llave mi madre.

—¿En su habitación? —tantea.

—Probemos.

No me gusta la idea de revolver la habitación de mi madre, situada en la planta de abajo, pero tenemos cuidado a la hora de abrir los cajones de las mesitas de noche, de la cómoda y del armario, dejándolo todo tal y como estaba. Comprobamos los enchufes, por si hay alguno falso, debajo de la cama, dentro de su joyero, detrás de los tres cuadros que hay colgados en la pared…, y, por supuesto, «falsos fondos», pero no encontramos ninguna llave.

Hemos perdido media hora que tendríamos que haber aprovechado para crear una nueva carta y así poder abrir el

restaurante sin más contratiempos.

—Nada —resopla Gael, cerrando el último cajón que nos quedaba por revisar, mientras a mí se me ocurre agacharme y comprobar los zócalos.

—¡Bingo! —exclamo, al percatarme de que el zócalo que hay debajo de la ventana está suelto—. El zócalo siempre es un buen escondrijo —murmuro, más para mí misma que para Gael, que está detrás de la cama y cerca de la puerta, a suficiente distancia para que no se dé cuenta del gesto sombrío que compongo al notar el frío metal no de una llave, sino de la culata de un arma que no llego a sacar. Aturdida por el hallazgo, sigo palpando en el hueco, como si mi mano hubiera cobrado vida propia, hasta que doy con una llave —. Aquí está.

Vuelvo a cubrir el zócalo y me levanto como un resorte con la llave, la llave escondida que debe de abrir la habitación de mi hermano, tratando de no pensar en la pistola que mi madre tiene oculta. Y es que la madre que yo recuerdo odiaba la violencia, odiaba las armas, odiaba que mi padre tuviera una colección de pistolas en su despacho…

«¿Dónde está mi madre?», me callo, subiendo las escaleras y dirigiéndome a la habitación de Manu dos pasos por delante de Gael.

CAPÍTULO 50

GAEL

En el mundo que recuerdo, aunque estuve infinidad de veces en esta casa, nunca llegué a entrar en la habitación de Manu. Al menos en esta línea temporal, la estancia se ha quedado estancada en una juventud que se quebró diez años atrás con su extraña desaparición en Oturia.

Veo a Paula mirar a su alrededor y sonreír.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Que el Manu de esta realidad era igual al de la otra. Mira.

Paula se detiene frente a un perchero ubicado en una esquina, junto al armario empotrado, y roza con suavidad la tela de una bata de mago. Ambos desviamos la mirada hacia la varita mágica de *Harry Potter* que hay en la mesita de noche, y yo recuerdo que Manu, encerrado en prisión y desde mi anterior realidad, me había descrito con precisión su habitación. La imaginé así, tal cual la veo ahora. Fue el día en que me contó que Valeria se rio de él por friki. Manu se cabreó, confundió señales, e intentó abusar de Valeria pensando erróneamente que era lo que había venido a buscar. Después ella lo atacó, lo arrinconó contra la pared y lo insultó, instantes antes de que Paula le arrebatara la vida. Las paredes *aquí*, en este mundo, cuentan otra historia, pero están empapeladas de *El*

señor de los anillos, como debía estarlo en la línea temporal que Paula y yo hemos abandonado, pues Manu también me los mencionó. Ahora Paula desvía la mirada al suelo, al punto en el que deduzco que ella recuerda haber matado a Valeria, aunque ese terrible suceso, *aquí*, no ocurrió.

—Ey, ¿estás bien?

—Sí, sí… —asiente aturdida, señalando la balda vacía de una estantería—. Aquí estaban los libros de *Harry Potter* de Manu que ahora están en la habitación de Pol. Y esto…

Extrañada, Paula se acerca al desordenado escritorio. Imagino que está tal y como Manu lo dejó hace diez años antes de irse a Oturia y desaparecer. Paula coge una gruesa libreta rectangular de anillas con una bonita cubierta de cuero que parece artesanal, y empieza a pasar las páginas con los ojos muy abiertos.

—Gael, tienes que ver esto… Aquí también… Manu también…

—… también vio cosas que han terminado pasando —acierto a decir, clavando la vista en un detallado dibujo en acuarela en el que aparece un bosque tenebroso engullido por la niebla, y también la cabaña de la bruja a un lado y su silueta sin rostro.

Manu lo visualizó y lo creó antes siquiera de viajar a Oturia y conocer el entorno.

CAPÍTULO 51

PAULA

Descubrir la serie de dibujos en acuarela que Manu pintó antes de desaparecer en Oturia el verano de 2014, me sobresalta casi tanto como saber que estoy en el punto de mira de un psicópata, que es lo que ha resultado ser Nicola. O eso creo. Espero que mi madre y Pol estén bien; hace una hora y cuarto que se han ido al cine.

Manu pintó el bosque de Oturia y también sus calles empedradas, la plaza con el olmo seco, y la casa rural de Valeria. Visualizó el entorno antes de conocerlo, por lo que sus visiones no eran una tomadura de pelo, eran reales. No es que mi hermano quisiera llamar la atención como yo creía, sino que tenía un don. Bueno, malo… no lo sé, pero esto me demuestra que veía las cosas antes de que sucedieran, desconozco si a través de sueños o visiones. Después de lo que nos ha pasado a Gael y a mí, ¿quién soy yo para no creer en algo?

Aquí también me dibujó a mí como a un monstruo con dos caras desfiguradas, una de ellas con una cicatriz en la mejilla, que Gael recuerda del lienzo en el desván de nuestra anterior realidad. Para el dibujo empleó tonos fríos, grises y azules claros, y en la minuciosidad que empleó en los rasgos, Manu demostró un enorme talento.

—Así me veía. Así me ha visto siempre. En esta realidad y en la anterior, posiblemente en todas las versiones que pueda haber de mí en otras líneas temporales… Como a un monstruo —me estremezco.

Gael no dice nada. ¿Cómo es posible que, aun sabiendo cómo soy y lo que hice, quiera seguir estando conmigo?

Hay dibujos extraños. Precisos. Premonitorios. Un sauce llorón y una gran mancha de sangre en el césped.

—La tumba de Samuel —señalo.

También dibujó a un niño de espaldas, rubio como Pol.

—Lo vio incluso antes de que naciera…

El corazón me va a mil.

Los dibujos parecen seguir un orden preciso.

Seguimos pasando páginas con curiosidad, pero también con miedo por lo que podamos descubrir. Bosques siniestros. Nieve, mucha nieve. Un agujero negro esbozado con prisas y sin el detalle empleado en otros dibujos. Un enorme reloj derretido que recuerda a la obra más icónica de Dalí, la que tituló *La persistencia de la memoria* y data de 1931, un símbolo inconsciente de la relatividad del espacio y el tiempo. Y una pistola oculta en lo que parece el hueco de un zócalo… ¿El mismo zócalo suelto que he encontrado en la habitación de mi madre? ¿Por qué mi madre tiene una pistola oculta en su habitación? La pregunta no se me va de la cabeza. A lo mejor lo que le dijo Valeria a Gael era verdad. Puede que mi madre, *aquí,* sea retorcida y mala, aunque a una hija le cueste ver algo así. Puede que matara a mi padre o lo incitara a suicidarse cuando descubrió su infidelidad, algo que podría llegar a entender… La ira, el odio, el rencor, la animadversión que nos provocan según qué personas con sus actos, nos deshumanizan, empujándonos a cometer auténticas salvajadas.

Faltan tres páginas.

Enseguida sé que lo que muestran aún no ha sucedido:

Fuego. Una página llena de fuego y, en lo alto, el letrero de «Casa Costa». Paso a la siguiente página con ansiedad.

—¿El pozo del jardín? —inquiero.

—Aquí también hay un…

—No, no —niego rápidamente—. Aunque estaba tapiado, aquí no hay ningún cadáver en el pozo. Mi madre lo tapió por Pol, por su seguridad, o eso me dijo.

«Ya no confío en ella», pienso, mordiéndome el labio inferior debido a los nervios y a la ansiedad que me consumen.

—¿Estaba tapiado? ¿Ya no lo está? —trata de comprender Gael.

—Bueno, es que… me lo cargué… para comprobar si… ya sabes. Quería quedarme tranquila —murmuro, avanzando hasta la página final.

Manu se dibujó a sí mismo sentado en el banco de la plaza de Oturia, junto al olmo seco de cuyas anchas ramas Toni me contó que una mujer se había colgado porque no había podido soportar el salto de realidad.

No me ha dado tiempo de asimilar los premonitorios e inquietantes dibujos en acuarela de Manu, especialmente el del fuego arrasando con Casa Costa, cuando el móvil vibra en el bolsillo trasero de mis tejanos. En la pantalla aparece el nombre de Ingrid, una de las camareras.

—¡Paula! ¡El restaurante se está quemando!

CAPÍTULO 52

PAULA

No se ha salvado nada.

Casa Costa, el restaurante que mi padre levantó hace treinta años, ha ardido hasta los cimientos. Y ha ocurrido, prácticamente, en el mismo momento en que Gael y yo hemos descubierto el dibujo que hizo Manu diez años atrás, lo que convierte este instante en algo casi tan surrealista como que ambos muriéramos en nuestra anterior realidad y saltáramos a esta.

El incendio, lo he sabido desde el principio, ha sido provocado, y eso me dificulta que el seguro cubra los daños. Pero ahora eso es lo de menos.

¿Mi madre y Pol están bien? ¿Ya habrán salido del cine? ¿Estarán a salvo? ¿Dónde están?

Me derrumbo.

No puedo hacer otra cosa que derrumbarme.

Hay un montón de curiosos alrededor del cordón de seguridad que han dispuesto los bomberos para que nadie se acerque a las ruinas aún humeantes de lo poco que ha quedado de Casa Costa.

Gael, sintiéndose tan impotente como yo, me abraza. Me gustaría decirle que ha llegado en el momento justo, y también agradecerle que tuviera la valentía de adentrarse en lo desconocido para volver a estar conmigo. Pero ahora mismo no puedo decir nada. No me sale la voz.

Pensaba que Nicola iría a por mí. O a por mi madre, a por Pol… Prefiero los daños materiales, eso está claro, y espero que, después de haber prendido fuego al local, se largue de Cadaqués y nos deje en paz, pero algo me dice que esto solo ha sido el principio. Una especie de advertencia por no haberle otorgado la mitad del negocio que no me queda otra que admitir que él revivió hace tres años, cuando pasaba por un mal momento. Hace unas horas, al despedirlo en el campo de fútbol, le dije que quemaría todos los papeles del contrato. Mis palabras exactas han sido:

—No voy a firmar esos papeles, Nicola. ***Es más, cuando llegue a casa, lo primero que voy a hacer es prenderles fuego.*** *No voy a cederte la mitad del restaurante. Jamás, ni en sueños. Puedes irte hoy mismo, no te quiero en mi cocina.*

Y al final, lo que ha ardido es Casa Costa.

El incendio lo ha provocado Nicola.

Pero lo que él aún no sabe, es que, cuando juegas con fuego, acabas quemándote.

Sé que la Paula de este mundo vio en el italiano un salvavidas. Gracias a él, no tuvo que cerrar el restaurante. Sin embargo, a mí me toca lidiar con los problemas. Nicola ha mostrado su peor cara y va a por mí.

¿De dónde le sale tanta maldad, con lo majo que parecía? Yo, mejor que nadie, sé que las malas personas no llevamos un cartel en la frente advirtiendo del peligro que suponemos para los demás, y ahora entiendo que el salto a esta realidad y no a otra es un castigo

por la barbaridad que cometí en el pasado. En *mi otro* pasado.

—Tenemos que irnos de Cadaqués —le digo a Gael, la voz tan temblorosa que dudo que me haya entendido.

—Ha sido…

—Sí. Ha sido Nicola —confirmo. Gael me mira con incredulidad pese a haber escuchado lo que Nicola le ha dicho esta misma mañana por teléfono a su interlocutor: «Pase lo que pase, tanto si firma como si no, Paula está muerta»—. Tenía llaves del restaurante, no he caído en pedírselas, ha entrado y le ha prendido fuego…

Uno de los bomberos me ha dicho que el incendio se ha originado en la cocina. Aunque todavía es pronto para saberlo, creen que ha sido provocado. Me ha preguntado si tenía alarma, cámaras de seguridad… Nicola ha podido desconectar la alarma y apagar las cámaras, o sortearlas sin dificultad, pasando por puntos ciegos para evitar que lo grabaran.

—No sé cómo se lo voy a decir a mi madre, esto es… es tremendo.

Las noticias en un pueblo como Cadaqués corren como la pólvora, y mi madre, con el rostro desencajado, no tarda en hacer acto de presencia con un Pol silencioso y confuso que, nada más llegar, se lanza a mis brazos. Están a salvo. Están bien. Es lo único que importa.

—Mamá…

Con los ojos muy abiertos y vidriosos y sin apenas pestañear, mi madre se queda durante tanto rato mirando el desastre, que temo que le vaya a dar algo. Sin embargo, al cabo de un rato, despierta de esta terrible pesadilla, se acerca a mí, y, con un tono de voz frío y contundente que me cuesta reconocer, me pide con brusquedad:

—Dame tu móvil.

—¿Para qué?

—Tú dámelo y no hagas preguntas.

Obedezco como una autómata y le doy mi móvil. Le dicto los cuatro dígitos que tiene que introducir para desbloquear la pantalla y me mira con extrañeza, posiblemente porque ella conocía el código que tenía la Paula perteneciente a este mundo, que yo cambié por la fecha de mi boda con Gael en mi anterior realidad. En esta línea temporal, esos cuatro números, día y mes de la boda que *aquí* no sucedió, no tiene ningún significado.

Mi madre guarda mi móvil en el bolso y mira a su alrededor, como si buscara a alguien. Posiblemente piense que Nicola está cerca, observando con satisfacción el caos que ha originado. No lo ha nombrado, y desconozco si ha llegado a la conclusión de que ha sido él quien le ha prendido fuego al local. Pienso en la pistola que mi madre tiene oculta en el zócalo de su habitación. En el pozo del jardín que Manu esbozó después del dibujo del incendio de Casa Costa que ha acabado cumpliéndose. ¿Qué viene después del incendio? ¿Qué significado tiene el pozo? Entonces, caigo en la cuenta de que Gael y yo hemos salido de casa con tanta prisa tras la llamada de Ingrid informándome de que el restaurante se estaba quemando, que nos hemos dejado la puerta de la habitación de Manu abierta y con la llave en el cerrojo, por lo que, cuando mi madre llegue, sabrá que hemos estado revolviendo sus cosas.

—Me voy a casa —dice mi madre con determinación, sin un ápice de lástima por lo que acaba de pasar, como si ya lo supiera o llevara tiempo preparándose para este momento gracias a lo que Manu dibujó—. Tú vete con Pol a otra parte, lejos de Cadaqués.

—Pero no llevo cartera ni nada…

—Yo sí —interviene Gael.

—Gael va con vosotros —decide mi madre—. Subíos al coche. Ya.

Llegué a pensar que, gracias a la presencia de mi madre, este mundo se me hacía familiar pese a las evidentes diferencias, pero ahora esa sensación se ha desvanecido por completo. No sé quién es la mujer que tengo delante.

—Mamá… ¿Qué piensas hacer? —pregunto con miedo, pese a que me ha dicho que no haga preguntas, y tendría que ser yo quien se enfrentara a Nicola, si es eso lo que tiene pensado hacer, pero, después de todo, no me quedan fuerzas. No quiero más arrepentimientos en esta vida, no ahora, que tengo un hijo y Gael ha vuelto «mágicamente» a mí.

—Lo que debería haber hecho hace mucho tiempo.

Acto seguido, la veo desaparecer con arrojo en dirección a su coche, mientras yo miro por última vez lo poco que ha quedado del cartel Casa Costa que mi padre diseñó. El mismo cartel en este mundo y en el que abandoné.

—No te preocupes por nada, bichito —le digo a Pol, a pesar de estar temblando como un flan, cuando, cabizbajo y con expresión afligida, se acomoda en la parte trasera del Jeep.

Me pongo al volante, con Gael a mi lado.

—Qué bien que estés aquí, Gael —le digo con la vista clavada al frente.

Ya tendré tiempo de intentar solucionar lo que ha pasado. Por el momento, no se me pasa por la cabeza denunciar a Nicola, aun sabiendo que ha sido el responsable del incendio.

—¿Tienes alguna idea? —me pregunta Gael. Yo niego con la cabeza. Soy incapaz de pensar con claridad. No sé adónde ir, y me preocupa lo que le pueda pasar a mi madre, seguramente dispuesta

a enfrentarse sola a Nicola, algo que me parece increíble—. Podríamos ir a Carcassonne, queda a unas dos horas de aquí —propone con un deje de tristeza—. ¿Te acuerdas de la última vez que fuimos?

Los ojos se me llenan de lágrimas.

—No llores, mamá… —me pide Pol desde el asiento de atrás.

No puedo evitarlo. Lloro porque sé que, en este mundo, va a ser mi primera vez con Gael en Carcassonne, pero en nuestra anterior realidad, la que todavía recuerdo con tanta claridad, nos encantaba ir a pasar el día y hace cuatro años de la última vez que fuimos…

Asiento y, ya con el motor en marcha, pongo rumbo a Carcassonne, con la certeza de que mi madre y Nicola tenían una relación más estrecha de lo que yo creía. Ella siempre supo de lo que él era capaz, y jamás se lo advirtió a mi versión de esta línea temporal que vivía, desconozco si felizmente, en la más absoluta ignorancia.

CAPÍTULO 53

SOFÍA

Nico, ha pasado algo terrible.

Ven a mi casa. Estoy sola.

Te necesito. Tenemos que hablar.

Wasap enviado a Nicola desde el móvil de Paula.

Espero que dé a entender lo que pretendo: que «Paula» está arrepentidísima de haberlo despedido y no haber accedido a cederle la mitad de Casa Costa. Nicola, el muy tarado, le ha prendido fuego al local. Aunque me ha impactado darme de bruces con el restaurante en ruinas, saber desde hace años que ocurriría me ha ayudado a prepararme para este momento. Ni siquiera me tiembla el pulso. Ya me deshice de un problema una vez, y con bastante éxito, así que no me va a costar nada hacerlo otra vez.

Pero al entrar en mi habitación para sacar el arma que tengo oculta en el zócalo de debajo de la ventana que me va a ayudar a acabar con *el problema*, me percato de que la llave que abre la habitación de Manu no está. Subo al segundo piso. Tal y como me temía, la puerta que da a la habitación de Manu está abierta, con la llave puesta en el cerrojo. Paula y Gael han estado revolviendo mis

cosas y, si han encontrado la llave, seguro que también han visto la pistola. Paula ha entrado en la habitación de Manu, posiblemente con Gael, que sigo sin saber qué hace aquí. ¿Cómo sabían que había algo importante en la habitación de Manu?

Todo ha cambiado desde el día en que Paula regresó de Oturia aquel fin de semana de noviembre.

¡¿Qué demonios le pasó en ese lugar al que le pedí que no volviera?!

Oturia es un lugar maldito.

El caso es que, coincidiendo con la llegada de Gael, Paula ha debido de descubrir los dibujos que hizo Manu. Y a mí me da mala espina y se me presentan muchas preguntas, a cuál más ilógica.

¿Habrá llegado hasta la página final? ¿Habrá entendido por qué, desde que descubrí las premoniciones de Manu convertidas en acuarelas, supe que su desaparición era algo momentáneo, que solo debíamos esperar?

Yo sabía que Casa Costa ardería. No sabía cuándo ni si sería un incendio provocado, y menos a manos del «encantador» chef italiano procedente de una familia mafiosa de Sicilia que primero me engatusó a mí y después a Paula, pero llevo años asumiendo este destino devastador. A cualquiera lo hundiría en la miseria. A mí no. Y todo gracias a Manu. Porque Manu, que tenía un don y yo nunca creí en sus capacidades, lo pintó. He visto tantas veces ese dibujo, que, al estar frente al local convertido en cenizas, he tenido la sensación de que ya había ocurrido. Temo que Manu viera lo que le hice a su padre. Si lo vio, aunque a lo mejor no podía verlo *todo todo*, no lo dibujó en la libreta de cuero que dejó en el escritorio de su habitación a propósito, como si quisiera que lo encontrara cuando él ya no estuviera. A veces me pregunto si también predijo su propia desaparición en Oturia tal y como predijo su regreso. Porque, insisto,

Manu regresará. No sé cuándo ocurrirá, pero encontrará la manera de volver a casa.

En cualquier caso, espero poder explicarle algún día que solo evité que su padre lanzara por la borda el esfuerzo de toda una vida. Las apariencias importan. Las apariencias, para mí, lo son todo. La ausencia de Manu no es el motivo de mi amargura porque sé que volverá. Siempre lo he sabido. No sé en qué momento ni de qué manera, ni siquiera sé si seguiré aquí esperándolo. No tengo ni idea de lo que le pasó hace diez años en ese pueblo maldito del que he oído tantas leyendas extravagantes, pero si esta noche todo sale como creo que saldrá gracias al pozo del jardín que Manu dibujó justo después del augurio del incendio de Casa Costa, tengo la esperanza de que lo volveré a ver. Lo que sí fue motivo de amargura fue lo que pensaba hacerme Joaquín: fugarse con su amante, con la mejor amiga de nuestra hija.

Y ahora… ahora siento que Paula es una extraña.

Que mi hija se marchó a Oturia con sus miedos, sus inseguridades y sus traumas metidos en la maleta. Y que la que regresó es otra.

Vuelvo a cerrar con llave la puerta de la habitación de Manu. Paula y Gael jamás debieron entrar. Bajo las escaleras y entro en mi habitación. Me sitúo frente a la ventana, me agacho, hundo la mano en el hueco del zócalo y cojo el arma. La tengo cargada. Retiro el seguro. Quedan tres balas.

Y justo a tiempo…

… llaman a la puerta.

Nicola se ha dado prisa. Me sorprende y me decepciona a partes iguales su ingenuidad y que haya caído en la trampa con tanta facilidad.

Espera ver a Paula. Posiblemente piense, por el wasap que le he enviado desde su móvil, que ella, ciega de amor, le va a pedir ayuda, pese al mal que nos ha causado. Que, como Paula es tan inocente, no sospecha de él.

Pero no tengo tiempo de dar explicaciones. Soy una mujer indefensa y Nicola es joven y fuerte. Así que, en cuanto abra la puerta y dé un par de pasos hacia el vestíbulo, voy a disparar. Con un poco de suerte, nadie escuchará el estruendo, pues las casas más cercanas pertenecen a veraneantes y ahora en invierno están vacías. Nicola no tiene ni idea de que ha cavado su propia tumba cuando le abro la puerta, lo invito a pasar, y dice con una inocencia fingida que asombra viniendo de alguien que acaba de prender fuego a un negocio:

—¿Qué haces aquí, Sofía? Paula me ha escrito, he quedado con ella…

Esto ocurre segundos antes de gastar las tres balas que me quedaban: dos en el pecho y una en la frente.

Voy a tardar unas cuantas horas en limpiar este desastre. Pero nada me motiva más que el olor a pólvora y a muerte, y que los planes salgan como mi mente visualiza antes de llevarlos a cabo.

CAPÍTULO 54

PAULA

Gael y yo apenas hemos pegado ojo en toda la noche. Hablamos, cómo no, de nuestra anterior vida, de lo que dejamos atrás y nos quedó pendiente y de lo que podríamos hacer en esta realidad a partir de ahora. Y todo con total naturalidad, como si lo vivido a lo largo de estas últimas semanas fuera algo normal y rutinario, cuando ambos sabemos que ha sido, es y será el suceso más extraordinario de nuestras vidas.

—Gael, ¿tú eres consciente de que, probablemente, seamos las únicas versiones de nosotros mismos que conocen la existencia de múltiples universos paralelos?

—Cuesta creer en algo así, pero… sí, supongo que sabemos muchas más cosas que las versiones de nosotros que anden pululando por otros mundos con vidas totalmente normales y sin tantos sobresaltos.

Llegamos a Carcassonne a las once y media de la noche bajo un cielo en el que no se veía una sola estrella de lo encapotado que estaba. Ha estado toda la noche lloviendo. Yo tenía los ánimos por los suelos. Reservamos una habitación con vistas a la antigua ciudadela en el hotel Le Donjon, en el corazón del pueblo medieval de Carcassonne, donde Gael y yo nos alojamos varias veces en nuestra anterior realidad. Agradezco que Pol se quedara dormido en

el coche y, al llegar al hotel, no hiciera preguntas. Se acostó y se volvió a dormir al instante. Así de fácil.

—Qué envidia —le dije a Gael mientras arropaba a Pol—. Me encantaría tumbarme en la cama y caer rendida al momento.

—Es lo bueno de ser niño y tener una buena infancia. No hay remordimientos de conciencia ni problemas. Nada te quita el sueño.

—Ya… Lo que ha pasado podría haberlo traumatizado, pero no lo parece, ¿no?

—En absoluto.

—Creo que Pol solo quiere a su madre. Y que el restaurante, en el que mi versión de este mundo se volcó durante todos estos años, era una especie de lastre para el niño. Lo entiendo. Ya sabes, sobre todo en verano siempre ha habido mucho trabajo y con Nicola como chef estaba lleno durante todos los días del año, por lo que no creo que tuviera mucha vida ni tiempo para Pol.

—Hablas de esa Paula como si fuera una desconocida —apuntó Gael.

—Porque lo es. Es una desconocida y siento que hay una distancia abismal entre ella y yo. No tengo ni idea de cómo pensaba, de cómo sentía respecto a todo lo que le pasó… leí su diario, sí, y puedo imaginar que fue horrible y que tuvo sentimientos encontrados al enterarse de que estaba embarazada, y, aunque puedo ponerme en su lugar, ella no soy yo. Tampoco sé cómo habría actuado. Seguro que habría accedido a cederle la mitad de Casa Costa a Nicola sin sospechar que, en cuanto se despistara, ese monstruo habría acabado con ella para quedarse con todo.

—¿Qué crees que va a hacer tu madre, Paula?

Me encogí de hombros. Cómo saberlo…

—Me ha dado miedo —reconocí, acostándome en la cama muy cerca de Gael y hablando bajito para que Pol no se despertara—. No te lo dije, pero en el hueco del zócalo donde encontré la llave que abrió la puerta de la habitación de mi hermano, vi una pistola. Esta de *aquí*… no es como mi madre. No es la Sofía frágil que recordamos. Es ella y, al mismo tiempo, no lo es, supongo que como tú o como yo… versiones distintas de nosotros. Al principio no vi la diferencia o no la quise ver, en parte porque, aunque está claro que esta vida es muy diferente a la anterior, la existencia de mi madre me hacía sentir bien por la familiaridad que me transmitía, pero puede que Valeria tuviera razón.

«Puede que mi madre sea mala. Retorcida. Vengativa. Llena de rencor. Y que matara a mi padre o lo incitara a quitarse la vida», me callé.

—Yo también la he visto distinta. Supongo que lo que vivimos forja nuestro carácter… mira lo diferentes que eran el Sami que conocimos del Samuel que vivió en este mundo. —Asentí con un escalofrío recorriéndome el espinazo—. Para tu madre, la de *aquí*, no tuvo que ser fácil ver a su marido con otra y que esa otra fuera, ni más ni menos, que la mejor amiga de su hija.

—En un mundo fui yo quien pilló a mi padre con Valeria. En esta realidad fue mi madre. Pensaba que todo tenía que ver con el asesinato que cometí aquella noche, en la habitación de Manu… y no. El mundo se dividió la noche, una de tantas, en las que mi padre cerró el restaurante y, aprovechando que no quedaba nadie, se tiró a Valeria en su despacho.

Traté de apartar la visión de mi padre con Valeria y pensar en otra cosa. En este mundo alternativo no fui yo quien los vio, sino mi madre. Este cambio produjo que Valeria nos arrastrara aquel verano de hace diez años a Oturia para escapar de Cadaqués, de las amenazas de mi madre y de los chismes. Y hubo consecuencias. Sami, conocido como Samuel en este mundo, abusó de mí, Valeria lo

mató con la misma violencia con la que recuerdo que yo la maté a ella, y mi hermano desapareció. Mi anterior realidad es la que sigue estando presente. Todo lo que vi, pensé, sentí, callé, viví, hice…, es lo que cuenta para mí, aunque *aquí* nada de eso ocurriera.

A las cuatro de la madrugada, Gael recibió un wasap procedente de mi móvil. Era mi madre.

Podéis volver

cuando queráis.

—No quiero volver —le confesé a Gael, mirando atentamente a Pol, como si temiera que en cualquier momento pudiera desvanecerse como por arte de magia.

—No tenemos que quedarnos en Cadaqués.

—Pero Pol…

—Los niños se adaptan rápido.

—¿Y qué propones?

—¿Volver a París?

—Pol no sabe hablar francés. Tardaría mucho en adaptarse.

—¿Mudarnos a Barcelona? —tanteó, estrechándome contra su cuerpo.

—Puede ser una buena opción. ¿No te repudio?

—¿Por qué dices eso?

—Por lo que sabes que hice.

—Yo también hice cosas malas, Paula.

—Ya, pero yo… maté a Valeria.

—No quiero que parezca una competición, pero yo encargué el asesinato de tu hermano para que nadie lo supiera. Para que tu secreto siguiera a salvo. ¿En qué me convierte eso, Paula? Así que deja de decirlo. Valeria, *aquí*, está viva. De hecho, podría decirse que, en este mundo, ella es la asesina. Mató a Samuel. Convéncete de que no pasó.

—No, claro, porque *aquí*, como tantas otras cosas, no pasó.

—¿Qué crees que ha hecho tu madre para que nos diga que ya podemos volver? —preguntó de nuevo Gael con gesto sombrío.

—Creo que ha matado a Nicola —me sinceré—. Era un problema. En los últimos días se ha convertido en un problema muy serio y lo del incendio del restaurante ha sido la gota que ha colmado el vaso. Creo que mi madre me ocultó cosas sobre él. Es decir, se las ocultó a mi versión de esta realidad. Por un lado, a mi madre le interesaba que Nicola trabajara en el restaurante y que, de alguna forma, estuviera dentro de mi vida, pero ella siempre… siempre supo quién era y de lo que era capaz. Y lo tenía más controlado de lo que yo pensaba. Lo que no entiendo, es por qué alguien así, con tanto que ocultar, se expondría en redes sociales. Es un chef muy conocido. La gente venía a Casa Costa solo por él.

—Ser muy conocido es una buena coartada —opinó Gael. Le di la razón con un asentimiento de cabeza—. ¿Y por qué tu madre no te dijo nada? Si sabía cuáles eran sus intenciones, nada buenas hacia ti, ¿por qué no te advirtió sobre él?

—A lo mejor mi versión de aquí se olía algo, no lo sé, yo solo llevo un mes. Parece que estaba enamorada de Nicola y ciega, muy ciega. Deduzco que mi madre se calló muchas cosas por la cantidad de dinero que entraba. Porque, por lo visto, desde que Nicola entró a

trabajar como chef, el restaurante pasó de estar en números rojos a tener muy buenos ingresos. La madre que recuerdo era materialista. Esta lo es más. Pero también vivía por y para las apariencias y eso me desquiciaba. Eso no ha cambiado en esta realidad. Creo que mi madre, la de *aquí*…, es capaz de acabar con todo aquello que le estorbe y que la haga quedar mal de cara a la galería.

—No tienes que preocuparte por el restaurante, Paula. Aunque Valeria y yo nos vamos a divorciar, sigo siendo el propietario de la mitad de las cafeterías de París. Son seis. Nos las hemos repartido, tres para mí y tres para ella. Vamos a tener buenos ingresos y podemos vivir en cualquier parte.

—Seis cafeterías… dos más que nosotros. No es necesario que me lo recuerdes.

—Yo me haré cargo, ¿vale? Podemos mirar locales donde sea y empezar otra vez. Tú y yo. Tenemos los recursos y la experiencia. —Gael se percató de que yo no le quitaba el ojo de encima a Pol—. Y también, a tu lado, cuidaré de Pol como si fuera mi propio hijo. Es un niño genial, nos hemos caído muy bien, ¿no te parece?

—Y a él no le cae bien cualquiera, créeme. A Nicola no podía verlo ni en pintura porque… bueno, los niños saben. Ellos ven. Enseguida ven la verdad.

Se me formó un nudo en la garganta que me tuvo sin poder hablar media hora. Durante esos minutos en los que Gael respetó mi silencio, imaginé una vida lejos de Cadaqués con Gael y con Pol y, quién sabe, puede que, con el tiempo, viniera otro bebé. El bebé que no llegó a venir al mundo en nuestra anterior realidad por el «accidente» en el bosque de Oturia. Estar cerca de mi madre, de la madre de este mundo en la que no confío, no es una opción.

Ya no es una opción.

Puede que el cambio de realidad provocado por la bruja de Oturia no sea un castigo en sí, no era la primera vez que me lo planteaba. Es posible que, pese a las adversidades, sea una bendición. Una ayudita concedida a las malas personas o a los que han tomado nefastas decisiones, para abrir los ojos y conocer otros mundos y posibilidades, otras versiones de nosotros mismos o de lo que podríamos haber llegado a ser.

***

Antes de regresar a Cadaqués, desayunamos en el hotel tratando de olvidar las fatídicas últimas horas, y, seguidamente, damos un paseo por la ciudad medieval donde el pasado se respira a cada paso. A Pol le encanta recorrer sus calles empedradas. Lo observa todo con una curiosidad infantil maravillosa que me entristece que, en dos o tres años, cuando entre en la pubertad, se quede atrás y pase a formar parte del recuerdo, de una etapa. Supongo que tener hijos es eso, aceptar que la vida pasa. Lo que hoy son simples momentos, algún día serán recuerdos, y de nosotros depende que sean felices y agradables o no.

Gael le cuenta a Pol que en Carcassonne se han filmado escenas de algunas películas: *Juana de Arco* de Luc Besson, *Robin Hood*, la que protagonizó Kevin Costner, y que el mismísimo Walt Disney vivió aquí durante un tiempo, y, por eso, muchas escenas de sus dibujos animados se asemejan a la ciudad amurallada.

—¡Es como estar en otro mundo!

Gael y yo, agarrados de la mano, nos sonreímos. Al pasar por el lado de una anciana que se nos queda mirando fijamente y sin disimulo, oímos que nos dice en francés:

—Quelle belle famille! [1]

Lo extraño es que, cuando Gael y yo nos damos la vuelta para devolverle la mirada y agradecerle el cumplido, la anciana no está. Ha desaparecido.

Se me pone la carne de gallina. A Gael le pasa lo mismo.

—Paula… ¿Me vas a tachar de loco si te digo que, por un momento, se me ha pasado por la cabeza que esa mujer era la bruja de Oturia?

—No. Porque yo estoy pensando exactamente lo mismo.

CAPÍTULO 55

PAULA

Cadaqués nos recibe frío y gris.

Sigo triste, desanimada y con una sensación extraña, pero Gael está a mi lado. Vuelve a estar a mi lado como si nada hubiera cambiado… Con todo el simbolismo que eso implica, claro. Y siento que ya no puedo vivir sin Pol, a quien me da la sensación de que conozco desde siempre, aunque mi experiencia como *madre* se resuma a un mes y pocos días y no a los nueve años que tiene el niño. Me alegra que la propuesta de instalarnos en Barcelona le haya entusiasmado. Ha empezado a nombrar a un montón de amigos que viven allí y a los que conoce porque veranean en Cadaqués. También agradezco que no se extrañe de que lo mío con Gael vaya tan rápido cuando en esta realidad hacía años que no nos veíamos —sin contar el fin de semana en Oturia—, pues, para ambos, seguimos en el mismo punto donde lo dejamos: «Felizmente casados. Engullidos por una rutina que *ahora y aquí* no existe, pero aun así, muy enamorados».

Que sea lo que tenga que ser. Planear el futuro no sirve de nada, así como tampoco seguir dándole vueltas al asunto de qué estarán haciendo otras versiones de mí misma en otros mundos que jamás conoceré, o en qué especie de limbo se encuentra la versión a la que he suplantado. La vida puede cambiar en un segundo. No hay nada seguro. Hace un mes no creía en la magia, si es que a lo que nos ha pasado se le puede llamar *magia,* y ahora, mírame. Creo que todo es

posible. Aunque no lo veas o no lo vivas, hay más, mucho más. La vida es de lo más extraña.

Antes de cruzar la puerta de casa, me llega un delicioso aroma a bizcocho. Y a galletas de jengibre recién hechas. Tengo el recuerdo de mi madre haciendo bizcochos y galletas cuando estaba de buen humor o había algo que celebrar. ¿Qué hay que celebrar si Casa Costa ardió ayer? ¿Qué hay que celebrar si voy a tener que pelearme con el seguro, rellenar un montón de papeles, tener mil quebraderos de cabeza…?

Pol corre por la casa hasta que encuentra a su abuela en la cocina, delante del horno, y la abraza muy fuerte, como si hiciera meses que no la ve. Si finalmente nos mudamos a Barcelona, se van a echar mucho de menos.

—¡Bichito! ¡Qué alegría que ya estéis aquí!

Gael sigue a Pol, aparentemente sin percatarse de nada. Yo me quedo quieta como una estatua en la entrada, con la intuición de que anoche pasó algo horrible en esta casa.

Ni siquiera el aroma a repostería que llega desde la cocina camufla el fuerte olor a lejía que impregna el aire, así como el olor jabonoso a aldehídos que me recuerda al de los hoteles. Las tarimas de madera del suelo están relucientes, más brillantes de lo que jamás las había visto. Y reparo en que hay un trozo de pared recién pintado.

Puedo visualizar a Nicola entrando en casa y pisando el mismo punto del suelo que estoy pisando yo ahora, atraído por un mensaje de WhatsApp enviado desde mi móvil, aparentemente enviado por mí pero escrito por mi madre.

Recuerda que quería matarte, tanto si le dabas lo que quería como si no.

La pistola oculta en el zócalo. Mi madre sosteniéndola, sin darle tiempo a Nicola a defenderse, porque está claro que habría podido con ella.

¿Cuántas veces disparó?

¿A qué hora ocurrió?

¿Y qué más te da? Está muerto. Ya no va a poder hacerte daño. Nunca le interesaste. Solo quería el restaurante. Ser el dueño de todo. Sé agradecida y sigue adelante. El problema se acabó. Y ha sido gracias a tu madre, porque si hubiera sido por ti… aún estaríamos esperando el merecido desenlace. ¿En qué te has convertido, Paula? No te reconozco. Eres una blandengue.

Avanzo un paso, otro más, con la asfixiante sensación de que el suelo oscila bajo mis pies, hasta llegar al salón. Mi madre, Gael y Pol están hablando:

—¡Hemos estado donde vivió Walt Disney! Es una pasada, abu, es como si estuvieras en otro mundo. Gael me ha contado que…

Vas a estar bien. Vais a estar bien. Es lo único que importa. Es lo que querría la versión de ti que has suplantado. Hazlo por esa Paula. Ella no habría tenido tanta suerte. Puede que Pol, a estas horas, fuera huérfano. No habría sobrevivido a Nicola, la tenía cegada, sumisa. Tenías que llegar tú y ocupar su lugar. Era la única manera de mantener a salvo esta realidad. Todo, siempre, ocurre por algo.

Abro la puerta corredera que da al jardín. Salgo, y una corriente de aire me abofetea en la cara, como si una especie de energía que aunque no vea cada vez estoy más convencida de que existe, pretendiera cortarme el paso.

Con el rabillo del ojo, veo a mi madre asomada a la ventana, mientras Gael y Pol se han quedado en la cocina degustando las galletas.

Mi madre, o la versión distinta a la madre que conocí, me mira fijamente mientras avanzo hacia el pozo. Parece un fantasma. ¿Cómo saben los muertos que están muertos? ¿Acaso estamos todos muertos? O, mejor dicho, ¿cuántas versiones de nosotros están muertos en otras realidades?

Da qué pensar.

Me sitúo frente al pozo. En mi otra realidad y con ayuda de mi hermano, lancé el cadáver de mi mejor amiga como si nunca hubiera significado nada para mí. Vuelvo a mirar a mi madre, que sigue observándome expectante tras el cristal de la ventana. No sé qué quiere transmitirme con esa mirada gélida y sin alma y, al mismo tiempo, derrotada, como si todo el peso del mundo hubiera recaído sobre su espalda. No la conozco. No sé quién es. Lo único que sé es que el pozo, que parece estar destinado a esconder terribles secretos, vuelve a estar tapiado. Y no tengo ningún interés en desenterrar lo que oculta. Por un momento, siento alivio, alivio de no ser una asesina, de no tener que cargar en la conciencia con ningún muerto.

No *ahora*.

No *aquí*.

OCHO MESES MÁS TARDE

Agosto, 2025

CAPÍTULO 56

GAEL

La muerte de Sofía hace un mes debido a un cáncer agresivo que se la llevó en cuestión de semanas, no afectó tanto a Paula como la llamada que acaba de recibir.

Tras el funeral de Sofía a principios de julio que a mí me pareció experimentar por segunda vez, pues he visto a Sofía morir en dos ocasiones aunque de distinta forma, vinimos a pasar el verano en la casa de Cadaqués. Nuestra vida ahora está en Barcelona, en un bonito piso en el barrio de Gracia, a dos calles de la cafetería que empezamos a regentar en febrero, antes del diagnóstico de Sofía, quien, hasta ese momento, parecía indestructible.

Veo a Paula ausente, acariciándose la cicatriz con nerviosismo, como si quisiera arrancarse la piel. Pol, que es quien más ha padecido la muerte de su abuela, está arriba, en su habitación, sin tener ni idea de que está a punto de conocer a su tío.

—Está… ha vuelto a… ¿Pero cómo es posible? —balbucea Paula, nerviosa, y es que el hecho de que Manu haya regresado no es una buena noticia. No para ella, que desde que saltó a esta realidad aseguró estar mejor sin él.

—Paula, si salimos ahora podemos llegar a Oturia a las seis.

—Ella me lo dijo.

—¿Qué?

—Que fue lo último que me dijo mi madre. Que Manu volvería. Lloraba. Si la hubieras visto… Por una vez, volvió a parecerme la madre que conocí y perdí en… ya sabes, en la otra realidad. En esa realidad donde estamos todos muertos… —Paula y yo hablamos de realidades alternativas como quien habla del tiempo, como si fuera lo más normal del mundo—. Ella… mi madre… no podía parar de llorar porque sabía que no estaría aquí para volver a ver a Manu, y que ese era su castigo por todo el mal que había causado aquí… *aquí.*

Sé que el *aquí* tiene mucho significado para Paula. También lo tiene para mí.

Y es que Sofía, en su lecho de muerte, reconoció haber matado a sangre fría a Nicola.

«—Para protegernos a todos. Para protegerte a ti, Paula. Él era el mal y no lo veías, era el mal y no te lo advertí, al contrario… te arrastré al infierno. ¿Y para qué? Por las malditas apariencias. Por el maldito dinero. ¿De qué me sirve todo eso ahora, si me voy a morir?».

Supongo que ser plenamente conscientes de nuestra fragilidad cuando estamos a las puertas de la muerte, nos hace abrir los ojos.

Sofía nos contó lo que hizo. Y cómo lo hizo mientras nosotros estábamos en Carcassonne, ignorando que, en el campo de fútbol, era con ella con quien Nicola hablaba por teléfono y a quien amenazó con aquella sentencia que, de vez en cuando, resuena en mis oídos como si aún pudiera hacerse realidad: «Pase lo que pase, tanto si firma como si no, Paula está muerta».

«—En el pozo, está en el pozo —balbuceó Sofía sin fuerzas, convencida de que la mafia de la que el chef italiano provenía ataría cabos y vendría a por nosotros».

Pero Nicola lleva ocho meses muerto y nadie ha preguntado por él. No parece que tengamos a la mafia encima como en una intriga de Al Capone. Si el italiano tenía amigos en Cadaqués, algo que ignoramos, habrán pensado que ha regresado a su Sicilia natal o a cualquier otro rincón de Italia. Al final, que Casa Costa ardiera, también nos benefició para que nadie sospechara sobre la repentina desaparición del chef estrella. Después de matarlo, Sofía escondió la moto de Nicola en el garaje, pese al riesgo que suponía. Podía venir la policía, hacer preguntas, encontrar la moto… Pero nadie ha llamado a la puerta. A nadie le ha interesado que Nicola se esfumara, ni siquiera a su familia, con la que no se hablaba desde hacía años. Además, tuvimos un golpe de suerte al ver que, en el último vídeo que publicó en Instagram y en TikTok, destinado a sus miles de seguidores, se despedía de las redes porque «necesitaba un descanso». El descanso, solo nosotros lo sabemos, va para largo. Para toda la eternidad.

A veces me da por pensar en esta vida extraña, como la llama Paula, en la que Nicola está muerto *aquí*, en esta realidad, claramente lo está, su cadáver sigue pudriéndose dentro del pozo tapiado del jardín, mientras en el mundo alternativo en el que Paula y yo morimos en el bosque de Oturia, nunca nos topamos con él, por lo que sigue vivo, desconociendo nuestra anterior existencia, y con su fama como chef en redes sociales.

El golpe para Paula vino cuando la teoría de Valeria se hizo realidad. Sofía reconoció haber matado a Joaquín, y, al confesarlo, pareció sentirse más ligera. Saber que su madre había matado a su padre en esta realidad, destrozó a Paula, aun sabiendo mejor que nadie que el odio hacia una persona, por muy cercana que sea, puede hacernos cometer locuras, sacar lo peor de nosotros mismos,

permitir que el demonio que todos llevamos dentro emerja, cometiendo un acto cruel que pesa toda la vida.

CAPÍTULO 57

PAULA

Lo primero en lo que pienso al llegar a Oturia es que no quiero estar aquí. No quiero resucitar viejos fantasmas ni volver a ver a mi hermano.

¿Qué ha estado haciendo durante estos once años que lleva desaparecido? ¿Dónde ha estado?

Por teléfono no me han explicado mucho. Solo me han dicho que Manu, en perfecto estado, ha preguntado por mí, por su hermana Paula Costa, y que les ha facilitado mi número de móvil, recitándolo de memoria, para que me localizaran y viniera a por él. Un detalle insignificante que me ha hecho saber que llevo muchos años con el mismo número de móvil, pero ¿qué habría pasado si me lo hubiera cambiado? Aunque Manu habría encontrado la manera de regresar a casa, no me habrían localizado tan fácilmente. El agente que me ha contactado también me ha dicho que mi hermano se niega a levantarse del banco de la plaza, tal y como hace años dibujó antes de esfumarse, antes siquiera de visitar Oturia.

He llegado a pensar, y así lo he compartido con Gael mientras Pol ha simulado que no escuchaba pero ha estado atento a todo, que es posible que Manu se desorientara en el bosque, que se diera un golpe en la cabeza y perdiera la memoria, y después…

—¿Después, qué? Once años, Gael… Han pasado once años. Y ahora, de repente, aparece como si hubiera salido de la nada.

Y me callo que estaba tan bien sin él… Desde que aterricé en esta realidad, todo era más fácil sin su existencia, por muy duro que suene, pero hay que recordar que mató a tres chicas. No *aquí*. No en esta realidad. Pero sí en mi recuerdo, en un mundo en el que pienso a menudo y que debe seguir girando sin nosotros.

Volver a ver a Manu y decirle que soy la única familia que le queda, me provoca urticaria. No me cuadra la teoría de que el hermano que ahora ha aparecido no pertenezca a esta realidad. Porque si Manu viniera de otro mundo alternativo, no conocería mi número de móvil que, además, se sabía de memoria, lo que demuestra que es la versión de sí mismo de *esta realidad*. Y que es posible, debido a los dibujos que descubrimos, que lo viera todo o casi todo antes de que sucediera. ¿Predecir el futuro te da tranquilidad? Me gustaría saberlo. Enseguida averiguaré qué ha sido de Manu en todos estos años de ausencia.

***

Gael aparca el coche en la plaza. Está tal y como la recuerdo, con el olmo seco que deberían haber talado hace años. Aunque es verano y en Oturia no hace tanto calor como en otros lugares, no hace el frío intenso del invierno que te cala hasta los huesos. La temperatura es agradable. Ni frío ni calor.

Instintivamente, antes de acercarme al banco, donde veo de refilón a un chico joven sentado, a un agente de la Guardia Civil y a Fina, pero ni rastro de mi hermano, levanto la mirada en dirección a la casa de Toni. *Toni, el San Pedro de Oturia*, como lo apodó Gael. Las persianas están bajadas. Parece que la casa lleva tiempo abandonada. Toni debería estar aquí, en la plaza; de hecho, pensaba

encontrármelo junto a Manu, y que a él también le regalara un poco de consuelo con sus extrañas pero acertadas explicaciones sobre sucesos que están fuera de toda lógica.

—¿Dónde estará Toni? —le pregunto a Gael, pero no parece escucharme. Pol está a su lado, y ambos tienen la mirada clavada en el chico joven que está sentado en el banco—. ¿Y Manu? Dijeron que estaría aquí, pero…

Gael se percata antes que yo de lo que ocurre. Pese a lo que vivimos, me resulta imposible comprender que el chico joven no sea un desconocido.

Me fijo mejor. Lo miro fijamente y sin pestañear durante tanto rato, que los ojos se me humedecen y todo a mi alrededor se emborrona.

Es Manu. Es mi hermano.

Yo… no lo he reconocido, y ahora mismo me cuesta asimilar la situación. Esperaba encontrarme a un hombre adulto, pero, de alguna forma, para mi hermano no han pasado once años, porque sigue siendo exactamente el mismo chico de veintidós que, en esta línea temporal, desapareció la noche del 12 de agosto de 2014.

Mi hermano mayor es más joven que yo.

El tiempo no ha pasado para él. Se ha estancado. Manu debería tener treinta y tres años, pero sigue con la misma apariencia que tenía cuando desapareció con veintidós.

Me pregunto si el agente de la Guardia Civil es consciente de que está ante el mismo chico al que buscaron en 2014, pero ha habido tantas desapariciones y muertes en el bosque de Oturia, que imagino que es difícil acordarse de un caso concreto.

—¿Paula Costa? —se me acerca el agente, ante la curiosa mirada de Fina, que sostiene un sobre entre las manos.

—Sí, soy yo.

—Su hermano apenas ha hablado. Acérquese, a ver si puede arrancarle alguna palabra. Parece estar en shock.

Miro a Gael, que me devuelve la misma mirada aturdida que debo reflejar yo.

—¿Es el tío? —me pregunta Pol—. Es muy joven, ¿no? Pensaba que era más mayor que tú, mamá.

No sé qué responder a eso. Con paso vacilante, me acerco a Manu, que se acaba de levantar del banco. Si veía cosas… si presentía el futuro y lo dibujaba para dejar constancia de lo que ocurriría o quizá para no olvidarlo, debe de saber lo que le ha pasado.

¿O no?

—Manu —lo llamo, reparando en que se me queda mirando con la misma fascinación con la que lo estoy mirando yo.

—Paula… —susurra mi nombre. A continuación, levanta la mano, como si quisiera dirigirla a mi mejilla, ahí donde tengo la cicatriz, pero se contiene, no le parece una buena idea, y la vuelve a bajar al instante—. Estás… Estás mayor.

Tengo que recordarme que no estoy delante de la versión del hermano que yo conocía, antes de decir:

—Y tú muy joven. Igual a como…

Antes de continuar hablando, Manu mira con reparo a Fina que, al contrario que el agente, no se ha dignado a retirarse y parece un

peón fuera de lugar.

—Perdona, ya me voy, es que tengo algo para ti. —Fina se dirige a mí, balanceando el sobre en el que pone **«PARA PAULA»** escrito con rotulador negro y en mayúsculas—. Conocías a Toni, ¿verdad?

—Sí. ¿Dónde está?

—Se largó a principios de año. Nadie sabe dónde está. Me dejó esto para ti. Me dijo que si Paula Costa volvía a Oturia, te lo diera. Tu hermano ha venido al bar muy agitado, por eso he llamado al agente, y, bueno, cuando me ha dicho tu nombre, he recordado a Toni y he ido a buscar el sobre. Así que eres Paula Costa, ¿no? —quiere asegurarse.

—Sí.

Fina me da el sobre como si fuera una losa que lleva cargando desde hace tiempo, y desaparece calle abajo en dirección al bar. Miro el sobre con curiosidad, más deseosa de abrirlo y saber qué me ha escrito Toni, que de hablar con Manu, enfrentarme a él, y averiguar qué sucedió la noche en que desapareció. Afortunadamente, mi hermano, al verme «más mayor», deduce él solito lo que ha ocurrido, por muy chocante que sea.

—No estamos en 2014, ¿verdad?

—No, Manu, no es 2014. Hoy es 13 de agosto de 2025. Hace once años que desapareciste.

Manu se lleva las manos a la cabeza. Posiblemente esté pensando en la cantidad de cosas que se ha perdido durante estos últimos once años.

—No… no puede ser, pero tú… para ti han pasado todos estos años y para mí… nada. Nada. Solo unas horas, joder… solo hace unas horas que salí y ahora…

—Sé que puedes ver cosas, Manu. Que no eran ideas locas para llamar la atención. Que tienes el don de anticiparte a la vida, ver el futuro. Descubrí tu libreta de acuarelas.

—¿Ya ha pasado todo? Papá y mamá no están y el restaurante ardió —adivina.

—Exacto. Papá y mamá no están y Casa Costa tampoco existe —confirmo, con un dolor punzante en el pecho, callándome que, después del incendio, vendí lo poco que quedaba del local a un inversor que ofreció una buena suma de dinero con la intención de levantar un hotel.

—Recuerdo dibujar esta plaza. El banco. El olmo… Sin ni siquiera haber estado todavía aquí. Para mí han pasado unas pocas horas desde que me fui a dar una vuelta por el bosque.

Recuerdo la acuarela. Y todo cobra sentido. Manu se dibujó a sí mismo sentado en el banco de esta misma plaza donde ahora nos encontramos. Era el dibujo que venía después del pozo tapiado donde hace ocho meses mi madre arrojó el cadáver de Nicola.

—Pero en realidad han pasado once años —repito.

—Ya… once años. Joder joder joder… El barranco… Lo del barranco… era verdad, todo era verdad —trata de empezar a explicar, con la necesidad de centrarse y poner en orden las palabras para contarme un hecho insólito. Entiendo esa necesidad de que alguien te crea, de ser capaz de contar un suceso, por muy inexplicable que sea—. La zona del barranco del bosque de Oturia. Leí cosas sobre ese lugar, tenía curiosidad. Eran leyendas. Majaderías, supongo… majaderías que han resultado ser ciertas. Decían que, si saltas al vacío, viajas en el tiempo, pero esto… yo solo quería desaparecer, Paula, y te juro que la altura no parecía mortal ni nada, o sea… solo fue un salto. Yo quería… quería viajar a una época lejana, conocer otros mundos… vivir una aventura como la de los libros de ciencia ficción que siempre me han gustado. No

pensaba que fuera a pasar nada mágico ni… yo solo salté. Y no pasó nada, solo que… A ver, era de noche. Salté y me quedé ahí quieto, sorprendido de que la noche hubiera desaparecido tan rápido y ya fuera de día… Y entonces atravesé el bosque, y ahora estoy aquí y no entiendo cómo estás tan mayor y…

Aunque su desaparición no fue algo que yo viví, sería demasiado rebuscado explicarle que yo vengo de otro mundo. De un mundo en el que fuimos unos monstruos, y que es posible que su desaparición *aquí* durante once años que para él solo han sido unas pocas horas, evitara la muerte de aquellas tres chicas. Me repugna. El chico que tengo delante me repugna. Pero me consuelo pensando que el Manu de *aquí* no es como el que recuerdo. A lo mejor no es una mala persona o no vivió algo traumático como verme a mí asesinar a mi mejor amiga a golpes, para que «el demonio se le metiera dentro». *Aquí* Manu es inocente. No ha hecho nada malo. Y yo tampoco.

—Viste lo que Sami… —«Sami no, Samuel». Empiezo de nuevo. Corrijo el nombre—: ¿Viste lo que Samuel me hizo? —Manu agacha la cabeza y asiente con aire ausente, la mirada fija en la punta de sus Converse sucias, llenas de barro y con las suelas desgastadas—. ¿Qué más viste, Manu?

—Todo. Lo vi todo. A Valeria… —Se aclara la garganta y se acerca a mí. Huele a tierra mojada y a secretos, a un porvenir incierto. Seguidamente, su aliento cálido me invade cuando me susurra—: A Valeria matando a ese cabrón y luego enterrándolo bajo tierra, debajo del sauce llorón del jardín. Y eso también lo pinté en mi cuaderno de acuarelas. ¿Encontraste mi cuaderno de acuarelas? Lo dejé en mi escritorio para ti.

Asiento. Sí, lo que presenció sucedió hace once años, aunque para Manu han pasado solo unas horas. Es lo que, lamentablemente, mi versión de *aquí* vivió y luego volcó en su diario por recomendación de su psicóloga. Manu vio todo eso antes de que ocurriera, y también me dibujó a mí como a un monstruo con dos caras. Y ahora

resulta que dejó el cuaderno de acuarelas en el escritorio para mí. Para que mi versión de esta línea temporal lo encontrara.

—¿Y después? —le pregunto.

—Después me fui. Si algo me han enseñado mis visiones es que no se puede luchar contra el destino, ¿sabes? Lo que tiene que pasar, pasa; todo está escrito. Me las piré sintiéndome un mierda, un cobarde por no ayudarte, por no sacarte a ese hijo de puta de encima… Y me acordé de lo del barranco. Desaparecer, solo quería…

—Manu, ya está —le interrumpo, al ver que se está poniendo nervioso—. Ahora estás aquí. Todo es raro e inexplicable. Tú sigues siendo joven y yo he envejecido, pero has vuelto y… Quiero presentarte a alguien. De aquella horrible noche que recuerdas como si hubiera pasado hace solo unas horas, nació lo más bonito de mi vida y sé que lo viste. Sé que viste al niño rubio antes de nacer, porque también lo dibujaste en tu cuaderno de acuarelas. Se llama Pol, en mayo cumplió diez años, y es tu sobrino.

CAPÍTULO 58

PAULA

Llegamos a la casa de Cadaqués a las once de la noche. Manu, que apenas ha hablado durante el viaje desde Oturia, sube directamente al piso de arriba y se encierra en su habitación, como si, efectivamente, en lugar de once años solo hubieran pasado unas horas.

—Déjalo —le digo a Gael cuando veo que tiene la intención de seguir a Manu, y es que ambos sabemos lo rarito que es—. Ya bajará. Voy a preparar unos sándwiches para cenar. Algo sencillo, es tarde y yo no tengo mucha hambre, pero Pol sí…

—El tío es un poco raro, ¿no? —interviene Pol.

—Es que está cansado —disimulo—. Ha sido un viaje muy largo.

—No tanto —rebate Pol, sin entender el doble sentido de mis palabras, antes de encender la tele y apoltronarse en el sofá.

—Tú descansa, yo me encargo de preparar algo para cenar —se ofrece Gael, y yo se lo agradezco, pues llevo horas deseando abrir el sobre que Toni dejó para mí antes de largarse de Oturia. No puedo esperar más.

—Gracias. Salgo al jardín a… ya sabes.

—¿Me dejarás leer lo que Toni escribió? —pregunta Gael, que también tiene mucha curiosidad por el contenido del sobre.

—Depende.

—Oye, Paula… Me siento un poco…

—¿Incómodo? Ya… Yo también.

—Es que… ya sabes lo que hice —dice Gael en un susurro—. Mandé a matar a tu hermano… y ahora está aquí, tiene… solo tiene veintidós años y... Joder.

—No hiciste nada, Gael. Eso no ocurrió.

—No *aquí*, ya, pero yo sí lo recuerdo. Recuerdo que lo hice. Que pasó.

—Te entiendo, y ya sabes por qué, pero intenta no darle vueltas a ese asunto, ¿vale? Bueno, voy a leer esto…

—Sí, sí, ve.

Cruzo el salón, donde Pol está viendo *Stranger Things*. ¿Qué le ha dado a todo el mundo con esta serie?

—¿Esa serie es adecuada para tu edad? —me preocupo, al ver a unos murciélagos gigantes y monstruosos atacando a un chaval, que está tendido en el suelo luchando por su vida e intentando desprenderse de lo que sea que le está aprisionando el cuello, dejándolo sin aire.

Pol no despega los ojos de la pantalla ni se digna a responderme. En lugar de eso, resopla con ese punto de hartazgo adolescente y trasgresor que me va preparando para lo que está a la vuelta de la esquina.

Salgo al jardín y me acomodo en una de las sillas de mimbre que hay en el porche, no sin antes sentir un leve escalofrío al recordar que lo que queda de Nicola se encuentra a escasos metros de mí, pudriéndose en el fondo del pozo tapiado.

Abro el sobre. La letra de Toni es clara y bonita, cada palabra está escrita con esmero, como si se hubiera esforzado para que no tuviera problemas a la hora de entender su mensaje.

Hola, Paula:

No sé si algún día regresarás a Oturia ni si Fina se acordará de darte esta carta. En cualquier caso, si la estás leyendo, objetivo cumplido.

Hace poco descubrí a David Deutsch, no sé si te suena. Es un físico teórico de la Universidad de Oxford, miembro de la Royal Society y uno de los padres de la computación cuántica, que funciona porque utiliza múltiples universos al mismo tiempo. Deutsch afirma que existen infinitas versiones de nuestra vida, pero que solo vivimos una. Eso explica por qué, tras el salto de realidad que nos provocó la bruja, solo recordamos una vida, aun saltando a otro de nuestros mundos alternativos en los que nuestra conciencia permanece. Eso no se debe a porque las otras realidades no existan, sino porque no todos podemos acceder a realidades mejores. Deutsch asegura que no hay un solo universo, sino que hay muchos, y todos reales y coexistiendo.

Según la mecánica cuántica, cada vez que ocurre una posibilidad, la realidad no elige, se divide, y cada opción continúa existiendo en un universo distinto, no como metáfora o creencia, sino como consecuencia matemática.

Fascinante, ¿verdad?

Eso significa que existen versiones de nosotros mismos que se atrevieron o que no se conformaron, están las versiones que dudaron y las que no se quedaron esperando, o incluso las que se quedaron atrapadas. Pero Deutsch dice que no todas las versiones son accesibles. No porque no existan, sino porque nuestra conciencia no se mueve al azar. El ser humano solo habita la realidad que es coherente con su forma de decidir, es decir, con su identidad. Saltamos a realidades afines, no especialmente deseadas. Colapsamos una línea de realidad y nos quedamos en ella, aunque perdamos mucho por el camino. No vivimos la mejor versión posible, sino la que se nos permite según nuestra identidad.

Viniendo de un físico tan importante como David Deutsch, el tema que nos concierne no es una chaladura ni una fantasía, es ciencia, es real, no tan inverosímil, que nos ha pasado a ti y a mí, pero que, seguramente, hay muchas otras personas con experiencias similares que un día, sin saber cómo ni por qué y sin que la mano de la bruja de Oturia tenga nada que ver, han despertado en un mundo ligeramente distinto al que conocían.

Esta era la parte fácil de esta carta, Paula. Lo que a continuación voy a dejar por escrito, te va a impactar. Eso creo. Si no quieres saberlo, detente aquí. Guarda esta carta, rómpela en pedazos, quémala, hazla desaparecer.

¿Vas a seguir leyendo?

¿Sí?

¿Estás segura?

Después no digas que no te lo advertí.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

Bien, adelante. Me imaginaba que seguirías leyendo. Pero, antes de nada, una cosa: perdóname, por favor.

Cuando te vi en el bar de Fina, tan convencida de que ella te conocía pero no era así, supe al instante lo que te había pasado. Tú también habías saltado. Estabas en un mundo alternativo al tuyo en el que Fina no sabía quién eras. Pero yo sí te conocía. Yo sabía quién eras y cómo te llamabas, porque en mi anterior realidad te maté. O, mejor dicho, fui el causante de la muerte de una de tus versiones de una realidad que no has conocido ni recuerdas pero que se trata de mi mundo raíz. Del único mundo que yo recuerdo y en el que tuviste la mala suerte de cruzarte en mi camino en el peor momento.

¿Recuerdas que te dije que en mi mundo raíz, en la realidad que había abandonado, era un kamikaze que mató a su novia y a la pareja que iba en otro coche por tomar la nefasta decisión de conducir borracho?

Gael y tú erais la pareja que iba en el coche contra el que me estrellé por mi borrachera y mi conducción temeraria. Os maté en el acto.

Y es curioso que, años más tarde, tuviera la oportunidad de ayudaros a ambos o, al menos, explicaros lo mejor que sabía qué era lo que os había pasado en el bosque, para que pudierais seguir adelante sin tanto agobio.

Sí, Paula, la vida es extraña, y está repleta de causalidades.

Y ya. Eso es todo. Poco más te puedo contar. En al menos dos realidades estás muerta y en una de ellas yo fui el causante, pero me consuela saber que aquí, en este mundo que compartimos, estás viva, y espero que Gael te haya ido a buscar y volváis a estar juntos. Ey, *final feliz*, ¿no? Tenéis una nueva oportunidad, la de convertiros en las mejores versiones de vosotros mismos. ¿No debería ser así siempre, saltemos o no de línea temporal, creamos o no en el multiverso?

Que tengáis suerte. Y felicidad. Es lo único que deseo para vosotros, Paula.

Recuerdo con claridad la última vez que te vi.

Yo te dije:

—Si el destino quiere, nos volveremos a encontrar.

Y tú, muy sabia, respondiste:

—¿Y en qué realidad alternativa nos volveremos a encontrar, Toni?

Creo que una parte de mí sabía que tenía algo importante que hacer en Oturia y, ahora que siento que ya he cumplido mi misión, decido cambiar de rumbo. No sé adónde me llevará la vida, Paula, ni qué sorpresas me depara el destino o si volveremos a coincidir, espero que con mejor suerte, en esta realidad o en otra, pero es un misterio que merece la pena descubrir sobre la marcha, ¿no crees?

Con afecto,

Toni

He perdido la noción del tiempo. No sé cuánto rato ha pasado desde que he acabado de leer la carta, debido a lo mucho que me ha impactado la revelación de Toni sobre que la pareja contra la que se estrelló con el coche en su mundo raíz éramos otras versiones de Gael y yo, pero ha debido de ser bastante. Cuando entro en casa, Gael y Pol están acabando de cenar sentados en el sofá, absortos en *Stranger Things*.

—¿En serio, Gael? ¿Tú también has caído?

—Está genial. Oye, han sobrado un par de sándwiches para Manu y para ti. Por cierto, ¿qué se cuenta Toni? ¿Me dejarás leer la carta?

—No lo sé. Puede. Algún día.

Todavía aturdida por la carta y triste al saber que hubo otra versión de mí que no sobrevivió, pero decidida a no darle demasiadas vueltas, me quedo unos segundos con la mirada fija en el televisor, hasta que despierto del estupor y les digo que voy arriba a darme una ducha y a dormir. Demasiadas emociones en tan pocas horas.

—Ahora subo —me dice Gael, pero vaticino que van a ver, como mínimo, un par de capítulos más, y se irán a dormir tarde. Da igual. No hay prisa. Estamos de vacaciones.

Cuando llego al piso de arriba, me detengo en el umbral de las escaleras al escuchar el ruido de una puerta. Me sobresalto. Por un momento, he olvidado la presencia de Manu y he pensado que se nos ha colado un intruso. Y es que así es como veo a mi hermano, como un intruso. El subconsciente no miente. A pesar de los dibujos

que dejó y la advertencia de mi madre de que regresaría, yo lo daba por muerto. Es como si estuviera viendo un fantasma y me entran escalofríos. Ni siquiera ha preguntado qué les pasó a nuestros padres, como si ya lo supiera o no le importara. Tampoco ha mostrado el más mínimo interés por Pol, que es su sobrino; no le ha hecho ni caso. Se ha cambiado de ropa y ha limpiado un poco las zapatillas Converse, que estaban hechas un desastre y llenas de barro, pero no se ha dignado ni a darse una ducha.

«Once años que para él han sido unas pocas horas. Un viaje en el tiempo decepcionante en el que no ha conocido otros mundos ni otras épocas como en los libros de ciencia ficción y fantasía que tanto le gustan, solo… para él solo ha sido un momento. Lo que tarda una estrella fugaz en surcar el cielo. Después de ver con sus propios ojos y sin intervenir lo que Samuel le hizo a mi versión de *aquí* y a Valeria matándolo a sangre fría, se adentró en el bosque. Se acercó a la zona del barranco y saltó. La noche dio paso al día en un segundo, y ha terminado apareciendo en el mismo lugar *once años después*», me recuerdo, preguntándome cómo se sentirá, y qué extraños pensamientos lo estarán asaltando ahora mismo. Pero Manu es un libro cerrado. Imposible saberlo.

—Ey.

—Gael ha preparado sándwiches, por si quieres comer algo.

—No tengo hambre.

—¿Vas a alguna parte? —le pregunto.

—Sí, voy a dar una vuelta por ahí. Chao.

Manu ha contestado sin mirarme a la cara.

Cuando pasa por mi lado rozándome el brazo, retrocedo atrás en el tiempo por un intenso *dèjá vu* que me paraliza por completo.

***

Mismo lugar

Agosto de 2018 de mi anterior realidad

Estaba molida. Mis padres estaban trabajando en el restaurante y Gael decidió quedarse un rato más en el salón viendo la tele. Ya estábamos viviendo en París y la apertura de nuestra primera cafetería estaba prevista para dentro de tres meses. Nos encontrábamos en un punto en el que desconocíamos que las cosas nos irían bien, por lo que vivíamos con la incertidumbre y con un miedo constante a fracasar. Habíamos llegado esa misma mañana a Cadaqués para pasar unos días. Echábamos de menos el pueblo, aunque estar en esa casa, a escasos metros del pozo tapiado que me recordaba que ahí dentro estaba Valeria, me sumía en un estado de nervios constante. Se habían cumplido cuatro años de su «desaparición». Se me hacía difícil entender que mis padres pudieran continuar viviendo ahí sabiendo lo que ocultaba el pozo.

Subí las escaleras, deseosa de tumbarme en la cama y dormir doce horas seguidas, cuando vi a Manu saliendo de su habitación.

—Ey.

—Gael ha preparado unos sándwiches, por si quieres comer algo.

—No tengo hambre.

—¿Adónde vas? —le pregunté, porque era raro que Manu saliera por ahí solo, pero yo llevaba un tiempo fuera y estaba bastante desconectada, así que era posible que las cosas hubieran cambiado. Que tuviera amigos. Incluso alguna novia.

—Voy a dar una vuelta por ahí. Chao.

Contestó sin mirarme a la cara.

Pasó por mi lado rozándome el brazo.

Esa noche violó y mató a su primera víctima.

***

Ahora

Tras el shock inicial que me ha tenido petrificada durante un buen rato en lo alto de las escaleras, bajo a toda prisa. Cuando Gael me ve, se levanta rápido del sofá y me pregunta con inquietud qué pasa. Abro la puerta de sopetón, desciendo las escalinatas, tropiezo y me caigo, me sale sangre de las rodillas. Gael me tiende la mano y me ayuda a levantarme, mientras pregunta:

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

No contesto. No puedo. Atravieso la verja y salgo a la calle, pero no hay ni rastro de mi hermano. Grito su nombre, pero es inútil. Ya no está.

—¡Paula! ¿Pero qué pasa?

Levanto la mirada en dirección a un cielo repleto de estrellas, coronado por una imponente luna llena. Tengo un mal presentimiento. La preocupación me aprieta el pecho.

—¡Va a volver a pasar! Todo se repite, ¡todo! Manu me dijo que no se puede luchar contra el destino. Que lo que tiene que pasar, pasa,

que todo está escrito. De una manera u otra, todo está conectado, nuestras versiones están conectadas, nuestras distintas líneas temporales también lo están. Nunca se han ido de aquí… ahora lo veo. Somos los mismos. Nuestra conciencia es la misma de un mundo a otro, lo único que cambia son los acontecimientos y, por lo tanto, nuestros recuerdos. Tengo que… tengo que salir a buscar a Manu. Lo va a volver a hacer y… y no voy a poder impedírselo. Si no es esta noche, será otra, solo espero que lo pillen pronto; si no, yo misma lo delataré. Manu lleva el demonio dentro, Gael. No lo he querido ver, pero sé que *aquí* también se le metió el demonio.

CAPÍTULO 59

MANU

Quizá el problema no está en mí, sino en los demás y en su manera de tratarme.

Necesito reflexionar sobre lo que me ha pasado.

Once años. Once años que, para mí, han sido unas pocas horas.

Los viajes en el tiempo son una estafa.

No tengo padre. No tengo madre. Se han ido. Y no puedo contar con Paula. Nunca he confiado en ella, porque es la única que sabe que hay algo en mi cabeza que no está bien. Estoy solo y roto, sin nadie que me ayude a recoger los pedazos.

Porque soy invisible. Invisible salvo para el demonio. El demonio que se escondía dentro del muerto que intentó destruir a mi hermana, me vio, me eligió, y se me metió. Tengo ese momento grabado a fuego. Intenté escapar de él, por eso corrí hacia el bosque, para esconderme. Pero del demonio no te puedes esconder. Hagas lo que hagas, te acaba encontrando. Para mí ha sido reciente. Aunque hayan pasado once años.

Esto no lo predije, joder. No lo vi. No soy capaz de verlo todo. Las visiones son caprichosas. Selectivas. Puede que sea mejor así.

Me encuentro sentado encima de una roca, en un trozo de playa desierta. A lo lejos, se oye música. A lo lejos. El olor salino me rasga la garganta. Once años, joder, once años perdidos que para mí han sido unas pocas horas, y en este tiempo el mundo ha seguido girando sin que mi ausencia le importara a nadie.

Es una locura.

Y ahora, porque *el ahora* es lo único que debería importarme, no puedo dejar de mirar a esas tres chicas que llevan un buen rato riéndose.

¿De qué se ríen?

¿Se están riendo de mí?

¿Por qué no me dicen nada?

No me han visto o han pasado de mí. Son guapas, desinhibidas, divertidas, y están borrachas. Míralas. Ahora se han puesto a bailar bajo la luz de la luna llena… y están a un par de minutos de desnudarse y adentrarse en el mar. Una noche inolvidable. A medida que se van quitando la ropa mientras juegan entre ellas, siento cómo la quietud se tensiona a mi alrededor.

Contengo la respiración en el momento en que escucho su voz dentro de mi cabeza:

Acércate. Arriésgate. Si no te acercas a ellas, seguirás sin ser nadie. Y tú no quieres seguir siendo «nadie», ¿no, Manu? Tú quieres ser alguien importante. Que hablen de ti. Que tu presencia imponga. Ni te han visto. Y, si lo han hecho, les pareces tan poca cosa que les da lo mismo quedarse en bolas delante de ti. Permíteme salir. Vamos, déjame salir. Empieza el juego. Demuéstrales que eres grande, que eres tú el que manda, que tú tienes el poder. Venga, Manu, que lo pasaremos bien. Te va a gustar tanto que, en pocos

días, me vas a pedir que repitamos. No te contengas. El destino de esas chicas ya está escrito.

No me contento con observarlas. Es esperar. Medir cada sombra, cada latido, cada crujido de la ola que podría ser mi aviso para actuar. En mi mente la escena se ejecuta con frialdad matemática: el instante perfecto, la distracción exacta, el mundo que se detiene cuando yo decido. Ellas no lo saben, pero sus vidas cuelgan de un hilo frágil que yo sostengo entre los dedos, templado, decidido. Cuando llegue el momento, nadie entenderá por qué pasó, la lógica que lo hizo posible. Solo sabrán que algo oscuro y preciso cobró su precio como aquellas desapariciones que no le interesan a nadie: *sin dejar rastro.*

AL DÍA SIGUIENTE

14 de agosto de 2025

TRES JÓVENES INGLESAS APARECEN MUERTAS EN UNA PLAYA DE CADAQUÉS
LA HIPÓTESIS INICIAL APUNTA A AHOGAMIENTO

Esta mañana, la Policía Local de la localidad gerundense confirmó el hallazgo de los cuerpos sin vida de tres jóvenes de nacionalidad británica en una playa de la comarca de l'Alt Empordà. Las primeras informaciones publicadas por fuentes oficiales, sospechan que las tres jóvenes han fallecido por ahogamiento tras una noche que, según la investigación en curso, transcurrió sin incidentes visibles en la zona.

El suceso fue detectado a primera hora de la mañana por un auxiliar de playa que realizaba una ronda de seguridad. Los cuerpos fueron recuperados por los equipos de emergencias que se trasladaron al lugar y, hasta el momento, no se han difundido detalles de la identidad de las víctimas ni de posibles testigos. Los servicios de emergencia no han informado de signos evidentes de violencia, y la investigación se centra en confirmar la hipótesis de ahogamiento y determinar posibles causas o circunstancias que hayan conducido a la tragedia.

Fuentes municipales han señalado que la playa donde se produjo el hallazgo es una de las más tranquilas de la zona, característica que, según los vecinos, la hace especialmente vulnerable a incidencias cuando hay afluencia turística tardía. No obstante, las autoridades han subrayado que, por ahora, no hay indicios de que exista riesgo para el público general y que el foco de la investigación se mantiene en comprender las circunstancias de los hechos.

Las tres jóvenes, de entre 20 y 23 años, habían llegado a la Costa Brava en las últimas semanas para pasar sus vacaciones. Familiares y allegados han sido contactados por la autoridad competente para confirmar identidades y colaborar en la investigación. Mientras tanto, la localidad continúa con su actividad turística habitual, a la espera de más información oficial.

La Brigada de Policía Judicial está a cargo de la investigación, que se mantiene abierta, y se esperan nuevos comunicados a medida que se disponga de más datos. Las autoridades han pedido a cualquier persona que pueda aportar información que se ponga en contacto con la comisaría local o con la Guardia Civil de la demarcación.

EPÍLOGO

Las otras vidas de Paula Costa

Te cuento un secreto:

Cuando la vida de una versión de ti de la

que depende un <u>niño inocente</u> corre peligro

de extinción <u>por causas no naturales</u>,

otra versión <u>sin implicaciones</u> ocupa tu lugar

para seguir <u>el curso del destino</u>

y salvarlo del desastre.

Vida 1: Mismos acontecimientos, distinto destino. Joaquín y Sofía delatan a Paula, quien no ha tenido la mala fe de implicar a su hermano en el asesinato de Valeria. *Es lo que tienen que hacer.* Paula cumple condena en prisión por el asesinato de Valeria. Nadie la cree cuando grita a los cuatro vientos que Valeria y su padre tenían una aventura y que descubrirla la desquició. La vida en prisión es dura, y le quedan sus mejores años por delante privada de libertad. Hay días en los que solo quiere desaparecer. Manu es un reconocido artista cuyas exposiciones en todo el mundo son un éxito

rotundo. Sofía fallece de cáncer de pecho en 2018. Joaquín es un hombre solitario dedicado por completo a su restaurante, que funciona regular, y a menudo tiene la tentación de coger una de las pistolas que heredó de su abuelo y acabar con todo. Gael, en un ataque de rebeldía contra su padre, abandona sus estudios universitarios y se va a Roma a estudiar cocina, su gran pasión. Nunca se saca a Paula de la cabeza, a pesar de la atrocidad que cometió. Conoce a un chef increíble llamado Nicola Galli, y ambos regentan un restaurante en El Trastévere, uno de los barrios más bohemios, pintorescos y animados de Roma.

Vida 2: Paula nunca llega a enterarse de que su padre tiene un *affaire* con Valeria. Sofía tampoco. La aventura secreta entre Valeria y Joaquín dura cinco años, hasta que en 2018 ella conoce a un importante empresario, se casa con él y tienen tres hijos. Manu es un reconocido artista cuyas exposiciones en toda Europa son un éxito rotundo. Joaquín y Sofía siguen al frente de Casa Costa, pero están deseando jubilarse para dar la vuelta al mundo. Gael y Paula están juntos desde el verano de 2014. Regentan ocho cafeterías en París y en 2022 tienen un hijo al que llaman Paul. La vida es perfecta. Un sueño cumplido.

Vida 3: Joaquín y Valeria solo se lían una vez. Él enseguida recapacita y comprende que es un error que le puede salir muy caro. Ni Paula ni Sofía llegan a enterarse. En marzo de 2017, cuando Manu está en Nueva York, donde tiene su primera gran exposición que le otorgará un gran reconocimiento mundial como artista, Sofía enferma de gravedad. Gael y Paula tienen previsto mudarse a París en los próximos meses para abrir su primera cafetería. Van de camino a ver a Sofía al hospital, cuando un kamikaze se les cruza en el camino, matándolos en el acto.

Vida 4: Aunque parezca imposible, en esta vida no pudo ser. En noviembre de 2014, cuando solo llevan tres meses juntos, Gael tiene un desliz con una compañera de universidad y Paula rompe con él. Aunque Paula descubre con incredulidad la aventura que su padre tiene con Valeria, es capaz de dejar al demonio dormido. Su padre le pide perdón. Le suplica que no diga nada y le asegura que no se volverá a repetir. Y así es. Joaquín cumple su promesa y no vuelve a serle infiel a Sofía. Manu es un reconocido artista cuyas exposiciones alrededor del mundo son un éxito rotundo. En una exposición celebrada en una ilustre galería de arte de Londres, conoce al amor de su vida, un escultor llamado Theo Evans. Ellos aún no lo saben, pero van a tener una vida extravagante en un castillo habitado por fantasmas ubicado en Killiney, Irlanda. Joaquín y Sofía siguen llevando las riendas de Casa Costa, pero están deseando jubilarse para enlazar un crucero tras otro. Gael vive en Roma, donde se hace amigo de un famoso chef siciliano llamado Nicola Galli, y ambos regentan un restaurante en El Trastévere. Paula vive en Madrid, es crítica gastronómica, y está muy ilusionada con su reciente relación con Mateo, propietario de uno de sus restaurantes favoritos de Malasaña.

***

Cadaqués

Martes, 1 de noviembre de 2033

A veces, en sueños, regreso a las profundidades del bosque de Oturia donde la bruja siempre me está esperando. Se me queda mirando muy fijamente, pero nunca me dice nada, solo me muestra un sinfín de vidas, algunas felices, otras marcadas por la

oscuridad. Se me presenta con la cara arrugadita y amable de la anciana que en Carcassonne nos dijo a Gael y a mí: «¡Qué bonita familia!». Supongo que la bruja de Oturia, a su manera, también tiene o ha tenido varias vidas. Se camufla entre nosotros. Siente curiosidad por la evolución de las almas corruptas a las que mandó al otro lado.

Arrestaron a Manu por el asesinato de las tres jóvenes británicas. Yo misma lo delaté. No tardaron en encontrar pruebas, y un par de testigos que fueron claves en su detención, aseguraron haber visto a Manu sentado en la roca de la misma zona de la playa donde hallaron los cadáveres de las chicas. Lo último que Manu me dijo fue que el demonio del padre de mi hijo se le metió dentro cuando Valeria lo mató, y no lo pudo controlar. Él y sus demonios, siempre culpando a otros de su maldad. Después, dejó de hablar. Al poco tiempo, cuando ya estaba encerrado en prisión, Manu se hizo muy famoso porque se supo que había desaparecido en el bosque de Oturia en agosto de 2014 y había regresado con la misma apariencia once años después. Su extraño caso fue muy sonado en redes sociales bajo el título: «El viajero del tiempo. Una historia real». Han pasado ocho años, sé que mi hermano sigue vivo, pero no lo he vuelto a ver.

Tampoco sé nada de Valeria ni de los «amigos» de juventud que, salvo Sami/Samuel, son los mismos que los de mi anterior realidad. No sé qué habrá sido de sus vidas, pero espero que estén bien.

Pol ya es mayor de edad. Ha cumplido dieciocho años, es una promesa del fútbol, y ha empezado a salir con una chica monísima que pasa más tiempo en mi casa que en la suya. La adolescencia no fue tan dura como imaginaba; Pol me lo puso muy fácil. Lamentablemente, Gael y yo no llegamos a tener más hijos. Me habría gustado, pero no pudo ser. Han sido unos años convulsos repletos de catástrofes naturales que hicieron pensar que la Tierra estaba a punto de dejar de ser habitable. Pero aquí seguimos. A finales de 2026, a causa de las tensiones y los graves conflictos

entre Estados Unidos, China y Rusia, se desató la temida Tercera Guerra Mundial. El mundo entero estalló. Gael, Pol y yo huimos a Cadaqués, donde pudimos llevar una vida más tranquila que en las grandes ciudades, donde los saqueos, las bombas y los asesinatos eran el pan de cada día. Un desequilibrio financiero global aumentó la desigualdad y colapsó los sistemas económicos tradicionales. Al horrible conflicto que tantas vidas devastó y que finalizó en mayo de 2029, se le sumaron diversos virus mortales procedentes de Asia y África, que acabaron con más de la mitad de la población mundial.

Hace un mes enterré a Gael. Los vicios de su versión de esta línea temporal, a la que suplantó hace nueve años, le acabaron pasando factura pese a los actuales avances médicos para eliminar el cáncer. Al final, la muerte lo encontró. Y a mí el karma, que es un gánster muy paciente y retorcido, me dio mi merecido. Nos creímos inmortales. Después de lo que nos pasó en Oturia, nos dejamos engañar por la ilusión de que la muerte no existe, que el tiempo no es lineal, sino un bucle infinito. Pero la muerte siempre te acaba encontrando. Sé que Gael sigue vivo. En otro lugar. Pero ese lugar no me pertenece. Y ahora me he quedado sola. Sola, triste y rota.

Si no fuera por Pol, volvería a adentrarme en el bosque de Oturia para que la bruja me hiciera saltar a una línea temporal en la que pudiera reencontrarme con Gael, aunque fuera una versión distinta, y así seguir con un círculo sin fin… con una especie de preciosa vida eterna a su lado.

Llevo un buen rato asomada a la ventana, con la vista clavada en el pozo tapiado donde Nicola lleva nueve años pudriéndose, cuando llaman a la puerta. Me sobresalto. El estómago me da un vuelco y el corazón empieza a latirme muy rápido. Y es que, cada vez que ha sonado el timbre a lo largo de este mes en el que la ausencia de Gael se me ha hecho insoportable, fantaseo con que alguna de sus versiones de otros mundos encuentre el camino de regreso a casa y aparezca como por arte de magia para quedarse conmigo para siempre. Y así tener más tiempo. A la vida solo le pido tiempo.

Arrastro los pies en dirección a la puerta, que abro con manos temblorosas esperando el milagro. Pero la decepción es palpable en mi rostro cuando, al otro lado, no me encuentro con ninguna versión de Gael. No es él quien me devuelve la mirada esbozando una sonrisa amistosa. Supongo que hay golpes de suerte que solo se presentan una vez en la vida.

Al principio, me cuesta reconocerlo. Se ha dejado crecer la barba. Su piel está curtida por el sol y surcada con más arrugas que antaño. Su mirada también es distinta y está marcada, como la de muchos otros, por la maldita guerra que sacudió al mundo entero.

—Toni… —balbuceo su nombre con voz quebrada.

«*Toni, el San Pedro de Oturia*, como Gael lo llamaba», pienso con nostalgia, rindiéndome ante el nudo en la garganta que me asalta y sin poder contener las lágrimas.

—Paula… no llores, por favor.

—Es que ha pasado tanto tiempo, Toni…

—Toda una vida.

—Toda una vida, sí… —convengo, invitándolo a entrar.

Tenemos tantas cosas que contarnos…

Con las emociones a flor de piel, nos acomodamos en el sofá. He preparado café. Cuando Toni me pregunta si puede fumar y yo le digo que sí, el denso humo de su cigarrillo me transporta a aquella fría y confusa noche en Oturia de hace nueve años, en la que desperté en una nueva vida que ahora es mía, pero que en aquel momento aún era un misterio por desentrañar.

[1] ¡Qué bonita familia!